

The background of the cover is a painting. It features a young girl with dark hair and bangs, looking directly at the viewer with a neutral expression. She is wearing a dark, textured garment. Surrounding her face are several large, pink flowers with yellow centers and green leaves. The flowers are rendered in a soft, painterly style. The title text is overlaid on the top half of the image.

BELÉN GOPEGUI

El comité de la noche

Lectulandia

Dos mujeres en la treintena libran una batalla contra el tráfico y la compraventa de sangre, de vida. La primera, Álex, tras perder su empleo en una España que parece navegar hacia ninguna parte pero donde surgen cada vez más focos de resistencia, regresa a vivir con su hija en casa de sus padres; desde allí escribe sus motivos para entrar en el comité de la noche, un grupo clandestino que ha decidido activarse y afrontar la barbarie de estos días.

La segunda, Carla, trabaja en una empresa de hemoderivados en Bratislava, donde, por medios ilegales, se presiona para lograr la privatización de la sangre donada y común. Desgarrada entre los afectos, la corrupción y la lealtad, se pone en contacto con un escribiente que trabaja por encargo. A través de una serie de conversaciones, Carla y el enigmático escribiente transformarán de manera radical la naturaleza de su relación y dejarán memoria de lo sucedido.

Lectulandia

Belén Gopegui

El comité de la noche

ePub r1.0

SoporAeternus 31.08.15

Título original: *El comité de la noche*
Belén Gopegui, 2014

Editor digital: SoporAeternus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Inés Bértolo Fernández.
A Luis Bértolo Fernández.

Una multinacional farmacéutica plantea pagar setenta euros semanales a los
parados que donen sangre.

EUROPA PRESS, Madrid, 17/04/2012

... o comité da noite.

OLGA NOVO

Los documentos durmientes, como los agentes, permanecen a la espera de ser activados cuando la organización los necesite. Hoy activamos, poniéndolos en circulación, dos documentos de extensión y origen distintos y una carta, incluida en el segundo; los tres guardan relación entre sí. Se escribieron para ser divulgados y fueron a parar a una máquina conectada a la red. La organización podía acceder a la máquina desde cualquier punto mediante *secure shell*, un intérprete de órdenes seguro, si bien nos gusta más el sigilo que evocan sus siglas inglesas: ssh...

Aquí los tienes ahora: descifrados, publicados. No hallarás datos operacionales, contraseñas o listas de nombres. Son documentos narrativos. Aunque la decisión de activarlos ha sido tomada por unanimidad, la discusión fue reñida, cosa que no sucedió, en cambio, cuando se acordó retenerlos y convertirlos en durmientes. El hecho de que hayamos aprobado su activación no significa que las dudas se hayan disipado. Pues si el poder de una historia tiende a ser ínfimo, lo cierto es que también resulta incontrolable.

Cuentan, es sabido, que en los días gélidos los erizos^[1] sienten la necesidad de juntarse para darse calor y no morir. Cuando se aproximan mucho, las púas de los otros erizos les causan dolor. Sin embargo, alejarse comporta un frío insoportable.

A diferencia de los erizos, nos acercamos no solo a otros erizos sino a la causa de estos días helados. El peligro y la moderación nos mantienen a una distancia adecuada para subsistir. Pero, a veces, nos seguimos acercando.

DE ÁLEX

Hoy he vuelto a casa. Han pasado diez años desde que me fui. En realidad debo decir: hoy hemos vuelto a casa. Mi hija Marina, de ocho años, y yo. Mis padres habían convertido el cuarto donde yo dormía en un sitio para estar con el ordenador, ver televisión, guardar cajas de ropa, de libros, y planchar. Ayer nos pusimos a hacer hueco. Detrás de las cajas aparecieron las pegatinas que coloqué en la cama nido de madera blanca. La tabla de la plancha se apoyaba en el póster de un viejo videojuego. Debajo de la tele encontré mi tigre de peluche y, junto al ordenador, un oso tallado en madera, usado por mis padres como pisapapeles. He sacado esas cosas también. No quiero regresar al cuarto de cuando era niña. Mientras estemos aquí, este será el cuarto de Marina aunque en las noches deba compartirlo conmigo. La ventana da a las ramas de un almez en una calle estrecha con demasiado tráfico de autobuses. Voy a vivir al otro lado de las ramas y aquí, en cada palabra. Yo ya no necesito un cuarto, y no es que Virginia Woolf no tuviera razón sino que esto es una emergencia, como la risa que se mueve en la fotografía, la época, vivir hoy.

Tengo treinta y tres años, podéis decirme que es la edad más hermosa de la vida y que a partir de ahora la madurez es una obligación, o solo miedo. En el azúcar blanco de los sobres he visto horror, cristales que me hablaban de mundos fríos, y luego el horror se encarnó y habitó entre nosotros en un sueldo, por tercera vez en dos años, que nadie nos iba a pagar, aunque habíamos trabajado cuarenta y ocho horas a la semana durante siete meses. Diréis que me han vencido. Que estoy aquí guardando en las palabras lo que no me dejaron poner fuera, hacer fuera. Pero esto es una tregua y es un manifiesto.

Ahora que parece que todo se puede decir: candil de nieve. No lees una combinación imposible de palabras sino la señal que, al escapar a los sentidos exactos de las cosas, apunta a lo que se dibuja en la distancia. Candil de nieve, intuyes qué puede ser, lo percibes aunque la silueta no está completamente nítida. Es entonces cuando averiguas que algunos objetos para ser vistos requieren de tu colaboración, y empiezas a darte cuenta de que lo que nos pasa no está separado de lo que pasa, ni viceversa. Candil de nieve, alguien lo escribió para una muchacha que sufría por amores contrariados. Cinco sílabas, una contradicción, una melodía: voces que al cantar esa letra han invocado el amor que perdieron o el que desean o su propia confusión, y aun el amor que ya tienen. Pero no, no es solo eso: «De las malas colisiones no te puedes escapar, candil de nieve». Además del origen directo de la canción hay un lugar común donde convergemos al pronunciar esas palabras: lo que nos falta, al mismo tiempo igual y diferente para cada uno, para cada una.

Ahora que todo se puede decir, ahora que ya nombramos: capitalismo, destrucción de los derechos, patriarcado, explotación, trampas del romanticismo, límites, decrecimiento y hasta lucha de clases: candil de nieve. Puedo verlo allí, en el punto donde se corta lo que sé con lo que no sé todavía, y no me escapo de todas esas otras palabras al decirlo sino que busco la intersección contigo, conmigo. Si lo pronuncio en voz alta nos oigo, como esos coros que surgen cuando quien tiene la

guitarra apaga su voz y solo toca la música y deja que sea el público quien siga cantando. Candil de nieve porque, mirad, las metáforas que ya conocemos, las cosas que existen simplemente, como ahora al referirme a esos coros que se forman cuando el cantante calla, están llenas de significados que tal vez no queríamos. Oigo cómo se adensa el espacio cerrado, en las voces el desmadre, la atención e ingenuidad de las personas cantando estribillos en un concierto. Sin embargo, no quiero decir, por ejemplo, que nuestras palabras sean repetición. Ni que necesitemos al cantante para que nos dé la pauta o que otros convoquen el concierto. Aunque los conciertos sean dulces o salvajes o divertidos o movilizadores, o todo a la vez, lo que nos está pasando empieza y termina más allá de cualquier espacio que clausure el afuera cuando suena la música. Nos pasa a la intemperie. Es en la intemperie donde nos escucho decir: candil de nieve. Cantamos de lo que aún no se entiende pero igual nos hace latir el corazón.

Durante un tiempo yo no creí que hubiese alguien al otro lado. Al otro lado de lo que se escribe, quiero decir. Pensaba: tengo que ver sus caras, tengo que estar cerca y la piel y el olor y los abrigos. Pensaba: la red nos confunde, lo que cuenta es este cuarto adonde he vuelto ahora, o el piso de un edificio apuntalado, en ruinas, donde Héctor, el padre de Marina, comparte casa con otros tres amigos en Oporto, o las casas-peceras que fuimos alquilando los dos. En internet, decía, no hay goteras, ni hace frío, ni se oye gritar a los vecinos, y la pintura del techo no se cae a pedazos. Pensaba que era problemático hablar como si no estuvieras en ninguna parte, o como si solo estuvieras en esa parte: un ciberespacio decorado con fotografías pero no de lo que hay sino de lo que quieres enseñar. Hasta internet, decía, te siguen la edad y la estatura aun cuando juegues a ocultarlas; la humedad y el frío del lugar desde donde escribes no se van por cálida que sea la pantalla.

¿He cambiado? En cierto modo, pues, candil de nieve, lo que ahora digo es que este hablar como si las paredes no nos persiguieran tiene su razón de ser, y las razones pesan y cuentan a su modo. Viviendo me equivoco, también desacierto. Desacertar es menos grave, como aparecer en una clase que no nos corresponde: no hicimos mal el examen, tampoco rompimos nada ni dañamos a alguien sin querer; lo único que pasa es que no estamos donde nos toca. No siempre estoy donde debería y más bien casi nunca, así que vengo a las palabras, la yema del dedo roza la tecla, escribo dientes de la democracia, escribo café en abismo, luego escribo que me hundiré mañana cuando todos despierten, mis padres y la niña.

Con los ojos tapados por dentro para que no me vean perpleja ni furiosa, la llevaré al colegio, saludaré a las otras madres y los otros padres, la mayoría velando su locura como yo la mía. Tal vez tome café, café en abismo, con dos o tres y seremos prudentes para no contar que odiamos todo, cuando nos dicen que estudiar requiere un cuarto y silencio y orden, cuando nos hablan de que los niños ya tienen que ir aprendiendo a organizarse, no olvidar las tareas, el chándal y la flauta, joder, si es su vida la que van olvidando de una casa a otra, de una crisis a otra. Lo que menos

nos importó, a Marina, a Héctor y a mí, fue cuando nos separamos: llegamos a un acuerdo, la niña nos veía respirar otra vez, abrir las alas. Pero la rabia de nuestros trabajos de mierda, de los cambios de casa forzados, del llegar tarde y salir temprano y hoy duermes con tu amiga, mañana con los abuelos, esta noche no hay cuento, papá no se ha enfadado contigo, es que se ha peleado esta mañana y todavía está un poco mal, y por qué se ha peleado y dónde le han pegado, no es que le hayan pegado, es que violencia es tener que pedir que te dejen trabajar pero no estoy diciendo esto, estoy cambiando el puto chip, aunque no tenga chip que cambiar y no soporte esa expresión, estoy tapándome los ojos por dentro y busco un tema o un juego que nos lleve a otro sitio. El horror es pensar qué pasará si un día Marina se da cuenta y cuando lleguen las cosquillas no se ríe por mis manos, si ya no ve el juego y lo que ve es mi salida de emergencia, tapiada por más señas. Pero hoy todavía se ha reído, cuando escapé de sus preguntas con cosquillas, y qué harás, y qué les pasa a los abuelos, y cuánto tiempo, cuando no supe qué decir y me tumbé con ella y empezamos la guerra de cosquillas se reía, y hasta yo me reí.

No ha habido café en abismo, los padres y las madres se han dispersado como después de una bomba, como si algo urgentísimo les reclamara. La mayoría está en paro como yo, más que correr hacia algún sitio huye de los espejos, lo sé porque yo también huyo.

En vez de meterme en un bar y pretender que el día continúa, escribo aquí, en ninguna parte, y quiero que esta pantalla sea ninguna parte, y pienso que al final todos los niños y niñas perdidos hemos venido a parar al país de ninguna parte que no es igual que el país de nunca jamás. Aquí es donde sin vernos nos vemos, donde nos tocamos sin tocarnos. Querida autocompasión, lo siento pero me dispongo a prenderte fuego, querido montón de trapos quemados, de cardos y hongos secos, hasta ahora pensé que no servías para nada pero hoy te he convertido en yesca de mi manual de supervivencia: arrojo la chispa, el candil arde y empieza el día.

Teclear es pasar del aquí al ahí. ¿Y allá? Allá todavía no aunque un día, puede, quién sabe. Teclear es irse como quien saca medio cuerpo por la ventanilla y dentro solo asiento, salpicadero, cristales, pero fuera la brisa, tableteo de árboles, velocidad de tu mano. Lo que luego se teclee es otra historia: imágenes, llamadas, pornografía sexual o bien sentimental, un deseo, un chat desesperado. Claro que mi autocompasión estaba ardiendo, recuerda. Sé que, de sus cenizas, resurgirá mil veces y mil veces la volveré a quemar, tengo cosas que hacer. A la una me esperan en casa, quedé en ocuparme de la compra: natillas para Marina, leche y aceite, las medicinas de mi padre, judías verdes según a cómo estén. ¿Lo ves? Puedo hablar de lo que hay fuera de este país de ninguna parte. Puedo escribir que mis padres prefieren que no les vea y yo también prefiero que no me vean. Los tres allí, mano sobre mano. Mi padre, diez años ya de trabajos de mierda entre períodos de paro cada vez más largos, mi madre despedida de la última empresa donde estuvo con una indemnización de mierda y yo, hematóloga desperdiciada, poeta en clausura, médica que iba a descubrir

la causa de algunas enfermedades raras y solo trabajó en un hospital cuando se formaba, después suplencias, después el paro y más suplencias y recalar en clínicas privadas sin contrato, sin las mínimas condiciones para diagnosticar, y después huelgas y ser ayudante de un analista en otra clínica, y luego el paro una vez más. Los contratos, las promesas, murieron hace mucho.

De acuerdo, debería volver. Está lloviendo ahora sobre mi teclado y no es una metáfora. Hace tiempo que practico este banco, no lejos del colegio de Marina y cerca de un hotel con wifi pero discreto, escondido a la vuelta de la calle ancha, en una calle pequeña con poco tránsito. De acuerdo, admitamos, no tengo fuerzas para volver tan pronto. Zapatos de fuego, sandalias de viento, qué título. A lo mejor un día le dejo a Marina ese libro, aunque tal vez a ella su historia no la roce. He cubierto el teclado con la mochila, escribo sin mirar las letras y lo que miro son las gotas de lluvia en mis sandalias que no son de viento. Furia, furia sin candil de nieve. Habíamos jurado no hablar, lo sé. Durante un tiempo, algunas de nosotras, algunos de nosotros, juramos dar un paso hacia atrás y permanecer en silencio aunque pareciera que estábamos hablando. Juramos no hablar porque hablar nos parecía reconocer la derrota y sabíamos que la derrota no es tal mientras no es aceptada y se lucha. Juramos que nos callaríamos. No era suficiente con que no nos vieran llorar, tampoco nos oirían. Por no oírnos, ni siquiera el silencio nos oirían: diríamos las palabras prácticas, mandarina, escoba o autobús, pero permaneceríamos detrás apretando los puños, con los labios mordidos y la lengua comida por los gatos. Además, nos llenaríamos la boca de cultura, nombres y obras, lugares visitados o deseables. Con ironía y un vistoso convencimiento relacionaríamos el último capítulo de la serie con aquel instante en que un grupo ya disuelto interpretó un tema mítico y así ni siquiera el gesto adusto y el apretar los puños podrían oír. Sin embargo yo ahora estoy hablando. Para no arder. Para no estallar hacia dentro como dicen que estallan las infrutescencias y son tan bellas, pero casi siempre se las comen, o se pudren.

Conservo el tiempo que pasé en silencio, es un ritmo interno de martillazos, de golpes calientes, es el perreo del cuerpo que mueve las caderas aullando a solas, mientras yo, se diría que dulcemente, sigo con la vida diaria. Ya llueve demasiado, he tenido que buscar un portal con su hueco; aquí dentro tecleo, sentada en las escaleras. Algunas palabras son chispas, no se posan sino muy al final y mientras tanto iluminan el codo de una rama, dos cabellos, un poco de mejilla y cuando caen sobre el pantalón vaquero no lo queman, traen el último latido, una ráfaga de fuego diminuta, un manifiesto narrativo, candil de nieve, para ti, cuyo nombre no conozco pero me importa, y lo que importa, ya se sabe, cuenta.

«De las malas colisiones no te puedes escapar, candil de nieve, / y es que si lo ves volando sobre el labio de otra flor / te encolerizas, te ruborizas, candil de nieve», escribió Raúl Torres. Nunca te conformes con interpretar un verso: a esa muchacha la abandonaron y ahora no puede evitar coincidir con su ex en calles o fiestas, y cuando le ve enamoriscando a otra, acaso besarla, se encoleriza, se ruboriza; todo eso que

dirán que dice la canción, no es suficiente. A veces las palabras están ahí porque son como imanes dando vueltas a nuestro alrededor: no puedes dejar fuera lo que atraen. No voy a reducir las malas colisiones a coincidir con algún ex, o alguna, porque contra las malas colisiones inventaría un partido revolucionario y un mundo.

Dentro del portal la red casi no llega, he subido al último peldaño para intentar captarla mejor. Una mujer me empuja al pasar sin querer; después se vuelve para disculparse y roza y acomoda con los dedos la pantalla de mi portátil como si fuera el pelo de un niño. Yo le sonrío. Cuando se va cuelgo la pregunta:

—¿Qué es lo que hoy no se puede decir?

Un gesto de risa, una interrogación; al poco empiezan a llegar respuestas.

—¿El incesto?

—Cómo se pone una bomba en un coche.

—El incesto escabroso, con detalles.

—Sexo anal con menores en países lejanos.

—No.

—¿Aquí mismo?

—El montaje policial, el suicidio obligado, los electrodos en los genitales, los cuerpos desnudos arrojados desde el avión. El tiro en la nuca como un acto estético.

Y saben que no es nada de eso, pero seguimos.

—El machismo acatado por la Reina Letizia.

—Si no puedo dejar de ser yo, no es mi revolución.

—Bromas con el negacionismo.

—Quién escribirá poesía después de Nagasaki.

—Después de Yugoslavia.

—Que el gulag es una política penitenciaria en una situación concreta.

—Que Guardiaola quiso entrenar a Guanyem.

—Cristo estornudando.

—Mahoma bailando en la lluvia, whatever.

—Felipe VI te puede matar.

—Que Podemos es la venganza de Stephen King.

—Que Salman Rushdie cuando se aburre se pone una gorra de hélice.

—No hay nada que no se pueda decir. Nada de lo que no se pueda colgar un vídeo: la axila sin depilar, la depilada, el capitalismo como expresión de la violencia estructural, los vicios, clase contra sí, el chico que no paga el café cuando le toca, el sueldo de tu jefe, la lista de los defraudadores, la porca miseria.

—No.

—Que Cormac McCarthy hace cada mañana veinticinco minutos de ejercicios para tener unas piernas de escándalo.

—La dureza de corazón, XD.

—Las cosas por su nombre: el dinero que declaras y el que no declaras. Que el mal rollo es buenrollista.

—Que en la bolsa de París aprobaron la fusión de Alain Badiou, Silvia Federici y Federico Luppi.

—:) No.

—Las vísceras, nuestros líquidos, el olor de pescado repugnante.

—Muy a favor de las canciones cursis de cristianos, viva la gente.

—Ahora sí, tu turno.

—Intentaré escribirlo.

He cerrado el ordenador, lo he guardado y he echado a andar hacia el mercado, mojándome. El asa de la bolsa en bandolera se me clava en el hombro. Cuando termino de comprar, para la lluvia. Ando ahora más despacio. Es demasiado pronto todavía. Entro en un bar pequeño, sin wifi. No tengo conexión de datos y aun cuando la tuviera sé que reconstruir mis pasos por escrito es separarlos del murmullo de los siete mil millones de pasos. No hay otra, aunque quiera estar debajo de cien párpados o tumbarme a tu lado boca con boca, aunque quiera dejar de ser y repartirme, sé que si escribo me singularizo, me separo, si escribes te singularizas, te separas, si escribimos nos separamos. Sé que incluso dentro de la pantalla hay caminos y tierras de nadie, zonas del país de ninguna parte que no pueden retener los servidores propiedad de una empresa. Porque no todo se posee, ni se retiene, las palabras significan, las personas a veces no aceptan. Aunque alguien tenga la plataforma, los caracteres o tu fuerza de trabajo, de repente te niegas, de repente te mueres, de repente las palabras que habías colgado y no eran más que un chiste y dos frases le saltan encima y le arañan la cara. Me separo para tomar aliento, para volver más fuerte aunque haya un riesgo pues, en las palabras, podemos desaparecer.

He pedido un café, el mismo que no quise tomar con algunos padres y madres perdidos del colegio adonde va Marina. Aparezco en sus dispositivos como desconectada, pero esto que escribo y que sirve para aislarse, al mismo tiempo está escrito con ellas, con ellos, con quienes se encuentran ahora en este bar, contigo.

¿Has visto pasar a la chica que llevaba una barra de pan en una bolsa de papel y rasgueaba sobre la bolsa como si fuera una guitarra? Catorce años, calculo, casi el doble que Marina. Fugada de clase, indiferente a quienes la hemos mirado, coleta negra, cara alargada, habrá quien diga nada del otro mundo pero era espléndida, pero es espléndida. ¿Estás viendo a esa mujer ahora? Setenta y muchos, a dos mesas de mí, pelo con aspecto de algodón de azúcar, vendrá de la peluquería; tiene agua en los ojos, no sé si es el reflejo de una luz o cataratas o si es que va a llorar. Un chico sale de la puerta del servicio y va hacia ella, antes de sentarse pone su mano sobre el hombro de la mujer y entonces sí, el agua se hace lágrimas, candil desconocido.

La historia que creo que no se puede contar trata de que esta no iba a ser nuestra vida, pero espera: no me refiero a la crisis ni a volver a casa de mis padres. Me refiero a que no sé quién soy y eso, eso tal vez hasta puede que me lo haya enseñado la crisis. ¿Quién me escribe, qué sería esto que me escribe? Digo esto, que en teoría no vale para las personas, porque lo único que había antes era precisamente esto,

unos cuantos genes. Si vamos quitando capas quedarán solo genes y cromosomas. Lo demás nos lo hicieron, aunque parece que nos lo hicimos, la verdad es que nos lo hicieron, y a veces pienso que a lo mejor sí se puede contar pero que en realidad nadie quiere contarlos. Contar que no son los genes los que nos escriben, ni la carne y la sangre, es lo que nos hicieron. Lo que nos hacen. Dirás: Vaya argumento, el típico que se usa para escaquearse. Pero no es cierto. Echarle la culpa a los genes o echársela a lo que nos hicieron es, al fin y al cabo, lo mismo. Y yo no echo la culpa a ninguno de los dos porque no me importa la culpa sino las consecuencias. Lo que quiero decir es que solo hay horizonte. Que no se trata de retroceder para ir buscando qué pasaría si hubiera encontrado un buen trabajo, o si me hubiera tocado explotar en vez de que me explotaran. En la espalda de los corsarios, leí en un poema, arde el asilo^[2]. Las palabras arrastran sus señales y por eso puedes repetirlas. Evoca esas señales, ensánchate cuando el barco se mueva dejando atrás la hoguera. Interpreta también: dicen esos dos versos que sales a la aventura porque no puedes volver. Digo que no tenemos regreso, si mañana todo desapareciera y volviese a empezar, no nos encontraría desnudos y desnudas, sin daño, nuevos. Nos encontraría como lo que hemos sido: con eso tendríamos que bregar hacia delante. Imaginemos, pues, otro hacia delante, allí la amabilidad será común y corriente. Vayamos hacia él o vendrá un tiempo sin mañana. Entonces, no solo en la espalda brillante del corsario, también en su pecho, se reflejaría el incendio, arderá el asilo.

¿Dónde está el punto de partida? ¿En mis madres (quiero decir mi padre y mi madre), en mi hija, en esta ciudad? ¿Naces y cuántas de las cartas ya están echadas? En otro siglo, pude haber sido esclava. En otro país, tendría trabajo. En otra calle, en otro cuerpo, en otra década. Y así es como «yo» no existe y de un modo impreciso pero cierto los griegos tenían razón. Escrito en las estrellas significa escrito en geografías y fechas: ¿cuánto no ha sido decidido ya? Dirás que no te importa: incluso si es una milésima de una milésima, ese margen de libertad te constituye. Me dices que por eso escribo, como si palabra a palabra esa milésima pudiera quedar grabada, un testimonio para los que vendrán. No estoy segura, no sé siquiera si existe esa milésima o si el primer golpe azaroso que puso cada partícula a rodar selló la suerte. Lo que sé es que no importa demasiado. Vivimos en un compás de dos tiempos entre lo real y lo posible que queremos hacer real, respiramos así. ¿Lo imposible? Lo imposible es una provincia de lo posible, la más remota, pero existe y a veces se alcanza.

Entonces puede que todo empezara con la primera partícula, o con mis tatarabuelos, o con algo que me pasó a los dos años, una niña me dio la mano y nos atrevimos a rebasar el punto del parque donde nuestras madres dejaban de estar a la vista. Seguimos andando, al poco encontramos unos zuecos de madera, perdidos, viejos: basura para alguien pero un tesoro completo, irrefutable, para nosotras dos y cómo corrimos empuñando cada una un zueco en una mano, sin soltarnos la otra, para llevar a nuestras madres el tesoro, la prueba de la hazaña, el valor de la aventura.

O a los catorce, aquella primera vez en que masturbé a un chico, él apoyado en un árbol, era de noche, había estrellas porque habíamos estado aprendiendo a ver constelaciones, su polla en mis manos, su abrazo y sus gemidos me parecieron como entrar en una conjunción del espacio-tiempo bella, invulnerable, aún se me aparece así y aún nos veo luego, tumbados sobre la tierra, lejos de la tienda de campaña, guiando su mano, fuegos artificiales en los ojos, mi cuerpo que se corre por primera vez en compañía. Seguro que algunas cosas empezaron en lo oscuro, el día que despidieron a mi padre cuando yo tenía veintidós años, y a mi madre hace seis; y algo empezó cuando conocí a Héctor, y un cataclismo cuando nació Marina, y algo cada una de las veces en que no me renovaron el contrato o no me pagaron. ¿Qué hemos de buscar en el principio, una palabra, una acción, una llama prendida, una muerte, las amigas, los amigos? Por eso tal vez lo que no puede contarse, no porque no haya pasado sino porque puede pasar, es lo que empieza hoy en este bar sin wifi de la glorieta de Cuatro Caminos.

Una mujer de treinta y pocos mira sus calcetines de rayas, sus manos leves, su pequeño ordenador negro. En la piel apenas se dibuja algún pliegue de las arrugas que serán; el cuerpo le responde; la cara, aunque la preside una nariz de considerables dimensiones, es nítida y alegre, un tramo de río que fluye tranquilo. No arrastra sus pasos por llanuras desérticas para cruzar una alambrada con cuchillas esquivando a los guardias fronterizos. No sufre hambre. No ha sido golpeada. No ha muerto. Teclea y en los ojos aparecen personas, habitaciones, fugas. Podría ser la imagen de cualquier felicidad pasajera, intensa y maravillada. Ahora apaga, empieza a guardar las cosas, sus gestos bailan. Sin embargo, cuando se levanta y parece que se mueve: no se mueve. Se dirige a la barra para pagar, anda con ligereza pero no es cierto: en realidad no anda, en realidad todavía está empujando el aire que pesa sobre sus hombros y cuando por fin logra levantarse permanece quieta, de la silla a la barra el trayecto le exige desplazar centímetro a centímetro masas glaciares que solo ella ve. Avanza despacio; como los personajes que han perdido su sombra hace ya tiempo, lo sabe, ella se ha soltado de sí misma. Su cuerpo y su mente se alejan pero ella va siempre con retraso, llega a la barra cuando ya la otra, la misma, ha pagado, está en la esquina de la calle y espera junto al semáforo.

Puede que sea algo tan teóricamente fácil de enunciar como la angustia económica lo que las separó un día. Tener que pensar en lo que significa pagar un café. Tener que hacer el cálculo de lo que se habría ahorrado si se hubiera hecho el café en casa: a cuánto la dosis extraída del paquete de café, a cuánto el gas, la luz, el agua para fregar la taza. Puede que sea recordar entonces que cuando dice en casa en realidad se refiere a la casa de sus madres. Y recordar la voz ronca de su padre, ronca como la de quien pasa el día en silencio y cada vez que debe llamar a su voz esta tarda en presentarse. La voz de mi padre se ha quedado rezagada en la garganta como yo me he quedado rezagada de mí misma. Ya estoy cruzando mientras que A, la llamaremos A, dificultosamente entrega las monedas, se siente mal por hacer cálculos

con un café y mal también por tomárselo; realmente no lo necesitaba, podía haber demorado el momento de entrar en casa de sus madres de otro modo. Ahora echa a correr, cruza cuando el hombrecillo verde parpadea y llega al final con el semáforo rojo y cierto riesgo. No le importa, me alcanza, se une a mí porque sabe que si pasara más tiempo podría confundirla con la autocompasión, pero odio la autocompasión, la odio tanto que le he prendido fuego, y ella sintió miedo al ver las llamas: todo lo que se quema tiene consecuencias, no puede dejar, me dice, que siga quemando cosas, hemos de encontrar otro camino.

No llamo al timbre, he conservado siempre una copia de la llave por si a mis madres les pasaba algo aunque al final esté aquí usándola porque es a mí a quien le ha pasado algo o más bien ha dejado de pasarme, he dejado de encontrar una forma de ganarme la vida. Si no la gano, la voy a perder; no hay término medio. Para el Evangelio lo que hay en cambio es una inversión: el que pierda su vida la ganará, pero en el cielo, supongo, y aquí no hay cielo. Puestos a perderla, mejor hacerlo con un objetivo y cánticos. Siempre lo hemos pensado, ¿verdad? No te suicides, úsate para destruir lo que te hizo daño, al menos puede que así no haga daño a otros. Pero llega mi momento y está Marina, están mis madres, está el llámese cobardía a esta esperanza.

Es extraño decir mis madres, pero durante muchos años me sonó raro decir mis padres e imaginarme a mi madre como padre, y decir ellos y ver en ese ellos a mi madre. Sé que no cambio casi nada escribiendo mis madres, sé que por un momento puedo confundir y hacer pensar que tengo dos madres lesbianas, sin embargo también alguien pudo haberse confundido cuando dije mis padres y pensar que tengo dos padres homosexuales. En inglés, en francés, el plural de padres o de madres o de padre y madre tiene una sola palabra, que si en francés no es neutra al menos es distinta. Un día una palabra nueva y neutra se formará en castellano. Hasta entonces acaso no tenga apenas efecto forzar la economía del lenguaje o provocar extrañeza ante esa economía que muchas no aceptamos. Pero menos efecto tiene aún darla por buena, pues ya he leído demasiados textos con un nosotros cotidiano que a menudo me expulsaba, y no es tanto que yo pudiera imaginarme dentro de un constante nosotros, vosotros, ellos, es que, al final, allí dentro nunca estaban las treinta generaciones de analfabetas ni la anemia^[3] circulando en sentido inverso por la sangre ni la ciencia mutilada, ni la parte de futuro que aún nos falta; aparecían tetas o vaginas o historias para usar pero pocos clítoris y casi ninguna vida de mujer que no fuese adminículo, renta, trofeo, de tal modo que al final hasta las mentes dibujadas cargaban con la ley, supuestamente neutra, del otro, de uno de los otros posibles, sin espacio para sumar a una de las otras posibles, ni tampoco a una de las posibles mezclas de géneros.

Saludo con un hola no muy alto, como quien quiere que la oigan y que no la oigan. Voy colocando las cosas que he comprado en la cocina. Ya está. Al otro lado de la puerta: fosa, barranco. Me despeño un poco, no hay otra solución. Me levanto

con raspaduras y arañazos mientras que ella, la rezagada, aún mira, preferiría no saltar porque está claro que va a caerse.

Que la tele no suene es una buena señal. Poner la televisión por la mañana tiene algo de beber solo, o sola, incluso cuando están viéndola los dos juntos. Pero ahora no sé si lo que encuentro es mejor o peor. Los dos con sus auriculares. Mi madre en el ordenador, mi padre con una tablet de segunda mano que le pasé.

Antes el cuarto de estar era más acogedor. En la mesa de la televisión, en vez de tele, había dos plantas. La mesa de comer siempre estaba disponible, para jugar a las damas con Marina, para poner la máquina de coser de mi madre, para que comiéramos los cinco cuando veníamos Héctor, Marina y yo o después solo Marina y yo, y a veces alguna amiga de Marina o mía. Ahora la tele ha vuelto, las plantas han ido al suelo, el ordenador se come un trozo de mesa y todo parece más pequeño de lo que ya es. Sé que no importa, peor es vivir en la calle. Pero en realidad no es que no importe, es una cuestión de grado y en el grado de nuestras vidas me gustaría haber sido capaz de mantener ese espacio de alivio que habían ganado mis madres y que es más necesario en las épocas malas que en las buenas.

Se quitan los auriculares casi a la vez, me miran.

—¿Qué tal, hija, todo bien? —pregunta Vicente, mi padre.

Y enseguida capto la mirada cómplice de Sonsoles, mi madre: qué podemos contestar los tres si no es:

—Sí, todo bien.

Mi madre mira el reloj, aún queda una hora para el almuerzo; despacio, se pone de nuevo los auriculares, mi padre la imita. Me voy al cuarto de Marina, ya han hecho la cama, seguro que ha sido mi padre, él sabe hacer camas impecables, es el único en casa que las deja así, sin una arruga, lisas, nuevas. Ordeno un poco la mesa de Marina pensando en que ella tenga espacio para hacer sus tareas o pintar. No voy a ponerme yo ahí a responder correos como sería lo lógico. No contestaré ningún correo hasta esta tarde porque en los correos transcurre mi vida, pero no cambia. Y necesito una reconversión. Construyo buques, los reparo; en los altos hornos fundo metales pero los pasillos están semidesiertos, las máquinas se apagan durante días y noches, los barcos quedan sin terminar. No destruiré mis astilleros ni mis altos hornos. Voy a ofrecerlos, como alguien ofrecería su vida.

Creen que una persona más en la ciudad, apoyada en la cama, escribiendo de pie, en realidad no es nadie, existe solo para los suyos, afuera nada la requiere. Se equivocan, olvidan nuestra prisa, no comprenden que tú y yo también envejecemos, mis madres envejecen, Marina envejecerá. Nos están robando los días, uno por uno. Y no encuentro al diablo en los detalles, aunque sé que dicen que está ahí. Marina vuelve del colegio, mochila en la espalda, goma roja en la coleta, ojos de dibujos animados y esa vivacidad con que me cuenta las cosas cambiando de entonación en cada frase: imposible no pensar que es perfecta, que es perfecto el momento en que Marina habla mientras yo la miro y envío señales de vez en cuando para que sepa que

me río con lo que dice, que me interesa y quiero que siga. Los detalles existen, convierten un reflejo en una abertura por la que respirar. Pero cuando la abertura es imaginaria los pequeños detalles no logran parar el tiempo. El día en que el tren cruzó las montañas con nieve y a tu lado una chica grababa aquel paisaje de cine y la vida brillaba, en aquella fiesta para celebrar el cumpleaños de un local okupado, un chico grueso, con barba, baila en el solar con una bebé en brazos y, en medio de la gente, las cervezas, el ruido, la mece con suavidad perfecta. El misterio de la alegría injustificada, todo eso de lo que están hechos los buenos intentos no fallidos no para el tiempo, ni siquiera hace el tiempo. Lo rodean, lo acompañan, esta cama bien hecha en que me apoyo ahora y que guarda un trabajo entregado sin preguntar, sin hacer cálculos, es la vida, lo sé, pero no resuelve que nos hayan dejado fuera de los detalles grandes y si, por un momento, me conmueve, no quiero en cambio que me calme, no quiero apaciguar la tormenta que se abre camino en ti y en mí, persistente, minuciosa, trayendo desde lejos las gotas una a una junto con miles de golpes ligeros del pie nervioso, taconeos apenas audibles; sin embargo, ni uno se pierde y todos ellos, sumados, forman el trueno.

En cinco minutos mi madre abrirá la nevera, empezará a preparar las pechugas de pollo mientras mi padre pica cebolla. Podría haber sido fácil. Tal vez se rían ellos dos y los tres cuando yo aparezca, tal vez en la comida sepamos de qué hablar. Mientras tanto la procesión, por dentro. Con los astilleros y los altos hornos. ¿Quién es esa persona que miras, que parece que solamente come a tu lado, disfruta de los sabores, comenta algo que leyó en internet, se sirve agua o un poco de vino? ¿Quién, esa persona que con sesenta años, con cincuenta, con treinta, vive como si ya se despidiera, te mira con cara de tener un pie en el estribo, aunque ningún caballo, porque solo desde esa perspectiva de andén, de dársena, solo pensando que ya vivió, haciéndose creer a sí misma que ya vivió, puede volver razonables los días que le quedan con sus noches? No es nadie, no es Vicente, mi padre, ni Sonsoles, mi madre, no soy yo, Álex; no somos nosotros porque en realidad no estamos en nuestros nombres, nos han ido viviendo y aunque ni ellos ni yo renunciemos a uno solo de los dones —tu temperatura—, lo demás cuenta. El pie en el estribo; en nuestros nombres, una forma de estar que conocemos: otros lo harán, yo ya viví y estos centavos de lluvia y playa, estas sonrisas de las fotografías son todo, el resto ha terminado.

Pero no ha terminado, candil de nieve.

Lo hemos pasado bien en la comida. Mi padre y mi madre están llenos de ideas. Se emprenden cada día, desde lo pequeño a lo gigante y yo, que sé que entre emprender y prenderse hay poca diferencia, les miro atenta a la catástrofe: abrir una tienda y endeudarse, trabajar en negro, vivir en negro. Aunque creo que ellos solo juegan, y hablan como quien viaja a la luna a mediodía para volver a las cinco. Por un momento tengo la impresión de que lo han ensayado esta mañana, mientras yo escribía ellos preparaban dos o tres temas y algunas bromas porque huyen del silencio. Huyen de los murciélagos que son como preguntas extraviadas. Cuando esas

preguntas están lejos, el silencio es fácil. El orador se calla y mira al público, entonces el público percibe su fuerza, cómo aguanta, cómo se arriesga a un ¿a qué esperas?, al tedio y a la tos. Pero cuando hay murciélagos agita las palabras como brazos. Mi tía, algún amigo, mi abuelo, incluso algunos niños, todos ellos han visto los murciélagos y saben que hablando los mantienen a distancia. Mis madres eran calladas y tranquilas pero ahora también los han visto y hablan, y hablan, al menos delante de mí. Y yo, te has dado cuenta, escribo aquí porque los he visto. Pues bien, hagamos una pausa, que vengan.

Los murciélagos también están incluidos. Tal vez ellos, como nosotras, y nosotros, puedan mutar. Aunque se enreden en el pelo, aunque parezcan enloquecidos, tal vez sean nuestros aliados.

Después de comer hemos recogido entre los tres las cosas. Luego mi madre se ha ido a la habitación a echarse la siesta. Mi padre, en el sillón, con la tablet y los auriculares puestos, se ha quedado dormido. Yo, aunque ahora no quiero música, me he puesto los auriculares por cortesía, para no dar la impresión de estar vigilando.

A mis madres no les fue bien ni mal en la vida. Les fue como de seis, y ahora les va de tres con cinco. Antes no era así, lo de los fracasados y los no fracasados vino de fuera, lo de los perdedores. Había muertos de hambre, mediocres, gente del montón o clase media baja, o baja. No era mejor, les robaban igual el tiempo. El porcentaje de quienes llegaban a los ochenta años con una mueca de escepticismo que no confesaban a los demás, debía de ser igual. Pero centenares de historias de perdedores y fracasados nos han ido encerrando, aislando: demasiadas órbitas para tan poco cielo. Antes no había puntuación para tu vida, solo una franja grande de donde no te dejaban salir. Ahora cada uno se la juega solo. A mis madres, mis abuelas no pudieron dejarles nada: varios hermanos, vidas difíciles. Vivieron de alquiler durante mucho tiempo, luego empezaron a comprar la casa pero tuvieron un problema con mi hermano, que se endeudó y, para ayudarlo, la hipotecaron de nuevo. Ahora, sin trabajo los dos y cerca de la jubilación, siguen pagándola. Mi hermano y yo deberíamos poder si no ayudarles al menos dejarles limpia la cabeza, que no estén angustiados por nosotros, que no piensen que el mes que viene no podré pagar las gafas de Marina si se le rompen. Pero aquí estoy, y mi hermano, que vive fuera de España desde hace diez años, cualquier día se aparece. Esta prosa no suena a candil de nieve. Esto no se levanta y nos remonta. Contra las restas; contra los techos bajos, candil de nieve, pero esto es prosa de carta comercial, son casi números. Supón, no obstante, que son cifras de latitud y longitud y recuerda: toda posición en un mapa contiene un viaje.

El nuestro empezó aquí, en los enlaces, en las letras sin tinta de la pantalla. Sin hacernos falsas ilusiones. Insistíais en mostrarnos que el país de ninguna parte, este hogar de las mentes, se ubicaba, por ejemplo, en trece partes, y ya lo sabíamos. Carolina del Sur, Iowa, Georgia, Oklahoma, Carolina del Norte, Oregón en Estados Unidos, Quilicura en Chile, Hamina, Finlandia, St. Gishlain, Bélgica, Dublín, Irlanda,

Singapur, Hong-Kong, Taiwan. Trece Data Center de Google con tres edificios de más de dos kilómetros cuadrados, en total unas decenas de kilómetros cuadrados, o más si contamos los edificios para oficinas de administración, apoyo a las torres de refrigeración y dormitorios de tránsito del personal de mantenimiento. La provincia mayor del ciberespacio es una fracción de La Rioja. Añade si quieres los enormes tramos de cables y de ondas que llevan los datos hasta ellos, incluso así trece bombarderos desde el aire dejarían herida de muerte a nuestra gran conversación colectiva, y devastada nuestra fracción.

Es visible, nos dijisteis también. Nuestra ciudad invisible era muy visible y tenía dueño. Nos pusisteis vídeos con técnicos yendo en patinete por los pasillos donde se aglomeraban los datos. Lo aceptábamos. Asumíamos incluso el ruido: si todo bit muere cuando hace excesivo calor, si cada servidor lleva siempre aparejados ventiladores, torres, aire o agua circulantes, entonces esas cosas suenan, las leyes de prevención de riesgos laborales obligan a quienes abren los containers a llevar protectores de oído, y a cada imagen de pasillo adornado con cien mil luces rojas y azules parpadeando hay que añadir un zumbido constante, muy analógico, que si cesara mataría nuestros datos, igual que pasa en el cerebro cuando apaga su ruido el corazón.

Analógica, necesitada de agua, termostatos y detectores de humo, controles de acceso, verjas y circuitos de seguridad. Analógica, oxidable, a veces rodeada de filas y filas de abetos como una segunda muralla, otras cerca del mar Báltico. Analógica como sus máquinas a modo de martillos con que destruir los discos duros que fallan para que nadie los pueda recomponer. Analógica, hecha con sangre y excedente y el tráfico de vidas explotadas que va a desembocar en cada dólar de los que sufragar otros sueldos mejores, instalaciones y edificios. Claro que lo sabíamos. Nunca aspiramos al cielo, ni a la vida eterna, ese invento sí que era lo más digital del mundo, en cambio para nuestras palabras nunca quisimos trascendencia. Lo que seguramente no entendíais era que nuestra huida al interior de los bits nacía de una necesidad. No os importó saberlo. Era demasiado fácil llamarlo aburrimiento o gregarismo u obsesión por relatarnos. Demasiado fácil decir que preferíamos jugar con bolas de colores digitales, jugar a matar pájaros furiosos, hablar de nada, de sí, de estoy llegando, de ola ke ase. Sobre todo, era demasiado fácil creer que nos bastaba. El adolescente que teme a la noche y apoya su móvil en la almohada y habla por escrito con otros: demasiado fácil pensar que así se calma, que todo estaba hecho, viviríamos como niños y niñas eternas conectadas a nuestros walkie-talkies para siempre. Y si antes trazábamos una raya imaginaria para decir ¡casa!, aquí nada malo puede pasarme, también ahora al encender el móvil, al ponernos disponibles diríamos casa común, universal y conectada, casa colmena, hogar de nuestras mentes y no preguntaríamos más lo que pasaba en las calles y en las casas analógicas. Te equivocabas.

Mi defensa propia es más precoz que la tuya, más constante, pero es la misma, no

creas demasiado que no estoy contigo en esto; no creáis demasiado que nos hemos ido porque incluso cuando tecleamos, cuando nos conectamos, cuando nos ponemos los auriculares y parece que no podéis tocarnos, incluso entonces estamos ahí aunque estemos aquí. Y no os pensamos declarar la guerra pues habéis ido viniendo a los viñedos digitales, quienes nos reprochabais la desertión ahora también habéis desertado a vuestro modo, no demasiado diferente al nuestro.

Desde aquí, que no es dentro ni es fuera, nos fuimos preparando para no estar. Una especie de gran huelga de celo literaria. Seguíamos yendo a clase o al trabajo cuando lo había pero, además, escribíamos sin que nos lo pidieran, hora tras hora, palabra tras palabra, post y comentarios y frases y cuentos y mensajes, una retransmisión de nuestro mundo que nadie había solicitado. No comprendisteis que era una huelga, intentasteis discriminar, establecer escalas que situaban en lo más bajo la cháchara banal o el comentario de películas infantiles cuyos estrenos seguíamos esperando con veinte, veintiocho años, treinta y un años. Pero la huelga era total, cuando atravesábamos el algoritmo de Minecraft y empezábamos a crear biomas, caballos o monstruos, y en el chiste malo, y en el ensayo de biopolítica, en la foto de ayer, alentaba una misma impugnación de lo que hay, de lo que impone su existencia sin permitir que nadie pondere su utilidad o su sentido; puede que pienses que exagero, y puede que sepas que no.

Decíais que estas habilidades no iban a servirnos para nada, que eso no era prepararse sino solo —pero cómo «solo»— negarnos a los días con sus noches. ¿No lo entendéis? La negación es un principio. Y cuando retransmitimos cada paso que damos como si las trescientas setenta personas que siguen nuestros tuits protegidos fueran a estar atentas, ¿qué más da si son dos las que leen o si en largos ratos no es nadie? Nosotros y nosotras vamos mandando señales, nos numeramos con un rostro, un pasado y los huecos que nos dejan en el cuerpo. Decimos que estamos aquí, lo que no es igual a estar sin decirlo. En cuanto a las excepciones, hace tiempo que las llamamos diversidad. Algunos no escriben, algunas están contentas con esto, algunas y algunos podrían tener cien años aunque tengan treinta y viceversa. Hablo de lo que nos está pasando, mi colmena tiene sucursales en países que no visitaré pero es mi colmena y acaso la tuya.

A menudo creamos, textos, vídeos, mezclas de verso y fotografías, un poco como quien dice: cuando se pueda, cuando buscarse la vida no signifique angustia, o perderla, estas serían nuestras capacidades además de cumplir con las tareas, subir a la torre vigía, fregar, inventar fuentes para procesar luz y cuidados. Puedes reírte de nuestras creaciones: si se produce un cambio seguramente se necesiten menos palabras y más personas que sepan hacer puentes, abonos y hardware a pequeña escala. De acuerdo, aprenderemos. Porque lo que no podéis negaros a reconocer son las ganas, estas ganas de ahora que exponemos a la vista.

Siempre apuro hasta el último momento y luego voy andando rápido al colegio, casi corriendo, a esa velocidad que solo te deja pensar en la velocidad. Creo que lo

hago a propósito, porque el trayecto para ir a buscar a mi hija me llena la cabeza de preguntas que no puedo responder. Marina sale a las cinco. Podría salir a las cuatro en realidad, la apunté a actividades extraescolares cada día de la semana cuando mi trabajo me impedía ir a buscarla. Ahora que no lo tengo, el precio de las actividades pesa demasiado en la cuenta del mes, estoy intentando mantener las dos que más le gustan, pero he tenido que quitarla de las otras tres. Y esos tres días me desazonan, como si la casa de sus abuelos que fue mía se le pudiera caer a ella también encima en las horas de más. Quienes creen que no todo está conectado, que una hora es una hora, sugieren que podría, y debería, convertir el paro en más tiempo para pasar con ella, pero no es así como funciona. No, candil de nieve.

Una hora midiendo las monedas, una hora preguntándote en qué vas a volcar la energía de tu cuarta década, porque al fin y al cabo, y si no te pasa algo grave antes, tenemos siete décadas reales, hasta los setenta, luego, de setenta a ochenta y más adelante, puede que estés bien o no. Tenemos siete, ya he gastado tres, y ¿voy a volcar esta energía como los camiones tiran la tierra al mar? ¿Voy a dejar que se evapore? ¿Voy a no hacer nada y mostrar a mi hija que he aceptado una vida donde solo puedes actuar en las afueras, a las puertas del muro porque entrar no está permitido? Cuando digo afueras no me refiero a aquí, al hogar colmena, al tiempo enlazado en que sentimos la brisa de una inminencia y es como estar en los acantilados, la claustrofobia cede aunque no quieras. Me refiero, otra vez, a los detalles, a dar por bueno que solo nos queda eso: los detalles, cultivar el encanto y la serenidad en la desdicha, otros lo han llamado tácticas de resiliencia, por ejemplo el muy necesario gesto de abrir una botella de vino y confiar. Lo haremos, si es preciso caminaremos todos y todas como si fuéramos mendigos elegantes de un puente de París. Los detalles son nuestra filosofía y nuestra especialidad: nos desenvolvemos sin aspereza en el mundo, respetamos, no nos gusta la burla del débil pero somos expertos en hacernos unas risas porque sí o contra los fuertes, no admiramos jamás a los matones, la ternura nos parece lógica. Sin embargo, he de decirlo una vez más, no dejaremos que los detalles, los momentos que son nuestra elección y una conquista sin víctimas, nos apacigüen.

Ya hemos vuelto. Marina empieza a tener demasiados deberes con ocho años. Fichas como si ya los formularios fuesen una visión del mundo, burocracia infantil, sobre la línea de puntos pequeños espacios acotados como ventanillas. Le he dicho que estaría en el cuarto de al lado por si necesitaba ayuda. También le he dicho que a las siete me iré y he pedido a mi madre que se encargue del baño, mi padre ha salido. La tribu, compartir los cuidados, no es malo vivir así cuando hay niños y niñas, volver a esta casa significa también haber salido de una caja de zapatos donde solo estábamos Marina y yo. Esa casa no sería mejor que esto, si esto no llevase aparejada la derrota, las cuentas del dinero y ser testigos de vidas que no florecen. Si hubiéramos sabido inventar la tribu antes de que nos expulsaran, si al pedirle a mi madre que se ocupe

del baño no estuviera descargando sobre ella un trabajo en vez de una actividad. Lo veo, sí, de esta manera, pues no es verdad que la mirada pueda elegir el color del mundo; el cristal con que miramos nos lo hacen o lo hacemos pero entre millones, no una o dos personas.

Aquí dentro es más fácil, escribo que el sol que entra desde la ventana y roza mis dedos es un pañuelo, imagino que puedo guardar uno cada día; luego, cuando sea de noche, cuando el otoño no proteja sino que haga un poco de daño en nuestras gargantas con su frío y exija las monedas que no tendremos para Gas Natural, sacaré como los magos de un dedal un pañuelo anudado a otro pañuelo..., no. Hay metáforas que sirven; a otras, en cambio, se las come la realidad; si Marina enferma y tiene fiebre y hay que comprar Junifén en la farmacia y a lo mejor antibióticos, una trenza de luz no sirve. Lo sabemos, no estamos aquí para ocultarnos, la tierra no hace invisible el cuerpo del avestruz y la pantalla no paga las medicinas, ¿por qué nos obligáis a decir lo evidente? Que nos reunamos dentro no significa que no nos reunamos fuera, una reunión cada martes, y luego están las de los viernes, y las manis y entonces dime, dime qué es lo correcto; dime si es incorrecto que yo vaya a reunirme y deje a mi madre con el baño, la cena, acostarla; el cuento espero que se lo cuente mi padre, que apresure el paso para poder hacerlo cuando regrese de su propia reunión. Mañana es mi madre quien no estará, también ella se reúne.

Cuando empecé a trabajar reunirse apenas evocaba un signo cinematográfico de éxito y poder. Luego, en el hospital, nos propusimos que las reuniones trataran de verdad de actuar en equipo, de coordinarnos, de planear a largo plazo, pero apenas si conseguíamos sacar, a bote pronto, como fuese, balones fuera. En los siguientes trabajos ni siquiera hubo reuniones, para qué si éramos como camareros de cualquier cosa, una clínica lo mismo que un bar, los camareros no se reúnen, sobreviven como pueden a las horas en que les piden quince cosas a la vez y luego, cuando no les piden nada, colocan vasos y platos sucios en el lavaplatos, limpian las mesas, reciben a los proveedores, cada camarero, cada enfermera, cada secretario, cada reponedor de voz o análisis de sangre o paquetes de azúcar como una empresa unipersonal reunida solo consigo misma. Ahora han venido nuestras reuniones, en ellas la palabra empieza por fin a significar lo que dice, volver a unirse, nos reunimos porque aunque estuviéramos unidos y unidas en el polvo de hadas de los bits, la realidad de afuera no se marcha; hay días en que cada bit es una gota de lluvia ácida, entonces nos defendemos dentro, nuestras redes de fotones crepitan y vuelan y entonces, también, nos defendemos fuera, viéndonos las caras, uniéndonos otra vez, jugándonos, quizá, la vida.

Me voy ahora. No llevo móvil ni ordenador. En mi grupo, poco a poco hemos ido haciendo las reuniones como si fueran clandestinas. No es que nos persigan, y seguramente tampoco nos vigilan. Pero en otros grupos se ha infiltrado gente y preferimos andar con cautela. Además, tenemos que aprender a actuar sin red, porque nuestros bits son postales y cualquiera puede leerlos. Tenemos técnicas, algunas

parecen medio infantiles, están tomadas de libros e historias que leímos, y puedo contarlas porque van cambiando. Por ejemplo, si hay convocada de viva voz una reunión y luego ocurre algo que modifica la convocatoria y tenemos que llamarnos, nunca decimos la hora ni el lugar verdadero sino más tres horas o menos una o más dos, según valores que establecemos cada cierto tiempo. Lo mismo, con el lugar, cafeterías, casas, locales, los rotamos y decimos uno distinto al que sería. Hay otras técnicas y tácticas de guerrilla, pero a ti no te sirve que te las diga y quienes nos combaten no deben saberlas. También hay otros grupos, asambleas, plataformas, círculos, espacios de participación que extienden una confianza nueva en lo político. La mayoría actúa a plena luz. Les saludamos. Saludamos la multiplicidad, cómo crecen y duran. Nos apoyamos en ellos y muchos saben que cuando lo necesitan pueden apoyarse en nosotras.

Llego de vuelta a casa a las once. La reunión terminó a las diez, no hubo cañas después porque lo que sí hay es cansancio, y malos trabajos, cuidados pendientes. Además, el metro cada día funciona peor, con más tiempo entre cada tren y más paradas imprevistas. Tras dos transbordos con su espera llego a mi estación y aminoró el paso. Aunque hubiera llegado a las diez cincuenta, Marina ya estaría dormida, no habría podido darle el beso de buenas noches ni contarle el cuento, ni oír su «Te quiero» que me eleva y al mismo tiempo me deja caer cuando en mi respuesta oculto un: me quieres pero no sé qué voy a poder hacer por ti. He abierto la puerta confiando en que mis madres estuvieran ya a mitad de un capítulo de una serie o a mitad de una película. Así es como las encuentro. He entrado a ver a Marina, duerme con ambos brazos estirados por encima de la cabeza igual que cuando era un bebé. Mi madre ha dejado sacada la cama nido donde dormiré yo. Me descalzo, piso las sábanas para besar a mi hija y salgo descalza de la habitación. Luego caliento la crema de verduras que ha hecho mi padre, recojo un poco y me instalo aquí, en la cocina, con el ordenador encendido pero sin conectarlo a la red.

Hoy hemos estado catorce. Parece poco pero es el número máximo. Aunque no puedo contar todo, ni quiero, de un tiempo a esta parte me digo que a veces saber es como reír, por eso de que reír nos permite respirar muchas veces. Y saber, saber que nos multiplicamos, que entre lo que ocurre en un lugar y lo que ocurre en otro hay lazos ya no tan invisibles, creo que también permite respirar muchas veces.

Dicen que no es mucho lo que está pasando. O, en realidad, dicen que no es suficiente. Dicen que de la inercia capitalista no se sale solo con buena voluntad. Por aquí decimos que sirve casi todo. Aunque sea mejor luchar por un sistema donde el paro no exista, no forme parte necesaria de la ecuación, quien lucha por abolir una ley, impedir un despido, cambiar un ayuntamiento, suma, cuenta. Y a veces las cosas salen bien. A veces un lugar se hace camino, y quienes empezaron siendo grupos que se reunían rechazan quedarse, consentir, y echan a andar, y son movimiento.

En nuestro grupo hay personas con mis años, cinco son mucho más jóvenes, seis bastante más mayores. Unas han estudiado carrera y másters, otras no, tres traen

historias duras de fracaso escolar. Unas son pequeñas y fuertes, otras tartamudean y también son fuertes, y a veces todas tenemos miedo. Nos vestimos de forma diferente, hablamos de forma diferente; desde fuera, eso me gusta, nadie pensaría que estamos juntas. Dos veces al mes, dedicamos media reunión a la teoría. Con mis prejuicios de niña educada —educada por quién sino por el capital— pensé que a las personas que no habían podido estudiar les parecería exagerado. Error. En algunos casos, su formación política es mayor que la mía, y en otros, consideran lógico que compartamos lo que sabemos o lo que creemos saber. También pensé que muchas se opondrían por la urgencia: si hay que actuar, hay que actuar. Pero no sucedió. Recuerdo una imagen de un documental donde aparecían chicos y chicas muy jóvenes de una guerrilla que habían montado su aula en la selva, entre ametralladoras y tiendas de campaña. Hacían y no separaban el hacer del conocer, porque no pueden separarse. Si crees que lo separas en realidad estás limitándote a lo que conoces y pensando que lo demás, lo que no conoces, no existe.

Hoy era día de teoría, la primera hora y media. Empezamos comentando el equipaje con que hemos llegado, lecturas, argumentos, historias, y luego el equipaje que vamos haciéndonos en común. Durante las primeras semanas el orden era el contrario: cuando algo ocurría nos poníamos a discutir; enseguida aparecía el equipaje: voces que trataban de juzgar lo sucedido con sus teorías. Pero nos han contado y también hemos comprobado que de ahí, de hacerlo así, vinieron demasiadas divisiones. De manera que un día al mes hablamos de teorías y de los actos de quienes las defendieron. No hablamos para ponernos de acuerdo. Hablamos solo para mostrar lo que traemos y que cada uno o una tome aquello que le pueda servir. Sí, claro, muchas veces una teoría contradice a otra. De una teoría se derivan tácticas y acciones distintas. Pero lo que tratamos de averiguar es si son compatibles. Con honestidad, sin escabullirnos, lo cierto es que hemos ido viendo que a menudo lo son. Cambiar las cosas ahora para que si un día logramos tomar de algún modo el poder nos hayamos ya dotado de prácticas y comportamientos que nos impidan repetir el modelo contra el que combatíamos. O bien, concentrarse en cambiar el poder porque será cuando la presión sobre nuestras vidas sea levantada cuando podamos imaginar y construir instituciones en las que nuestros comportamientos y nuestras prácticas no se amparen directa o indirectamente en la explotación. Este es uno de los debates eternos, tierra y libertad, hacer cooperativas o ganar la guerra. Y, sin embargo, ¿es que no combatieron quienes hacían comunas, y es que no dieron sus vidas por un lugar donde las cooperativas sin explotación fueran posibles quienes apostaban por ganar la guerra? No nos importa decidir entonces qué habría sido mejor, sino avanzar. Porque si hubiera habido más personas en ambas opciones, se habría conseguido todo. Aceptamos las dos líneas de trabajo y que cada uno o cada una participe en acciones que secunden cualquiera de las dos. ¿Es pasteleo? En cierto modo, lo es. Podemos suponer que llegará el momento en que una decisión concreta deba ser tomada y en esa decisión no quepan las dos opciones. Por eso gastamos hora

y media en hablar, para que cuando el momento llegue y la decisión deba tomarse, todos y todas hayamos encontrado algún motivo que nos permita secundarla tanto si va en un sentido como en el otro ya que, pensamos, se tratará de una decisión honesta y temporal.

A veces comentamos libros y películas. La última película se llamaba *Pitch perfect*, en español la tradujeron por *Dando la nota*. El último libro, *Como si un ángel*. La película era una comedia estadounidense para un público casi adolescente. El libro una tragedia delicada, llena de belleza y espanto.

En la película, un grupo de estudiantes de universidad canta *a capella* y participa en la típica competición primero regional y luego nacional. La protagonista piensa que cantan de un modo demasiado conservador, miedoso, y que así nunca ganarán. Propone, pero en realidad no lo propone, obra improvisando y mediante hechos consumados, que cambien las canciones, que hagan remezclas. Lo llamativo es que el resto de sus compañeras, aun sabiendo que tiene razón, aun prefiriendo cantar de esa forma, apoyan a la chica que dirige el grupo de forma tradicional. Porque intuyen que no apoyarla sería romper el grupo. Porque saben que la chica moderna no ha hecho bien al actuar de forma improvisada y sin dejar un sitio, racional, emotivo, real, para que la chica tradicional pueda aceptar quedarse.

La chica moderna se va del grupo, tiene su travesía del desierto pues advierte hasta qué punto ese grupo era parte suya y ella parte del grupo, y qué sinsentido hay en estar sola. El grupo donde se ha quedado la chica tradicional tiene también su travesía, están juntas pero les falta la chica moderna y además se dan cuenta de que no están cantando lo que quieren cantar, lo que les gusta y necesitan cantar. Es la chica moderna quien vuelve, quien se disculpa primero. Eso resulta raro en una película, es raro que lo colectivo tenga un valor mayor que la razón en sí misma, incluso que el arte en sí mismo. La chica tradicional se disculpa a su vez, las otras hablan, explican, se suman y el grupo se une más, porque cada disculpa lleva consigo el acto de pedir, pedir disculpas, y pedir es endeudarse, comprometerse, aceptar que deberás algo a otros y otras. Finalmente, claro, es una comedia, el grupo canta con audacia, disfrutando, y gana. Aquí las cosas son más difíciles, sabemos que nuestro grupo puede estar muy unido y aun así es probable perder. Pero nos parece que esa película cuenta algo parecido a lo que estamos intentando: cuenta que puede haber más verdad en trabajar juntas y juntos que en tener razón. Y cuenta que esa mayor verdad no significa que la razón no esté en otra parte, que esa mayor verdad no cambia la razón sino que se constituye en su soporte; es decir, cuenta que la razón a veces debe, sin cambiar lo que defiende, tener un cuerpo y moverse para elegir mejor el sitio desde donde lo defiende.

Ha terminado la serie que estaban viendo mis madres. Voy a parar un rato para estar con ellas. Las oigo levantarse, apagar la tele, mover las sillas donde apoyan los pies cuando ven pelis, y venir hacia aquí.

Mi madre pone agua a calentar para una infusión y me pregunta si quiero. No,

gracias, digo. Mi padre abre la nevera, toma un yogur y me ofrece otro. Rehúso también. Bajo la tapa del portátil y me sirvo un vaso de agua para tomarlo junto con la infusión y yogur, y que no sientan que estoy metiendo prisa.

Mi padre me pregunta por la reunión.

—Bien, contenta —le digo. No saben que estoy en un grupo clandestino, creen que voy a una asamblea de barrio, del barrio donde vivía antes, y como a veces voy también, suelo contarles de allí—. ¿La tuya? —pregunto.

—A medias —dice.

Mi padre pertenece a una de las organizaciones de parados que presionan y vigilan a sus antiguas empresas. Como ya han sido despedidos tienen menos miedo, aunque siempre queda algo, siempre hay recomendaciones y contactos que perder. Merodean, investigan, denuncian cuando no se cumplen las supuestas condiciones que forzaron el expediente de regulación; cuando hay nuevos despidos en marcha encabezan las acciones más visibles. Admiro su lucha que es tan a fondo perdido, pues la readmisión solo está en el horizonte de un larguísimo plazo, cuando cambien las relaciones de propiedad en la empresa. Nos cuenta que ha ido menos gente de la esperada. Mañana hay una concentración delante de la casa matriz y necesitaban ser más de cien pero no saben si van a conseguir ser cincuenta.

—Poco a poco —hemos dicho mi madre y yo a la vez.

Nos reímos de la coincidencia, de la desesperación, de los dobles sentidos. Porque enseguida mi padre canta:

—Suave que me estás matando...

Y mi madre responde:

—Poquitito, poquito a poco, te vas metiendo dentro de mí.

Yo de pronto recuerdo y digo:

—¡El perifollo! Olvidé comprarlo esta mañana.

Risas ahora por la evidente asociación de palabras. El caso es que estaba en la lista de la compra, pero en dos puestos no había y se me pasó. Mis madres aún siguen riéndose. Nunca pensé que haríamos bromas de sexo pero las hacemos y seguiríamos así un buen rato con tal de no volver a la reunión que ha ido bien solo a medias. Poco a poco, solemos, sí, decirnos, suave pero inflexible, sin prisa pero sin pausa, un paso adelante y a veces dos atrás, hemos conseguido ya mucho y debemos continuar luchando sin que nuestro ánimo decaiga ante los reveses, todo eso nos lo decimos pero el caso es que van pasando meses y aunque hemos avanzado queríamos tener mucha más prisa que pausa, ser certeros y haber conseguido más porque a veces nos medimos con quienes nos atacan: ellos y ellas no retroceden, como mucho se detienen un tiempo cuando les cercamos, pero enseguida vuelven a avanzar. Y van cayendo de los hospitales, primero los servicios de lavandería, luego la gestión de datos, laboratorios, quirófanos, equipos clínicos que son mermados y divididos, infraestructuras, y se promulgan leyes que premian a quien se hizo fuerte a costa de otros y castigan la inocencia, el desamparo. Mientras tanto, los procedimientos con

que el capital asfixia el trabajo no se tocan.

Mi madre tiene reunión mañana. Milita en el Partido Comunista, descreída en muchos momentos, cansada de los tejemanejes, del tráfico de votos y de delegados, de la pequeña corrupción, de las patas de elefante que no son ágiles, de cargos en quienes no confía y declaraciones que no aprueba pero, pese a todo, piensa que ahí hay un camino, que es su camino, que un día acaso convergerá con otros y ese día querrá estar al lado de camaradas que han estado con ella durante años, sin buscar una sola foto, aportando lo que pueden y saben, sumándose a una tradición de lucha que aún, dice, tiene muchas cosas que enseñar y donde aún hay muchas personas que quieren aprender. Hoy, sin embargo, mi madre casi no habla, tiene la expresión risueña como le pasa algunos otros días cuando simplemente decide hacer esperar a la realidad; son días en que nada le parece grave, a casi todo asiente y tú sabes y ella sabe que se desliza lejos, baila una música que no oímos, se deja mojar por una lluvia que no cala, y aunque le consta que habrá regreso y humedad y voces duras en vez de música, no le importa pues considera su estado de ánimo una pequeña victoria o siquiera una maniobra de distracción.

Mis madres se retiran. Yo traigo del cuarto de estar una lámpara pequeña que hay junto al sofá. Una vez enchufada en la cocina, me permite apagar la luz fluorescente. Ahora, ya sola, enciendo de nuevo el ordenador. La lámpara deja la mitad de la cocina a oscuras. Me gusta esta sensación, la mesa, unas baldosas y unas sombras, el resto de la casa apagada, la noche también afuera. Tal vez es más fácil imaginar un hueco breve de luz conectado con otros que casas enteras con la dispersión que introducen demasiados lugares distintos. La oscuridad mitiga las distancias y casi parece que podríamos vernos de una casilla a otra, de una ventana iluminada a otra.

Nos unimos desde donde estamos. Se equivocan quienes piensan que en las pantallas nos fugamos de las habitaciones, incluso cuando es cierto y nacen fugas, incluso cuando convierto esta cocina amenazada en otra cosa, un lugar de paraje, un refugio azotado por el viento y la lluvia adonde vamos llegando desde continentes distintos, y cabemos. Incluso entonces, la cocina sigue estando aquí, en esta noche de lo que ha sido un día soleado, en una ciudad sin mar, demasiado alejada de otros lugares donde también se lucha. Incluso entonces veo que solo somos una parte de todo lo que avanza, donde también están los sin lámpara, las sin identidad. No somos escapistas, nuestras palabras llevan nuestros cuartos o su falta, no nos desprendemos de nuestras raíces sino que somos individuos con metros cuadrados, con tiempos cúbicos, recuerdos y enlaces, acabar con nosotras sería acabar también con lo que habitamos, y no me refiero a la propiedad que o no tenemos o puede caer, me refiero a lo que no termina en nuestro cuerpo. No somos escapistas: cuando nos unamos todos nuestros metros cuadrados deberán poder hacer frente a los metros de sus casas, de sus cuarteles divididos, de sus ejércitos. Creerán que se baten contra cuerpos solitarios, algunos de la mano, sin saber que se enfrentan a vidas y la vida no es solo presente^[8], es también extensión, es sobre todo extensión.

No somos escapistas pero, a veces, llueve y en el morse de las gotas nos parece detectar una salida. La luz sobre el asfalto mojado pinta cristales verdes y rojos bajo los semáforos, cada reflejo es plano y, sin embargo, si lo pudiéramos atravesar. El ruido de la nevera me devuelve aquí: el perifollo olvidado no estuvo en la crema de verduras, mañana tengo una entrevista de trabajo en la que no quiero pensar, aún no te he contado nada de *Como si un ángel*, el libro que comentamos en la reunión del que iba a hablarte pero mejor mañana. No sé quién eres, te imagino con una década más, o dos, o tres, que yo. Puede que tengas mi edad o seas más joven, en todo caso cada vez que te imagino viene a mí la segunda estrofa del soneto 92 de Neruda. Neruda, sí, ese extraño poeta amado y detestado mas a quien le fue dado ver, cómo negarlo, parte del código en el que está escrita la materia. «Polvo en el trigo, arena en las arenas / el tiempo, el agua errante, el viento vago / nos llevó como grano navegante. / Pudimos no encontrarnos en el tiempo», así te pienso ahora, y digo: podemos no encontrarnos pero has estado aquí, has hecho de la mesa con hule, la pantalla y el ruido de la nevera un lugar compartido. Oigo contigo el coro de voces de cada reunión que fue y será, el coro sigue con incorporaciones y con pérdidas cuando me tiendo en la cama junto a Marina, la respiración de niña acompaña el conjuro del viento que mueve las semillas, mi insomnio en este regreso no buscado a la casa donde crecí se une también a vuestro canto, candil de nieve.

Hoy, después de dejar a Marina en el colegio, me he encontrado con Ramiro, hacía años que no le veía. Ha montado una empresa de mantenimiento de software, pero no le da para vivir. Se separó hace cuatro años, tiene un hijo de seis. Por un segundo nos hemos mirado como si encajáramos y el deseo bailoteaba cerca, aunque no: tanto a él como a mí nos ha sobrevenido el mismo miedo a precipitar la caída del otro con nuestro precario equilibrio. Tomamos juntos un café, hablamos de los críos, de las casas, de las guerras, de un par de series, de conocidos comunes y luego Ramiro me pregunta si estoy en algo y yo sé a qué se refiere. Sí, en algo, he dicho, ¿y tú? También. Nos contamos sin especificar demasiado. Actividades, multas, manis. Dos o tres colectivos, una revista, un encierro en una facultad, un encuentro reciente de personas venidas de otras ciudades y países, buenas experiencias, cosas que se están poniendo en marcha, y también el cansancio.

Me dice que a veces piensa en una inmersión general. Ya que no podemos irnos, de momento, sumergirnos, aquí mismo, como en catacumbas invisibles. Como andar con música, le digo, y asiente. Fantaseamos los dos con sacar los auriculares de debajo de la camiseta, ponérselos y que lo que se oyera fuese el ruido de un sónar. En realidad no andamos, vamos a cámara lenta por debajo del agua el tiempo necesario para coger fuerzas otra vez. Entonces pensamos en las cargas de profundidad y nos quedamos callados, como esperando a que caigan esos pequeños cilindros explosivos, sin que nos den. Con rodeos, de forma indirecta, terminan aflorando nuestras dudas. Paramos golpes, desahucios. Retrasamos un poco la

barbarie. Construimos refugios, algunos caen, otros duran. A veces, dice Ramiro, ganamos: locales, diputados, votos; sin embargo, que la fuerza real, la económica, la física, cambie de bando, es difícil. Me asombra recordar a la perfección esos momentos de Ramiro, empieza a hablar como si fuera un poco asmático y enfatiza y se nota que va detrás de sus palabras. Estamos hablando de construir otra civilización, dice, es una locura. Enumera nuestros propósitos: cambiar las relaciones de propiedad de las cosas, acabar con el dominio sobre las personas, tomar Bruselas, cuidarnos, cambiar las relaciones con la naturaleza, vivir sin petróleo. Recurriendo a conversaciones de hace mucho tiempo contesto que es el freno de emergencia. Ramiro considera la expresión, parece que va a aceptarla pero finalmente dice no estar nada seguro. Se compara, y me hace gracia, con los curas ateos de las novelas. De reunión en reunión, diciendo lo que piensa que es verdad, asintiendo a lo que oye convencido, ilusionado, con ganas. Pero luego volver a casa, rezar y que Dios no coja el teléfono. Yo también dudo, digo, quién no. Solo que dejar de intentarlo sería pactar, decir que vale, que nos parece bien. Y él contesta que no, que solo sería intentar vivir.

Nos hemos mirado porque en realidad discutimos con nosotros mismos, él piensa como yo y yo como él. Además, decimos, dos reuniones, una mani, una asamblea: no es tanto. Cansa pero comparado con la guerrilla o con ser un refugiado..., no seguimos porque no conocemos esas vidas, de las nuestras decimos que lo que más nos cansa es no creer, es el miedo a que solo prevalezcan las resistencias simbólicas. Y aunque sabemos que nunca son únicamente simbólicas, que los momentos compartidos quedan y que la fuerza sale de haber luchado en común pues no es al revés, no se tiene primero la fuerza; aunque lo sabemos, también sabemos que, en el otro lado, la fuerza está depositada en inmuebles, redes económicas, vetas de capital acumulado. Recordamos, no obstante, las veces que hemos gritado todos y todas sin miedo «Sí se puede». Porque al final, el capitalismo siempre trata de que no hay transformación posible. Ramiro habla de esos equipos de guionistas de series que trabajan en una habitación donde todas las paredes son pizarras, y aportan ideas, y recogen las de los demás. Si la realidad fuera así de blanda, pero esos guionistas trabajan con una ficción mientras nosotros, dice, tenemos que mover cajas que pesan, vidas con tantas ataduras que no sabes por dónde empezar. Al principio una caja, luego otra, le digo, luego ya hay sitio para estar de pie y mover las otras más cómodamente. Al principio se afloja una cuerda, luego otra, luego parece que va a peor pero se encuentra la cuerda adecuada y se puede tirar de ella. Le cuento el lema de casa, poco a poco, y sonrío, es lo que le dice a su hijo cuando debe ordenar un cuarto que parece haber chocado contra varios asteroides. Estamos a punto de pedir otro café cuando, sin que la hayamos hecho explícita, nos sobreviene a los dos la mala conciencia de estar ahí sin hacer nada, de no tener un horario que nos reclame. Es el tiempo improductivo, el aire que hemos de respirar porque no hay tiempo neutro, porque o producimos o no producimos, o trabajamos o estamos en paro o bien

hemos entrado en el grupo de los nuevos replicantes, creados para hacer los trabajos peligrosos, más ágiles, más fuertes, aunque sin ninguna empatía. Nuestro trabajo es, sí, el más peligroso: pertenecer al ejército de reserva, estar aquí solo para que bajen los precios y prospere la desolación; andamos como los demás, sonreímos como los demás, somos réplicas perfectas y apresuramos el paso como si nuestro tiempo valiera y contase como cuenta y vale el tiempo de los demás. Forma parte de nuestro papel en el ejército de reserva hacer que cuente, acortar los cafés y andar con la mirada fija en un punto lejano tratando nuestro tiempo como si tuviera valor en el mercado.

Hemos forcejeado para invitarnos; al final, relajados, cada uno ha pagado su café. Nos hemos despedido con un beso que parecía más que un mero saludo, y que ha seguido conmigo como un brillo secreto en la comisura, un fulgor hacia dentro aunque luego, tal vez media hora después o cuarenta minutos, el fulgor se ha ido apagando.

Vuelvo a las aceras. Busco un banco de madera, no una biblioteca ni otro bar. Esta intemperie, hasta que empieza el frío, me hace bien. Elijo siempre sitios no demasiado expuestos, bancos discretos y como camuflados por un árbol, un saliente o un rincón. Aun así, en cualquier momento alguien a quien conozca puede verme pero acepto el riesgo a modo de mínima rebeldía: por un rato no seré ejército de reserva sino yo con mi paro que, a deshora, en un banco y sin siquiera tener conexión, escribo.

Te iba a contar que el otro día en la reunión hablamos de un libro titulado *Als ob ein Engel, Como si un ángel*. A lo mejor piensas que es secundario, que debería hablarte directamente de lo que hacemos. A lo mejor me llevas una o dos generaciones y has suscrito frases como que no hay práctica sin teoría revolucionaria y viceversa y, pese a todo, quieres que empiece por el final. Pero antes del final está lo que no sé, y no puedo saltármelo. De eso hablamos en la reunión, de lo que no sabemos: de cómo atravesarlo para llegar a un sitio que no esté tan lejos de nuestros nombres. Cuando llamo a mi hija, ¿quién la llama? Lo que yo soy, lo que la busca y la abraza, es exactamente un lo, no un pronombre personal sino el rescoldo de lo que nos han ido dejando ser. Un considerablemente alegre rescoldo de treinta y tres años en vaqueros, camiseta blanca, chaqueta de punto, un chisporroteo que va de los ojos a la punta de los dedos al ir a dar el beso de buenas noches. Rescoldo montaraz y deslenguado cuando está con amigas y amigos, rescoldo apegado a la vida pero que sabe que el fuego no era nuestro y que nosotras, y nosotros, habríamos inventado una hoguera diferente. Cada vez que Marina me pide el juego de caminar desde cada lado del pasillo, muy deprisa, como si fuéramos a abrazarnos pero entonces esquivarnos y perseguirnos, ¿es que no soy yo entonces quien juega, es que no es ella quien me abraza al tercer encuentro entre risas que nacen de la tripa y nos tiran sobre la cama? ¿No es esta la única vida que tenemos? Y sin embargo ni siquiera en ese momento perfecto vivimos en nuestros nombres. El instante más nuevo es también una onda

concéntrica, acaso la primera, pero un poco más lejos están las barricadas, y detrás, toneladas de muerte innecesaria, de pena innecesaria, y en la siguiente onda, nuestras capacidades abolidas, paisajes que pudimos construir, paisajes que aún podemos construir.

Así vengo a contarte el día en que, tras haber leído *Como si un ángel*, nos juntamos para hablar de la historia de una montonera en Mendoza, Argentina. El libro comparte la timidez luminosa de su protagonista. Es una historia contada desde la discreción absoluta, no hay narrador sino una figura más modesta: alguien escucha las voces de quienes conocieron a la montonera; si hace una pregunta, solo transcribe la respuesta; imaginamos que ordena, selecciona y a menudo compone las frases, las aligera, las enciende. Gisela, Gisi, muchacha argentina de origen austriaco, primero entra en una agrupación estudiantil. Pero en 1974, cuando la represión aumenta, siente, junto con otras personas del grupo, que «esperar, mirar, seguir discutiendo sin incidir en la marcha de los acontecimientos» es como una traición. Lo discuten y la mayoría, incluida Gisi, ingresa en la Juventud Peronista; esperan ayudar a fortalecer lo que el peronismo tiene de movimiento de liberación nacional, quieren evitar que el país quede convertido en una colonia de los grandes consorcios económicos. La transición de la Juventud Peronista a la guerrilla se produce de un modo casi natural en un momento en que la sociedad entera se está militarizando. Deben defenderse para no ser exterminados por las fuerzas de seguridad.

Y poco a poco al principio, y luego más deprisa, empiezan a perder la batalla. La represión aumenta, la movilización popular no se desata, ser capturado o capturada, torturada o torturado, y desaparecer es para el grupo de Gisi no solo un horizonte probable, sino casi un destino. El relato se detiene en las oportunidades de Gisi para escapar, ya abjurando de la lucha, ya escapando del país en una furgoneta o con el pasaporte de su prima vienesa, casi de la misma edad y rostro muy parecido. Gisi las rechaza todas, se siente responsable de su grupo, piensa que si lo deja la lucha de sus compañeros y compañeras habría sido en vano. Nadie sabe cómo fue la muerte de Gisi, solo que la detuvieron y desapareció. El relato termina contando cómo la afrontaron quienes más cerca estaban de ella. La mayoría respeta el camino que eligió, algunas personas le reprochan no haber evitado una tragedia que aún hoy ensombrece sus vidas, pero tal vez no la culpan y lo que habla es su propio desconsuelo.

Al comentarlo, estuvimos de acuerdo en que el libro no era solo un relato de desaparecidos como los que nos habían llegado de otras generaciones, historias de las dictaduras chilena y argentina o de la represión franquista. Gisela formaba parte, sí, de los miles de muchachos y muchachas desaparecidas. Pero lo que nos la hacía tan presente era que su vida hubiera sido escrita ahora, desde este tiempo, cuando éramos nosotras y nosotros quienes soñábamos con una vida en la que no fuera necesario sacrificar el presente en aras del futuro. ¿Qué generación no habrá soñado con eso?, me preguntas. De acuerdo, acaso si tú o yo no fuésemos vividos sino que pudiéramos

vivir, acaso entonces el momento histórico no sería tan importante. Pero nos viven a través de la historia y este es el momento que nos ha tocado. Sin haber provocado el terremoto, lo sentimos en las paredes, bajo los pies, oímos una vibración de millares de cascos de caballos y de búfalos, una sucesión de estampidas. Tu generación, la que sea, también las oye, en las manis vamos juntas y todo se fundirá, lucharemos todas y todos, pero la tierra ha empezado a temblar cuando teníamos la edad de Gisi o unos pocos años más.

¿Cómo habría sido ella si en su época hubiera existido internet? La clandestinidad no les habría permitido dejarse localizar, dar señales; sin embargo, antes habría tenido una vida no clandestina, habría colgado fotos, chistes, habría enlazado artículos y canciones y entonces, seguramente, todos esos muchachos y muchachas perseguidas, torturados, habrían estado menos solos. Podríamos haber conocido a Gisi tú o yo, haber leído entradas de su blog: su desaparición nos habría atravesado de continente a continente; quién sabe si hubiéramos sido capaces de unirnos para ir a buscarlos, a los niños y niñas más lindos^[4] de Latinoamérica, a la generación entera que en medio de su canto de guerra y de amor fue empujada al abismo.

Elegimos leer *Como si un ángel* porque habíamos dejado de soñar solo en palabras, en imágenes, y habíamos empezado a soñar también en actos. Nos preguntábamos cuántos actos serían necesarios y de qué clase. ¿Bastaría con el clamor creciente? ¿Con las manifestaciones, asambleas, partidos, con la construcción de focos de resistencia y espacios comunes? Lo elegimos porque aquellos muchachos y muchachas habían intentado algo más. Y habían perdido a corto plazo, pero estábamos de acuerdo con el padre de Gisi cuando decía: si su lucha valió la pena se sabrá dentro de cien años. Si quieres saberlo: no, no aplaudimos la violencia a la desesperada y tal vez fue eso lo que hizo el grupo de Gisi. Pero cuando el riesgo personal está excluido, a lo mejor ya estamos muertos. El riesgo es distinto de inmolarse, por eso hubo quien dijo que en el momento en que supieron que todo estaba perdido, Gisi habría debido huir. Otros pensaban que Gisi no se inmoló en absoluto, la mataron, que es muy distinto, además, tal vez siempre esperó que algo sucediera y, tal vez, no podíamos saberlo, tenía motivos para esperarlo.

No escogimos el libro para discutir el problema de la violencia, de algún modo eso había sido discutido ya: habíamos implícitamente acordado que no lo abordaríamos aún, luchábamos desde la aspiración a conseguir el triunfo a través de la gran mayoría, porque siempre los explotados y las explotadas fueron más que los explotadores. Teníamos presente el once de septiembre chileno pero, imprudentes acaso, precipitados o deseando obrar sin reserva, confiábamos en un desmoronamiento global del enemigo. En última instancia intuíamos que si llegaba un momento distinto, sería la discusión la que nos elegiría, la que se nos impondría, en vez de elegirla nosotras a ella. De manera que ni escogimos *Como si un ángel* para tratar de la violencia, ni para hablar de la épica triste de la derrota descrita en otros libros y películas sobre aquel momento. El libro nos entregó un secreto más lúcido y

poderoso que destellaba desde su interior, algo así como saber que, a veces, incluso ante la imposibilidad de que la victoria se produzca —a corto y medio plazo—, es preciso que la resignación no sea el único camino. Y que esa era una verdad irrenunciable, un principio que no abandonaríamos justo en el momento en que pensábamos que tal vez, que acaso, que después de bastantes años, existía una remota pero accesible posibilidad de ganar.

Fue poco después de haber comentado *Como si un ángel*, cuando alguien trajo la noticia que nos puso en marcha. Pudo haber sido otra, o un problema de algún conocido, o una ayuda solicitada, como otras veces. El titular decía: «La sangre de los parados». En el texto se contaba que una multinacional productora de hemoderivados había propuesto que se pagase la donación de plasma sanguíneo para proporcionar a los parados unos euros extra con que llegar a fin de mes. La multinacional pagaría por las donaciones, decía su presidente, unos sesenta o setenta euros semanales, «lo que sumado a la prestación de paro es —añadía— una forma de vivir». La noticia había aparecido en varios medios, y aunque la federación de donantes respondió en contra y aunque no se vislumbraba ningún cambio inmediato en la legislación, desde diferentes lugares se advertía que las empresas iban a continuar presionando a la UE y a los gobiernos para que liberalizasen la compraventa de sangre. Pensamos que podíamos hacer algo. No para defender el altruismo, que podía ser una bandera moral demasiado exigente con cada vida y que, sobre todo, era un concepto que una vez más establecía fronteras entre el bien ajeno y el propio, olvidando el común. Tampoco fue el planteamiento ético, ni el legal, del sistema de compraventa lo que nos sublevó sino que se considerase el paro como un recurso, como una fuente de extracción. Fue el desprecio con que esas declaraciones dejaban claro que no se estaba hablando de lo que cada persona quisiera hacer con su cuerpo, sino de lo que se le recomendaba hacer caso de estar en paro para completar un subsidio insuficiente. No haciendo nada, admitiendo, dejándolo pasar, admitiríamos que no vivíamos, que nuestra sangre no circulaba para hacernos palpar, sino que apenas permanecía a la espera de la explotación, como una mina, como un yacimiento en venta.

Empezamos a trabajar. Despacio. Tanteando los contactos, los lugares, buscando informaciones que cruzábamos. Si los productores de hemoderivados eran multinacionales, también nosotras y nosotros. Si otras veces habíamos tenido que salir a pelear allí donde comenzaba cada ataque, este ERE, aquel hospital, este reglamento, ahora nuestra organización se disponía a escoger un campo de batalla que nos fuese propicio.

Levanto la mirada de la pantalla. Un hombre mayor con un anorak amarillo pasa cerca de mí, da grandes pasos y empuña un libro de portada brillante y grandes letras mayúsculas como los de autoayuda, de cuyo título solo alcanzo a distinguir una palabra: «Ahora». El hombre ha doblado la esquina; me pregunto si no será, igual que nosotras y nosotros, un mutante. Ha mutado hacia la autoayuda como quien muta

hacia la agresividad o se queda en los márgenes esperando su crisálida o, por azar, rencor o encuentro de algunas compañías, podría mutar hacia la revolución. El otro día en la asamblea de los viernes, en la no clandestina, y se hablaba de los comunes y alguien contó un argumento^[5] que había oído: dijo que se podía romper la disyuntiva tomando un camino que no sea ni enfrentarse ni someterse. Habló de un ejemplo tomado de *Crónicas marcianas*, donde, como por otra parte en *Espartaco*, dijo, los esclavos en vez de someterse o enfrentarse, decidían irse. Claro que ni a Espartaco y los suyos les permitieron irse, ni tenemos ahora cohetes, ni siquiera planetas adonde ir. La solución era, pues, mutar, dijo, mutar, que es una forma de irse habiéndose quedado. ¿Y cómo hacerlo? De nuevo imaginamos cómo sería no derribar los cimientos sino empezar a construir otro mundo aquí, a la vista de todos aunque, obviamente, con prudencia y astucia cuando hiciera falta. Una especie de escondite inglés en el que vas moviéndote aunque parece que no te mueves y, por fin, cuando el adversario se da la vuelta, resulta que tú ya has llegado. Si empezásemos a construirlo todo, las comunidades, las cooperativas, las okupaciones, las expropiaciones, las redes, las nuevas relaciones, si fuésemos mutando, tal vez la guerra luego no tendría que ser cruenta ni larga ni dejar todo devastado, a lo mejor sería solo el avance de quienes han sabido cultivar y mantener cada tramo ganado al mar. Si lográsemos que desertaran de sus ejércitos, de sus comisarías, de sus cajas fuertes. O si fuéramos tantos que vencernos significara arrasar el país por completo, cada una de sus calles. Si lográsemos construir catacumbas de superficie pero no imaginarias sino reales, calles superpuestas a las calles, como hay pistas de baile sobre los descampados.

En la acera de enfrente dos chicas de unos diecisiete años; sentadas en un banco, teclean en su móviles. Una se ha reclinado en el brazo del banco con las rodillas dobladas, lleva falda, medias negras y botas katiuskas rosas que tocan el vaquero de su amiga, quien tiene lo que parece un imperdible en cada ceja. De vez en cuando se hablan en voz muy alta, y hace un segundo han gritado: ¡Jorge! a un chico que pasaba deprisa delante de mí. Tiendo a pensar, pero es una estupidez y bien podría ser al contrario, que ellas no saben nada de nuestras mutaciones, de nuestros debates, que no les importan. Nuestros debates avanzan en espiral, pues una y otra vez discutimos sobre lo que parece que es lo mismo: ¿podemos empezar ya a vivir de una manera diferente o debemos esperar para que nuestras prácticas no se resientan de tantas concesiones? El único modo que tenemos de levantarnos es, de hecho, que quites tu pie de mi espalda, dice Nina Simone en «Revolución». Si no hacemos que lo quiten, si aprendemos a vivir de otra manera pero con la espalda doblada, pero aceptando además que otras espaldas, las que sostienen nuestros edificios, nuestros encuentros, nuestros raquíticos ingresos, estén rotas por la explotación, ¿no nos estaremos equivocando? ¿Es posible mutar solo con proponérselo? La respuesta no puede ser sí pues entonces estaríamos diciendo que las cadenas solo dependen de nosotras mismas, estaríamos culpándonos de nuestras cadenas. Y aunque haya una parte de verdad, hay otra parte escrita con la acumulación y la desposesión y la violencia. Por

lo demás, se muta en compañía; se muta, también, en un territorio. A esas dos chicas, la de las botas de goma rosas, la de los dos pinchos en las cejas, las necesitamos. El largo día no acaba si no sabemos hacer que se nos unan. El largo día no acaba si no logramos erguirnos y que los pies que estaban sobre nuestras espaldas se retiren.

Vuelvo ahora a casa, debo arreglarme para la entrevista de trabajo. Siempre he odiado esa expresión. Arreglarnos como si estuviéramos estropeadas. Hay quien piensa que la dignidad sería llegar a la entrevista con el gerente del hospital —porque la entrevista no es con un médico, es con un gerente— como voy ahora vestida. Hay quien piensa que la dignidad sería no disimular ni dar a entender que detrás de cada gesto de asentimiento hay una súplica. Eso depende de dónde y de con quién estés. La dignidad hoy no es volver a casa sin trabajo, hoy no. Disentí de formas de ejercer la medicina contrarias al más leve sentido de la justicia y el apoyo mutuo. Pasé mis días. Me cerré puertas. Ahora será distinto. La dignidad ahora, si existe, empieza en lo que está fuera. He de impedir que el carmín de los labios me traspase la piel, que la nómina, si vuelve, me cambie. Aunque no va a cambiarme, lo sé porque en el grupo hemos resuelto contar hacia atrás. Ya no esperamos. Ojalá baste con seguir avanzando hasta que un día, al doblar un recodo, aparezca un horizonte nuevo. Pero entretanto, son demasiados los cuerpos y los días que se rompen. No, ya no esperamos. Ahora nos hemos convertido en un temporizador. Y cuando el tiempo pasa ya no son minutos más, sino minutos menos. Ahora no voy a necesitar un alma cándida que consienta las imposiciones del gerente por fuera, mientras procura mantenerse firme por dentro. Ahora, la doble vida estalla en pedazos porque por fin no me creo distinta, porque, precisamente, por fin la doble vida va a hacerse realidad. Te extraña; sin embargo, no ser distinta es casi lo opuesto a sucumbir a un mundo que nos fagocita a diario. En lo común no somos devoradas ni tampoco uniformados, nadie se conmueve del mismo modo, son diferentes las evocaciones, brilla la singularidad pero aun ahí, entonces, digo que no soy distinta sino que me parezco. Salvaje es el viento y lo que en nosotros y nosotras se levanta es el dulce rugido de la inteligencia. La razón de que ahora se levante no es el enojo de esta época, ni la felicidad afiebrada que no puede decirse porque no puede ser. La razón, candil de nieve, es haber resuelto en común cumplir lo que acordamos.

DE CARLA

Hay historias que pasan por la piel como el filo suave de las uñas y la hacen despertar. Eran mi especialidad, pero un día llamó a mi puerta una historia de sangre, sangre para transfundir. Hablaba de estos días, los únicos, de este latido tenaz que nos navega y sin embargo habrá de perecer.

Empujado por las circunstancias, cinco años atrás había hecho de mi afición a las historias un trabajo y montado la oficina: «Segunda voz». Como un ordenador humano, codificaría las vidas que vinieran buscando ser narradas. Compré las letras en una de esas tiendas de rótulos y sellos de caucho que están desapareciendo. Diez rectángulos adhesivos de fondo plateado con caracteres rojos, los pegué en el cristal. En las tarjetas, debajo del nombre, puse: Oficina de Comunicación. Yo mismo las imprimí añadiendo solo calle y teléfono: ni dirección electrónica ni página web. Desde entonces he redactado algunas cartas, pero lo que sobre todo me piden son recuentos, memorias, despedidas por escrito, diría yo. Sé que Oficina de Comunicación remite a algo más impersonal y eficiente; lo puse porque vienen a mí buscando dar también a su historia un toque de objetividad. Excepto Carla.

Suelen poner pegas cuando les digo que no les daré un archivo electrónico sino solo los folios. Pero después, aceptan. A mano o a máquina, ya tendrán tiempo de escanearlo. La cuestión es que si saben que solo hay una copia se sienten más libres.

Aunque no es un gran negocio, me ha permitido vivir sin sobresaltos en un piso alquilado con un hijo y una hija, hoy de trece y diez años. Obligado a trabajar desde los dieciséis, no pude estudiar una carrera; lo intenté a los veinte, cuando dejé de ser oficial de panadería y entré en una agencia de viajes. Siempre me ha gustado leer, conseguí sacar algunas asignaturas hasta que cerraron la agencia y tuve que buscarme la vida de nuevo. Hice algunos cursos, encontré trabajo en una empresa de páginas web durante tres años y medio, luego me echaron; yo tenía habilidad, pero la ley había cambiado y les resultaba más barato contratar a un becario que a mí. Tras un año sin encontrar trabajo y sin subsidio, pues nunca estuve en nómina, acepté un empleo de vendedor de piezas de repuesto para camiones. Eso duró cuatro largos años. Después vino la época dorada: una academia para alumnos de secundaria a quienes se les resistían la lengua, la física y las matemáticas. Trabajé allí seis años. Me fui a vivir con Yolanda, nacieron nuestros hijos. Cuando cerró la academia, los profesores descubrimos que llevábamos varios meses dados de baja en la Seguridad Social. Poco después Yolanda me dejó, no lo hizo porque me fueran mal las cosas. Es más, creo que se quedó un tiempo extra esperando a que yo levantase cabeza.

En cuanto supo que una editorial me había encargado sendos libros de caza y pesca industrial, me dijo que se iba. Escribí los libros, no es que los pagaran bien, pero los pagaban. A continuación me encargaron uno de yoga y otro sobre la historia de los instrumentos musicales por la mitad del precio de los anteriores, anunciándome que serían los últimos. Cuando fui a entregar el de los instrumentos, el director de la editorial me dijo que su madre quería escribir sus memorias,

necesitaba a alguien que la ayudase. Te pagará mejor que yo, dijo. Acepté, no tenía otra cosa. Su madre era una persona bastante divertida, trabajar con ella resultó menos cansado de lo que imaginaba y sobre todo me proporcionó algo parecido a un sueldo. Luego ella me recomendó a un primo suyo, quien a su vez me envió a dos amigos..., y un día decidí alquilar un despacho, pegar las letras adhesivas, imprimir las tarjetas.

Mis clientes suelen pasar de los setenta y, lo he comprobado, prefieren la liviandad, que es poca pesadumbre; quieren que lo vivido no se agarre al estómago, golpeando todavía; por eso procuran adoptar un ritmo jovial mientras recuerdan y en mí no buscan verdades sino alivio, aligerar la carga de los hechos hasta que morir apenas sea disiparse, volver del sueño al sueño cuando los focos dejen de proyectar en medio de las sombras las criaturas fantásticas que un día creímos poder tocar. Yo les complazco como puedo. Me cuentan penas y limo el dolor, reviven el ridículo y le doy la vuelta. Con las ofensas reales no es sencillo, les cuesta desdeñarlas, hacer que no regresen a destiempo. Tras una ofensa, solía decirles, siempre queda quitarse el sombrero con ironía y cambiar de rumbo. Pero Carla descartó la frase al instante. Parecía tan sorprendida cuando dijo: Hay ofensas que no se dejan vencer con una pirueta ni sorteándolas por otro camino; duran, no se pasan, se vencen en combate o reaparecen, nunca son personales.

Tengo un formulario, es solo un párrafo; antes de empezar un trabajo les pido que lo lean. No formará parte de su texto pero marcará el tono, si están de acuerdo. Si no lo están, no les pido que se vayan sino que volvamos a hablar hasta que averigüemos el tono que buscan. La mayoría, no obstante, acepta. Es, ahora verán, un tono algo sentimental pero, como les decía, nunca consta y tanto a mis clientes como a mí nos sirve, nos permite situarnos en un enclave con reglas nuevas, ajenas a las del solitario recuento de una vida. Lo escribí uno de esos días, sí, uno de esos en que parece que los huesos dimiten y las vísceras laten solas, un poco desesperadas. El párrafo, en fin, me trajo a Carla, quien, desde su situación particular encontró en él una melodía premonitoria o, por decirlo a su manera, la promesa de un informe con latido. Le interesó también la idea del taco de folios, pues aún no había decidido si lo abandonaríamos o no en el bosque. Digo abandonaríamos en plural porque ella se empeñó en incluirme, y aquí me tienen. El párrafo:

«Cuando lean esto yo ya solo seré palabra en la palabra. Mi materia, las yemas de los dedos que archivaron como espías los datos de las pieles que tocaban, se habrá dispersado en virutas de lápices hasta desaparecer. A lo mejor se ponen tristes un momento, la brisa es eso, un parpadeo del mundo, alguien se acuerda de quienes ya nos fuimos y, unos cientos de metros más allá, se bambolean los tallos si es que hay tallos en los alrededores. Quiero decirles que mi vida no es dramática. Entiéndanme, no trato de excusarme, lo que hice, lo que olvidé, merece ser juzgado. Sin embargo cada vida es un destello: miran, y cuando vuelven a mirar ya hemos desaparecido. El aleteo de una mariposa no puede ser dramático. No pido que

emitan su veredicto desde la benevolencia. Pero mi vida, la vibración que he sido — pestañas rozan tu mejilla—, sálvenla como sepan. Guárdenme en una puerta que se abre sin que la empujen, en el reflejo del sol cuando escribe sobre la tela de su jersey un brillo, dejen que siga siendo una molécula pequeñita, la nada dentro de una burbuja del refresco, o la luz tan fina a veces».

Ocurrió que a uno de mis clientes le dio por memorizarlo. Y, según parece, una noche, en el mismo bar de copas adonde Carla había ido con algunos amigos, mi cliente empezó a declamar el párrafo. Estaba en la barra bebiendo con un viejo escritor argentino. Competían en el recitado de poemas, parlamentos teatrales, incluso fragmentos de novelas y óperas. Supongo que en un momento en blanco, mi cliente acudió al párrafo. Carla les oyó y se acercó. Quiso saber de dónde venían esas palabras. Mi cliente, exactor, expublicista, exfotógrafo, exseductor, se llevó a Carla a un rincón; durante cuarenta minutos le habló al oído, la hizo reír, la aburrió y, por fin, al ver que Carla no cejaba en su pregunta, le contó que yo existía y le dio mi dirección. Ella apareció en mi oficina al día siguiente.

Pensé que venía de una mensajería a recoger algo y que había llamado a mi puerta por error. Llevaba puesta una gabardina más grande que ella, ni siquiera se había quitado la capucha; unos mechones castaños se recortaban sobre la tela clara, pequeñas llamas bocabajo. Esperaba que preguntara por alguien y entonces indicarle que se había equivocado, pero ella pasó dentro, vio un perchero y sin preguntar colgó allí la gabardina mojada. Entonces sacó una de mis tarjetas.

—Buenos días, soy Carla, vengo a encargar un trabajo.

Le di mi nombre, nos saludamos. Empecé a perder pie lentamente. Carla tenía una presencia graduable, daba luz y luego se iba apagando y cuando no lo esperabas volvía. Al verla pasar no llamaba la atención, pero en las distancias cortas, bueno, yo sentí que me asaltaba. La edad media de mis clientes habituales ronda, ya les dije, los setenta. Carla entonces tenía treinta y dos, nueve menos que yo.

Mi oficina es solo un despacho con puerta. En cuanto cruzó al otro lado del perchero, estaba dentro y, sin esperar a que se lo ofreciera, se sentó en la silla ergonómica que tengo para los visitantes.

—¿Qué tipo de trabajo? —dije.

—Un escrito, quiero contar algo que me sucedió.

En ese momento pareció irse por completo; su ausencia dejaba frente a mí una persona distinta, osada y transparente.

—¿Contárselo a quién?

—Me dijeron que solo habría una copia, y que usted no hacía preguntas.

—No soy indiscreto, pero necesito saber a qué tipo de escrito se refiere.

—Una memoria, ¿no es eso lo que usted hace, memorias?

—En general, sí, pero no estoy acostumbrado a hacerlo para alguien tan joven.

—¿Le supone algún problema?

Su cara pálida y algo apagada volvió a resplandecer, sus quince años emergían

desde el fondo de los ojos sin llevarse la calma de los treinta.

—No, pero insisto en que me hace falta un poco de información antes de aceptar o no el trabajo.

—Pregunta.

No supe si estaba tuteándome o si solo me daba pie, y mantuve el tratamiento.

—¿Lo que quiere es una memoria de toda su vida hasta ahora?

Se rio, aunque enseguida el resplandor desapareció; quien respondía era de nuevo esa Carla desconcertante, quizá también desconcertada.

—No, menos de un año, y unos pocos antecedentes.

Empezó a mover la silla giratoria hacia los lados; a su derecha había una estantería con libros que no dejaba de escrutar, y a la izquierda una ventana con vistas a una calle del extremo oeste de Madrid. Ella no es la única, todos mis clientes incurren en esa manía de columpiarse en horizontal. Normalmente no me preocupa, pero Carla pasaba sus ojos por los libros con detenimiento, luego se quedaba mirando la calle como si no estuviera ahí sino al final, en las montañas que los días claros se adivinan al fondo. Iba de un lado a otro y yo, en cada giro de su silla, la echaba un poco de menos.

—¿El objetivo? —pregunté—. ¿Quiere no olvidar lo que pasó, quiere contárselo a alguien, quiere...?

—Quiero que lo escriba. Después ya veremos.

—¿Veremos? ¿Quiénes?

—Después es después.

Yo iba a aceptar de cualquier modo, no necesitaba saber a qué quiénes se refería, me bastaba con pensar que algunas mañanas Carla llamaría a la puerta y mi trabajo consistiría en escucharla. Fue entonces cuando me contó que había oído a uno de mis clientes recitar el primer párrafo. Me sentí descubierto.

—No debió haberlo hecho. Nunca lo escribimos, lo uso solo para marcar una pauta.

—Él no lo escribió, lo dijo en voz alta. Y resulta que ese párrafo es perfecto para mí. Afirmar que algo no puede ser dramático y, al mismo tiempo, pedir que emitan un veredicto. Parece ilógico, pero lo entiendo. Conozco sus tarifas. No tengo mucho tiempo: una semana aproximadamente. Sesiones de dos horas, a ser posible.

Nos pusimos de acuerdo en un horario, todas las tardes de cuatro a seis empezando esa misma y Carla se marchó. Eran las diez menos cuarto, yo no esperaba a nadie hasta las diez. Abrí el archivador, tomé un taco de folios. Sobre el primero escribí: Carla, Relación 0/10. El título, cuando lo hay, lo ponemos el cliente y yo al final. Entretanto, no llamo memoria a lo que hago, ni informe, ni historia. Lo llamo relación, al principio me gustaba esa palabra, ahora además sé que se escribe concatenando, de la tierra a la raíz y de ahí al resto del árbol, al fantasma y la lluvia, aunque yo, como la mayoría, empezase a escribir porque estalló en pedazos la dicha de las correspondencias. Tras sujetar el taco de folios con una goma y

guardarlo en el cajón, me quedé mirando la silla donde había estado Carla. Miré luego el perchero sin su gabardina y, por último, la calle de siempre, a partir de ahora la calle por donde Carla podría aparecer. Uno se acostumbra a definir las cosas por lo que son pero, en cuanto se descuida, vuelve a definirlas por lo que prometen o —a veces llega a ser lo mismo— por lo que les falta. Yo sabía bien que Carla no me había visto. Para ella, yo era una simple máquina de escribir que obedecería órdenes y haría sugerencias. Pero quién no se ha comprado un método de algo y ha pensado que aprendería en dos semanas, quién no se ha asomado a un par de ojos nuevos buscando el reflejo de aquel que quiso ser. Así pasé los diez minutos restantes, me dije que compraría lilas en el puesto de la esquina para la tarde, hice inventario de mi poca ropa, necesitaba un jersey que a ratos ella pudiera mirar como se mira la raya del horizonte. Lo que no imaginé era que, cuando Carla se fuese, vivir empezaría a parecerme más difícil, más inseguro y menos solitario.

PRIMERA SESIÓN

No encontré lilas, me dijeron que el sábado esperaban tener. Mi oficina es tan pequeña; a falta de un ramo no sabía cómo otorgarle un poco de profundidad. Subí la persiana hasta el límite, sonó un clac y pensé que la habría atascado, ya lo arreglaría. Había dejado de llover pero hacía mucho viento y eso era bueno, las calles parecían vaciarse, el cielo de postal se entenebrecía ligeramente con el paso de las nubes adquiriendo un tinte misterioso. Miré entre los libros que había mirado Carla. Ninguno me avergonzaba particularmente. ¿Música? No, distrae a los clientes y también a mí. No obstante, repasé mis discos y escondí algunos al fondo, puesto a poder elegir, prefiero que no se fije en esos. El café lo reservo para el descanso entre una hora y otra. Pasé un trapo de polvo por el flexo, la mesa, la vieja bola de nieve con una reproducción de la noria de Viena. Y esperé. Espiar^[6], había leído, es esperar.

Carla llegó con tres minutos de retraso. En su mochila había un portátil y un montón de folios desordenados del que sobresalían algunas fotografías, hojas impresas directamente de internet y otras escritas en documento de texto. Sacó ambas cosas, las puso sobre la mesa.

—¿Hay wifi?

Ni siquiera un ¡hola!

—Sí —dije—. Es decir, no.

—¿A ver?

—La hay pero preferiría que no la usara.

—¿Por qué?

—Internet es como un álbum de fotos, altera los recuerdos. Cuando usted...

—De tú, por favor.

—Bien, lo mismo digo. Cuando no te acuerdas de cómo era algo y lo buscas en

internet, dejas de reconstruir tu memoria. Recordarás una fotografía.

—Pero yo no quiero solo reconstruir mi memoria. Quiero hacerlo contigo, esto tiene que ser una especie de informe.

—Una relación —digo.

—Me importa tu parte.

—No es lo que acordamos. Hablaste de la memoria de un año.

—Menos; semanas en realidad, y los antecedentes. Yo te contaré lo que pasó, y cuando haya huecos en blanco y no me dé cuenta, me preguntas, y si hace falta buscamos la respuesta.

—No. Trabajaremos sin wifi o no trabajaremos.

Mi flema británica no era más que un temblor disfrazado, iba a perder y entonces lo imprevisto, ese cuerpo que parecía plegable, que yo podría rodear aunque fuera solo imaginándomelo, iba a decirme adiós sin aspavientos. Pero soy inestable y, cuando me empujan, en poco me sostengo si no es en el deseo muy imprudente de hacer las cosas bien. En estos cinco años de escribiente he adquirido cierta experiencia: sé que hace falta un lugar aparte, uno que solo nos pertenezca a mi cliente y a mí. Luego vendrán las correcciones, si el cliente quiere imprimirá fotos, las pegará, corregirá fechas, nombres de calles. Sin embargo, mientras dura la escucha tenemos que estar solos, así eran las reglas con los demás clientes y así tenían que ser con ella.

—No lo entiendo. ¿Por qué?

—Porque no podemos dejar entrar al universo entero aquí. Esto es un huevo —dije.

Carla se rio un momento, pensé en todo el fuego que guarda una caja de cerillas.

—Vale —dijo—. Aceptado.

Metió el ordenador en la mochila, sacó su cuaderno de notas.

—¿Grabas?

—No, no grabo.

—Apuntas.

—Sí.

—Quiero que esté contado en tercera persona.

—Eso debería decidirlo yo.

—Tienes razón. Me refiero a que mi parte quiero que esté en tercera, eso sí puedo decidirlo, ¿no? Si necesito decir algo, lo ponemos. Pones: Carla dice, o Carla opina, o lo que sea.

—Bien. Empezamos.

—Espera, queda tu parte.

—Yo no tengo parte, yo transcribo, nada más.

—Eres un mecanógrafo.

Está provocándome.

—No solo —digo—. Puedo ordenar, elegir qué va y qué no.

—Quiero que lo cuentes todo, también este día y que he venido. Es mi encargo. Lo que voy a contarte llega hasta estos días.

—No...

—Sí. Y necesito que intervengas.

—No lo habías dicho.

—Te lo pido ahora. Si quieres decir algo, por ejemplo.

—¿Algo de qué?

—Si no entiendes algo.

—Desde luego.

—O si no estás de acuerdo con algo.

—No.

—Sí.

—No, no.

—Por favor. Necesito saber que estoy con alguien. Si no ves algo claro...

—... te lo digo.

—Y si algo no te parece bien.

—Pero es que no es mi campo. No estoy dotado para eso.

—¿No estás dotado para qué?

—Para las cuestiones morales.

Carla se rio otra vez. Aquella tarde no había mirado mis libros, ni la ventana, ni tampoco la chaqueta de lana gris claro con finas rayas horizontales blancas que parece informal y sin embargo es mi mejor prenda. Se había trasladado al año que nos disponíamos a escribir, en eso no era distinta de los demás clientes, advierto enseguida cuándo miran pero solo están viendo sus recuerdos. Sin embargo, al reír aterrizaba a mi lado, aunque creo que no se daba cuenta.

—Puede que alguna vez te pregunte, y tienes que contestar. Es mi norma, si no, no trabajamos.

—No sabes quién soy, ¿qué más te da lo que piense?

—Por favor.

No suplica, no ordena, ella sabe que quiero que se quede.

—De acuerdo. Empezamos.

Carla saca el móvil del bolsillo, teclea unos segundos, me mira.

—Modo avión.

Lo deja sobre la mesa con un reloj de grandes números a la vista.

—Empezamos.

Lo que aquí sigue es el relato de los hechos a los que Carla asistió, y de algunos hechos, pocos y siempre habiéndolo indicado, que supo que sucedieron. Ha reconstruido conversaciones de las que, es obvio, no recuerda las frases exactas pero sí lo que allí se dirimía, hemos descrito calles, plazas y parques tal como los ve ahora y no como nos los mostraría Street View u otra aplicación. Las caras, habitaciones, gestos, son los que ella ha guardado en su memoria. A veces nos hemos

detenido para incluir una salvedad o simplemente dejar constancia de un sonido cuya vibración, ella está segura, continúa; por sonido debe entenderse además impulso, temor, enunciado, deseo, lo no visible pero existente que también amuebla el mundo. Y aunque mi sistema no contempla transcribir preguntas, petición de precisiones y otras sugerencias, lo he hecho y he dejado constancia, tal como se me solicitó, de algunos episodios ocurridos durante las sesiones. Carla ha querido que me pronuncie. No es mi costumbre. Henos aquí, el barco de la tierra gira y las pequeñas luces de los sueños se resisten a desaparecer.

Como muchas otras personas, dice, tras el segundo ERE que le tocó vivir con veintiocho años, terminó buscando trabajo fuera de España. Carla envió currículos a medio mundo y, por fin, una empresa dedicada a la fabricación de medicamentos hechos con sangre, los llamados hemoderivados, la contrató. De origen eslovaco, Laboratorios Pharmen había sido privatizada y estaba en manos de una gran empresa suiza. Carla hizo la entrevista en Madrid, en una de las sucursales de la multinacional. La condición para darle el trabajo fue que estuviera dispuesta a trasladarse a la capital eslovaca en un plazo de dos semanas. Aceptó sin dudar. En aquel momento no tenía pareja, vivía en un piso compartido con otras cinco personas. Dos de ellas, Rubén y Noa, pertenecían a la organización. Bueno, dice, en aquel momento no estaba segura, le habían contado algunas cosas, la habían invitado a reuniones donde se hablaba de la posibilidad de que la organización existiera. Carla no quiso saber más.

Carla, que se ha vuelto a sentar, me mira y pregunta:

—¿Por qué motivo se mete alguien en algo? ¿Carácter, casualidad, análisis de pros y contras?

—¿Importa?

—Supón que sí.

—Noventa y siete por ciento, casualidad.

—Yo habría dicho noventa y nueve, pero creo que podemos entendernos. A veces es solo cuestión de casillas ocupadas. Caes en un sitio donde alguien es el gracioso y te toca hacer de interesante, o te vas con tus gracias a otro lado. La casilla de tomarse la política en serio estaba muy ocupada en aquel piso. Yo iba a las manifestaciones, a las asambleas, y luego a veces, durante semanas, no quería saber nada de ellas. Son los líquidos, ¿sabes?

Espero, doy por hecho que no necesito contestar, no sé nada de líquidos.

—En un ambiente seco, las plantas y también los animales trabajamos para conservar el contenido líquido de nuestras células, en contra de la tendencia natural del agua a fluir fuera hacia el mundo exterior seco. Si fallamos en ese trabajo, morimos.

—¿Y cuando no estamos en un ambiente seco?

—Nunca el mundo es lo bastante húmedo.

Al hilo de su frase reparo en su camiseta marina, es de un azul denso, ultramar, más propio de la pintura al óleo, pienso, que de la vida sintética de los grandes almacenes.

Carla se ha quedado callada conmigo, ahora continúa.

—Somos pequeños organismos que parecen sólidos, que viven separados unos de otros, empeñados en contener el agua para que no fluya y se funda con todo lo demás. Yo me escapaba, al monte, a fiestas, a casas de amigos donde hablábamos de nuestro trabajo como si tener trabajo fuera algo corriente. Ahí estaban mis células, conservando el líquido para que no se mezclara.

—¿A tus amigos de la organización no les importaba que se mezclase?

—Supongo que ellos vieron antes que yo que mezclarse sería inevitable.

—¿Inevitable? No entiendo esa palabra. Quiero decir que si lo que vas a contarme es algo inevitable, no hay juicio que valga.

—Entonces corrige la palabra.

—¿Y cuál pongo? —digo ligeramente molesto.

—No lo sé; ¿cómo se dice cuando podrías huir pero sabes que tienes que quedarte?

—Sentido del honor.

—No, no, esos son los héroes, el deber, las Termópilas. Pon sentido común.

—Tus amigos vieron antes que tú que el comportamiento con sentido común era mezclarse —digo con una retranca contenida.

Carla no es distinta de los demás en esto. Creen que escribir consiste en escoger algunas palabras e intentan controlarlas. Luego, poco a poco, reviven lo que cuentan y me dejan trabajar.

—Bien, sigamos —dice.

El día que se marchó fue Rubén quien la llevó al aeropuerto. Habían hecho una fiesta en el piso y ella les había pedido que por favor no fueran a despedirla. Les había jurado que lo decía de verdad, que no lo hacía por no molestar ni por esos agobios que le daban a veces. Era la fiesta lo que quería llevarse en la memoria; en cambio, pasillos y maletas y controles de seguridad los prefería neutros, como una plataforma de lanzamiento que luego se olvida. Dos días antes había ido al pueblo de Zaragoza donde vivían sus padres, les había abrazado y les había pedido también que no se desplazaran a Madrid pues estar con ellos, comer, pasear, era la mejor despedida. De modo que puso el despertador a las cinco de la madrugada, se duchó y cuando fue a la cocina a hacerse un café encontró a Rubén con una chaqueta azul marino y una gigantesca gorra de plato.

—El coche nos espera en la puerta —y Carla se emocionó porque Rubén apenas sabía conducir, no tenía coche y odiaba madrugar pero ahí estaba, sonriente, tranquilo, ocupando todo el espacio para que no cupiera duda alguna de que su decisión de llevarla estaba tomada.

Rubén había pedido prestado un coche, conducía a tirones, llevaba tiempo sin hacerlo.

—Te lo has saltado —dijo Carla temiendo que no hubiera reparado en el semáforo en rojo que acababan de pasar.

—Lo he pasado por debajo —y en la risa que les entró resonaban años de crecer juntos, viajes, confidencias, el día que Rubén se echó a llorar delante de Carla en el bar donde habían quedado para desayunar porque una chica le había dejado, pero luego la chica llamó para decir que volvía, empezaron a beber y cuando llegó la chica les encontró completamente borrachos a las diez de la mañana. Con los primeros trabajos y la aparición de la organización dejaron de verse tanto aun cuando siguieran compartiendo casa. Sin embargo, cada uno era parte de la batería del otro, de un modo intermitente, callado, y sabían que aunque pasaran años sin verse, seguirían estando juntos.

El avión de Carla llegó a Viena. Del aeropuerto salía un autobús directo a Bratislava, pero ella prefirió tomar el cercanías hasta la estación y luego el tren. En cada vagón, el suelo de linóleo imitaba el granito, pequeñas piedras reproducidas con esa rara insistencia humana, dice, en que unas cosas se finjan otras diferentes. El tren avanzaba entre árboles, hierba y casas viejas pintadas de azul. Bordeó el Danubio, había varias barcazas amarradas a la orilla. Desde la cubierta de una de ellas, una mujer joven alzó la vista hacia el tren, aún la recuerda, dice. En cada parada subía alguien a su vagón, y alguien se marchaba, la mayoría parecía realizar el trayecto a menudo, iban oyendo música en sus auriculares, escribiendo en sus móviles, leyendo. Ella miraba por la ventana los tejados casi verticales a causa de una nieve que en esa tarde de finales de agosto parecía imposible. El tren volvió a acercarse al río, esta vez el cauce era muy estrecho, a ambos lados crecían amapolas. Ningún trámite ni valla indicaba que hubieran cruzado la frontera, solo el ruido del tren sobre las vías, más intenso, menos domesticado. Luego el terreno se volvió montañoso, el traqueteo era mayor en los túneles, de vez en cuando aparecían fábricas a ambos lados. Calculó por la hora que estaban llegando. Había reservado un hotel barato en Petrzalka, el barrio de bloques de hormigón construido durante el socialismo, entonces para dar alojamiento a los trabajadores de las industrias de la zona y ahora habitado, según decían, por familias jóvenes de clase media. Siguió a la multitud y cruzaron bajo las vías hasta llegar al edificio de la estación: medio hexágono desordenado por dentro, taquillas, máquinas, dos quioscos de comida rápida y gente yendo de un lado a otro. Fuera el entorno seguía siendo bastante caótico, coches y autobuses que circulaban sin carril, algunas personas arrastrando equipajes sobre un suelo de cemento desgastado.

—¿Qué pasa? —pregunta Carla ante mi impaciencia visible.

—¿Para qué tanto detalle?

—Ah, las descripciones. Es verdad, yo a veces me las salto cuando leo. Pero

otras veces me propongo verlas.

—Si quieres que las transcriba, necesito entender por qué.

—Ni tú ni yo estamos ahí, tú no has estado nunca, ¿no?

Asiento, apenas he viajado, y nunca fui a Eslovaquia.

—Sin embargo —dice Carla—, lo describo y puedes ver el suelo del tren, los tejados, la estación, puedes decirle a la cadena de cosas lógicas que se retire un momento mientras algo no del todo real, procedente del recuerdo de lo que mis sentidos experimentaron, pasea por aquí.

Creo que la cadena de causa y efecto no se detiene nunca, pero callo; en general prefiero no discutir y, en particular, también. Carla parece darse cuenta de que no me ha convencido.

—Ahora voy a contarte que bajé una cuesta y llegué a una intersección de calles imposible de cruzar a no ser por el paso elevado para peatones. Empecé a subir las escaleras, musgo y hierbas se abrían paso entre el cemento, me detuve en mitad del puente. Tú lo estás imaginando. Admito que ese puente y mis palabras forman parte de la cadena de causas y efectos. Lo único que digo es que es otra cadena, la de las cosas que imaginas.

—Ajá —digo a propósito, porque ajá tampoco forma parte de la cadena de causas y efectos de las cosas que nos tocan, solo de las que leemos—. Sigamos —pido y sonrío como si con la leve curvatura de mi boca pudiera indicar a Carla que a veces la sueño entre las personas que me tocan, pero que jamás me atreveré a decírselo y que muy bien puedo aceptar la interferencia de aquellas cosas que existen aunque no aparezcan en los ejemplos de los libros de lógica.

Ella asiente, pero no me ha oído ni tampoco me ha visto sonreír. Aún está allí, en esa otra cadena de cosas lógicas.

—Escribir es traer de vuelta a los expulsados del presente —dice.

Exageras, estoy a punto de contestar, pero hace un gesto de asentimiento.

—Sigamos —dice—, sí.

Bajo el puente los coches cruzaban en todas direcciones, algunas personas aguardaban en la parada del autobús. Más allá, casas y calles extendiéndose hacia el río, salpicadas de árboles no decorativos, árboles que parecían haber crecido antes y haber ido graciosamente permitiendo a la ciudad abrirse paso entre ellos. No era un lugar majestuoso, la pintura de la barandilla estaba deteriorada y también el empedrado, pero Carla se sintió bien allí. Alguna vez, al principio, cuando le ganaban la confusión o la nostalgia, había vuelto al puente para recordar aquella primera impresión de libertad, de caminos abiertos.

Encontró en Bratislava un trabajo interesante pese al salario escaso y el horario que a menudo rebasaba las diez horas diarias. A los pocos meses conoció a Michal. Era un par de años mayor que ella, trabajaba en una empresa de envases metálicos muy cerca de la empresa de Carla, en la parte alta de la ciudad, rozando las

estribaciones de los Cárpatos. Allí la pelea entre el asfalto y la tierra había terminado en tablas, se podía hablar de un asfalto agreste no solo por los fragmentos irregulares, agrietados, también por el continuo tránsito entre la tierra y el cemento y de nuevo la tierra. Parques públicos atravesados por puentes tomados por el grafito, laderas abandonadas, árboles gigantes, paradas de tranvía con las máquinas de billetes averiadas, un supermercado, un quiosco y poco más. Como esas vías en las que ha crecido la hierba pero aún conservan los travesaños y los raíles, entre casa y casa se abría paso la naturaleza, discreta y constante. Al principio a Carla la inquietaban los trayectos largos sin una tienda, entre árboles, verjas y la nada. Poco a poco se acostumbró y acabó viéndolo como un lujo. Un día, Michal y Carla se dirigían juntos a la parada del autobús y vieron un cartel de alquiler en un segundo piso, preguntaron, pasaron a verlo. Era pequeño pero con luz, muy cerca de sus trabajos y del parque que solían frecuentar. Llevaban casi un año viéndose y empezaron a vivir juntos.

Durante los dos primeros años tanto Michal como Carla salían de casa cuando aún era de noche, enseguida las luces fluorescentes, frías, les envolvían hasta las siete de la tarde, hora en que también había anochecido. Carla al menos comía fuera del edificio, Michal, casi nunca. Los fines de semana se iban a recorrer montañas o los pasaban con la familia de Michal. Su madre había muerto en un accidente de coche cuando él tenía once años, su padre se casó de nuevo con Tereza, una mujer alta y grande con quien Carla se entendía sin apenas necesitar hablar. Tuvieron una hija, a quien Michal adoraba. Le había hablado de ella muchas veces; Carla había esperado encontrar a un Michal pequeño en niña pero no, Elena, Elenka, como la llamaban, era Elenka y solo se parecía a ella misma. Tenía aspecto de gnomo, era más baja que el resto de sus compañeras de clase y muy delgada. El día que Carla la conoció llevaba unos pendientes con dos bolas pequeñas azul turquesa, una cazadora morada de mil cremalleras, vaqueros y deportivas azul marino. Se peinaba sin raya, con todo el pelo hacia atrás recogido en una coleta. Elenka estaba enferma del hígado, lo más probable era que un día terminase necesitando un trasplante y podía suceder que ni siquiera recibéndolo lograra sobrevivir. Michal se lo había contado como si cada palabra fuera una piedra muy separada de otra y cada vez le costara más decidirse a llegar a la siguiente. Elenka pasaba de la introversión y el silencio a convertirse en una niña-orquesta, contaba chistes, daba saltos, bailaba genial, hacía el payaso; luego, de repente, volvía a estar quieta y callada. Fueron a dar varios paseos los tres. Cuando estaban juntos, dice Carla, Elenka crecía y Michal sacaba su lado más disparatado. Una vez se montó en la bicicleta de Elenka, le sobraban piernas por todas partes, subió una pequeña cuesta y se deslizó muy deprisa bajando, pero al fondo había un charco enorme. Michal cantaba y les hacía señas, no había visto el charco, Elenka y ella le avisaron a voz en grito pero lo siguiente fue ver a Michal empapado, riéndose y a Elenka corriendo a empaparse con él. Carla era hija única, apenas había tenido trato con niños. Se convirtió, sorprendida por su atrevimiento, no en cuñada sino en

una especie de tía favorita, casi en madrina de esa criatura y así fue como sin sospecharlo, dice, aceptó un destino que hasta ese momento solo había estado en las vidas de quienes construían organizaciones públicas o secretas, o bien en las tardes de lectura cuando afuera llovía y ella procuraba cerrar la puerta de la habitación.

Las amistades de Michal acogieron a Carla sin recelo. Dos chelistas, profesores, una bibliotecaria, frikis y colgados, solo un ingeniero como Michal. Carla les apreciaba, no aspiraban a comerse el mundo sino a vivir a su aire; no pertenecían al sector más rico, cosmopolita y frío de la ciudad, y en cambio compartían un orgullo callado pero firme de ser eslovacos, de habitar en un país que no existía para nadie, ni para los húngaros, ni para los checos, un país acostumbrado durante décadas a ser la retaguardia, una reserva de armas pesadas, la última frontera. Del pasado socialista quedaba una Bratislava sin barrios de ricos y pobres, y una red pública de asistencia fuerte pero cada vez más desmantelada. La inflación había empobrecido al país y aunque hacía tiempo que habían empezado a asomar los primeros síntomas del lujo y la consiguiente miseria, en general aún se tenía la sensación de estar compartiendo un lugar con espacio para todos. El paro todavía era muy inferior al español. Carla recuerda haber pensado que ella también lograría librarse de los checos y los húngaros y construiría una empalizada tras la que poder vivir en paz.

Llevamos poco tiempo pero la noto cansada. Pregunto si quiere un café, un té, o un refresco, agua. Me dice que sí, que un descafeinado, si tengo, y me pide que lo incluya.

—¿En la tarifa? Ni hablar.

—No, no. En el texto. Incluye esta conversación.

—Pero ¿por qué?

—Yo soy quien te hace el encargo, ¿no?

—Puedo negarme.

—Claro, pero entonces yo interrumpiría la historia.

La miro, le digo que no quiero que se vaya y le pregunto si quiere que incluya eso también. Se ruboriza y yo tiemblo. No soy un sujeto que tenga capacidad de hacer que se ruborice alguien. Entonces dice:

—Inclúyelo, sí. Necesito saber qué piensas.

—¿De ti?

Sonríe.

—De lo que te he contado.

—Todavía es pronto.

—Pero tienes que estar pensando algo. Nadie escucha ni lee solamente. Siempre pensamos a la vez.

La miro; yo era el escribiente, nunca intervenía de forma explícita, ¿por qué se empeña en que lo haga?

—Estoy interesado —digo—. Abandonar tu país, otro contexto, esa niña

amenazada por el destino. En cambio..., no me gustan demasiado las sociedades secretas.

—¿Lo dices por la organización? No es una sociedad secreta.

—Clandestina, ¿no?

—La clandestinidad te la impone la actividad que haces en determinadas circunstancias, no la eliges.

—No estoy tan seguro, pero incluso si lo acepto, no me gustan demasiado.

—¿Por qué?

La respuesta que no voy a darle diría así: porque conservar el buen humor es un heroísmo al que intento entregarme cada día. Un heroísmo suficiente. Pero no quiero hablarle a Carla de mí, ni mucho menos explicarle por qué me parece suficiente. De manera que solo contesto:

—Porque las historias tratan de cómo se enfrentan las personas a los imprevistos que la vida les pone delante. Y esas organizaciones clandestinas se enfrentan a los previstos, a lo que ellas deciden.

—Pero no eligen lo que pasa. Preferirían no tener que existir, no tener que luchar por lo que luchan porque nadie lo amenazara.

—Aun así, podrían no hacer nada —me empeño—. Podrían no existir.

—También tú y yo podríamos no existir.

—No elegimos nacer, supongo que esa es la diferencia. Llegamos aquí y nos vamos arreglando con la vida como podemos. Esos grupos eligen nacer.

Y cuando voy a decirle lo que no pienso, que lo olvide, que quizá yo esté equivocado, ella se adelanta:

—El café... ¿lo elegimos o esperamos a toparnos con él? —dice sonriendo.

Me levanto, pongo agua a hervir en una tetera eléctrica. Carla hace ademán de levantarse para ayudarme pero con un gesto le indico que apenas hay espacio. Saco un bote de café soluble y dos tazas altas, cilíndricas. Me doy cuenta de que no he pensado en las tazas; eran bonitas, pero ya no. Tenían una ventana dibujada como a pinceladas ocre sobre el esmalte, ahora los trazos se han ido borrando y no parecen nada o quizá, con un esfuerzo, hojas al viento. Ella remueve el café, no ha reparado en las tazas.

—Gracias —dice—. No solo por el café. Por escuchar, tomar notas, ordenar.

—Es mi trabajo.

—De todas formas, gracias. Se está bien aquí.

Bebo café para que no se me note que me he puesto nervioso y me abraso la lengua. Intento disimular. El sol da directamente en la ventana y en mi mesa. A esta hora suelo correr las cortinas de un morado translúcido, me las regaló Yolanda. Miro por última vez el sol que abraza a Carla y la hace levitar un poco. Luego me levanto; tanta luz, le explico, me deslumbra para escribir. Ella no sabe a qué me refiero.

Con las cortinas corridas parece que nos hemos ido a Inglaterra o a otro lugar

brumoso y lejano.

—¿Seguimos? —*digo.*

—Sí.

Carla tenía buena relación con el padre de Michal y también con la madre de Elenka, Tereza; era opuesta a su hija en el aspecto pero no en la manera de moverse, mirar o sonreír. A veces, si hacía falta y su trabajo se lo permitía, Carla iba a buscar a Elenka al colegio. Un día la encontró más callada que nunca. Cuando llevaba diez minutos andando en silencio a excepción de tres o cuatro monosílabos, la niña le preguntó si podía invitarla a merendar, necesitaba contarle una cosa. Se sentaron en una cafetería. Elenka pidió un helado más grande que sus dos manos y empezó a hablar muy deprisa. Iba a uno de los muchos colegios bilingües español-eslovaco de Bratislava, el mismo que había servido para que el día que Michal oyó a Carla balbucir ante un dependiente en una mezcla de español y eslovaco la entendiera y se acercase. La niña pasaba del español chapurreado al eslovaco infantil sin transición, a Carla le costaba seguirla. Entendió que Elenka se había peleado con dos amigas y que no quería contárselo a sus padres porque a ellos no les gustaba nada que se pelearan. ¿Y a Michal?, preguntó eludiendo tener que opinar sobre un asunto que la desbordaba. Elenka dijo que Michal le quitaría importancia, diría que al cabo de unos días lo habrían olvidado. Después la miró. La niña gnomo esperaba confiada que ella tuviese la solución. Carla ni siquiera había entendido bien por qué se habían peleado. Oía, dice, las voces de la gente que estaba en el bar, veía sus zapatos, le parecía ser capaz de distinguir las palabras escritas en la pantalla de sus móviles, poder contar en un segundo las decenas de granos de azúcar derramados en las mesas pero ¿contestar? Sin embargo, contestó:

—¿Tu reloj tiene cronómetro?

—Sí.

—Cuando os enfadéis, tú con ellas o ellas contigo, aprieta el cronómetro. Ve apuntando los segundos que duran las palabras que os decís o el momento de no hablaros. A lo largo de un día tendréis a lo mejor doscientos segundos, o sea...

—Tres minutos y veinte segundos.

—Haced con ellos algo que os guste mucho, un baile inventado o algo así.

—¿Y si no quieren?

—Prueba. Yo creo que querrán.

—Bailar, ¿seguro?

—Bailar.

Cuando salieron Elenka cogió su mano y así fueron hasta su casa. No era tanto el gesto, dice Carla, era la corriente que pasaba de la mano de la niña a la suya, y esa corriente decía: sé que estarás ahí cuando te busque. Mientras caminaban en silencio, Carla se confió a una Elenka futura, adulta y curada. Y en silencio se imaginó contándole que el día que Michal y ella quedaron para firmar el contrato de alquiler,

estuvo a punto de no presentarse. Porque sabía que si seguían juntos, ella ya no volvería a vivir en su país. Jamás le pediría a Michal que dejara Bratislava, entre otros motivos por esa niña gnomo que iba de su mano y que llevaba dentro una bomba de relojería. Aquel día Carla se había dado cuenta de que su cuerpo ya había decidido lo que su cabeza estaba empezando a pensar. Ella no tenía ninguna hermana enferma en Madrid, y allí las expectativas de trabajo eran mínimas. Aunque echaría de menos a su familia y amigos, siempre podría verlos de tanto en tanto. Se imaginó también contándole el después. Porque ni Michal ni ella eran ingenuos: sabían que llegaría la toma de tierra. Pasaría la fiebre, una caricia ya no les haría temblar. Carla se atrevió a decirle a esa Elenka futura, figurada, lo que aún no se había atrevido a decirse a sí misma: que la toma de tierra había llegado, que estaban dejando de ser nadie, criaturas estrelladas una contra la otra por el hambre de estar unidas. Perdida la intensidad, volvían a ser ellos mismos con sus manías y carencias. Acaso, imaginó que le decía, Michal y ella se habían equivocado y la suya no era una historia de años de vivir juntos o bien era solo la historia de lo que ya habían vivido. Y ojalá, concluiría, cuando llegase la separación fuesen capaces de darse la mano con la seguridad con que Elenka se la estaba dando a ella una tarde de marzo en la calle Vičkova, junto a un edificio donde alguien, con la ventana entreabierta a pesar del frío, tocaba la guitarra.

Tras aquella merienda en la cafetería, Elenka tomó sobre sí la tarea de enseñar a bailar a Carla, pasos de salsa, música disco en la Wii, negándose a darla por perdida. Se divertían, un día Carla le mostró un vídeo de un tipo con pajarita que explicaba cuatro movimientos para aparentar que bailas cuando no sabes hacerlo y Elenka se partía de risa diciendo que era igual a Carla.

Los días seguían, la rutina les hacía olvidar lo que Michal y Carla habían hablado ya más de una vez: que a veces cada uno salía a dar paseos buscando una casa adonde ir, que seguían llevándose bien pero en el fondo no estaban juntos, que podían convivir unos meses más casi como si compartieran piso pero, en algún momento no lejano, ocurriría un detonante de cualquier tipo y uno de los dos tomaría la iniciativa de marcharse.

Carla se encoge de hombros, la imagen que ella mira, la que está detrás de mí mucho más lejos, parece haber cambiado, y también su actitud.

Tal vez fue esa misma semana, o una o dos después, cuando ingresaron a Elenka en el hospital. La nieve había empezado a caer gruesa, sin pausa, Carla lo recuerda porque llegó a casa tiritando y encontró a Michal en el portal, con el pelo empapado.

—Se la han llevado —dijo Michal—. Se ha puesto muy mal en el colegio, cuando han ido a buscarla ni siquiera han podido pasar por casa. Sabíamos que esto iba a llegar, pero no tan pronto.

—¿Podemos ir allí?

—Hoy no dejan pasar a nadie. A lo mejor mañana.

Aquella noche, después de tantas en que no se habían tocado, durmieron abrazados, sin deseo, sin saber qué hacer con la tristeza. A mitad de la noche despertaron a la vez y follaron como si aún siguieran dormidos. La madre de Elenka llamó a las siete y media para decirles que habían subido a la niña a una habitación, podían visitarla ese mismo día aunque no mucho tiempo.

Michal iba a verla cada tarde. Carla se turnaba con otros familiares pues no debían cansar a la niña. Fue entonces cuando a Elenka le dio por decir que Carla era el poblado, que cuando la llamaba era como llamar a un poblado de esos que salían en las películas con tiendas y cabañas. Ya me gustaría ser un poblado, decía Carla. Y Elenka insistía en que Carla lo era, un poblado entero, el hechicero, las danzas, hombres y mujeres buceando buscando perlas. ¿Y tú...? Yo soy la arquera del poblado, he salido en busca de caza y me han pasado algunas aventuras. Pero tú haces señales de humo para que os encuentre. Me parece, respondía Carla riendo, que los buscadores de perlas y las señales de humo son de dos clases de poblados distintos. Qué va, decía Elenka, y así seguían hasta que terminaba el tiempo.

Dos semanas después, Elenka regresó a casa con un pronóstico reservado. Tal vez la próxima crisis llegara en unos días, tal vez en unos meses o incluso el año siguiente. Aunque era difícil convivir con la incertidumbre, se acostumbraron, recuperaron la rutina.

Cuando, al cabo de un mes, Carla recibió una llamada un tanto anómala de Gustav, su jefe, todo parecía estar en orden. Su jefe nunca solía tratar con ella fuera de las horas de trabajo; sin embargo, llamaba para invitarla a comer al día siguiente. Carla aceptó pensando que tal vez iba a haber cambios en la empresa. Dice que la sorprendió el estilo del restaurante, tenía más reservados que mesas comunes, su ropa y su vieja mochila a rayas desentonaban. Su jefe parecía otra persona. La corbata, apenas una mancha de color bajo la bata blanca, refulgía ahora de verdes irisados bajo un jersey negro y una chaqueta negra también. El pelo oscuro, brillantado, enmarcaba la satisfacción contenida con que recibía el discreto reconocimiento de los camareros, el ritual del vino, la carta, el aperitivo especial. En la mano izquierda llevaba un anillo con el sello de un toro alado. Le recomendó un par de platos y, sin más, empezó a hablar de la necesidad de ampliar el mercado de Laboratorios Pharmen.

—Estamos infraaprovechados, Carla. Tenemos la estructura, tendríamos compradores si quisiéramos, pero dependemos del Centro de Transfusión público de Bratislava. Ya sabes que están comprando máquinas para separar ellos mismos la sangre del plasma. Si siguen por ese camino, no necesitarán entregarnos una parte del plasma a cambio de que se lo fraccionemos nosotros.

—Siempre podríamos comprarlo fuera.

—Pero cuesta más. Y la demanda está aumentando. Si las investigaciones en células madre para combatir el Alzheimer dan su fruto, la demanda de plasma se

multiplicará y las empresas situadas en países que puedan pagar por la recolección de plasma acabarán con nosotros.

—No hay tantos países que lo permitan, ellas también tendrían límites.

—Lo importante no son sus límites sino que sean mayores o menores que los nuestros.

Gustav cambió de tema y habló de Praga, de Budapest, de Viena, Bratislava estaba a muy poca distancia de esas tres ciudades, ¿las visitaban a menudo? ¿Su favorita era...? Pero no esperaba respuesta, contó él mismo sus preferencias, describió lugares que merecía la pena conocer. Carla le dejó hablar mientras se preguntaba quién le habría regalado ese anillo o si habría ido él a comprarlo a una joyería, quizá lo había encargado a través de la red. Se esforzaba, dice y me mira, por sacarle de contexto: ¿cuáles serían sus pesadillas con diez años?, ¿cómo fue su primer polvo?, ¿qué edad tendrían sus padres, qué relación mantendría con ellos?

Carla me mira como si supiera que estamos pensando los dos lo mismo, ¿se ha preguntado ella todo eso sobre mí?, ¿me lo he preguntado yo sobre ella?

—¿Qué dicen las reglas de sacarse de contexto?

—No lo contemplan.

—Mejor —dice—. Prometamos no hacerlo.

Pienso que la imaginación no es del todo controlable, sin embargo, acepto.

—De acuerdo —digo. Luego, siguiendo sus instrucciones, añado—: No sé muy bien cómo es la sangre. Supongo que debería saberlo, pero a veces hablas de plasma sanguíneo y otras de sangre. Por otro lado, ¿qué es fraccionar la sangre?

—Separar sus componentes. La sangre es un tejido, un conjunto organizado de células con un comportamiento coordinado.

—Como esa organización de la que hablabas —digo porque la analogía me resulta inevitable.

—Sí, en cierto modo —dice pensativa, y continúa—: Laboratorios Pharmen produce hemoderivados, es decir, medicamentos cuyo principio activo procede del plasma de donantes humanos.

—¿Del plasma o de la sangre?

—Del plasma. El plasma es la parte líquida de la sangre, en su mayor parte está compuesto por agua y proteínas. La parte sólida la recordarás del colegio: glóbulos rojos, blancos y las plaquetas. Se fracciona la sangre para empaquetar estas sustancias por separado.

—¿Eso es lo que hace Laboratorios Pharmen?

—En parte sí.

—Pero ¿cómo se puede separar un tejido?

Carla me mira.

—¿Te refieres a la sangre o a la organización?

—Ahora solo a la sangre.

—Con máquinas centrifugadoras —dice—. Separan lo sólido de lo líquido. En la mayor parte de los casos los leucocitos, los glóbulos blancos, se eliminan para evitar reacciones. Y se hacen tres paquetes, uno con hematíes, otro de plaquetas y otro con plasma.

—¿Paquetes sólidos?

—No, no, son bolsas transparentes, selladas al vacío. Las células se mantienen vivas en algún líquido, un poco de plasma o un anticoagulante. Las bolsas de plasma son de un amarillo fuerte. Se mantiene congelado para que no pierda sus propiedades. Además hay que inactivarlo para reducir su carga de virus. Ese era nuestro trabajo, separar, inactivar, devolver una parte de la sangre al sistema público de Eslovaquia y quedarnos con la mayor parte del plasma para fabricar distintos medicamentos.

—Pero tu jefe hablaba de recolección de plasma.

—También se puede recoger por separado. El donante permanece conectado a una máquina que toma el plasma y devuelve el resto de las sustancias. Eso permite que se pueda donar más a menudo.

Vuelve a mirarme pero yo la evito. Porque estoy, sí, fantaseando con tener una aventura con ella y es tan inapropiado como improbable. Me corrijo, me reformulo y me obligo a recordar que cuanto más atentamente observamos algo menos lo vemos: con un exceso de atención el tablero^[9] de ajedrez se convierte sobre todo en cuadrados blancos, o negros, o en estructuras solo válidas para la torre, el caballo, el peón. Con un exceso de atención hacia el diseño de un suelo de terrazo que contiene dos figuras, el cuadrado y el círculo, solo vemos una de las dos. Con un exceso de atención me inclino hacia Carla, se altera mi campo magnético.

—Gracias —le digo—. Continúa.

Les habían servido carne de ciervo y una salsa de ciruelas. Carla cortó el primer trozo, lo masticó y dice que todavía ahora el gusto inusitadamente tierno de aquella carne permanece ligado a las palabras de su jefe.

—Llevas cuatro años con nosotros, estamos contentos con tu trabajo. Es hora de dar un salto, Carla. Ya no te corresponde ser solo una empleada más: hacer tu trabajo, llevarte el sueldo a casa. Sabes que hay otros niveles. Además del sueldo hay... compensaciones. Planes de pensiones, participación en la empresa, contactos para el futuro. Se lo he comunicado a recursos humanos. Creo que estás preparada para integrarte en ese segundo nivel. Que también requiere una mayor implicación por tu parte.

A Carla la incomoda todavía recordar su ausencia de malicia cuando dijo:

—¿Te refieres a que haga más propuestas? Porque supongo que no me estás pidiendo más horas, a no ser que quieras que me traslade allí.

—No, querida. Más horas no. Lo que te pido es que te integres en el equipo. Ya sabes, están los jugadores y los técnicos. El masajista, el preparador físico, cobran y

se van a casa. Pero el jugador tiene que darlo todo. Hemos estado estudiándote. —Gustav se quedó callado, disfrutando de su pausa. Pese a lo incómodo de la situación, dice Carla, en aquel momento agradeció al menos que no hubiera ningún resabio de coquetería, ninguna insinuación sexual en esas palabras—. Necesitamos —prosiguió por fin— ampliar nuestro mercado. Hay una selva virgen, inmensa, donde no nos permiten entrar. Miras a la calle, ves las cientos de personas que pasan, muchas de ellas podrían estar viniendo a nuestros centros a vender su plasma. Pero no lo hacen. No les dejan. Es como mirar un bosque y no poder talar un solo árbol. La civilización avanza ampliando mercados. Lo que antes no se vendía, ahora se vende. Otros lo llaman monetarizar.

—A mí no me parece mal que no nos dejen —dijo Carla—. Sé que es discutible, pero en cualquier caso, no depende de lo que hagamos, es una cuestión política.

—Casi todo en esta vida depende de lo que hagamos, ¿no? —Gustav se rio—. Pero antes necesito saber si te gustaría entrar en el equipo. Háblame de tus intereses a largo plazo.

Carla debió de beber el vino despacio, dice, ganando tiempo, pues aquello parecía un soborno tan indirecto como nítido. Recordó una larga conversación con Rubén en Madrid: él sostenía que la oferta manifiesta de un soborno no solía ser el primer paso sino el segundo. Tenía que haber habido un movimiento anterior que asegurase que la oferta podía llevarse a cabo sin riesgos. Sin embargo, creía ser honesta al pensar que no había enviado indicación alguna en ese sentido. ¿Por qué, entonces, su jefe estaba tan seguro de que podía permitirse hacerle una propuesta profesional ambigua y fuera del lugar de trabajo?

—No he pensado en el largo plazo. Puede que dentro de un año esté viviendo en otro sitio.

—¡Qué tontería! Hablas nuestro idioma cada día mejor, tienes talento, tu novio también tiene un buen trabajo, aunque es verdad que su empresa está en dificultades pero ¿qué empresa no lo está? Incluso nosotros tenemos problemas, como trato de explicarte.

—¿Qué quieres de mí, Gustav?

—Precisamente que no preguntes tanto, que me dejes hacer a mí las preguntas: ¿qué quieres tú de ti?

—Escribe «entonces» —dice Carla—. Ahora, muchas cosas han cambiado, y no solo para mí.

Entonces, aquel mediodía, ocultos entre las paredes de ladrillo visto del reservado, custodiados por elegantes camareros altos vestidos de traje gris, entonces, con ingenuidad, con arrogancia, sentía que el poder de Gustav nunca sería suficiente para obligarla. Curar a Elenka, que ninguno de sus seres queridos naufragara nunca, eso era todo lo que quería, y ante eso aquel hombre no tenía nada que ofrecer. Lo único

que quiero, pero no puedes dármelo, es evitar el riesgo. Ni un plan de pensiones, ni un aumento de sueldo, ni un equipo al que dirigir nos protegerá del infortunio. Ah, pero ayuda, podría decir su jefe, y Carla dudaría aunque solo un instante: la ayuda no es suficiente, ¿mejor un hospital con cama individual y buenas vistas? Quizá no, quizá cuando venga la muerte prefiera salir del hospital o estar con otras personas. No puedes controlarme porque no puedes evitar el dolor de los míos, el día en que un médico diagnostique mi desgracia definitiva o la de esa niña gnomo que me ha hecho mayor. El hombre del anillo de plata callaba, y Carla contestó con desenvoltura, con la temeridad, dice, de los que todavía no quieren saber. Creía ser ella quien guardaba una carta en la manga y jugaba con Gustav.

—Me gustará lo mismo que ahora, poder preguntar todo lo que considere que hay que preguntar.

Gustav sonrió.

—Olvidaba que eres muy joven. De acuerdo, pregunta.

—¿Por qué os interesáis ahora por mí? —dijo.

—Observamos tu trabajo. Es bueno. Nosotros, lo conoces mejor que nadie, no podemos sintetizar nuestra mercancía a partir de sustancias neutras: tenemos que extraerla de las personas. La fuente es limitada y la cautela debe ser extrema. Sospechamos que algo no marcha bien en el Centro de Transfusión de Bratislava. Necesitamos alguien como tú, capaz de advertir cualquier irregularidad por nimia que sea. Si algo así ocurre, quiero ser el primero en enterarse.

Carla no tenía hambre, pero se esforzó y acompañó a Gustav con la ración de trufas del postre a fin de no parecer dubitativa ni incómoda. Le habría gustado creerle. Las maneras de Gustav, su entonación, su actitud como jefe, podían ser desconcertantes pero transmitían confianza. Sin embargo, nada cuadraba, y menos aún la sugerencia sobre irregularidades en el Centro de Transfusión. Si le hubiera hecho esa propuesta en su pequeño despacho, quizá habría sido menos reticente. Dejó de comer. No iba a aceptar un trato cuyo contenido parecía extraño y cuya apariencia manchaba. Sin calma ya, dijo:

—A Pharmen le resultaría muy conveniente que algo marchara mal en el Centro de Transfusión, ¿no? Os permitiría poner en cuestión el sistema público y presionar para que se apruebe la compraventa privada de plasma y sangre.

Gustav no contestó. Levantó la mano para pedir la cuenta. No le preguntó si quería café y él tampoco pidió. Solo cuando hubo pagado, dijo sonriente:

—«Os». Has dicho «os». Y no parece un problema de idioma a juzgar por tus palabras. Respuesta incorrecta, Carla. Si hubieras dicho «nos», significaría que estabas en el equipo. Pero ese «os» te ha dejado fuera.

Gustav se levantó sin prisa, y esperó a que Carla se pusiera el abrigo. Salieron juntos.

—Saluda a Michal de mi parte —se despidió.

Su tono distaba de ser afectuoso, cordial.

Aquella fue una larga noche. Michal le dijo justo lo que ella había pensado y estaba deseando olvidar.

—¿Por qué ha mencionado mi empresa? ¿Crees que conoce a mis jefes? ¿Es una amenaza?

—Eso da a entender, pero parece más un farol que otra cosa, como si quisiera dar a entender que lo controla todo —dijo Carla.

—¿Y por qué se ha atrevido a proponerte algo tan turbio? ¿Por qué no le preocupa que puedas denunciarle?

—No tengo nada con que denunciarle, sería mi palabra contra la suya.

—Ahora no, pero si hacen algo como lo que te ha insinuado. Si difaman al Centro de Transfusión...

—Seguirían necesitando pruebas.

—Aun así, te ha dado demasiada información y...

—¿Y?

—No, nada.

—Dilo.

—No sé, Carla. Me preocupa que hayas sido imprudente. Podías haber fingido que ibas a pensarlo. Haber dicho que querías consultarlo conmigo.

—A ti nunca te habría parecido bien que aceptase.

—Desde luego. Pero podríamos haber planeado una estrategia, haber consultado a otras personas. Tu jefe no suele improvisar, ya le conocemos.

—Puede ser, de todas formas ya está hecho y creo que es mejor no dejar sitio para la ambigüedad —dijo Carla—. Así evitamos que esto se complique, que avance.

Estaba haciendo de abogada del diablo de sí misma porque la ayudaba a pensar pero también, dice, para reafirmarse porque, poco a poco, lo que le pasaba a ella tanto como lo que le pasaba a Michal había dejado de ser una misma cosa, y se sintió mal al recurrir a la imagen de Gustav: Michal y ella ya no eran un equipo, de un modo imperceptible ambos sabían que aquella comida ya no era común sino algo a lo que Michal se sumaba. Él quería ayudarla pero a distancia, como también a distancia le había pedido Carla opinión.

—No siempre descubrir todas las cartas es lo más honesto —dijo Michal—. A veces es más fácil, menos cansado. Y en cambio contenerse, guardar secretos, puede ser más útil, ayudar más.

Tenía razón, Carla lo sabía; sin embargo, siguieron dándole vueltas. Luego Michal dijo:

—Mañana ingresan a Elenka otra vez en el hospital.

—No me habías dicho nada.

—Es solo para unas pruebas.

—Pero es importante. Mucho más que esta historia de mi jefe. ¿Por qué tienen que hacerle pruebas, se encuentra peor?

—Está más cansada. Hoy le tocaba revisión y su médica nos lo ha aconsejado.

Hay personas, dice Carla, que parecen buenas, se dan cuenta de que lo parecen y en general ni siquiera lo son. Michal no parecía bueno; aunque tuviera unos ojos constantemente tranquilos, quizá por su pelo rizado parecía golfo, distraído, tramposo. Sin embargo, luego no solía fallar, hacía lo que creía que debía aunque le costase. En cambio el dolor lo guardaba lejos, lo preservaba como si nadie debiera poder mirarlo. Carla se daba cuenta de que, cuando se separaran, aún seguiría pensando durante mucho tiempo en esos ratos de Michal cuando se rompía, cuando se tropezaba y caía lejos de todo el mundo. Cada persona, dice, tiene su dureza y su elasticidad pero también su punto de fractura cuando las tensiones continúan aumentando.

Percibo en sus ojos cierto pudor, como si no estuviera segura de querer seguir. Asiento con un leve movimiento de barbilla: «Me importa», le estoy diciendo sin palabras.

Por la mañana, Carla se despertó con la impresión de que todo era más sencillo, Michal había exagerado por prudencia, su jefe le había ofrecido un soborno blando, impreciso, y ella había dicho que no. En el laboratorio, nada parecía haber cambiado. Solo a última hora, cuando Gustav se le acercó para entregarle los protocolos del sistema público que debía supervisar, dijo:

—Me has decepcionado, Carla, yo había apostado por ti.

Pasaron dos semanas sin que Gustav hiciera ninguna otra alusión a la conversación mantenida. Tampoco Michal volvió a sacar el tema. En aquellos días todo giraba en torno a las pruebas médicas que le estaban haciendo a Elenka; lo demás, el trabajo, la inminente separación, había quedado en suspenso. En ese período se produjo el robo de una camioneta con doscientas bolsas de plasma procedentes de Laboratorios Pharmed. Cada bolsa estaba etiquetada con un número único, pero, si entraba en el mercado negro, el rastro de la bolsa se perdía. La policía investigó durante semanas. Carla, como directora del exiguo departamento de control de calidad, se mantuvo en contacto, les proporcionó el etiquetado de las bolsas desaparecidas y respondió a sus preguntas. Años atrás, en el mundo de la hematología, había sido célebre la frase de un conocido hemoterapeuta estadounidense, quien señalaba que en cuanto a sistemas de identificación y trazabilidad los supermercados disponían de un nivel tecnológico muy superior al de los servicios de transfusiones. Luego las cosas evolucionaron, dice, los centros de transfusión eslovacos tenían un sistema informático nuevo pero el de otros países dejaba mucho que desear y, aunque la policía no se lo comunicó de forma explícita, un día le dieron a entender que el caso había sido si no archivado, sí aplazado indefinidamente.

Carla no habló con Michal del robo. Podía pensarse que convenía a los intereses de Gustav; sin embargo, la camioneta no era muy grande. Si lo que buscaba era

llamar la atención sobre los peligros de un desabastecimiento de plasma, el método resultaba lento e ineficiente. Por otro lado, la policía le había hablado de otros robos parecidos en Hungría y en Polonia.

Suelo avisar a los clientes cuando la hora se acerca para no interrumpir de golpe.

—Son menos diez —digo.

—¡Gracias! No me había dado cuenta.

Carla mira la hora en su móvil, lo guarda, cierra el cuaderno de notas.

—Tranquila, aún te quedan unos minutos. Además la siguiente sesión es solo de una hora y empieza a y cuarto, siempre dejo un tiempo entremedias.

—Gracias, me viene bien terminar ahora. Y no quiero abusar, debe de costar cambiar de una historia a otra.

Sonríe y se levanta. Yo también me levanto.

—Bueno, ya tengo práctica. De verdad, no tienes por qué irte todavía, era solo por si querías no dejar algo a medias.

Ella mira la puerta y a mí.

—Está bien así, mañana seguimos. Pero ya que hay tiempo, deja que te haga una pregunta. ¿Tú crees que leer nos da aliento, nos aparta de lo previsible?

—¿Y qué tiene de malo lo previsible? —pregunto a mi vez, no sin brusquedad.

Carla titubea, hasta ahora no me había visto enojado, ni siquiera un poco.

—Los giros inesperados —dice— son parte de la vida. Los necesitamos, ¿no? Aventurarnos, correr peligros. Necesitamos distinguir entre lo ordinario y lo extraordinario.

Me propongo sonreír y lo logro. Porque yo he amado tanto como cualquiera la aventura, me esforcé en intentar lo que la mayoría habría juzgado altamente improbable, y estas cuatro paredes, bien que modestas y muy poco prósperas, son mi suceso extraordinario. No quiero que me sepa vulnerable, soñador. Así que no digo lo que también y al mismo tiempo pienso: A mí me basta con arreglármelas con lo ordinario. Durante años he tenido que pasar de un giro esperado a otro también esperado, y cuando pude detenerme un segundo para mirar ya estaba dentro de un carril de una sola dirección, a veces incluso cuesta subir por él, seguir avanzando. Entonces uno sueña que a los demás no les pasa y a veces eso no me provoca amargura sino alegría. Supongo que depende de quiénes sean los demás. Me alegraría pensar que Carla no necesita poner en marcha cada mañana el afán por reinventarse, no quiero imaginarla preparando una hoguera que no se enciende, la llama parece que prende pero no alcanza los troncos de madera porque están húmedos o viejos. Eso he de hacer yo cada mañana; luego, cuando al fin comienza el fuego, vestirme de mí mismo, preparar desayunos, salir a la calle concentrado en dar a cada giro esperado un poco de cariño volandero.

Carla aguarda mi respuesta, yo le digo que tengo que pensarlo, que es como decirle que no quiero que me sepa vencido. Nos damos dos besos en la mejilla, esos

besos que en realidad no tocan piel. Aunque no había previsto las tazas, me he acordado en cambio de una loción para después del afeitado que huele de verdad a bosque de eucalipto.

—Hasta mañana —digo. Entonces recuerdo la gabardina—. Un momento.

Voy a buscarla, la sostengo en el aire y ella acomoda la espalda, tantea con los brazos, se la pone. Luego me da las gracias volviendo solo la cabeza.

SEGUNDA SESIÓN

Empezamos puntuales, sin preámbulos.

Dos o tres días después de que se produjera el robo de plasma, recibió una llamada de Noa desde Madrid.

—Hola, Carla, ¿cómo va todo?

—Bien, ¿cómo estáis por allí? ¿Ha pasado algo?

—Sí, nada grave pero conozco a alguien que necesita hablar contigo. Es una hematóloga, quiere consultarte algunas cosas.

—Claro, que me llame cuando quiera.

—¿Podrías llamarla tú?

—Sí...

—Te enviaré su teléfono. Gracias, Carla.

Noa colgó enseguida, como si tuviera prisa. Carla no dio más importancia a esa llamada. Esa misma tarde, ya en casa, recibió un mensaje de Noa con un número de teléfono, y un ruego: Llama desde una cabina. Carla se enfadó. Ni siquiera ponía el nombre de la persona a quien debía llamar. Y la cabina... Pensó que Noa la estaba usando para alguno de sus grupos militantes sin haberle pedido claramente permiso. No obstante, bajó a la calle, buscó una cabina y marcó el número indicado.

—Soy Carla —dijo.

—Gracias por llamar. Soy Álex. Noa me ha dicho dónde trabajas y necesitamos tu ayuda.

—¿Quiénes la necesitáis?

—Por ahora yo —dijo Álex. Noa me dijo que podría contar contigo.

Carla asintió. Ayudar a alguien por su amistad común con Noa era algo que estaba dispuesta a hacer. Llegar más lejos, integrarse en algún tipo de organización, eso ya no.

—Hubo una reunión internacional el mes pasado en Dublín sobre recogida de sangre y plasma y fabricación de hemoderivados —dijo Álex—. Ahora no puedo explicarte cómo, pero el caso es que sabemos que representantes de dos laboratorios hablaron en privado sobre presiones para conseguir que se autorice la venta individual de plasma. Mencionaron Eslovaquia como cabeza de puente. Como sabes, en la República Checa la venta sí está permitida.

—¿Qué quieres, Álex?

—Según parece, están buscando crear escasez de plasma artificialmente, y entonces será cuando presionen. La sangre...

—... es líquida y limitada, lo sé. Espero que tarde o temprano alguno de los proyectos para crear sangre sintética triunfe.

—Sí, Carla, y tarde o temprano también se podrán cultivar órganos. Pero entretanto... En tu empresa han robado plasma, ¿no?

—Un único robo desde que yo estoy.

—Solo te pedimos que estés atenta.

—¿Pedimos? ¿No era una cosa tuya?

—También mía.

—Te lo confirmo, Álex. Creo que están intentando presionar para conseguir un cambio de ley. He visto algo raro, más bien lo he oído. Pero no puedo decirte nada más. Y tampoco quiero implicarme en ese plural del que me has hablado. Tengo que colgar.

—Sé que la hermana de tu novio está enferma, no quiero agobiarte, si en otro momento...

—¿Sabes que Elenka está enferma? ¿O esta vez también es «sabéis»? ¿De qué vas, Álex? Perdona pero es mi vida.

—Gracias de todas formas, Carla. Si alguna vez necesitas algo, puedes llamarme a este teléfono, desde una cabina, igual que ahora.

—Ya te he dicho que no.

—Como quieras —dijo Álex.

Cuando volvió a casa, Michal le abrió con voz angustiada.

—Me acaba de llamar mi padre, las pruebas han ido mal. Se la han llevado a la unidad de cuidados intensivos. Voy para allí.

—Vamos —dijo Carla.

En la puerta de la unidad estaban Tereza y el padre de Michal. Tenían los dos la expresión ausente, cada uno lejos consigo mismo. Michal se quitó el anorak, ese color azul brillante arrugado en una silla era el único punto de luz.

—¿Cómo está?

—Muy grave —dijo Tereza—. No hemos podido hablar con ella. Dicen que le han puesto muchos sedantes... —Tereza calló.

—Hay que hacerle un trasplante ya —dijo el padre—. Pero no saben si se llegará a tiempo. No está de las primeras en la lista.

—Tiene doce años, ¿cómo no va a estar de las primeras?

—Por el riesgo —dijo Tereza—. Incluso aunque le hagan el trasplante, puede salir mal. Es un caso inseguro: por eso no está entre los primeros. Carla, en tu trabajo os relacionáis con los hospitales. ¿No conoces a nadie que pueda ayudarnos? No pedimos un trato de privilegio, pero a lo mejor alguien puede revisar el diagnóstico, hacer algo.

Carla tuvo que esquivar su mirada. Si no puedes «hacer algo» es que no puedes

hacer nada y si no puedes hacer nada, ¿qué clase de broma es esta?

—Es posible, hablaré con mi jefe —contestó Carla—. Él conoce a muchos médicos. Encontraremos a alguien.

Aunque no podían pasar a ver a Elenka, se quedaron acompañando a sus padres. A la una de la madrugada la madre de Elenka les pidió que se marcharan, debían descansar, ellos también se irían al cabo de un rato. El padre de Michal insistió y obedecieron.

Fuera hacía viento, no había taxis en la puerta del hospital. Se resguardaron uno en el otro hasta que llegó el autobús. Se adormilaron en el trayecto. Una vez en casa, Michal dijo:

—Entonces ¿crees que podrás hacer algo?

Una vez más esa unión de palabras tan anodina, dice Carla, era pronunciada sin saber que invocaba a la organización.

—Voy a intentarlo. Necesito el nombre del médico que ha hecho ese informe, y a ser posible una copia.

—La copia la tengo aquí, me la dio mi padre —dijo Michal entregándosela—. Hay varios médicos, pero el informe es de la hematóloga que lleva meses tratando a Elenka, tú la conoces: Eva Shiriáyev.

—Di a tu padre que me mande el informe escaneado al trabajo. Y los teléfonos que tengáis de esa médica. Hoy veré qué puedo hacer.

En la calle el gris denso del cielo apenas dejaba pasar la luz. Echaba de menos a sus amigos de Madrid. Mandó un mensaje a Rubén, era la tercera vez que lo hacía sin recibir respuesta. Le extrañaba, él no dejaba un mensaje sin contestar. Al rato lo llamó, tenía el teléfono desconectado. Rubén siempre buscaba una forma nueva de ver las cosas, no poder encontrarlo le hacía notar más su falta. Caminaba despacio, mirando cada dos por tres el móvil.

Cruzó las viejas vías del tren. Una mujer avanzaba unos trescientos metros delante de ella y no había ninguna otra persona en los alrededores. Mirando los corredores que se abrían entre los árboles tenía la impresión de que todo lo que vendría a partir de ahora iba a ser así, sombrío, amagando peligro, y con el mismo fondo de cielo opaco. Luego cambió de actitud, era mejor sentir que presentir.

Atravesó pasillos y naves con máquinas hasta llegar a su mesa. Apoyado en ella, le esperaba su jefe. La bata blanca le distanciaba del hombre de la brillantina del restaurante, volvía a ser solo su jefe, un tipo bastante callado y apacible.

—¿Puedes venir un momento?

En su despacho, Gustav le mostró una bolsa de plasma con la etiqueta defectuosa. Pero Carla no podía esperar más.

—Tengo que pedirte un favor.

Gustav la miró con interés, como si no supiera lo que Carla quería.

—Es la hermana de Michal, Elenka. Tiene solo doce años. Necesita un trasplante de hígado. He pensado que tú tal vez conozcas a la hematóloga que la está tratando, o

a alguien que la conozca. Tienes buenas relaciones con los servicios de hematología. Necesitaría hablar con ella. En realidad, necesitaría algo más que hablar con ella.

—Dime cómo se llama.

—Eva Shiriáyev.

—La conozco, sí. ¿Qué necesitas?

Carla se levantó para cerrar la puerta. Al volver siguió de pie, le parecía estar examinándose.

—Quiero que revise el diagnóstico. Quizá hay algo que no ha valorado bien. Algo que pueda ayudar a que le hagan antes el trasplante.

—La Clínica Universitaria de Leipzig, en Alemania, las de Gotinga, Ratisbona y Munich. ¿Has seguido el escándalo de manipulación de datos de pacientes para recibir un trato preferente en los trasplantes?

—No.

—Los médicos involucrados fueron despedidos y están esperando juicio. Lo que pides es peligroso. Por otro lado, este paso no tiene vuelta atrás. Luego no me vengas con que no quieres que otra persona que quizá necesite el trasplante más que la niña deje de recibirlo.

Volvió a sentarse. ¿Querer? Carla niega con la cabeza y despacio comienza a enumerar sus razones. Claro que no quería. Esperaba que le dieran una salida, que la dejaran convencerse de que ella solo reclamaba lo justo. Cabía la posibilidad de que Shiriáyev hubiera pasado algo por alto y solo tuviera que corregirlo. Si así fuera, dice, ella no estaría pidiendo ningún trato de privilegio; la madre de Elenka lo creía, Carla quería creerlo. Las cosas son más limpias, pensó, cuando te juegas tu propia vida. Si se jugara la suya a lo mejor se descubriría hábil, rápida, audaz. Pero era la vida de Elenka y temía tanto ser torpe, equivocarse, Elenka podía morir.

Recuerda haber pensado en algo que había escrito Primo Levi sobre la importancia no necesariamente de ser fuerte sino de sentirse fuerte para medirse a sí mismo una vez, y haberse dicho que había llegado su momento, el oso que a cada uno nos aguarda. El oso con el que tenía que medirse era la iniquidad, la suya. Se imaginó volviendo a casa, diciéndole a Michal: «He decidido no hacer nada: la línea que separa el privilegio de la injusticia no estaba clara. No podemos dejar que nadie manipule el sistema de trasplantes. Si todos obran como nosotros, será la ley de la selva». ¿Podía hablar así? En abstracto, podía. ¿Podía hablarle a Michal así? Los dilemas, dice, no existían. Cuando hay que elegir entre dos males o entre dos bienes, ambas posiciones son comprensibles: hay algo al otro lado y en realidad casi siempre hay más a un lado: una niña que te ha enseñado a bailar, con quien has jugado al baloncesto y a quien Michal quiere con locura, frente a la existencia abstracta de una persona desconocida. Si en ese momento y en otro lugar hubiera alguien vendiendo algo para conseguir que su hija o su hermano quedaran por encima de Elenka, ¿lo mataría o lo comprendería? Mejor no tener que responder. Mejor que fuera su hígado y renunciar y ser una heroína, pero todas las decisiones se enredan unas con otras,

dice, y calla, como si esperara una réplica. Mejor, dice, y, añade, esto es irrefutable, otro mundo donde no haya dilemas de mierda porque la sociedad habrá decidido que una niña de doce años en la unidad de vigilancia intensiva no puede ser menos importante que ninguna otra cosa, la lotería, la variedad del parque automovilístico, el servilismo a las grandes fortunas, porque la sociedad habrá acabado con esas grandes fortunas para crear centros de investigación.

Mientras sus ojos siguen enfocando al pasado descubro en ellos una mirada que nadie me dirige hace mucho tiempo, lo cual podría tener su lógica, pero es que tampoco veo que se la dirijan entre sí los demás. Miramos nuestro deseo, contamos nuestras películas, recordamos nuestros propios argumentos, reconocemos sin ver. Advierto, casi con pánico, que Carla ha vuelto y ahora es a mí a quien mira de esa forma inédita. No solo quiere que recoja su desazón de entonces. Quiere saber qué haré luego, pero no con respecto a ella sino, y es lo que me asombra, con respecto a mí mismo. Está, juraría, sinceramente preocupada por el lugar donde depositaré la carga; quiere asegurarse de que puedo albergarla sin descompensar por ello los tímidos equilibrios de cualquier vida. Le devuelvo la mirada apenas unos segundos y a mi modo le digo que sí, que tengo espacio, que el barco no va a hundirse ni a vencerse hacia un lado aunque depositemos en él un contenedor cinabrio o azul con su perplejidad. Carla asiente y continúa.

No pensó todo esto cuando oyó la pregunta de Gustav; recuerda solo sus rodillas dando saltos.

—Es lo que tengo que hacer —contestó.

Tampoco pensó, dice, en Álex, ni siquiera se le pasó por la cabeza que el oso tuviera que batirse con muchas personas y que medir las propias fuerzas significara, precisamente, medir también las fuerzas de quienes están contigo.

Su jefe no insistió.

—Te ayudaré, Carla. Haré lo que pueda.

Parecía demasiado sincero, Gustav no solía poner énfasis en sus palabras. Cuando se levantó para irse, percibió en cambio un gesto de hartazgo e irritación.

Ya en su mesa, logró trabajar cuarenta y cinco minutos seguidos. Un desorden de ruidos, lo que está dentro, fuera, el ventilador del ordenador en su cabeza y sobre la mesa una respiración sin dueño, sola como un charco de agua. Navegó sin prudencia por la red buscando información sobre el escándalo alemán de los trasplantes: en treinta y siete de los ciento ochenta y dos pacientes a los que se realizó un trasplante de hígado en 2010 y 2011 se manipularon datos; mediante diagnósticos más negativos que la realidad, lograron ser considerados urgentes y escalar puestos en las listas de espera. Un caso inverso al de Elenka, dice Carla. Aunque no tuviera demasiada importancia eso le hacía sentirse mejor: aquellos eran avariciosos de la vida, del tiempo, mientras que en el caso de Elenka la vida se apagaba; lo que pedían

no era una gravedad falsa sino, al contrario, que dijeran que tenía más posibilidades de las que quizá tuviese; no era avaricia, era la última oportunidad. Se acordó de Elenka cuando le enseñaba los movimientos de la salsa; anduvo mentalmente unos metros así, trazando pasos de baile, diciéndose que encontraría el modo de contrarrestar el poder que tenían sobre ella.

Trató de trabajar de nuevo, apenas avanzaba. Al rato llegó su jefe.

—He hablado con Eva, va a mirar el informe. Está dispuesta a hacer algo más que mirarlo.

—Gracias, Gustav.

—No me las des, los amigos estamos para hacernos favores. Me vendría bien recogerte esta noche para tomar una copa. ¿A las ocho y media?

—Sí, de acuerdo.

Carla estornuda y yo me sobresalto. Nunca debí haber aceptado su norma: «Puede que alguna vez te pregunte y tendrás que contestar».

Comió sola, bocadillo y café. Michal llamó para decirle que Elenka se había estabilizado, y para preguntarle por sus gestiones.

—Todo en marcha —dijo, y no dijo a cambio de qué, no dijo qué era lo que probablemente entendía Gustav por hacer favores.

Colgó y oyó que en la mesa de al lado alguien decía:

—Nunca beses a una mujer vietnamita.

Era una conversación anodina sobre costumbres, los dos besos españoles, los tres rusos, el solitario beso latinoamericano. Carla dice que quiso pedir permiso para incorporarse a aquella mesa. Volver a vivir dentro del cuando no pasa nada, cuando no duele nada, cuando no hay historia porque el antes y el después transcurren desenlazados, simultáneos. Si no hay historia no hay final, eso es lo bueno, dice, y se ríe. Mientras esperaba para pagar le llamó la atención la cara luminosa del camarero, un hombre mayor, francés, que siempre se mostraba serio, apagado. Pero ahora se le veía contento, su acento se había hecho más llamativo mientras le contaba a otro camarero que cuando era joven iba con sus amigos por los pueblos en un dos caballos tan cargado de gente que los faros apuntaban a la luna. Lo repitió dos veces, los faros apuntaban a la luna, y él mismo se iluminaba.

De vuelta al trabajo iba representándose esa imagen cuando vio una cabina. Sin apenas pensarlo, marcó de nuevo el número de Álex.

—¿Álex?

—¿Eres Carla?

—Sí.

Carla, dice, se oyó pronunciar dos palabras que siempre había temido decir en voz alta.

—Necesito ayuda.

—¿Cómo está la niña?

—¿Cómo supiste que estaba enferma?

—Tengo amigos en el hospital de Kramáre.

—Está mal —dijo Carla—. Pendiente de un trasplante que no llega. Quieren chantajearme, Álex. Una médica de ese hospital revisará el informe y a cambio sé que mi jefe va a pedirme algo.

—¿Eva Shiriáyev?

—Sí. ¿La conocéis?

—Tenemos referencias.

—Para el trasplante, Elenka, mi sobrina, depende del diagnóstico de Shiriáyev.

—¿Crees que ha podido falsear su informe?

—No me atrevería a decir tanto. Pero se aprovechan de la necesidad. ¿Crearla? Sería brutal, ni siquiera me lo había planteado.

—¿Qué quiere tu jefe que hagas?

—Me lo dirá esta noche. Temo que sea algo contra el Centro de Transfusión. ¿Qué sabéis? —dijo Carla aceptando ya que había un plural, aunque no supiera de quiénes estaba compuesto.

—Varios laboratorios de hemoderivados están haciendo lobby en Bruselas para que se normalice la doble recogida: comercial por parte de las empresas, y sin ánimo de lucro por las ONG, aunque no todas, y los centros públicos. —Mientras oía a Álex, Carla se decía que Gustav y la médica no podían ser tan salvajes como para haber alterado el informe a propósito—. Parece que ya no van a esperar a más reuniones ni a más declaraciones conjuntas. Quieren una catástrofe que fuerce un cambio de ley.

—Hundir la reputación del Centro de Transfusión público de Bratislava, y lograr que en Eslovaquia se acepten las donaciones remuneradas.

—¿Estás segura?

—Solo es una hipótesis. Atando cabos parece lo más lógico. Hace poco mi jefe me dijo que sospechaban que algo no marcha bien en el Centro de Transfusión. Quería que le notificara cualquier irregularidad y ser el primero en saberla.

—¿Qué crees que pueden hacer?

—Llevo tiempo dándole vueltas. No puede pedirme que contamine una bolsa porque nosotros debemos revisar los análisis, y si la bolsa llegara a un paciente el culpable no sería el centro sino nosotros.

—Podrías decir que os han llegado varias, acusarles de ineficiencia.

—Una acusación interesada, no muy creíble —dijo Carla—. Lo que suscitaría una reacción pública es el desabastecimiento. Un fallo que cree un momento crítico de escasez. ¿Te das cuenta de lo que estamos hablando? ¿Cómo puede ser que no haya límites? Ojalá me lo esté imaginando todo. Pero si me pide que mienta en un control de calidad, ni siquiera me planteo negarme.

—Es una niña, no puedes abandonarla. No te angusties más.

—Si yo hubiera cedido antes, cuando me lo pidió la primera vez, a lo mejor esto no estaría pasando.

—No, Carla. Siempre se aseguran. Si te pidió algo era porque ya sabía que iba a poder exigírtelo.

—Ahora ya da igual. No hay salida.

—Sí la hay. Carla, yo viajo mañana a Bratislava. Por eso le pedí a Noa que nos pusiera en contacto. No te lo había dicho aún porque no quería presionarte. Pero todo se ha precipitado.

Carla enfoca detrás de mi nariz y más allá, detrás de la pared de la oficina, detrás de muchas otras calles y provincias. Todos, en algún momento cuando me hablan, se van allí. No es Bratislava. No es el lugar donde sucedieron los hechos. Tiene un poco de oleaje y un poco de pavimento solitario, un poco de invierno sea cual sea la estación del año. Se asoman y miran tal vez hacia una isla que nunca han visitado. Y hablan, y mientras dicen las palabras están armando dentro de sí respuestas a preguntas que no he hecho pero que necesitan.

Yo no pregunto. Cada cosa a su tiempo.

—¿Cuánto falta para el descanso? —dice pasados unos segundos.

—Cinco minutos —contesto mirando el reloj de su móvil.

—Hoy lo quiero con cafeína, si es posible.

—Sí, tengo de los dos.

—¿Podemos adelantarlos?

—Podemos, pero deberías terminar esta conversación. Los descansos es mejor no hacerlos en mitad de algo.

Carla no se ha columpiado en la silla todavía, y ahora tampoco lo hace. Lleva puesta una camiseta entre naranja y roja de manga larga surcada de botones. Se mantiene muy recta sobre la silla. Sin embargo, dice:

—Estoy cansada.

—¿Por qué quieres contar todo esto?

—Tengo que hacerlo.

No insisto y solo digo:

—Venga, termina la conversación y hago café, he comprado galletas.

Sonríe. Seguimos.

—Él te dirá lo que quiere —continuó Álex—. Y nosotros tendremos que decidir lo que vamos a hacerles y cómo.

—Suenan bien. ¿Quiénes somos nosotros, Álex? ¿Cuatro contra mil?

—Nunca esperan el contragolpe. Ni siquiera cuando creen que lo esperan.

—Yo no lo veo así. Me tienen en sus manos, se las han ingeniado para anular cualquier resistencia por mi parte.

—Pero esto es solo el principio, Carla. ¿Qué podría temer tu jefe de ti?

—Que acumule demasiada información y la utilice cuando Elenka se cure.

—Eso lo neutralizan con el trasplante. Denunciarles sería reconocer...

—... mi iniquidad, lo sé.

—Iniquidad: ni creo que lo sea ni creo que les importe. Él esperará que intentes obtener algún seguro para ti, quizá que quieras grabarle. En cambio no esperará que intentes destruirles.

—¿Destruir, Álex? No te conozco y soy yo quien ha llamado esta vez, os necesito pero: ¿podrías no exagerar?

—Destruir su poder. No basta con criticarlo, con denunciarlo. Es nuestra sangre, hoy será la de Bratislava, mañana la de Lisboa, París o Europa entera. En Madrid han empezado por otro camino: han cedido la gestión de la extracción de sangre del Centro de Transfusión público a una entidad privada. También nos estamos oponiendo.

—Hablas de cuatro gatos, Álex.

—Cada vez hay más organizaciones. Y millones de personas sufriendo las consecuencias de los ataques a la sanidad pública. En número somos muchos más que ellos.

—Pero mis jefes trabajan para una gran empresa, y los jefes de mis jefes son un grupo paraempresarial o como lo quieras llamar: tienen todos los apoyos.

—Nadie tiene todos los apoyos. Ellos están acostumbrados a no encontrar resistencia en su terreno.

—¿A qué hora llegas mañana? ¿Cómo me pongo en contacto contigo?

—Yo te buscaré.

—¿Serviría de algo que intentase grabarle?

—No, no, precisamente eso sí puede esperarlo.

—Hasta mañana entonces.

—Suerte esta noche. Piensa que no estás sola.

—¿Aquí? —me pregunta.

—Sí, aquí.

Pongo agua en la tetera eléctrica, estoy de espaldas a ella, la oigo levantarse y sé lo que va a hacer: va a mirar mis libros. No haría lo mismo si se tratara de mi ropa, no pasaría la mano entre las chaquetas y los pantalones colgados. No sacaría del cajón una camisa y la extendería como sí oigo que saca del estante un libro y lo abre y puede que esté mirando una dedicatoria que me retrotrae a hace veinte años, o una frase subrayada que me desnuda. Evito volverme, ni siquiera miro fugazmente cuál es el ejemplar que ahora parece estar colocando en su sitio. El agua de la tetera empieza a hervir y ya no oigo sus movimientos. Saco bandeja, tazas, bote de Nescafé no descafeinado y, sobre un plato que compré en el rastro porque tenía una rama de romero dibujada, pongo las galletas de chocolate.

—¿Te ayudo? —dice.

—No hace falta.

Cuando me vuelvo, Carla ya se ha sentado. Me mira con aire divertido, yo daría unos cuantos cientos de minutos de mi vida por saber qué libro ha estado hojeando.

—Quizá es mucho dos horas —le digo tirando piedras contra mi tejado.

No quiero que se vaya ahora y menos que desaparezca el pretexto para este descanso compartido, pero debo ser honesto: las sesiones suelen ser de una hora nada más y noto a Carla cansada.

Ella está mojando una galleta en el café. La muerde, hace un gesto de que le gusta.

—Con estas galletas puedo resistir, no te preocupes. Es que tenemos que acabar pronto.

—Pero si es por dinero...

—No, no es el dinero. Es el tiempo.

—Si prefieres otro horario, dímelo.

—Ah, no, este me va bien. Me refería al plazo, tenemos que acabarlo este mes. ¿Me puedes contar algo de ti?

Lo ha dicho sin marcar la pausa, pienso que aunque no lo parezca Carla debe tener una buena dosis de timidez si esta le aflora incluso ante alguien como yo.

—Pregunta —le digo del modo más amistoso posible.

—Vale, es que a veces eres muy firme con las reglas. Y no las conozco todas.

—Las reglas son que la cliente, en este caso, habla ante un ordenador humano que soy yo. Anoto, transcribo, selecciono y proceso los textos.

—Ejecutas instrucciones, es lo que hace un procesador.

No, Carla, yo los canto, los interpreto, pienso pero callo y encajo su mirada.

—Con respecto a lo que querías saber, las reglas son que no hablo de mí en horas de trabajo. Sin embargo esto es el descanso, pregunta; si no quiero contártelo, te lo digo.

—Una pregunta por café —dice Carla.

Espero lo de siempre, mi profesión, mi familia, cómo llegué a este empleo, si escribo o no también mis propias historias o si tengo algún sueño todavía. Carla dice:

—¿Qué haces con el arrepentimiento?

Me duele la pregunta. Respiro y me levanto en busca de papel de cocina que haga las veces de servilleta. ¿Por qué quiere lo peor de mí? Poco a poco pienso que su pregunta tal vez solo sea un preámbulo. Va a contarme en algún momento algo que aún le pesa y lo que quiere es compañía. Contesto despacio.

—No estoy dotado para cuestiones morales, acuérdate. De modo que no comprendo el sentido de arrepentirse. Rectificar, sí. Intentar no hacerlo otra vez.

—¿Y cuando no hay otra vez?

—Pues supongo que nada. Pero ¿arrepentirse? La vida solo va hacia delante.

—Suená bien; sin embargo, en ese caso no tendría sentido recordar.

—Recordar no es arrepentirse: miras lo que hay atrás, no vives retrocediendo.

—Las manos, las piernas, cuando se nos duermen, recuerdan —dice.

—¿Qué recuerdan?

—Nada. —Me mira divertida—. Bueno, sí, nos recuerdan que la sangre no les llega. Recuerdan hacia delante, es lo que tú decías.

Carla se queda callada, yo bebo mi café y empiezo a recoger las cosas. Ella se levanta para ayudarme.

—No hace falta —digo. Y cuando vuelvo—: Pregunta por pregunta: ¿qué libro has abierto antes?

Se ríe.

—Kavafis.

Dios, me veo con quince años, lleno de granos, subrayando plegarias laicas, propósitos, deseos. Noto el calor en las orejas y Carla vuelve a reír.

—Has subrayado algunos versos que yo también subrayé —dice.

No sé si lo dice para serenarme o si es cierto. Dejo la bandeja y le pido, casi le suplico, que volvamos a trabajar. No estoy preparado para tanta cercanía, pienso, aunque no se lo digo. Volvemos.

Michal estaba de pie cuando Carla abrió la puerta. Se puso su anorak azul mientras decía:

—Ha llamado tu jefe, tenía que hablar contigo, ¿te ha encontrado?

—Sí.

—Yo me voy al hospital.

—¿Algo nuevo?

—No, voy solo para acompañarles. No quieren irse porque han reducido tanto el personal que si no está la familia a veces nadie vigila a los pacientes.

—¿Incluso a los niños?

—El infantil es el que mejor se ha mantenido, pero también le han quitado personal.

—Ojalá pudiera ir contigo. Gustav pasará por aquí dentro de un rato para hablar del informe.

—¿Por aquí? ¿No podéis hablarlo en el trabajo?

Carla temía haberse equivocado llamando a Álex, tal vez fuese mejor hacer lo que Gustav le pidiera sin darle más vueltas. Todas sus dudas afloraron en la contundencia excesiva, abierta a dobles interpretaciones, con que replicó:

—Parece que él no quiere, Michal.

Él estaba a punto de irse, Carla no quería despedirse así, sonrió y dijo:

—Seguro que se arregla, seguro.

Michal ya había cogido su mochila pero volvió a dejarla en el suelo y le dio un abrazo largo, capaz, dice, de detener la rotación de la tierra unos segundos.

Como otras veces, se asomó a la ventana para decirle adiós. Se quedó mirando su

figura de vaqueros, anorak y la mochila reflectante colgando de un solo hombro. Cuando ya se acercaba a la esquina se volvió y Carla dedujo la sonrisa mientras la mano saludaba. Pensó que tenía mucho que perder: eso la hacía vulnerable pero también la convertía en un juguete rabioso. Procuraría que Gustav no se diera cuenta.

En el coche de su jefe olía a menta. Buscó un ambientador con la mirada.

—¿Qué miras?

—Si había un ambientador. Huele bien.

—No uso ambientador. ¿Te extraña que yo huela bien?

—No..., pero dime que no hay algo sucio en todo esto.

—Sucio... Si mirásemos con un microscopio el salpicadero de este coche que huele tan bien veríamos una película de terror.

—No somos bacterias, Gustav, somos personas.

—Personas que viven en el mercado. ¿Por qué estúpida cuestión simbólica excluir la sangre cuando compramos y vendemos todo?

Carla se encerró en el silencio. A los pocos minutos Gustav dijo:

—Parece que todavía piensas que puedes pasar por la vida sin mancharte las manos. Grandes campañas para los donantes, para que se sientan generosos y luego, si ese donante o su hermano o amigo enferma y necesita ciertos medicamentos, que usen para fabricarlo el plasma comprado en Estados Unidos, en Austria, en la abominable República Checa. Allí son tan inhumanos que pagan por la sangre. Nosotros no pagamos, les damos un zumo y un cruasán, nosotros creemos en el noble corazón y dejamos que las manos se las manchen otros.

Carla abrió la ventanilla como para escapar de aquel olor a menta y aquellas palabras.

—Vamos a ayudarte, no lo olvides, y nos beneficiaremos de la ayuda que has elegido aceptar. No parece que seas la persona más indicada para juzgarnos.

—Estoy aquí, Gustav, no me convenzas. Haré lo que haya que hacer.

Aparcaron frente al club Randal. Allí la música de ambiente estaba muy alta.

Por el escenario se movían varias personas enchufando cables y colocando instrumentos. Gustav llevó a Carla al lado estrecho de la barra.

—¿Cerveza?

Carla se encogió de hombros y Gustav pidió dos cervezas.

—He estado hablando con vuestra médica. Parece que no está de acuerdo con el orden de prioridades de los trasplantes. Incluso si estuviera de acuerdo, el diagnóstico es revisable, de manera que os ayudará. Como ves, es bueno tener amigos.

—Me dijiste que no querías que diera las gracias. ¿Qué quieres, entonces?

—Cooperación, amistad, necesito fiarme de ti.

—Por favor, Gustav.

—Hablo en serio. No quiero sorpresas. No me gustan los arrebatos. Quiero asegurarme de que entiendes lo que vas a hacer.

—Entenderlo, lo entiendo. Entender es fácil.

—Bien, me alegra.

—También me entiendo a mí. Siempre pensé que cuando llegara el dilema reaccionaría con honestidad y... ya ves.

—La honestidad es una virtud privada, la gente se preocupa demasiado por ella. Sin embargo es irrelevante al final. ¿Qué coño hace un santo en la selva, a quién le sirve que se deje devorar? Lo que haría falta son virtudes públicas. Ideas claras, por ejemplo, y condiciones que hicieran innecesarias estas maniobras.

—¿Quieres decir que vosotros no sacáis nada de esto? ¿Que lo hacéis simplemente para que haya más plasma disponible?

—¿Lo ves? Esa ironía, Carla. Vuelvo a recordarte, eres tú quien me ha pedido algo que me conformaré con llamar irregular.

—No contestas.

—Yo saco algo de esto. El laboratorio nota la crisis. Yo estoy en el equipo, Carla. Y el equipo ha sido claro conmigo: si nos quedamos quietos, podrían perderse muchos puestos de trabajo. Si sale bien habrá recompensas, en efecto.

Carla bebió su cerveza, tragos cortos mientras intentaba pensar en Elenka, en Michal, y también en Álex. Pero en su lugar venían a ella, dice, imágenes de grandes fieras abatidas, Godzilla, King Kong.

—¿Qué tengo que hacer? —dijo.

—A veces, como sabes, las bolsas de plasma fresco congelado pierden los factores de coagulación.

—Hay miles de alarmas, Gustav, en los refrigeradores, en los sistemas de transporte.

—Sí, pero hay un proceso previo donde el error humano puede suceder, el momento de la ultracongelación.

—¿Y?

—Supón que te llegan unas bolsas en perfecto estado. Tendrás que decir que no lo están, que han perdido los factores debido a un fallo de ultracongelación.

—Tendré que demostrarlo.

—Te ayudaremos.

—¿Y luego?

—Vamos hablando.

—¿Cuándo revisará la médica el informe de Elenka?

—Está en ello.

—¿Cómo sé que me dices la verdad?

Gustav sacó una copia idéntica a la que le había entregado Michal con un folio grapado.

—Este es el viejo, y estas las correcciones que hará.

—¿Y si no las hace?

—Le conviene hacerlas.

—¿Qué saca ella con ayudarte?

Gustav rio.

—Muy joven —dijo—. Eres muy joven.

—Gustav, tú sabías que Elenka estaba enferma. ¿No habrás hablado con la médica antes de que yo te lo pidiese?

—Déjalo ya, Carla, ¿quieres?

Cuando salieron a la calle, Gustav se despidió de ella con rapidez:

—Tengo otra cita, no puedo llevarte.

Carla se sentía muy cansada, como si la gripe, dice, hubiera anidado en su cuerpo en apenas unos minutos y todas sus defensas se hubieran ido.

Volvió a casa en trolebús. A mitad de camino le llamó Michal: habían podido ver a su hermana unos minutos, estaba tranquila, les había hablado de baloncesto y había preguntado por Carla; él salía ya para casa. Ella le dijo que todo estaba en marcha, que ya le contaría al llegar. Después cerró los ojos. Cada organismo, dice, procura mantener su equilibrio interno autocontrolándose, graduando la concentración de ciertas moléculas e iones, corrigiendo lo que interpreta como erróneo o peligroso. En aquella otra circulación tan distinta a la de la sangre, ella era un elemento perturbador. Sin embargo el tráfico permanecía ciego a la función que una mujer sola, sentada justo antes del fuelle del trolebús, estaba a punto de desempeñar: en vez de amortiguar los desequilibrios iba a crearlos, propagando el engaño. Como durante un tiempo se había hablado del escándalo de los productos para hemofílicos en los años setenta y ochenta, dentro de unos años se hablaría del caso de alteración de la cadena de frío en el plasma congelado, caso que habría contribuido a que Eslovaquia y después otros países ingresaran en el grupo de los que aprobaban la venta de plasma, la venta del mar interior, de la vida que somos.

¿No vendemos nuestro trabajo, nuestro sudor, nuestras palabras? ¿Qué importancia podía tener vender también un poco de sangre? Se levantó. Desde la puerta, veía a las personas que cruzaban la calle, parecían inocentes, no parecían, dice, cobardes.

En casa Carla miró a Michal verter el vino en la copa. Un año atrás, se dijo, tal vez le habría contado sin dudar que para ayudar a Elenka iba a dejarse chantajear, un año atrás serían ellos quienes se dejaban chantajear. Pero ahora contárselo le parecía como pedirle algo, como exigirselo. El secreto, recuerda haber pensado, precinta el mundo. Te crees a salvo en un perímetro de seguridad aunque solo consista en una endeble cinta de plástico con franjas rojas y blancas. Esperas que allí nada cambie de sitio sin tu consentimiento.

—¿Estás en contra de los secretos? —me pregunta ahora.

—¿De todos?

—Bueno, ya sabes, hay gente que piensa que deberíamos vivir con luz y taquígrafos.

—No, no estoy en contra.

—¿Crees que no confiaba en Michal y que por eso no quería contárselo aún?

—No, la verdad, no había pensado eso. Me parecía que simplemente necesitabas tiempo.

—¿Tiempo para qué?

Por fortuna, no tengo que mentir; lo que voy a decirle es lo que pienso.

—Para saber cómo decírselo sin que pareciera que le echabas la culpa, o que exigías gratitud. O que querías echarte atrás.

Cuando le dijo a Michal que Eva estaba revisando el informe y que era posible que el trasplante estuviera más cerca, él apretó su mano. Luego se quedó callado mucho rato, masticaba el pan, el queso, bebía con la expresión endurecida hasta que la miró y dijo:

—¿Y si la operación sale mal?

—No nos han dado a elegir, Michal. El riesgo de no hacer nada es mucho más alto. Saldrá bien.

—Sí, tiene que salir bien.

Vio en sus ojos que no aceptaba el optimismo sin fundamento del «Saldrá bien», vio que pensaba lo que era cierto, que había menos de un sesenta por ciento de posibilidades de que saliera bien. Michal eligió callar pero lo hizo sin hostilidad, con esa forma que tenía de encontrar su centro como algunos luchadores que simplemente saben apoyarse en el suelo, dice Carla, y no hay manera de hacerles caer.

Por la mañana Carla fue a nadar, solía hacerlo un día a la semana, aunque ese día estuvo menos tiempo del habitual. Aun en el agua no conseguía dejar de pensar en lo que iba a hacer, y ni siquiera mentir sobre el plasma le preocupaba tanto como no saber si esa médica había alterado antes el informe, o si lo había cambiado ahora y alguien, otra niña acaso, iba a quedar detrás.

En cuanto Jana, la jefa de los técnicos de laboratorio, la vio llegar al trabajo, se presentó en su área con dos bolsas de plasma en la mano. Jana llevaba mucho tiempo en la empresa, había sido su guía además de amiga. Era una mujer segura de sí misma, con un gran sentido del humor, que ahora, sin embargo, se acercaba nerviosa, y Carla sabía por qué. Habían detectado bolsas en malas condiciones, según aseguraba Gustav. Jana temía que en efecto lo estuvieran y que fuese responsabilidad de su departamento. Carla, sin embargo, sabía que las bolsas estaban bien, y la avergonzaba tener que callar. Escuchó incómoda su explicación. Le dijo que en Control de Calidad darían prioridad a esas bolsas, y que si había otras cosas urgentes, se ocuparía ella misma.

—No me explico cómo puede haber pasado.

—A lo mejor las bolsas ya venían mal.

—¿Del centro? Imposible. No queda bien decirlo aquí, pero sus sistemas de refrigeración son mejores que los nuestros.

—Fallos puede haber en cualquier lado.

—Pero, Carla, ¡estás desconocida! ¿Tú diciendo que la culpa no es nuestra?

Jana se echó a reír.

—De todos los que han pasado por Control de Calidad, eres la más perfeccionista, nunca te había visto quitarte el muerto de encima.

—Tampoco yo te había visto así de preocupada. Me ha salido mi lado galante, Jana. Lo tengo, aunque no lo parezca.

—Galante...

Jana volvió a reír pero la miraba como queriendo saber. No era fácil engañarla. Carla desvió la mirada.

—Me voy —dijo—. Cuando tengas los resultados, sea lo que sea, me los dices a mí primero. A mí.

—No me atrevería a hacer otra cosa.

—Muy rarita te veo —dijo en un eslovaco particular que Carla había aprendido a entender.

Una vez se quedó sola, miró las bolsas amarillas iguales a tantas analizadas en esos años. Las primeras veces Carla se acercaba al plasma con el respeto de la adolescente que estudió Biológicas porque esperaba vislumbrar qué era la vida. Entonces deseaba que algunos visionarios tuvieran razón, que la vida fuese el mar y los individuos unidades marinas desgajadas, mares individuales, perdidos. Morir no sería volver a la tierra en forma de polvo o ceniza sino al mar. La sangre de los muertos, el agua que rodea el cerebro de los muertos, el líquido que baña cada una de los millones de células se evaporaría y volvería al mar. Ahora, esas dos bolsas solo eran chantaje.

A las once fue a tomar un café a la máquina del primer piso. Cuando volvió había un aviso sobre su mesa, un posit desvaído que no llamaba la atención, parecía una nota más entre las muchas que había junto al ordenador. Pero la letra era distinta: «Te espera a las doce en la estación de Vinohrady». La estación estaba a unos quince minutos de su trabajo, podía arreglárselas para dejar una tarea a medias y llegar. ¿Quién le habría dejado esa nota? Los secretos ajenos también precintaban el mundo, solo que ella se quedaba fuera y tal vez tenía algo de miedo.

Fue andando. Aunque Michal y ella solían tomar el tranvía para ir al centro, la pequeña estación de Vinohrady era uno de sus lugares preferidos. Estaba en lo alto de la montaña, por dentro no había más que un túnel pero fuera una zona con bancos de cemento permitía contemplar el barrio entero y la ciudad extendida. Esperó allí asomada, repartía la mirada entre el camino por donde podía aparecer Álex o tal vez otra persona, y un cielo distinto al de Madrid, como empeñado en recordarle la cercanía de las montañas, un cielo más limpio y más vivo. Carla pensó en Elenka encerrada en una habitación donde la gente entraba y encendía la luz y daba voces como si allí no hubiera nadie.

—Álex —dijo alguien a su espalda.

Carla se volvió: Álex tendría dos o tres años más que ella; el pelo, de un rubio

oscuro, le caía a los lados de la cara sin llegar a tocar los hombros. Llevaba vaqueros y un abrigo por encima de la rodilla. Lo más llamativo era su gran nariz de pájaro, dando a su cara vuelo, distancia, como si planeara sobre su entorno, y una especie de sonrisa que afloraba incluso con la boca cerrada, riéndole al simple paso del tiempo.

—Carla.

—¿Has sabido algo nuevo?

—Mi jefe me aseguró que la médica revisará el informe.

—¿Qué te han pedido a cambio?

—Dime antes quién me ha dejado la nota.

—No puedo.

—Por favor, os necesito, pero tengo que saber quiénes sois.

—Un grupo, una organización, usa el nombre que quieras. Planeamos las acciones en secreto porque hay muchos frentes y desde el secreto podemos aportar algo distinto. Algo más rápido, quizá. Por el momento nos hemos centrado en la sanidad pública.

—El secreto no me gusta.

—No decimos que sea lo mejor, sino que ahora lo necesitamos. También a ti te necesitamos, pero no vamos a arrastrar a nadie que no pueda implicarse, o que no quiera.

—Yo no quiero. Estoy aquí porque me ayudáis y también estoy dispuesta a ayudaros, pero tenéis que darme más información, cuánta gente sois, desde cuándo, con qué organizaciones trabajáis.

—Llevamos años, yo casi cinco, otras personas más. No tenemos nombre porque no queremos vincularnos a ningún grupo concreto sino que trabajamos con todos los que luchen por lo mismo. Las personas que van a participar en una operación estudian si están de acuerdo con ella.

—¿De cuánta gente estás hablando?

—Tenemos menos medios que nuestros adversarios pero somos más. Cuando elegimos un objetivo, topografiamos el mundo. Por supuesto no me refiero al mundo entero, sino a que allí donde hay uno o una de nosotros, cuadricula su zona para saber con qué grupos y personas se puede contar. De quienes no pueden venir a las reuniones apuntamos si estarían en disposición de ayudarnos y cómo: su necesidad, que casi siempre es también su fuerza, sus conocimientos, sus trabajos cuando los hay, los lugares adonde tienen acceso. Y al poner cada operación en marcha, les contactamos.

—¿Puedo saber quiénes son esas personas y organizaciones aquí en Eslovaquia?

—De momento es mejor que no, por ellas y por ti.

—Y por Elenka. No sé qué habéis hecho otras veces, pero esta vez hay una niña en peligro. ¿Cómo vais a aseguraros de que no le pase nada?

—Siempre hay alguien en peligro.

—No es lo mismo.

—Este es un caso muy delicado, lo sé.

El viento había empezado a soplar enredándoles el pelo y poniendo aspereza en sus ojos. Carla se apartó de la pendiente. Álex se volvió para mirarla pero sin acercarse. Carla agradecía esa distancia aunque, al mismo tiempo, echaba de menos el contacto físico de alguien cercano. No sabía quién era Álex, no podía confiar completamente en ella, pero su forma de moverse, abrir los ojos y gesticular mostrándose entera, como si todo fuera realidad desplegada, extendida, le hacía sentir que la conocía desde mucho tiempo atrás.

—¿Nos sentamos? —dijo.

Álex asintió y fueron a un saliente de piedra de espaldas al promontorio.

—¿Qué queréis de mí?

—Información. En Pharmen no esperan que te adelantes a sus planes, ya lo hablamos por teléfono. Solo esperan que reacciones.

—Pero hay un plazo que ellos controlan completamente.

—Completamente no, si le pasa algo a Elenka dejan de poder presionarte y ganan un enemigo.

—Encarnizado.

—Sí.

—Tenía ganas de decir esa palabra, Álex. Si le pasa algo a Elenka me encarnizaría con ellos como jamás he imaginado hacerlo con nadie. —Carla se quedó callada, luego añadió—: ¿Y si le pasa algo por vuestra culpa? ¿Cómo vais a protegerla?

—Tenemos gente en el hospital. Puede haber imprevistos, pero ella no es el objetivo, Carla. El objetivo eres tú.

—¿Qué información queréis?

—Toda la que tengas. ¿Conoces el plan de Gustav? ¿Qué te ha pedido?

—Quiere que certifique que una gran partida del Centro de Transfusión ha llegado en malas condiciones, por un supuesto fallo del sistema de ultracongelación. Es falso, las bolsas están bien.

—¿Te ha dicho para qué?

—No, aunque lo supongo. Los hemoderivados son medicamentos escasos, no es fácil reponer una gran partida. Lo lógico es que utilicen el supuesto fallo para exagerar la urgencia y la falta de suministros. Pueden ir a los medios y decir que ni el sistema público ni las donaciones garantizan que vaya a haber plasma suficiente.

—Si pudieras registrar tu actividad, sacar una copia de lo que hagas.

Dice Carla que aún recuerda sus ganas de asentir. Dice que en aquel promontorio, entre piedras y arbustos, frente a las vías oxidadas del tren, el viento parecía decirle que sí, que era posible no ser uno o una sola, que no siempre levantarse iba a consistir en seguir asistiendo al cuerpo que se mueve por dentro y por fuera; alguna vez, en cambio, levantarte y sentir que otros te levantan, correr y otras te empujan, sostener la columna vertebral porque una misma tensión nos atraviesa. Levantarte y saber que

levantas a otras y a otros con tu impulso. Pero ¿y Elenka?

—Aunque quisiera, Álex, tenemos que esperar. No puedo correr el riesgo de que me descubran. Hasta que operen a Elenka mi único plan es tragar con lo que me pidan.

—Podemos conseguirlo, Carla. Antes teníamos a alguien en tu empresa, hemos adelantado mucho. Lo que ocurre es que, al terminar su contrato, no se lo renovaron.

—¿Quién es?

—No creo que le conozcas, un operario de mantenimiento. Verificaba el trabajo realizado por servicios técnicos externos en mantenimiento y reparación de instalaciones, tenía acceso a todos los despachos.

Carla se puso de pie.

—Os ayudaré, Álex. Pero todavía no. Todo tiene que pararse hasta que Elenka esté bien. Todo.

Ante el silencio de Álex, Carla continuó:

—Álex, no puedes utilizar nada de lo que te he contado ahora hasta que esto pase.

Echó a andar hacia la parada del tranvía, Álex la siguió, los pasos se convertían en zancadas por la pendiente.

—Tú empiezas por una niña, Carla, y está bien. Pero la organización ya había empezado. ¿Leíste las últimas declaraciones de una de las grandes multinacionales de hemoderivados? Su presidente sugería que los parados vendieran sangre para llegar a fin de mes.

—Es despreciable, sí, es brutal, pero si vuestra organización es tan poderosa, ¿por qué no resuelve el paro, la miseria? ¿A quién le importa la sangre? ¿Y por qué venir aquí? En Madrid las cosas están peor.

—No he dicho que fuera una organización poderosa, solo he dicho que somos cada vez más. Luchamos contra una muralla, nunca sabes por dónde se puede romper. Y en el caso de la sangre aquí tenemos acceso a una brecha. Puede ser un desencadenante.

—¿Has hablado a alguien de Gustav y de Elenka?

—Había hablado de Gustav antes de saber lo de la niña.

—Joder, ¿qué pretendéis? Ellos tienen un rehén: se llama Elenka, doce años, tú no la conoces y no te importa.

—Tengo una hija de trece años y te juro que puedo imaginar lo que sientes.

—¿Cómo se llama?

—Marina. —Álex se quedó callada unos segundos y continuó—: No he hecho nada que pueda poner en peligro a la hermana de tu novio. Además, me has dicho que van a revisar el informe.

—Todavía no lo han revisado. Y no se acabará si lo hacen, seguimos estando en sus manos.

—Precisamente por eso, Carla. Es imposible que no entiendas la necesidad de no estar tan en sus manos, de tener algo con que...

—Un contrapeso a su poder, claro que lo he pensado.

Habían llegado a la parada del tranvía. Olía, dice, a goma quemada y al alcohol que exudaba un hombre borracho y medio dormido sentado en el banco.

—Fin, se acabó, no cuentas conmigo. No voy a arriesgarme. Te pido, en nombre de Elenka, que tú también lo dejes. Siento haberte llamado.

—Entiendo tus dudas, Carla. ¿Cómo no las voy a entender? —Álex se quedó mirando el tranvía que se acercaba—. Es el cinco, ¿me lleva cerca de la parte vieja?

Carla asintió sin más, Álex subió al tranvía y se marchó.

Sé que no puedo callarme.

—Yo también lo habría hecho, Carla. Me habría corrompido para salvar a esa niña o a uno de mis hijos.

—Corromperse para hacer el bien, parece fácil. Pero yo no sabía si había otra persona, otra Elenka con sus pendientes azul turquesa.

—¿La había?

Carla se levanta y se dirige a una butaca tapizada de rojo que compré en el Rastro. La tengo en una esquina, la uso para leer. Aunque parece incómoda, te mantiene la espalda erguida; además, puedes apoyar el libro en uno de sus grandes brazos de madera. La butaca está de espaldas a la ventana y mira a la estantería de libros. A su derecha hay una lámina clavada con chinchetas en la pared. Es un dibujo de mi hijo pequeño. Procuro mantener cierta asepsia en la oficina, estoy aquí para escuchar; sin embargo, el dibujo de Martín no parece el típico dibujo de niño. Si no lo digo, nadie sabría que es suyo. Muestra una gran llanura con zonas verdes y otras de color tierra, que ocupa un tercio de la lámina. Los otros dos tercios son todo cielo a punto de anochecer, nubes grandes, de un gris perfecto que parece brillar y zonas más negras, como agujeros del espacio donde se distinguen dos o tres estrellas blancas. Carla lo mira un buen rato y, dirigiéndose a la gran llanura, desde la butaca roja dice:

—Después supe que no, pero qué importa, tomé la decisión cuando no lo sabía.

—No sé qué vas a contarme. Sin embargo, hasta ahora me reafirmo en mi disgusto hacia las organizaciones, hacia las notas misteriosas. Y repruebo que quieran inclinar la balanza de un dilema moral irresoluble.

Carla mueve ahora la butaca para mirarme.

—¿Por qué no te gustan?

—Porque estamos solos, Carla. Queremos creer que no, pero cada persona es un envoltorio cerrado, tú lo has dicho antes: si se abre, si te derramas, mueres.

—Mueres de todos modos. Aunque no te derrames, te secas y mueres.

Hago como si no la hubiera oído y continúo:

—Además, las organizaciones están hechas de personas; no son más que conjuntos de muchos envoltorios cerrados, durante un momento sueñan que son algo más, pero no lo son.

—¿Y los sueños, qué? ¿Dirías que no existen?

—Metafísica, Carla. No me vale.

—No es metafísica, es física, son nuestros cuerpos.

Me levanto, exaltado.

—No, no. Nuestros cuerpos son otra cosa, pan con mantequilla, el agua de la ducha, sexo, bicicletas. Una célula no tiene ni idea de nada. He estado en organizaciones. Durante un tiempo la cosa va bien, pero luego...

Carla abandona la butaca roja y vuelve a la silla giratoria naranja.

—¿Qué te pasó?

Yo aún no me siento. No sé cómo reconducir la situación. Toso, río como puedo.

—No me pasó nada. Me cansé, de las discusiones, de los fracasos. —Vuelvo a sentarme, recobro la calma despacio—. Discúlpame. Me he puesto nervioso. No debería haberte interrumpido. Sigue, por favor.

La veo arrellanarse en la silla de siempre. Se descalza, sube las rodillas al asiento y las abraza, me dice:

—Un cuarto de hora más y lo dejamos.

Miro hacia la mesa finalmente agradecido, me habría disgustado bastante poner fin a la sesión con mi arrebató.

Desde la parada, Carla llamó a Michal:

—¿Se sabe algo nuevo?

—La médica ha dicho que irá a las seis de la tarde y les explicará los próximos pasos, yo no creo que pueda llegar.

—¿Cómo estás tú?

—Bien, un poco ido pero bien. Carla, gracias por todo.

—Eeeeh, venga. Un beso. Luego nos vemos.

Por la tarde Carla habló con Jana. Las dos bolsas habían perdido los factores de coagulación lábiles, a los efectos era como si no hubieran pasado por la fase de ultracongelación.

—¿Crees que ha sido eso? ¿No puede haberse descongelado en el trayecto?

—Sería más raro. Las bolsas vienen de dos cajas distintas, tendrían que haberse estropeado las alarmas de las dos cajas. En cambio la ultracongelación la hacen por partidas de hasta trescientas. Si se la saltan, o si la alarma de la máquina está mal... No puedo asegurarlo. Lo que sé es que los factores se han perdido.

Jana quiso que fueran a tomar un café, pero Carla se excusó. Cuando se quedó sola, se dio cuenta de que sentía haberle dicho adiós a Álex, pero no lo lamentaba. Ahora sabía lo que tenía que hacer: un paso llevaba a otro y no había más. Al poco, Gustav la llamó a su despacho.

—Hola.

—Hoy le daremos a Jana otras dos bolsas. Volverás a modificar los resultados en el ordenador, le dirás a Jana que las bolsas estaban en mal estado y le entregarás los

datos nuevos.

—¿Qué hago con los técnicos?

—Yo les sacaré con algún pretexto.

—De acuerdo.

—Sin sorpresas, Carla. ¿Tus escrúpulos?

—Mis escrúpulos están en un hospital esperando un trasplante de hígado. —Carla buscó la mirada de Gustav—. ¿Los tuyos?

—¿Mis qué? —dijo mientras tecleaba algo en su ordenador.

Carla volvió a su mesa. El plasma recibido estaba en perfecto estado de conservación. Tuvo que alterar de nuevo las condiciones de las muestras antes de analizarlas. A la seis empezaron a salir sus compañeros. Ella se quedó. Manipuló pruebas con el mismo cuidado con que habitualmente verificaba que no hubiese anticoagulantes en la sangre de las muestras y que los coagulómetros estaban limpios y en perfecto estado. Hizo también una prueba manual, en una mano el cronómetro y en la otra el tubo de cristal con el plasma y los reactivos; movió el tubo despacio, veía con nitidez cómo se iba formando un coágulo de color blanco. Cuando estuvo por completo formado paró el cronómetro y escribió sin embargo: «Tras comprobación manual el coágulo no se forma». Se corrompió, en fin, con perfeccionismo, atenta a cada detalle. A las ocho y media empezó a escribir el informe. A las nueve dejó todo entregado y salió de la empresa.

Oía, como siempre, pasos de otras personas que salían a la misma hora de distintos edificios. Pocas hablaban entre sí. Se detuvo para llamar a Michal desde el móvil.

—¿Se sabe algo nuevo?

—Estamos esperando a la médica. Ha tenido una urgencia y se va a retrasar.

—Me cuentas en casa entonces. Yo salgo ahora. Un beso.

Siguió andando ya sin apresurarse. Había fantaseado con encontrar a Michal en casa y tal vez explicarle lo que estaba pasando. A su lado, oyó una voz desconocida decir su nombre.

—¿Carla? Soy Patrik Stroller. Lamento presentarme así, necesito hablar con usted.

El tono de voz era duro, un tanto amenazante. El aspecto, no tanto. Carla le calculó cincuenta años o algo más, algunas canas en el pelo negro, una cara amplia con grandes gafas de montura negra. Llevaba una gruesa bufanda de lana granate y chaqueta que parecía de tweed.

—¿Quién es usted?

—La acompaño a donde vaya y se lo explico. Seré breve.

—Voy a la parada —mintió Carla.

—Vayamos.

Stroller la tomó del brazo en un gesto que sobrepasaba la cortesía. Carla hizo ademán de soltarse.

—No —dijo él manteniendo la presión—. No haga tonterías como gritar pues solo perderíamos tiempo. Y ahora escuche. Su empresa está en el punto de mira: blanqueo de capitales, prácticas monopolistas relativas, prácticas depredadoras en la fijación de precios... No puedo darle más datos. En fin, las mismas personas que están vigilando a su jefe me han pedido que hable con usted.

—¿Qué personas?

—La legalidad, como sabrá, a veces necesita ayuda. Si yo decido investigar a alguien es porque sospecho de él. Y si sospecho es porque tengo indicios. Sin embargo, no puedo obtener demasiados indicios si carezco de una autorización. Y no me darán esa autorización si no tengo indicios. Entonces me llaman. Digamos que yo soy ellos, pero ellos no son yo.

—Si usted fuera la legalidad, me citaría en un despacho. No tendría que seguirme y sujetarme con violencia.

—No es violencia, Carla. Es una leve presión. He venido aquí porque tenemos prisa. Necesito que me informe de los movimientos de su jefe. También necesito que me mantenga al tanto de las actividades de Álex.

—¿Álex?

—Sí, no finja sorprenderse. Me pagan por adelantarme a lo que va a pasar. Le diré lo que sabemos, luego usted decide. Álex viene de Madrid, como usted misma, y colabora con un grupo militante eslovaco. Pretenden evitar que Laboratorios Pharmen consiga imponer el pago por donación de plasma. Lo están haciendo a su manera, con buena voluntad pero sin muchos medios. Están poniendo en peligro sus vidas y, según usted y yo sabemos, tal vez las de otras personas.

—¿Por qué no habla con Álex entonces?

—Hemos tenido contactos indirectos, pero los hemos abandonado. Álex y su grupo son imprudentes.

—Yo voy por libre, no me interesa nada de lo que me dice.

—Sí le interesa. Usted está en tierra de nadie. Yo le ofrezco protección. Sé lo que hay en juego. No soy el único que tiene contactos en el ala infantil de cierto hospital.

—¿Por qué voy a creerle?

—Porque no le conviene arriesgarse a no hacerlo. ¿La estoy amenazando? Sí.

Patrik le entregó un número de teléfono anotado en un papel.

—Espero su llamada dentro de dos días, entre doce y una. Si no lo hace, yo iré a buscarla y no será agradable.

Ya estaban cerca de la calle del tranvía, el hombre se detuvo, la soltó y echó a andar en dirección contraria sin despedirse.

Carla volvió sobre sus pasos, el papel del número de teléfono entre los dedos. En casa, cenó sola. Michal llegó a las once. Le sorprendió su tono de voz como venido de antes, de cuando Elenka estaba bien.

—¡Buenas noticias! Están reconsiderando el caso de Elenka, dicen que hay esperanzas, incluso una posibilidad de que la operación sea en una semana. Hoy me

ha pedido que le lleve sus libros y su ordenador.

Respiró hondo, olvidada por un momento de su último encuentro, casi orgullosa de lo que había logrado. Aquella noche se acostaron pronto. Los cuerpos, dice Carla, cuando duermen se encapsulan y parecen tan suyos, tan poco nuestros. Aunque en su insomnio Carla deseaba a veces despertar a Michal, aquella noche no lo hizo; Michal, dormido, ardía junto a ella.

—Bueno, me voy. ¿Estás cansado?

—No.

—Se te está hinchando la nariz —dice, y se ríe.

—¿A mí?

Carla mira mi nariz ostensiblemente.

—Mi madre siempre lo decía cuando mentía y en tu caso es clarísimo.

Los dos nos damos cuenta de que, sin quererlo, ella misma se ha sacado de contexto. La imagino de la mano de su madre pero enseguida lo dejo y la miro. Prometí no imaginarla fuera de la historia sin avisar.

Cuando ya está en la puerta, me mira.

—Antes de que me vaya, dejaré que me saques un rato de contexto si también puedo sacarte yo a ti.

No contesto, pero me gusta esa promesa.

No ha venido. Espero diez minutos confiando en un retraso, espero veinte. No sé dónde vive, solo tengo un número de móvil; llamo y escucho a una mujer decir que el teléfono marcado no se encuentra disponible en este momento y pedirme que por favor lo intente de nuevo más tarde. Yo le hago caso, lo intento, leo un poco, navego, reviso papeles, lo intento de nuevo hasta que llega la hora del descanso y Carla sigue sin aparecer. No quiero salir por si acaso viene, aún tengo una hora reservada para ella. Sin embargo, tampoco aguanto dentro de mi cubículo, ahora demasiado estrecho y anodino, con paredes que se van aproximando la una a la otra.

Así que bajo a la calle, cruzo a la acera de enfrente y vigilo mi propio domicilio laboral. Pronto ya no podré pagarlo. Los clientes no han disminuido demasiado pero todos me piden una rebaja en mis tarifas que yo acepto, pues prefiero eso a perderles y sé que no regatean por tacañería sino por necesidad. Allí a lo lejos distingo a una chica, no es Carla, no anda como ella; sin embargo la miro esperando que la cercanía me la devuelva, que la chaqueta ceñida se convierta en gabardina, y la coleta en melena castaña con sus llamas invertidas. No sucede. Cuando no pueda pagar el alquiler de esta oficina quedaré con los clientes en un café, aunque muchos prefieren la discreción. Los días de buen tiempo quizá nos sirva el banco de un parque en un rincón apartado. Habrá también abogados y profesores particulares, la intemperie será más común cada vez. Vuelvo a llamar, el móvil no se encuentra disponible, no sé bien si por estar apagado o por hallarse fuera de cobertura.

Prefiero que el móvil esté apagado a pensar que Carla haya podido irse de la ciudad y esté ahora atravesando túneles o desiertos fuera del radio de acción de las antenas.

Observo a las personas que entran en el portal. En el segundo piso, justo debajo de mi oficina, una psicóloga recibe visitas como yo. Cuando veo a un hombre o una mujer apuestos, no necesariamente guapos pero sí de esos que se mueven con aplomo, con la seguridad que dan los cuerpos aceptados y, aún más, revestidos de uno o varios papeles que sus dueños se sienten capaces de interpretar, me pregunto si no irán precisamente ellos a ver a la psicóloga, si no serán esos los cuerpos que hablan bajo mi suelo mientras yo escucho y escribo despedidas.

Como si hubiera olvidado la llave o como si me hubieran prohibido entrar, recorro la calle, arriba y abajo sin perder el portal de vista. Mis clientes, lo constato, han hecho mella en mí. Cuando les entrego su texto, cuando se van con él y me estrechan la mano y yo espero junto a la puerta abierta hasta que les veo entrar en el ascensor y luego cierro y me siento, creo que he terminado, pero no.

Ya llevo seis años asistiendo a lo que las vidas no pudieron ser. Cierto que también me narran momentos de dicha, sin embargo quienes vienen, la mayoría sabiendo ya que la muerte les ronda, no omiten el dolor donde se han quedado clavados aunque siguieran, qué remedio, hacia delante. A menudo me lo cuentan pero luego me piden que no lo transcriba, pues es así como han vivido: a tientas sobre una superficie con grietas, hundiéndose y saliendo a flote una y otra vez, excepto cuando no salieron y entonces quieren que oiga pero que no cuente el pozo donde se quedaron, prefieren las explosiones de audacia y los días claros, las nubes que se fueron. En ocasiones no hay más remedio y, para que el texto se entienda, para que no sea un conjunto de escenas sin sentido, he de incluir cada una de esas piedras depositadas en el corazón. Luego se marchan, mis folios en el bolso, en un maletín negro, en una bolsa de supermercado, casi nunca en la mano. No quieren enseñarlos, los guardan en secreto hasta que un día se vayan del todo, y un amigo, una hija, un sobrino o el arrendador abra un armario, quizá de la cocina, y los encuentre.

Esa última vez suelen decir que me harán una visita, que me invitarán ellos a un café no soluble, fuera de la oficina, y a unos churros. Nunca vuelven. Sé que no es por falta de afecto o porque no recuerden su promesa ni deseen de verdad sorprenderme una mañana, sonreírme, pagar esos cafés. No vuelven porque han ocultado el taco de folios también en su memoria. Muchos días se preparan a solas la infusión, con las manos temblando, salen a comprar el pan o a pasear al perro y sé que piensan en mí —no es inmodestia, conozco sus vidas—, pero me apartan pues no es fácil pensar en nuestras vidas, pensar en lo que fueron, cuando nos hayamos ido.

Ya es la hora, Carla no viene. Aguardaré aún cinco minutos; ella sabe que no paso nunca de una historia a la siguiente sin un intervalo que me permita respirar, fingir que expulso el aire y dejo sitio. Digo fingir porque ya sé que no es posible, algo se queda dentro y hoy me pesa, soldados de plomo. Bajo por última vez la cuesta, voy

a entrar. Durante algunos descansos con mis clientes, hemos charlado sobre memorias y autobiografías, géneros de ciencia ficción donde los haya. No nos preocupa si sus autores, célebres, mienten, ni si inventan; pero sabemos lo mucho que callan y también que las vidas con rúbrica al final se construyeron sobre miríadas de cuerpos en olvido, de vidas rechazadas por las editoriales, de tacos de folios que ni siquiera habrán sido encargados y un buen día viajarán en el carro de supermercado de un mendigo junto con cables, restos de metal, revistas viejas, y alguien los comprará al peso.

He entrado, espero todavía que Carla me sorprenda por la espalda, ver su mano adelantándose a la mía para llamar al ascensor. Pero hoy ella no viene y gasto los últimos cinco minutos antes de la siguiente cita en rastrear en la red a uno de mis clientes, una mujer de setenta que por las mañanas pasea a su nieta y, cuando la duerme, se sienta en un banco, mira de tanto en tanto el carrito mientras teclea frenética y salvaje en su teléfono mensajes sin botella, mensajes imposibles, y no es la única. El de hoy, suscrito por un nick desenfadado, oculto entre los ciento treinta y ocho comentarios del último post de un popular blog de cine, dice así: «No es su muerte lo que más me duele. Le jodisteis la vida. Tenía cuarenta y dos años, mi niña, y le jodisteis la vida».

Nunca le he hablado a Carla de mis otros clientes, tal vez porque aún acuso la extrañeza ante ese rostro limpio que durante dos días ha estado viniendo a mí. Sin embargo los otros, ajados, oscurísimos, dan lumbre como Carla, yo lo sé. Quizá no todos ellos. El rostro de Eugenio chupa la luz y no la entrega. Llegó un par de días antes que Carla, le calculé setenta y muchos y al principio no me pareció distinto del resto. Su indumentaria sin pretensiones debió haberme alertado sin embargo. Mis clientes habituales se preparan para venir y con esa leve deferencia muestran también su debilidad, sienten que puedo juzgarles. Eugenio, en cambio, llevaba una camisa cualquiera y un jersey de calidad pero muy avejentado. No quiso decirme cómo había llegado hasta mí.

No me publicito, mi único medio de darme a conocer es el boca a oreja, todos llegan con la referencia de uno anterior. Eugenio simplemente descartó mi pregunta. Quería probar, dijo. ¿Probar el qué? Esto, dijo, es como comprarse una memoria, ¿no? Me molestó su expresión, claro. Le expliqué que yo no inventaba y él lo dio por hecho. Sí, desde luego, dijo, no quiero inventar nada. Quiero ver si mi pasado puede rentarme algo. Estoy más acostumbrado a comprar futuro. Le acepté porque no me sobran los clientes. Pero no me gusta. Tiene una de esas vidas que nadan, encuentro turbia la expresión, en la abundancia; ha sorteado el dolor o a veces ha sabido saltar por encima de él. ¿Por qué viene entonces? ¿Qué quiere de mí? Mis tarifas, el local, mi vida entera no están hechos para sus penas, aun si las tuviera. Quien cobra sueldos de distintos consejos de administración no debería solicitar los servicios de un abogado de tres al cuarto ni acudir a la consulta de una dentista modesta, o de un psicólogo de bajo coste, que también debe de haberlos. Hay otros escribientes

adecuados para él, podrían visitarle en su casa, le ofrecerían mejor presencia que la mía, tal vez le dieran conversación. ¿Por qué viene a mí con su biografía plena y cumplida? Le escucho, tomo notas pero me prohíbo sentir curiosidad. No quiero que me importe si en el momento más esperado aparece el secreto que atenaza sus días, un amor que no fue, un hijo no reconocido, un poco de remordimiento. Ya oigo el ascensor, seguro que es él con su recuento de corrupciones legales y desprecios, con ese aplomo que me desconcentra. ¿Por qué viene? Viene, con esta coma me encojo de hombros por escrito, porque al parecer yo vendo algo que quiere comprar. Y Carla, ¿Carla por qué no viene?

TERCERA SESIÓN

Carla me saluda con un movimiento de cabeza. Tiene el pelo despeinado, bajo la gabardina aparece la misma camiseta de manga larga que llevaba anteayer.

Se sienta, inclina la cabeza hacia atrás buscando el respaldo, sus ojeras son más azules que moradas.

—No pude avisarte —dice.

Agradezco al menos la alusión, por un momento pensé que iba a empezar a hablar como si tal cosa. Quito importancia al asunto con un gesto de la mano y sin atreverme a preguntar por sus horas de ausencia o qué ha pasado, digo:

—¿Estás bien?

—Sí, sí. —Ahora es ella quien con un solo ademán deja todo atrás, la noche, las ojeras, mi incertidumbre. Sin transición, directamente, me pregunta—: ¿Tú qué piensas de la venta de sangre?

No me gusta la idea de tener esta conversación. Principios, buenas ideas, motivos: los conozco bien. Son como los dragones, grandes, hermosos, alados. Pero la realidad sigue su camino, indiferente.

—Se llama capitalismo —digo.

—Me refiero a la sangre real.

—Allá cada uno con lo que quiera vender.

—O con lo que se vea obligado a vender. No es lo mismo.

—La fuerza de trabajo sí, la sangre no... —Muevo la cabeza con ironía, como un diapasón.

—La fuerza de trabajo no, la sangre tampoco —dice Carla en voz muy baja.

—En otro mundo, pero en este ¿no es preferible que todo esté claro?

—Vender la sangre, vender riñones, vender la vida. «Ya que no puedo pagar la hipoteca, quédese con mi hígado, mi corazón y mi páncreas pero no eche a mi familia de la casa.»

Aquí es donde yo no quería llegar. Tendré que decir lo que no pienso: «Esto es lo que hay» y «Ya que los órganos se venderán de todos modos, mejor al menos una regulación». Tendré que sumarme a los que comienzan a partir de lo que supuesta e

irrevocablemente compone en el mundo, a los que dan por buena la línea de meta y el origen. Pero yo he visto a los que no comienzan, he nacido de ellos y no me enorgullece haberlos dejado atrás. «Lo que hay» es la mayor ficción que se ha inventado. Lo que hay no existe sino que está siendo construido ahora mientras escribo. Sin desigualdad nadie se sentiría obligado a vender un órgano, nadie apelaría a una necesidad impuesta por otros. Quienes consideran todo una cuestión de precios olvidan cómo se fabrica la pendiente por la que siempre podremos seguir bajando, pero por la que también podríamos ascender para llegar a un sitio distinto. Todo esto, supongo, es lo que piensa Carla. Sin embargo, aun cuando creo que tiene razón no voy a dársela. Ojalá la causa fuera eso que llaman disonancia cognitiva, corregir el pensamiento para que se parezca a nuestra forma de comportarnos, generar otras ideas para amortiguar la tensión hasta que ideas y actitudes encajen entre sí. Es una casi encantadora visión de lo que somos, pero a veces dudo de que exista en realidad. La incoherencia no se soporta tan mal como nos dicen. Distintos inquilinos morales se alojan en las diversas alas de cada biografía. No es tan difícil pactar con uno u otro. Los ojos que están fuera, en cambio, y nos miran, sí pueden hacer que nos avergoncemos.

Más que la disonancia nos cuesta, me parece, aguantar eso que alguien llamó desolación de la quimera: no poder, no tener fuerzas, no imaginar cómo. Ante Carla, ahora, simularé que pienso lo que no pienso y no solo para reducir disonancia, sino porque no tengo un plan B. Como un viejo dromedario u otro animal de carga, si fuera detrás de Carla, si la siguiera en sus evoluciones y sus revoluciones, ¿qué podría hacer por ella cuando las cosas salieran mal, qué ruta secreta, qué emboscada para dar la vuelta a la situación? Mi empeño, pueril o quizá apasionado, no es otro que negarme a aceptar que sea posible tener razón y aun así sufrir la derrota. Borro mis huellas, miento con verdades a medias, digo:

—En efecto, ¿por qué poner el límite en la sangre cuando sabemos que no hay límite?

—Sí lo hay. Estamos rodeados de límites. La propiedad es un límite. La vida humana es otro, puedes traspasarlo pero no puedes hacer como si no estuviera.

—Por eso pagan. Para traspasar la propiedad, la sangre, la vida. Hay un límite estético en la idea de vender tu sangre. Pero ¿ético? Insisto: ¿mejor vender el pellejo, también llamado por los clásicos fuerza de trabajo, que la sangre?

—Un día lograremos que no haya que venderlo. Que nadie pueda tratar a otra persona como un saco de energía o de sangre simplemente porque paga con la fatiga acumulada de miles de personas convertida en billetes.

—Si estás en contra del mercado, atácalo, pero no te limites a un apartado insignificante.

—No estoy en contra del intercambio. Estoy en contra de que la moneda que usa el mercado esté hecha de sudor y violencia. Y estoy en contra de que arrasen con lo común, la sangre donada era un bien común, el riñón donado, el aire.

—Pero al luchar contra la compraventa de sangre os limitáis a hacer retoques en un árbol que está podrido.

—Y al aceptarla dejamos que sigan avanzando.

—Yo más bien diría que os conformáis con que os hagan la concesión de que todo pueda comprarse o venderse menos la sangre, y alguna que otra cosa.

—«Os.» ¿A quiénes te refieres?

—A... —momento delicado, articulo las palabras sílaba a sílaba— en general, los ¿idealistas?

—No, no lo llames idealismo. Llámalo escudo, plaza fuerte, no sé cuál es el término. Un punto a partir del cual ya no volverás a retroceder.

—Y avanzarás.

—Seguramente.

—Idealismo.

—No.

—Como quieras —digo buscando apaciguarla.

O más bien apaciguarme, que las cosas vuelvan a su cauce, que las historias pasen pero no nos pasen. Carla recoge mi bandera blanca.

—Mejor sigo contándote —dice.

—Sí, por favor.

Durante el desayuno, dice Carla, Michal solo habló de cuestiones prácticas: había que cambiar una bombilla, comprar cerveza y aceite. Luego pidió a Carla unas películas que a su vez le había pedido Elenka. Ya en la calle, cuando llegaron al punto donde sus caminos se bifurcaban, dijo:

—Lo olvidaba, ayer, en el hospital, se me acercó una médica española de nuestra edad. Dijo que era amiga de Noa y que había hablado contigo. Quería saber si podíamos vernos los tres esta tarde. Estuvimos hablando un buen rato de Elenka, conoce bien las enfermedades del hígado. En principio pasará por casa hacia las nueve, ¿te va bien?

Le descolocó el atrevimiento de Álex, y más enterarse así, en mitad de la calle, con la hora justa para llegar al trabajo, ¿cómo empezar a explicarle a Michal toda la historia? De modo que asintió.

—Sí, a no ser que tenga que quedarme más en el laboratorio. Te llamo por la tarde. Esta mañana puedo ir a ver a Elenka, ¿no?

—Sí, claro. Ella te espera, tienes el turno reservado. Creo que irá Tereza también.

Al llegar al trabajo encontró a Gustav apoyado en su mesa. Llevaba la bata blanca y debajo un jersey de cuello alto. Estaba mirándose las manos; cuando levantó la cabeza porque la había oído la observó con lo que parecía curiosidad. A su lado, tres nuevas bolsas de plasma.

—Lo hiciste muy bien. Tienes que repetir la operación con nuevas bolsas. Ya hemos notificado el problema, así que no descarto que venga alguien a hacerte

preguntas. Ellos no pueden demostrar que sí hubo ultracongelación. Tú solo tienes que hablar de la pérdida de calidad. Pero si te piden tu opinión, debes contar nuestra tesis.

—¿Quién me hará esas preguntas, si vienen?

—Alguien del Centro de Transfusión. Puede que también alguien del Ministerio de Sanidad.

—¿Cuánto durará esto?

—No mucho. Un par de semanas y podrás olvidarte. Si no hay complicaciones.

Carla seguía de pie delante de él, con el abrigo puesto y la mochila de rayas al hombro. Dejé la mochila en el suelo. Gustav la observaba. Carla dijo:

—No le das importancia, ¿verdad?

Gustav seguía mirándola pero no contestó. Con la bata blanca y el jersey de cuello alto Gustav tenía, dice Carla, un aire antiguo, como si su trabajo consistiera en revelar fotografías analógicas, un hombre amable y callado en contacto con el público.

—No logro entenderte, Gustav. Incluso aunque te parezca bien la compraventa de tejidos, ¿para qué participar en un fraude? ¿Vale la pena?

—Empiezas a hartarme. Por favor, haces cosas mucho peores que esta a diario, todo el mundo las hace. Deja de darle vueltas o perderás esta partida —dijo, y por fin se separó de la mesa—. Nuestra tesis será que el operador de la máquina de ultracongelación llegó tarde, o se distrajo, o se escapó un rato; luego quiso solucionarlo incluyendo más plasma en la máquina y calculó mal. Porque a mayores cantidades de plasma, se necesita más tiempo.

—Haréis que le despidan.

—Ya ves. Si le despiden estarían admitiendo el error. Si le despiden a lo mejor le indemnizan y se va de viaje y conoce a una chica... ¿También te ocuparás de eso? Carla, tenemos trabajo. Avísame si te hacen alguna pregunta extraña.

Si le despiden por un error así no le van a dar ninguna indemnización, se dijo Carla; discutir con Gustav era absurdo. Se puso a trabajar con las bolsas. Poco antes de mediodía apareció Jana acompañada por la directora del Centro de Transfusión de Bratislava. Se llamaba Miroslava, era una mujer morena de la edad de Gustav, más retraída que él, cautelosa en su manera de hablar y de mirar.

—Todo el plasma que les enviamos pasa por un proceso de ultracongelación. Siempre lo hacemos. La máquina está en perfectas condiciones. No hubo ningún motivo para que se produjera una excepción.

—Yo no digo que lo hubiera. Solo sé que en estas muestras los factores de coagulación lábiles no se pueden utilizar.

—¿Por qué piensa que el problema es nuestro? ¿Por qué no pudo estropearse en el transporte? —dijo Miroslava.

—Es más probable un solo fallo humano y no que todas las alarmas de todas las cajas y del camión estuvieran mal. Por otro lado, según tengo entendido, las cajas y el

camión han sido revisados. Pero yo no puedo asegurar nada. Mi trabajo es el control de calidad, yo no hago hipótesis sobre cómo pasaron las cosas.

—También la máquina ha sido revisada.

—¿Cuántas bolsas ultracongelan al mismo tiempo?

—Normalmente ciento cincuenta, pero hay espacio para trescientas.

—Dos remesas.

—En efecto, dos fallos humanos. En realidad, cuatro, pues solo congelamos trescientas en circunstancias excepcionales. No es creíble.

Carla callaba, esquivando la mirada inquisitiva de Jana, quien no había dicho una palabra.

—¿De verdad cree usted que pudieron ocurrir cuatro fallos seguidos? ¿Cómo?

—No lo sé, ya se lo he dicho.

—¿Ni siquiera tiene una hipótesis?

—Quizá algo salió mal y para solucionarlo se incluyó más plasma del habitual pero sin aumentar el tiempo. Eso habría hecho que la ultracongelación fuera incompleta.

—Dos veces seguidas, como mínimo.

—Solemos —dijo Carla— repetir nuestros errores.

—¿Usted podría venir al centro y analizar allí unas muestras?

—Si me autorizan, sí.

—¿Si nosotros la autorizamos?

—Claro, pero también deben autorizarme aquí.

—Jana me ha dicho que, aunque trabaje aquí, usted no es partidaria de remunerar la entrega de sangre. Sabe que en la prensa ya hay quien está utilizando nuestro supuesto fallo para reclamar que se legalice la compraventa de plasma.

Carla miró directamente a Jana, ¿qué pretendían?

—Es un tema complicado. No me entusiasma la plasmaféresis remunerada, pero la escasez de plasma es un hecho.

El plasma se renueva, pensaba Carla. Sin duda lo mejor era un sistema de donaciones, pero ¿había que luchar por lo mejor? Se dijo que ella no, que ella solo debía luchar por Elenka.

—No importa —dijo Miroslava—. Solicitaré que venga a nuestro centro. Muchas gracias.

Salió con ellas. Jana se puso a su lado y murmuró:

—A ti te pasa algo. Ya te lo había notado.

Tras despedirlas fue al despacho de Gustav. No había nadie, pero Carla iba a irse igual. Por fin le había tocado el turno de ver a Elenka y no estaba dispuesta a perderlo. Anduvo durante casi media hora por una calle que era también la cuerda de una colina. En el cielo, un blanco de pan de molde anunciaba nieve.

Carla ha cerrado los ojos. Los abre enseguida y dice:

—No es la hora, pero necesito un café.

—De acuerdo.

Mientras lo preparo ella pasa al lavabo y sé que está lavándose la cara.

—Háblame de ti —me pide al salir.

Se ha quedado de pie apoyada en la pared, mirando mis gestos.

Yo termino de preparar las cosas sin inmutarme. Nos sentamos.

—Mejor no —digo.

—Pero tú estás sabiendo mucho de mí.

—Es mi trabajo.

—¿Qué haces con los recuerdos de los demás?

—La red está llena de ellos. La gente cuelga sus vídeos, sus textos, sus fotografías. Cualquiera puede saber lo que yo sé si dedica unas horas a mirar las cuentas de los demás.

—No es lo mismo.

—¿Por qué no?

Carla cierra otra vez los ojos, pasan un par de minutos. Ahora, cuando los abre, parece más descansada. Termina su café.

—Porque cuando espías en silencio el otro no sabe que estás ahí. Pero yo sí lo sé. Estamos atados, tú y yo. Si me caigo, puedo arrastrarte —dice.

—En ese caso, también puede ocurrir que yo caiga y tú me sostengas. Vamos a seguir, estás cansada, otro día te hablaré de mí.

—¿Lo prometes?

—No, no lo prometo.

Cuando Carla llegó, vio a la madre de Elenka en una esquina discreta junto al Centro de Transfusión. Sentada en una jardinera de cemento, aquella mujer alta y madura, con gafas de sol, pantalones, y una coleta entre rubia y cana, fumaba con gestos lentos. Carla estuvo mirándola unos minutos antes de acercarse, saludarla, abrazarla. Tereza no dijo nada de la operación ni del estado de Elenka.

—La visita es de diez minutos. Hoy solo dejan pasar a una persona. Nos turnaremos, cinco minutos cada una.

—¿Son puntuales?

—Con la hora de entrada, no siempre, con el tiempo que se puede estar sí son muy estrictos.

—Tres minutos me bastan, solo quiero saludarla.

Tereza apagó el cigarrillo y recorrieron los más de doscientos metros de cemento y parking. Visitantes desasosegados, presos en sus premoniciones, custodiaban la entrada. A las puertas de la UCI se agolpaban unas veinte personas más, distintas edades, distintas formas de vestir y el mismo desconuelo en la mirada, una atadura que les unía. Desconectó el móvil, ya hablaría con Gustav cuando saliera de allí. Una enfermera abrió la puerta y leyó la lista de apellidos. Cuando dijeron Balazova,

Tereza sonrió mirándola.

—Cinco minutos —dijo.

—Tres —contestó antes de entrar.

Se pusieron calzas verdes sobre los zapatos, un gorro, se lavaron las manos. Un enfermero subía el respaldo de la cama de Elenka. La niña estaba muy pálida, se le había adelgazado la cara, parecía más débil y cansada y el pelo sin lavar y las sábanas arrugadas la mostraban aún más indefensa. La luz, débil también, filtrada por unos estores casi cerrados, les sumía a todos en un lugar distante cercado por la lluvia, aunque fuera no lloviese. Cuando Elenka la vio rio en voz baja señalando su gorro. Carla se quedó de pie a su lado, enseguida ella le cogió la mano.

—¡Tenía ganas de verte! —dijo.

—Yo también. ¿Qué tal te tratan?

—Bien... Cuéntame cosas. Esto es un rollo.

—Cosas... No sé. A ver. El otro día se me acercó un gángster, me cogió del brazo por la fuerza y me dijo que tenía que informarle de todo lo que pasara a mi alrededor. Luego levantó una ceja y se fue.

Elenka volvió a reír. Por un instante la vía en la mano, la palidez, las ojeras, se diluyeron dejando paso a la Elenka fuerte y alegre. Pero había una telaraña a su lado, o era esa luz que en vez de iluminar a los enfermos les alejaba un poco, como si no estuvieran, dice, a medio metro de distancia sino a dos o tres, aun cuando pudieras tocarles.

—Ahora cuéntame tú. ¿Tus amigas y novios pueden venir a verte?

—Todavía no, pero me escriben. Lo que pasa es que me tiene que traer mi madre los mensajes en papel. El móvil solo me dejan usarlo quince minutos. ¡Peor todavía que en casa!

—Claro, por eso no me escribes nada.

—¡Ni tú a mí!

—Tienes toda la razón. Soy una despistada, no se me había ocurrido que podía mandarte mensajes. Prometo escribir cada día y si no que se me quede este gorro pegado a la cabeza para siempre. Elenka, tengo que irme, ahora va a entrar tu madre.

Se acercó para darle un beso. Elenka retuvo su mano mientras con la otra buscaba algo bajo las sábanas. Sacó su reloj y se lo mostró.

—Mira, lo cronometro todo. Todo lo bueno. Cuando salga, sumaré los días, les restaré todo lo bueno, y con lo que me quede de malo voy a hacer algo increíble. Bueno, todavía tengo que pensar qué, pero va a ser increíble.

Carla pasó la mano libre por la cara de Elenka. Luego la niña soltó su otra mano y, dice Carla, no sabe de dónde sacó la fuerza para mantener a buen recaudo la tristeza y pedirle que le reservara alguno de esos días increíbles.

—¡Claro! ¡No me lo tienes que pedir!

La madre le esperaba ya con el gorro y las calzas. Echó a andar en cuanto la vio, se rozaron la mano un segundo, dándose el relevo.

En el pasillo la luz fluorescente era más dura que la que entraba en la UCI. En la calle, en cambio, el cielo se extendía y quiso pasear un rato antes de volver, necesitaba imaginar que sacaban a Elenka ya recuperada. El olvido llegaría, de aquellos días no quedaría apenas huella. Luego conectó el móvil y llamó a su jefe.

—Tuve que salir, hoy era mi turno para ver a Elenka. No te encontré, quería avisarte de que ha venido a verme la directora del Centro de Transfusión.

—Lo sé, ya ha hablado conmigo —dijo Gustav—. ¿Cómo está la niña?

—Débil pero bien —dijo para evitar una nueva discusión, aunque hubiera querido colgar directamente, negarle el derecho a preguntar como si tal cosa, como si aquello no tuviera nada que ver con él.

La luminosidad compacta del cielo fue dejando paso a los primeros copos. Carla andaba despacio, la gente se apresuraba a su alrededor. Llamó a Rubén sin encontrarle. Se preguntaba si sería capaz de aguantar la soledad, y las dos semanas de que había hablado su jefe le parecían dos pozos. ¿Qué debía hacer con Patrik Stroller y sus exigencias? ¿Debía hablarle a Michal de él? ¿Cuándo contárselo todo? La inesperada irrupción de Álex posponía aún más el momento de poder estar a solas con Michal, pero al mismo tiempo la tranquilizaba de un modo que aún no sabía explicarse. Un copo de nieve se posó muy despacio sobre su zapato. En pocos segundos la calle empezó a borrarse: solo copos y, entre ellos, el retazo naranja de un camión, rojo de un anorak, cristal y piedra del edificio de enfrente. Subió al autobús, allí sentada veía la nieve tras la ventana como si cayera, dice, en la pantalla de un monitor.

A las ocho y media había terminado de falsificar tres nuevos análisis. Envío un mensaje a Michal avisándole de que en diez minutos saldría del laboratorio.

Bajó por la misma cuesta donde Patrik Stroller la había encontrado. Cuando llegó al final, recibió un mensaje de Michal: «Te espero en la parada».

Fue a buscarle, Álex estaba con él. Carla abrazó a Michal. Luego miró a Álex.

—Disculpa la invasión —dijo ella—. Un amigo nos espera en su casa, cerca del río. Tenemos información sobre lo que está pasando con el informe de Elenka. No estaremos mucho tiempo, os necesito a los dos. ¿Podéis venir?

Carla preguntó a Michal con la mirada.

—Cualquier información es importante, por mí está bien —dijo él.

—De acuerdo, vayamos.

Carla saca del bolsillo un broche naranja y se hace una coleta. Sin el pelo por la cara, su expresión clarea, casi tiene un aire deportista.

—¿Nunca sales de aquí cuando trabajas? —pregunta.

—A veces —contesto, aunque no es verdad, ningún cliente me lo ha pedido y yo tampoco lo he hecho pero, me digo, podría hacerlo.

—¿Salimos un rato ahora? —dice repentinamente feliz.

No sé por qué me imagino incurriendo en un argentinismo: ¡Dale!, me gustaría

decirle pues lo encuentro más cargado de afecto y entusiasmo que el ortopédico y un tanto lánguido ¡Venga! castellano. Me limito, sin embargo, a un incierto: Sí, bien. Estoy demasiado preocupado pensando en adónde voy a llevarla. Nos hemos levantado a la vez. Hoy no llueve, tampoco hace frío; no obstante Carla se pone sin dudar su gabardina. Yo decido salir tal como estoy, los viejos vaqueros, la camisa planchada a mano, la chaqueta gris.

—¿Conoces este barrio?

Carla responde con un «No» simple y rotundo. Echamos a andar cuesta abajo por una calle estrecha. Tras algunos portales y tiendas, pasamos por delante de un herbolario que visito a menudo. Es pequeño pero casi siempre hay gente, y a la derecha del mostrador tiene dos estantes con perfumes en frascos de cristal con una pegatina que dice: «Tester». A veces me he identificado con esos frascos, están ahí disponibles, abiertos, supongo que al dueño del herbolario se los han regalado. Algunas personas se acercan, pulsan el tapón pulverizador y vierten sobre su muñeca un poco de olor a té verde, a vainilla, a agua marina. ¿Sabrá ella darse cuenta de que estoy ofreciéndole instantes concentrados de posibilidad?

Tomo uno de los frascos, el de pomelo y ámbar, y le pido que me tienda su muñeca para ponerle una muestra. Ella se la acerca a la cara, huele.

—Es el que más me gusta —digo—. Yo nunca me he bañado en un océano, pero imagino que debe de oler así —añado tímidamente.

—Yo me bañé una vez en el Pacífico —dice—. Y sí que me lo recuerda.

No sé si será verdad, pero le agradezco el detalle.

—Uno más y nos vamos —digo.

Carla me tiende el otro brazo, el envés pálido de la muñeca surcado de venas azules. Elijo un perfume que sobre todo me gusta por el nombre: «Lavanda de altitud». Pulverizo sobre su piel terrenos a más de mil metros, matas que han crecido a pesar de las heladas. Ella asiente. Su mirada ahora me parece igual a la mía en esas madrugadas en que llueve y abro la ventana y en mi respiración resuena un galope imposible, una energía que debería existir.

Saludo al dependiente, le digo que pasaré a comprar mañana, echo a andar hacia la salida pero Carla me retiene.

—Es mi turno.

—No —contesto al instante, no, cómo vas tú a poner el perfume en mi brazo, no...

Pero ella no hace caso y me sorprende eligiendo el aroma más sencillo, té verde.

—¿A qué huele? —dice.

Lo tengo claro, huele a esos finales felices, los malos son castigados, los buenos bailan, alguien venga por nosotros las ofensas, huele a la moralina azucarada que nos alegra, que nos alivia pero también nos narcotiza, nos paraliza. Por eso solo contesto:

—A películas, huele a algunas películas.

—Vámonos —dice pensativa—. Tenemos que trabajar. Gracias por este sitio.

Hemos vuelto a la oficina, ella se ha sentado y espera mientras yo cuelgo las llaves y me desabrocho la chaqueta.

—¿Por dónde íbamos?

Michal, Álex y Carla esperaban el tranvía en la parada.

—¿Se lo has contado? —dijo Álex.

—No —dijo Carla—. Si se lo cuentas tú te lo agradezco.

Subieron al tranvía, se sentaron al fondo los tres solos. Durante el relato de Álex, Michal fue pasando de la angustia a la indignación.

—Entonces ¿la médica ha alterado el informe? Se suponía que iba a revisarlo, no a cambiarlo, no a mentir.

—No sabemos si lo cambió antes para tenernos en sus manos, o si lo cambió después mintiendo.

—Pero habrán puesto detrás a otra persona que lo necesitaba. —Michal apoyó la cabeza en el cristal del tranvía. Luego, dice Carla, se fue deshaciendo como cuando levantas un puzzle y empiezan a caer las piezas—. ¿Cómo vamos a aceptarlo? —preguntó.

Parecía que sus ojos se habían multiplicado por cinco, tan grandes, tan incrédulos. El techo se derrumbaba y esperaba una solución inmediata, magnífica, que no contemplase huida ni derrota.

—Ya está aceptado —dijo Álex con firmeza—. No os dieron a elegir.

Antes de que Michal insistiera en pedir detalles, continuó con la historia. Cuando ya iban a bajarse, Michal tomó a Carla de la mano.

—¿Qué será lo próximo que te pidan, Carla? ¿Por qué no me lo dijiste?

Carla no respondió, solo apretaba la mano de Michal como si los dos estuvieran cayendo.

—Tenemos que hacer algo —continuó él—. No podemos confiar en gente que juega tan sucio. Aunque obedezcamos en todo, ni Elenka ni tú vais a estar seguras.

El tranvía les había dejado en el otro extremo de la ciudad, a medio camino entre el puente nuevo y el viejo. Anduvieron en dirección al viejo.

—Es aquí —dijo Álex señalando un portal anodino.

Dio seis o siete timbrazos cortos en el telefonillo. Al poco, un hombre bajo de ojos brillantes abrió el portal. Le siguieron por las escaleras medio en penumbra hasta el quinto y último piso. Atravesaron un estudio diminuto, cocina en salón, trastos y libros amontonados. El hombre bajo abrió con llave otra puerta y salieron a una especie de azotea con el techo cubierto.

—Cómo se oye el viento —dijo Álex.

—Un momento, tenemos la estufa.

El hombre hablaba castellano con un acento leve; su voz gangosa era sorprendentemente juvenil, dice Carla, y me mira. Todavía la oigo, dice, exacta a

como sonaba. Llevaba puesta una gorra de lana de visera de color verde, tenía la nariz medio torcida, un bigote entrecano sin recortar. La correa de una bolsa de deporte negra y blanca cruzaba su chaquetón oscuro.

—Y luz —dijo Álex.

Encendieron una estufa de dos resistencias y una bombilla de bajo consumo que colgaba sola de su cable. Había unas sillas plegables apiladas en la pared; las fueron colocando.

Michal tendió la mano al hombre bajo.

—Michal.

—Puedes llamarme Uno.

De una bolsa apilada en un rincón sacó cervezas y un termo con café caliente. Excepto Carla, que eligió la cerveza, los demás tomaron café.

—Uno —dijo Álex— es nuestro enlace con la red de Bratislava. —Luego se dirigió a Michal—. En Madrid, cuando empezaron las huelgas por las privatizaciones, se organizó una red de acción rápida. No éramos distintos de las otras organizaciones y grupos, pero elegimos la urgencia. Admirábamos a los que trabajaban reunión tras reunión durante años. Con menos paciencia o con más desesperación, pensamos que si trabajábamos en secreto podríamos ser más útiles, acelerar algunas cosas. Del primer grupo nació otro y luego otro. El nuestro se encargaba de obtener información sobre la sanidad pública para desvelar aquellas acciones del movimiento privatizador que la ponían en peligro y entregársela a los grupos de resistencia judicial, o en la calle, o donde fuese, que la pudieran necesitar. Pensábamos que era importante no estar siempre respondiendo, sino a veces procurar adelantarnos^[11] y elegir la posición en la batalla. Hoy los colectivos se han multiplicado. El nuestro es uno más. Vamos a reaccionar a lo que aún no ha pasado. Entendemos que nuestras armas están en cualquier parte y no solo donde puede parecer que están.

—¿A qué armas te refieres? —preguntó Michal.

—A veces —dijo Uno— alguien trabaja de conserje o de técnico en un organismo, en una empresa, y eso es un arma igual o mejor que disponer de dinero para pagar desplazamientos, anuncios o sobornos.

A pesar del frío, Carla abandonó el espacio cubierto para asomarse al exterior. Desde la barandilla situada al final se veía otro patio a oscuras y un callejón iluminado por una farola de luz naranja. Arriba, una oscuridad sin luna, emborronada de nubes y muy a lo lejos las chispas desfallecientes de dos o tres estrellas. Carla pensó que aquel cielo exánime era el que ella llevaba consigo. Volvió a sentarse, pero eligió el extremo de la pared más alejado de la estufa, separándose del resto; tan lejos, pensaba, como la distancia que había de Elenka a Patrik, como el plazo para llamar y ese teléfono anotado que seguía quemándole los dedos.

—Tenemos dos estrategias más —dijo Álex—. El enemigo siempre procuró dividirnos pero ahora seremos nosotros quienes les dividamos. Y hay posiciones que

solo son atacables arriesgando la vida.

—¿La vida de quién? —preguntó Carla desde su rincón.

—La propia —dijo Álex.

—¿Y si es la de otra persona?

Álex y Uno se miraron.

—Entonces no —dijo Uno.

Michal preguntó cómo articulaban la relación con los partidos y otras organizaciones no clandestinas.

—Nuestra red no pertenece a ninguno, si es lo que preguntas. Pero estoy aquí para que sepáis que trabajamos unidos, el grupo de Álex y el mío. A su vez, mi red está en contacto con grupos organizados de maestros, médicos y enfermeras, trabajadores de laboratorios, ecologistas muy volcados en la política, etcétera.

—¿Sois un partido?

—No, contamos con personas que pertenecen a partidos pero que entienden que nuestras acciones necesitan una estructura distinta, en los márgenes de la legalidad.

Michal quería saber con qué grupos organizados tenían relación, pero Uno fue tajante.

—No podemos dar esa información igual que no podemos contaros todo. Por nuestra seguridad, pero también por la vuestra.

Carla entrelazó las manos sobre las rodillas. Vio que Uno la miraba. Quería acercarse y darle las gracias por su discreción. Decirle que era lo único sensato si ese individuo que la había abordado con amenazas, Patrik Stroller, volvía a aparecer. No obstante, se quedó callada, mirándoles como si ellos hablaran dentro de un vídeo.

Michal preguntó si no les preocupaba que su paso a una clandestinidad voluntaria y no forzosa generase mayor agresividad en el enemigo. Álex negó con la cabeza.

—Su violencia es tan constante que parece natural. Y además usan su propia clandestinidad, su dinero negro, sus reuniones opacas. Otras veces se limitan a llamarlo financiación, programa de socios, etcétera. Lanzan globos sonda y cortinas de humo, eligen chivos expiatorios, utilizan los distintos servicios de inteligencia de que disponen, algunos oficiales y otros no tanto.

—Nuestra lucha debe ser transparente.

—La suya no lo es, muchas veces ni siquiera necesitan planear el ocultamiento, promulgan leyes a su medida, llaman conspirar a lo que nosotros llamaríamos reunirse, y viceversa. Ellos construyeron la corriente para que fuera a su favor. A quienes nos dirigimos a otro lugar, nos toca remontarla.

—Aun así, si tenemos que usar sus métodos, ¿vale la pena?

—No son sus métodos: cuando la guerrilla tiende una trampa al ejército no está usando los métodos del ejército sino los de la guerrilla. Se trata de evitar que nos sorprendan, convertir la debilidad en fuerza: nunca, nunca, dañar lo que estamos defendiendo. Si os parece que eso se produce en algo que os pidamos, planteadlo y lo discutiremos.

Álex, dice Carla, se estiraba el pelo a ambos lados de la cara y juntaba los mechones como si en esa operación fuese a aparecer una respuesta. Por fin se levantó, chocó con la bombilla sin querer y la luz les columpió a todos un momento. Luego Álex continuó:

—Claro que preferimos la acción a cara descubierta, pero cuanto mejor la preparemos, mejor saldrá. Por otro lado, sin los grupos que sí actúan a plena luz, el nuestro no valdría. Somos apenas un reactivo.

—Un catalizador —rectificó mecánicamente Michal.

—No —dijo Álex—, un reactivo. Lo que distingue al catalizador del reactivo es que el catalizador acelera la velocidad de las reacciones pero permaneciendo inalterado. Quienes estamos en la organización nos mezclamos, nos modificamos, nunca permanecemos inalterados.

Durante unos segundos, aquella comparación les sumió en un silencio introspectivo que, sin embargo, les unía un poco más.

—Ya hace menos frío —dijo Uno.

Álex volvió a sentarse, esta vez más cerca de Carla, quien no había hecho una sola pregunta.

—Todo esto no es algo que hayamos elegido —dijo en voz más baja—. Cada persona traía su propia historia de puertas cerradas una y otra vez. Fuimos acogiendo a quienes llegaban, casi nunca les buscamos.

—¿Cómo llegaste tú? —dijo entonces Carla.

Álex volvió a juntar los mechones de pelo y miró allí donde convergían. Luego habló de su primer encuentro. Lo contó rápido, como movida por la preocupación que los unía y por el frío. Pero más adelante volvió a hablarle de aquella noche y Carla ahora mezcla, dice, los relatos y lo cuenta como ella lo imaginó.

Había sido de noche, tarde. La manifestación había durado tres horas. Al final hubo altercados provocados, según se supo luego, por la policía. Los amigos que habían ido juntos se dispersaron. Volvió a casa de sus padres. Les encontró en el sofá, viendo una película: a los dos les habían quitado el trabajo. Vivían del subsidio y de la ayuda de Álex en las épocas en que ella trabajaba. Imaginadlos un momento, dijo, sus caras bañadas por el reflejo de la luz del televisor, y la tristeza, la distancia entre lo que hacían y sus capacidades. No lo soportó. Podían hacer tanto y en cambio les habían atado las manos. ¿Quién, por qué, con qué derecho? Le daba asco y rabia el discurso de los emprendedores. Una buena idea y todas las ganas de trabajar del mundo no bastaban para abrirse camino en un lugar dominado por ejércitos de empresas sin honor. Les dio un beso, luego miró dormir a su hija y salió otra vez. Se acercó a los últimos restos de manifestación. No quedaba casi nadie, las detenciones ya habían ocurrido, había llegado el camión de la limpieza. En una esquina vio a cinco o seis personas sentadas en el suelo, una especie de asamblea pequeña. Se sentó con ellas. Intentó concentrarse en lo que decían. No pudo. Se levantó. En el otro extremo de la plaza había un árbol de tronco grueso e inclinado. Empezó a darle

patadas, detrás del tronco, lejos de las miradas. Pero una mujer se acercó. Rondaría los cuarenta, tenía el pelo corto, era de su estatura. Llevaba un anorak barato, naranja por dentro y verde por fuera, y chirucas gastadas. Le preguntó si quería hacer algo, algo que no fuese destruir, golpear, quemarse. Álex contestó con reticencia, no quería sectas ni religiones. Aquella mujer le aseguró que no se trataba de eso. Quedaron al día siguiente, le contó lo que hacían sin dar ningún dato comprometedor. Pensar cansaba, decía, planear cansaba y planear a largo plazo cansaba el triple que planear para la semana siguiente; pero los efectos eran mayores. Quiso que Álex le contara. Dijo que tendrían que comprobar si todo era cierto, que después se pondrían en contacto.

Álex levantó la cabeza y señaló con la mano el final de la azotea: nevaba, copos grandes que, bajo la luz anaranjada de la farola de enfrente, parecían confeti. Ellos resguardados y aquel fondo casi musical, y la impotencia desterrada, el heroísmo, la aventura, dice Carla con un deje de ironía no amargo, más bien exótico. Dice que miró a Michal, sabía que asentiría. Ella también estaba de acuerdo: hacer algo, atenerse, por fin, al sintagma mandamiento de su vida, de todas las vidas, y dirigirlo en la dirección que se necesitaba. Pero ¿acaso Michal no temía que esa médica cambiara el informe otra vez, que volviesen a usar a la niña? Suspiró, no le había contado a Michal nada sobre Patrik Stroller, y ya era tarde.

Se levantó de nuevo para ver la nieve. Ya no había estrellas, solo copos y un cielo como una piel uniforme. Los demás se acercaron y Álex dijo que les estaba reclutando, que sabía lo difícil que era con la situación de Elenka, pero que no estarían solos. Insistió en que tenían gente en el hospital que les avisaría de cualquier movimiento raro. Carla contestó:

—Ellos también pueden haber hecho lo mismo, pueden tener sus infiltrados; cuando aceptas el engaño, el suelo se mueve.

—Es difícil medir, lo sé, las líneas no están fijas: lo que tú llamas engañar para otra persona puede ser no permitirles jugar con ventaja —dijo Álex—. No entregarse.

—¿Cómo sabes que nosotros no somos infiltrados? Podrían estar chantajeándome para que les cuente quiénes sois.

La pregunta de Carla no obtuvo respuesta hasta que Michal, como si no entendiera ese silencio ni viera el riesgo real, dijo:

—Si pasara, ya veríamos. Lo que me preocupa es qué podemos hacer realmente. Sobre todo en mi caso, no veo cómo ayudar.

—Cuando haga falta, te lo pediremos.

Carla se apoyó contra la pared, las manos a la espalda.

—¿Y todo para qué? —dijo—. La sangre no es un órgano que pierdes si lo vendes.

—Es un tejido —dijo Álex.

—Es un tejido, pero se renueva. No creo que venderlo y comprarlo sea tan grave.

—Sangre de países pobres fluyendo hacia los países ricos, sangre de personas

pobres alimentando a personas ricas.

—Riñones de personas pobres salvando a personas ricas. Lo han prohibido y da igual, pasa. Las extracciones se realizan en peores condiciones —dijo Carla.

—Si estuviera permitido, ¿crees que no habría mercado negro? ¿Que no habría presiones para que la gente endeudada vendiera su riñón igual que ahora empeñan sus objetos valiosos?

—No hablamos de riñones, sino de plasma sanguíneo.

—Donas lo que es común, no lo que está en venta, no lo que te compran cuando no puedes llegar a fin de mes. Es lo que dijeron, Carla, les faltó añadir lo conveniente que resultaba el paro para su negocio. No podríamos centralizar las bases de datos, las personas donarían más veces de lo aconsejable, está pasando en los países que admiten la compraventa. Disminuirían las donaciones al servicio público, lo harías más débil y dependiente.

—Pero es que ya se compra plasma. Los países no son autosuficientes. En sangre, a veces, en plasma casi nunca. Compramos el plasma a Estados Unidos.

—Que pone puestos en la frontera para que vayan a venderlo los mexicanos. No pararán, cuando consigan el plasma irán a por el resto de la sangre, y luego...

Uno, que había permanecido callado, moviendo la cabeza de Carla a Álex y viceversa, se apartó, volvió a la zona cubierta de la azotea. Aunque era bajo, su figura adquirió un vigor de raíces allí en el centro. Su ropa gastada, la gorra de lana verde, la bolsa en bandolera y un gesto que apenas cambiaría, dice Carla, durante el tiempo que estuvo con él, un ¡No te fastidia! entre infantil y burlón, atrapaban el espacio como si Uno fuera una iguana o un animal prehistórico.

—En el capitalismo el dinero no es intercambio, es violencia —dijo sin seriedad, como una leve cantinela—. ¿Sabéis en qué trabajo ahora? «Debes pasta y te amenazan, llama. Quieres hacer daño a alguien, llama», escribo esta pintada en las puertas de los baños públicos, en bares, en polideportivos. Entro con un rotulador —todo su acento eslovaco afloró en esa palabra—, lo escribo, añado un número de móvil. También la escribo en los baños de las mujeres. Un poco patético, ¿no? —Rio—. Pues no es patético. —Pasó al eslovaco sin solución de continuidad—. Quien ha sido herido en su orgullo tanto que se atreve a acudir a una pintada como la mía, se merece mi respeto mucho más que los que van por ahí ahora en Bratislava emanando riqueza como si fuera su aliento.

Uno tradujo la frase al castellano para Álex; ella dijo:

—No es solo la sangre, es el abuso que representa.

—De eso se trata —dijo Michal—, del abuso. Lo que han hecho con Elenka y contigo, Carla, no tiene nombre. Además, nos habéis traído aquí para hablar de hacer algo, y en vez de eso estamos discutiendo. Decidnos qué queréis.

Carla notó en la voz de Michal esa distancia aprendida por ambos en los últimos meses, dice, y que ella interpretaba como un juicio.

—Sí, dadnos instrucciones —dijo a la defensiva sin estar segura de que estuvieran

atacándola, anhelando un cigarrillo que no pidió.

Suspiro y mi respiración se oye demasiado.

—¿Voy muy deprisa?

—No, es que creo que yo también necesito un cigarrillo aunque no fume. Lo siento.

Carla ahora parece haberse repuesto por completo de sus ojeras y su noche que imagino en blanco, mientras que yo arrastro un cansancio como de horas de caminata campo a través.

—¿Por qué lo sientes?

—Yo no debería pedir una pausa. Son las reglas.

—Un poco absurdas, en este caso. Tú también puedes necesitarla.

—No, yo transcribo, no tengo necesidades, deseos, juicios.

—Pero hemos cambiado eso.

—Tú lo cambiaste.

—Y tú has aceptado.

—Sí.

De pronto no puedo contenerme y pregunto lo que sé que no debo preguntar en mi trabajo:

—¿Es verdad?

—El trasplante, Elenka... ¡claro que es verdad!

—Lo sé, disculpa. Me refería a ellos. Álex, lo que os contó en la azotea, ¿es verdad? ¿Están ahí? Quiero decir, ¿están aquí?

—¿Aquí...?

—Aquí en Madrid, en Barcelona, en cualquier parte.

—Sí.

—Joder.

Me levanto, ahora soy yo quien busca la lámina con la gran llanura. Vuelvo a sentarme aunque en realidad deseo salir de la oficina, dejarlo por hoy.

—¿Qué te pasa?

—Nada, sigamos.

—¿Por qué me preguntas si están aquí? No solo están ellos. Seguro que tú también estás metido en algo.

—No, no.

—Pero lo estuviste. Me lo has dicho. Y habrás salido a la calle, en algún momento, por alguna de las cuatrocientas reivindicaciones.

—He salido y he vuelto.

—¿Por qué? ¿Te parece bien que privaticen todo?

—Soy un sobreviviente, Carla.

—Ah. ¿Y a quién o a qué has sobrevivido?

Contesto, ay de la impaciencia, dejo que Carla me involucre, quién no se ha

puesto un día una guerrera de húsares, azul, un quepis negro... y cual viento de mayo se ha lanzado a la ocasión que pasa, al dulce atisbo de la aventura errante^[10]. No es mío. Aprendí la poesía fuera de clase, los libros fueron quinina para mi malaria cuando aquellas dos palabras de exotismo estaban más cerca de mi vida sin selva que el bachillerato inacabado, o la universidad que abandoné. Contesto a Carla, sí.

—A la grandeza —digo—. A esas vidas heroicas que no sé si conocéis.

—Háblame de ellas.

—Perdóname. No debí haber interrumpido. Otro día te lo cuento. Sigamos, por favor.

—De todos modos —dice Carla—, es casi la hora y ayer apenas dormí. Podemos seguir mañana.

Carla adelanta una mano hacia mí como si fuera a tocarme pero solo sacude el aire y yo pienso que a lo mejor el aire es líquido y alguna onda me llega. La acompaño a la puerta, luego termino mi trabajo, aún dos sesiones más, y vuelvo a casa.

Hasta el domingo mis hijos estarán con su madre. Al entrar en casa, oigo su ausencia. Caliento agua para unos espaguetis, pico algo de cebolla, calabacín, tomate y los sofrío. Saco de la nevera una botella de vino abierta, sirvo un vaso, pongo el mantel aunque sea solo para mí. Después de cenar, recojo y sobre la misma mesa reviso las notas que he tomado hoy con Carla. Cuando el ruido de la televisión del vecino deja de filtrarse a través del tabique sé que son las doce. Me gusta este momento, mi apartamento adquiere otra dimensión; antes, con mis hijos, jugaba a imaginar que despegábamos. Ahora Martín y Candela se han hecho demasiado mayores, prefieren despegar en la consola, ver con mil detalles los mundos adonde se dirigen. Les entiendo, disfruto cuando me muestran sus escenarios distantes en el espacio o en el tiempo, Boston del siglo XIX o un planeta a miles de años luz. Pero hoy que no están yo, tan poco mayor como ellos se sentirán tal vez un día, asciendo solo hasta rebasar los cien kilómetros de altura y orbito sin temor a que un fragmento de chatarra espacial impacte contra mi cuerpo. Desde un silencio mayor que el submarino, veo la tierra y floto. Flotar me pone risueño, en el Mediterráneo, en la piscina, en el espacio, floto, no solo no me hundo sino que soy bailado por el medio que me lleva y me trae. Pero algo sucede pues esta noche ni siquiera yo valgo para la indolencia y siento en cambio que debo rechazar. Impugno lentamente las promesas a medias, el líquido de colores de los lavavajillas, la capacidad de amortiguación del calzado deportivo, las condiciones benévolas del enemigo, lo mullido que se rompe, porque vivir no puede ser solamente parapetarse esquivando los golpes bajos, esconderse y dormir en posición fetal.

Entro en el dormitorio. A mi espalda, la cama piadosamente estirada más que hecha. Enfrente, la ventana da a un patio amplio con algunas otras ventanas como la mía. Enciendo el ordenador, la wifi llega débilmente y a ratos se va. Cuando vuelve, la pantalla me habla un instante para decirme que estoy conectado. Con una ligera

inclinación de cabeza, asiento y sonrío al icono pero sé que no tiene ni idea. Aun cuando pueda enviar mensajes, intervenir en foros; aun cuando alguien desde algún punto del planeta me vaya a responder, mi situación es la del mensaje opuesto que aparece a veces. Estoy sin conexión, lo digo sin aspereza, lo constato en realidad y ya iba siendo hora. Estoy la mayor parte de mi vida fuera de cobertura, porque sería capaz de morir por mi hijo y por mi hija treinta y un días al mes aunque solo los vea la mitad, moriría, sí, por ellos pero eso es como morir por mí; el amor a los hijos, poderoso, irrefutable casi siempre, no expande nuestra conexión, nos amamos en ellos; eso no resta generosidad a la entrega, solo digo que no nos da o, al menos, no me da conexión.

«Querida Carla», qué tentación el encabezamiento, sumar, con estas dos palabras, una nueva presencia al corcho de la vida, clavetear así la cara, el mensaje, el número. Pero es Carla quien ahora escribe por mí: pregunta si este dar curso a las palabras es una dimisión, si significa replegarse, o bien si letra a letra excavamos y concebimos algo que sepa brotar también desde nuestra vida, una descripción que va más allá del texto pues no nace —por fin, por fin— de lo que hay sino del límite, allí donde algo puede salir y, además, podemos ver cómo sale: a un cuadro, un marco; a una tragedia^[7], una representación con escenarios y personajes; a unas vidas, el plan, la astucia concentrada, el fiero dolor evitable que ahora anima nuestros pasos, al principio inseguros, después casi gráciles.

Escribir, voy sabiendo, es convocar al fantasma. La escritura es emulsión de lo no iluminado, rastro que deja en el papel o en la pantalla lo que teniendo existencia no aparece hasta que lo escribimos. La escritura es lo otro, nunca un resto de las cosas sino lo que no está. No te aparezcas como un fantasma, no llegues sin hacer ruido e inesperadamente estés justo a mi lado, así decimos; miramos a nuestro alrededor fijando posiciones y confiamos en que lo lejano avance a un ritmo tal que sea posible prever el momento del roce. Nos ilusiona creer que controlamos los cuerpos pero, aun cuando así fuera, jamás controlaremos el espacio que hay entre los cuerpos; escribimos para nombrarlo, escribimos porque lo habitan muertos y meteoros, apariciones y pronósticos, el fantasma de la sequía, el fantasma del marxismo, el fantasma de los vendavales. Cuesta mucho, dijeron, tomar a los fantasmas, o más exactamente: no se les puede tomar. Creo que los poemas son los espíritus de los muertos que me acompañan y me dicen cosas al oído, declaró una rapera. Pregunto ahora si el padre de Hamlet es un muerto que regresa o si acaso, con voz de muerto, es el fantasma del propio Hamlet quien le empuja hacia la sangre que vendrá. Miro el ordenador, la pared, la ventana, miro el futuro que respira entre las cosas. Escribir es fantasma, es convocar un tiempo asesinado que vuelve porque no se resigna. La aparición, lo que tiene presencia aun cuando ya no exista, trae siempre una tarea por hacer.

Si me acuesto, la cama solitaria me acerca a quienes duermen y tal vez no me libre del miedo a partir. Hasta que unas alas se despliegan sobre mi cuerpo, son los

dragones, los mismos que torpemente despreciaba cuando dije: los principios, los motivos, son como los dragones, grandes, hermosos, alados, pero la realidad sigue su camino, indiferente. Me retracto: la realidad no puede esquivarlos porque la sombra de sus alas vive en nuestras dichas y nuestros terrores.

Se ha lavado el pelo. Tiene la expresión nueva y despierta. Trae la misma gabardina; debajo aparece una camisa de color verde. Después de entrar se ha quedado mirándome unos segundos más de la cuenta. Tal vez sean imaginaciones mías pero me pareció que miraba buscando la razón de esta presencia de ánimo que yo mismo me noto porque, como un indocumentado de la vida, anoche vi las alas de los dragones y me vi dando la cara, la pelea, sin pedir cuartel. Procuro saludarla como siempre, no aludo a su mejor aspecto, tampoco le cuento de mí. Luego digo:

—Ayer dejamos una escena sin terminar.

—Sí, me acuerdo, vamos.

Álex y Uno pidieron a Carla que llevara un registro de todos los encargos de Gustav y, en segundo lugar, solo si podía hacerlo sin riesgo de ser descubierta, alguna prueba de la alteración de los análisis. Michal tendría que estar pendiente de Eva Shiriáyev, informar de sus contactos con ella y hacerla hablar por si ella dejaba escapar algún dato del que pudieran servirse. No les revelaron sus planes ni cómo usarían la información.

Michal aceptó enseguida. Carla dijo que debía pensarlo, que no quería cargar con el peso de la culpa si la descubrían y eso terminaba repercutiendo en el informe. Tanto Álex como Uno asintieron, comprendiendo.

—Bastaría —dijo Uno— con apuntar en casa una crónica lo más completa posible: la referencia de las bolsas analizadas, las conversaciones con Gustav, la agenda.

Le dio un folio donde explicaba el sistema de anotación en clave que debería seguir.

—Lo lees, lo haces trizas y lo tiras.

Carla miró a Michal.

—¿No temes por Elenka?

—Llevo años temiendo por Elenka —dijo él, y luego habló parándose en cada frase, como si no encontrara la siguiente—. Hacer un trasplante también tiene sus riesgos. Ya no sé qué pensar. Aunque entiendo que no quieras que la responsabilidad caiga sobre ti. Carla, si ocurriera algo nunca sería culpa tuya sino nuestra, y de ellos. Pero te entiendo, de verdad, a mí me pasaría lo mismo.

Carla no quiso contestar. Pensaba que su vacilación ante los planes de Álex había decepcionado a Michal. La temeridad, quiso decirle, también puede ser cobarde. Pero no lo dijo, y al día siguiente tendrían cinco minutos en el desayuno y después saldrían cada uno en una dirección, la vida en común eran cinco minutos.

Aquella noche Carla buscó el cuerpo de Michal inútilmente, la rehuía. La preocupación, el cielo negro de todo lo que podía salir mal otras veces les había acercado, se habían cobijado el uno en el otro para salir fortalecidos. Por otro lado, si

el agravamiento de Elenka no hubiera creado un centro en torno al que gravitar, tal vez ya ni siquiera estarían viviendo juntos. Aun así, dice, las situaciones extremas no siempre unen; a veces, cuando ella cerraba los ojos, no era a Michal a quien veía sino un deseo sin nombre, otro comienzo. Aquella madrugada se levantó, recuerda, y estuvo más de una hora sola en el sofá, sin leer, sin dar la luz, mirando la masa de la noche como si el cristal no fuera suficiente para impedirla entrar.

Salió temprano para ir a la piscina. Se tiró al agua y buceó; imaginaba que al empujar la pared con las manos encontraría una salida diáfana a otro paisaje, días cuajados de determinación, camisetas de colores, mesas de madera al aire libre. Luego empezó a nadar, pegada a la corchera roja, disfrutando del impulso que su cuerpo tomaba del agua. Ojalá se pudiera luchar sin el secreto, pero acaso Álex tenía razón y sin planificar, y agarrando el impulso, se ganaban batallas aisladas nada más. Notaba cómo con cada brazada se desplazaba el agua, quería imaginar que también dejaba atrás los momentos en que el cuerpo de Michal la evitó incluso en el sueño.

Por la calle, con el pelo mojado, no sintió frío sino una disposición, dice, peligrosamente parecida a la fe. Decidió desoír la amenaza de Patrik Stroller y no llamarle. Que se tomara él el trabajo de buscarla. Si la encontraba, pensó, inventaría algo, pero no le diría nada de Álex.

En el trabajo, la puerta del despacho de Gustav estaba entreabierta y él la llamó desde dentro cuando Carla pasó por delante.

—Hoy vuelve Miroslava con un equipo del Centro de Transfusión —dijo Gustav.

—Van a darse cuenta —dijo Carla.

Gustav dejó lo que estaba haciendo y le pidió que se sentara.

—Si te ven intranquila, será peor. Además, es absurdo que vengan, el plasma está ya mezclado en un depósito aparte, no podrán hacer nada.

—Pero lo saben y a pesar de todo vienen.

—Piensa que quizá no vienen por nosotros sino para calmar a sus jefes, para transmitirles que no se han rendido enseguida.

Ante el silencio de Carla, Gustav insistió:

—Un par de semanas. Y van pasando los días. Esto no es solo una iniciativa mía, está todo controlado. Deja de darle vueltas.

—De acuerdo —dijo ella levantándose.

Cuando llegó el equipo liderado por Miroslava, Carla ni siquiera tuvo que intervenir. Gustav les llevó al *pool* de plasma, dejó que tomaran muestras. Carla no sabía cómo se las habría ingeniado Gustav para hacer que todas esas bolsas perdieran sus factores, aunque no era difícil, bastaba con manipular la temperatura. Después Gustav entró con ellos en el departamento de Carla y les mostró las pruebas que ella había falsificado, explicándoles los resultados y elogiando su labor. Carla esperó a que se marcharan con Gustav para salir al aire libre. Jana fumaba junto a la puerta.

—A ti quería yo verte. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Hola, Jana. ¿Se puede o no se puede? Esa es la cuestión.

—Joder, Carla, no te rías, que esto es grave. ¿A qué vino el discursito del otro día? ¿De verdad crees que está bien comprar el plasma?

—Es lo que hay, Jana. Entiendo la preocupación de Miroslava, pero tú y yo trabajamos en la empresa privada.

—¿Y qué? A mí trabajar aquí no va a hacerme cambiar de idea. Mira, eso lo pensaba con veinte años, pero ya no.

—Al revés, para variar.

—Pues sí, con veinte años veía a alguien de uniforme y me creía que era lo que veía: un guardia era un guardia nada más. Ahora tengo claro que es alguien como yo que está haciendo de guardia, de soldado o camarero.

—Gran descubrimiento.

—Bastante. Porque el uniforme pesa, ya sabes: esos porteros que vigilan más que el dueño. Algunos, uniformados o no, se creen que su trabajo imprime carácter, pero otras sabemos que no tiene por qué ser así.

—¿Piensas que yo me lo he acabado creyendo?

Empezaron a andar de un lado a otro sobre la hierba hasta alcanzar el castaño que había en la entrada. Aunque hacía sol, había rachas de viento frío; el árbol las amortiguaba.

—No, ni hablar. Te conozco bastante. Tú y yo trabajamos aquí pero no somos esto. No van a obligarnos a defender lo que detestamos solo porque nuestra subsistencia dependa de ello.

—Yo creo que nos obligan, Jana.

—Es verdad, sí, a veces lo hacen. Con más motivo, entonces: no les demos la victoria de decir que además nos parece bien. A ver, ¿cuándo te has caído del caballo?

—Estuve hablando con Gustav.

—¿Y...?

—Ya sabes, a veces hay ángulos que no te esperas, complicaciones.

—A veces no hay complicaciones —dijo Jana.

—¿Cómo...?

—Que casi siempre las hay, que lo raro es que no las haya.

Carla se ausentó un momento; aunque nada se había movido entre los árboles, la figura de Patrik parecía mirarla junto a uno de los troncos, esperaba. Ella movió la cabeza, negando.

—¿No? Pues qué suerte tienes —dijo Jana.

—Perdona, no movía la cabeza por lo que has dicho. Tienes razón, lo raro es que no haya complicaciones. Pensaba en algo que oí una vez: si puedes oírlo acercarse es que no te va a dar. Lo decía un militar de los proyectiles, por lo visto es así, cuando lo oyes es porque pasa a una distancia suficiente. Si te va a dar, no oyes nada.

—Ya te digo que estás rarita. Bueno, entonces qué pasó con Gustav, ¿te convenció?

—Me ayudó. No sé si sabes lo de Elenka.

—¿La hermana de Michal?

—Sí, su situación se ha agravado. Tienen que hacerle un trasplante de hígado con urgencia.

—Vaya, no lo sabía.

—Parece que ahora todo está en marcha y lo más probable es que se ponga bien, pero es una operación arriesgada. Gustav me ha ayudado con el laberinto de los médicos, ya sabes.

—Me alegro. Si hay algo que yo pueda hacer, dímelo, por favor.

—Sí, desde luego.

Jana tiró su cigarrillo, miró la hora y dijo:

—Deberíamos entrar.

Estaban en el umbral cuando oyeron voces, gritos, el ruido de algo que se rompía contra el suelo. Corrieron hacia allí. En el segundo laboratorio Miroslava y Gustav se miraban sin moverse; había una gradilla en el suelo, varios tubos se habían abierto derramando plasma. Las dos personas que habían ido con Miroslava hablaban a la vez. Una de ellas, un hombre delgado con corbata, con aspecto de funcionario. La otra, una mujer joven con bata blanca. No era fácil distinguir todo lo que decían por la mezcla de voces y la rapidez, pero una frase se repetía: «Habéis destruido pruebas».

Cuando se calmaron, Miroslava dijo:

—Os vamos a denunciar.

Gustav se limitó a mirar el suelo.

—¿Ya podemos recogerlo?

Miroslava asintió, tranquila.

—Vámonos —dijo dirigiéndose a los suyos.

No se despidieron. A Jana y a Carla ni siquiera las habían mirado.

Gustav pidió a Jana que buscara a un equipo para recoger los tubos rotos, evitando cualquier contaminación.

Cuando Jana volvió, Gustav ya se había ido. Jana y Carla preguntaron por lo ocurrido. La visita iba bien, habían pasado por distintas zonas, nadie había advertido tensión. Luego empezaron a oírse las voces. Gustav se había limitado a encogerse de hombros y había salido de la sala. Miroslava le había seguido y en un momento de la discusión había tomado con las dos manos su propia gradilla y la había tirado al suelo.

—Voy a hablar con Gustav —dijo Jana.

Carla hizo como que volvía hacia su mesa y luego salió detrás de Jana. Se quedó junto a la pared, la ranura de la puerta dejaba pasar sus voces.

—¿Qué ha pasado, Gustav?

—No lo sé. Nunca he visto a Miroslava perder el control de esa forma. ¿Por qué tanta resistencia? No es la primera vez que algo falla, ni la primera vez que las culpas

van y vienen.

—Es que este es un fallo monumental. Y ya está en la prensa. ¿Quién lo ha filtrado?

—Imagino que nosotros. Estamos desabastecidos. Hemos tenido que comprar plasma a Australia, porque ni Estados Unidos ni Alemania podían suministrarnos en este momento.

—Pues otras veces no nos ha gustado alarmar con estas historias.

—Jana, si estás insinuando que se ha filtrado para presionar, no pienso negártelo. Nos interesa que se legalice la remuneración por plasma. Solo con los rumores que anuncian el posible cambio de ley, Laboratorios Pharmen casi ha duplicado su valor.

—No es deportivo aprovecharse de un error.

—Jana...

—Sería intolerable provocar un error así y además echar la culpa a otros.

—¿Provocar? ¿De dónde sacas eso?

—Del mismo sitio que Miroslava. Nada encaja, Gustav, llevamos muchos años trabajando. ¿Qué ha pasado? Todo esto es tan turbio.

—¿Turbio, Jana? ¿Qué quiere decir turbio?

—Turbio y claro, corrupto y honesto, justo e injusto, son diferentes y no digas que no.

—Si lo fueron alguna vez, ya no importa. Ahora no hay donde mirar. No digas tú que no te das cuenta. A mí me presionan, yo presiono, esto es así. Por otro lado, ¿para qué defender la donación de plasma, para que llegue otra empresa y lo comercialice antes?

—Qué más da lo que te conteste, ya no te conozco.

—No quiero que pasen por encima de mí, eso es todo. A ti también te afectaría.

—Eres un cabrón —dijo Jana.

Carla tuvo el tiempo justo para apartarse y que Jana no la viera. Cuando volvía a su mesa sonó un mensaje entrante en su móvil. Era de Elenka y la hizo reír: la imagen animada de un karateca, recordándole el día en que intentó enseñarle kung-fu, las dos diciendo «Om» con las manos sobre la cabeza y luego la patada que dieron a una lámpara de porcelana y cómo pegaron el pedazo roto confiando en que no las descubriesen.

No sabe si fue la compañía del karateca o el recuerdo de las palabras de Álex y Uno, pero decidió jugársela y buscar los registros. Los resultados originales de la primera tanda de bolsas de plasma habían sido eliminados de la carpeta general; sin embargo, los de la segunda aún estaban ahí. No iba a arriesgarse a imprimirlos, tampoco a copiarlos en un pendrive, pues ambas operaciones dejaban huella y Gustav sabría quién lo habría hecho. Los copiaría a mano, esas referencias darían credibilidad al diario que le habían pedido. Miró a los lados y empezó a escribir. No habrían pasado dos minutos cuando oyó unos pasos rápidos acercándose. Dio la orden de apagar el ordenador sin volverse.

Gustav apoyó la mano en su hombro.

—¿Por qué apagas? ¿No estarías viendo porno, eh, Carla?

—Posporno —contestó sonriendo. Confirmó la orden de apagado y añadió—: Me iba ya, Gustav, he quedado ahora. Hasta mañana.

En el autobús le llegó un mensaje de Michal: a las siete iban a ir dos amigas de Elenka a verla, él se encargaría de llevarlas y traerlas y llegaría más tarde a casa. Carla buscó un «Te quiero» innecesario, uno de esos que daban señal de algo alucinante y bueno que estaba pasando por su cabeza, pero no había nada.

—*Se nos ha pasado el descanso —dice Carla.*

—*Ha sido culpa mía, me he distraído. ¿Con o sin cafeína?*

—*Hoy no voy a tomar. Debo irme antes y quiero dejar terminado el día.*

Creo que no se da cuenta, pero ese «Debo irme antes», ese recordatorio de que ella no depende como yo del horario impuesto sino que puede alterarlo a voluntad, me descoloca. Tengo que mirar hacia la ventana, lo que casi nunca hago, respirar hondo, y luego, con una muy trabajada naturalidad, decir:

—*Sigamos, entonces.*

—*¿Tú no necesitas café?*

—*Luego lo tomo, sigue.*

Cuando llegó a casa, Carla estuvo zapeando: en dos canales se hablaba del desabastecimiento de plasma. Miró en la red: en varios medios aparecía el caso del Centro de Transfusión y del órdago lanzado por el presidente de Laboratorios Pharmen solicitando la aprobación inmediata de una nueva regulación sobre las «donaciones remuneradas» de plasma. Expresión contradictoria, dice, con la que soslayaban la palabra compraventa. Además, había anunciado un debate sobre el tema en televisión. Pensó que podría verlo con Michal, pero Michal se retrasaba. Le llamó, el móvil estaba desconectado. Volvió al ordenador y siguió buscando información. Al poco sonó el timbre. Michal, supuso, había olvidado las llaves. Pero cuando abrió la puerta encontró a Gustav.

—¿Te presentas en mi casa sin avisar?

—Lo siento, te fuiste porque tenías prisa, pero yo también la tengo. Serán solo unos minutos.

Avanzó hacia el salón, se sentó y estiró el cuerpo con una desfachatez inusual en él.

—No se puede jugar y no jugar al mismo tiempo —dijo—. Siéntate —añadió como si la casa fuera suya.

Carla siguió de pie.

—Cuando trabajas para alguien —dijo Gustav—, también trabajas para sus jefes, y para los jefes de sus jefes. Y si le traicionas, también traicionas a sus jefes, y a los jefes de sus jefes.

—¿Traicionar? Estoy haciendo lo que me has pedido.

—¿Qué mirabas esta tarde?

—Estaba repasando los análisis, me preocupó la visita de Miroslava, su comportamiento. Si se descubre...

—Has estado con un hombre que se hace llamar Patrik Stroller.

—Me abordó él. No le he dicho nada.

—Es una sabandija. Te habrá querido convencer de que ellos son los buenos. ¿El Estado, instancias internacionales, la ley? Mentira, Carla, trabaja para TechBlut, la competencia alemana, como sabes. Aquí no hay ley, Carla.

Carla fue por una silla para esconder a Gustav su rostro sorprendido. No había creído a Patrik cuando le insinuó que trabajaba para el gobierno, pero tampoco se le había ocurrido pensar en algo tan lógico como la empresa que en más de una ocasión había querido comprar Laboratorios Pharmen.

—¿Qué quieres? —dijo sentándose frente a Gustav.

—Recordarte que tienes mucho que perder. Ya hay fecha definitiva para la operación. Os la comunicarán hoy o mañana. Deja de jugar, si no quieres que se aplace.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo, Gustav? ¿Cómo puede nadie hablar así?

—Procura que pase el tiempo sin que ocurra nada. Mantente alejada de Stroller. Y dile a ese grupillo tuyo que no se le ocurra intervenir.

—¿Ese grupillo? Por Dios, ¿ahora también me sigues, te preocupan cuatro desesperados?

—Cuatro desesperados, Carla, es la medida de todas las cosas. Cuatro desesperados, mis cuatro desesperados, vamos a conseguir que se admita en este país la venta de plasma. Por supuesto que tenemos algo más detrás, pero sin nosotros todas sus estructuras se vendrían abajo.

—Gustav, ¿alterasteis el informe para chantajearme o lo habéis alterado después?

—¿Quieres saber si ha habido terceros perjudicados? No.

—¿Seguro?

—Sí.

Carla habría querido una prueba, pero él no iba a dársela. Pese a todo, se permitió creerle y, momentáneamente aliviada, experimentó, dice, una ilusión de empatía, quiso pensar que algo permanecía intacto a pesar de los años y los actos cometidos. Entonces preguntó:

—¿No te parece a veces que tu inteligencia se encoge si haces siempre lo que esperan que hagas? ¿Por qué no te pasas al otro lado?

Gustav sacó un llavero del bolsillo y empezó a jugar con las llaves.

—Damas y caballeros, qué gran pregunta. Ahí abajo hay unos pequeños seres que piensan que hay una vida limpia, que consiguen las cosas sin devorar corazones humanos. Y esos seres, ¿qué me ofrecen?

—No he hablado de limpieza. Solo de inteligencia. Tu familia te apoyaría.

—Tengo necesidades, Carla. Y me gusta lo que hago, influyo, hago girar el mundo. La lucha de clases, que supongo habrás invocado en algún momento, significa precisamente que hay dos clases que luchan. Y la de arriba, en contra de lo que suele pensarse, lucha todo el tiempo.

—Pero tú no estás arriba. Eres un capataz, se desharán de ti cuando quieran.

—No, no, siempre pensáis que las cosas son nítidas. Mis jefes persiguen sus intereses, llevan haciéndolo siglos. Yo estoy con ellos, por la parte que me toca, y también persigo los míos. Ya me ocupo de protegerme.

—Ellos tienen el capital.

—Olvídate, el capital no puede explotar a nadie solo. Necesita manos, necesita mis manos y las de mis cuatro desesperados. No funciona solo, tiene que estar explotando todo el tiempo, abriendo mercados, introduciendo reformas, controlando a gente todo el tiempo. Es mejor ir por libre.

Gustav se levantó.

—Me marchó. No vayas a equivocarte.

Cuando Gustav cerró la puerta, Carla buscó su móvil y como si fuera lo más urgente del mundo escribió un mensaje a Elenka. Le envió la foto de un ganso, a Elenka le encantaba esa expresión española, «Hacer el ganso». Le escribió besos y risas y que «Las penas con rumba son menos penas, morena» porque era otra de las canciones que habían jugado a bailar. Al rato llamó Michal, feliz: había fecha definitiva para la operación de Elenka, se lo había confirmado el cirujano personalmente. Dijo también que se iba a retrasar un poco, que en una hora estaría de vuelta.

Carla juega con un clip gigante azul y blanco.

—Podía suceder, siempre puede suceder, hay historias que llevan a otras historias pero yo quizá no esperaba que fuera tan pronto o justo cuando corríamos peligro. No me enteré aquel día, en realidad. ¿Puedo contarlo ahora o espero?

—¿Qué prefieres?

—Contarlo ahora.

—¿Por qué?

—Porque entonces me pareció muy importante y ahora es distinto.

—¿Qué es distinto?

—Lo sabes, ¿no?

Tomo el clip gigante que acaba de dejar sobre la mesa; tiene una gaviota de metal dibujada, acaricio con el pulgar el pico del ala, luego me lo llevo a la mejilla, está frío y caliente según las zonas. Miro a Carla.

—Cuéntalo cuando prefieras —digo.

Se ruboriza un momento. Es como pasar una hoja, enseguida el rubor ha desaparecido.

—Una antigua novia de Michal que vivía en Hungría había vuelto a Bratislava. Se encontraron en el hospital y se enrollaron. Es una tontería, lo estábamos dejando, ni siquiera cuando estábamos juntos teníamos un pacto muy claro en ese aspecto. Pero la historia siguió adelante y... fue el momento, ¿sabes? Fue ver que ante lo oscuro, en lugar de buscarnos, nos huíamos. También yo le había esquivado, elegí no hablarle de Patrik, elegí no confiar.

Si espera que diga algo, no voy a hacerlo. Creo que se da cuenta. Se encoge de hombros, dice:

—Estamos hechos de distintos materiales. Cada persona lo está. Sé que dicen que no, que tenemos la misma carne y la misma sangre; sin embargo, quienes lo dicen nunca se han ocupado de la vida corriente. Unos más blandos, otros más duros, unos más cortantes y frágiles.

Ahora sí voy a responder.

—No todo son los materiales —digo sin poder evitar pensar en mí mismo.

Si no tengo dominio sobre mis materiales, ¿dónde queda mi responsabilidad? ¿Debo ser compasivo con mi vida, pensar que hice lo que mis materiales pudieron y eso es todo?

—A veces hay que elegir entre la compasión y la responsabilidad, ¿no? —dice Carla como si me hubiera oído.

Niego con la cabeza, no sabría explicar la razón pero no, no, no puede ser solo así.

—Sé en lo que estás pensando —dice, y ríe.

—¿En qué?

—En la carambola. Igual que hacía Álex. Alcanzar dos resultados con una sola acción, salir de la disyuntiva que nos marcan.

—Parece que tú lo has hecho —digo.

—¿Por qué?

—Porque ya no les odias, pero tampoco te dan lástima, no les compadeces como si solo fueran marionetas. Si pensaras que no eligieron, hablarías de ellos de otra forma.

—Y si pensara que eligieron...

—... notarías tu rabia.

—Bueno, si excavamos un poco... —dice, y sonrío. Luego se sienta y añade—: Pienso que para Michal también fue difícil. Si te parece, seguimos ahora desde casa otra vez.

Cuando Michal llegó, Carla le dio la noticia de que según Gustav no había habido terceros perjudicados, se lo contó como si Gustav se lo hubiera dicho en el trabajo, sin hablarle de su visita.

—Entonces ¿solo lo alteró para presionarte?

—¿Solo? Quieres decir que solo nos ha forzado a vender a una persona

imaginaria. —Como quien quiere pedir ayuda y apenas logra decir: Déjame, Carla añadió—: Pero con ella hemos vendido nuestra integridad real. Y ni siquiera sabemos si dice la verdad.

Michal, casi condescendiente, dijo que entendía lo que debía de haber supuesto para Carla tomar la decisión a ciegas, o peor que a ciegas, creyendo que condenaba a alguien para salvar a Elenka. Sin embargo, ahora lo mejor era alegrarse de que nadie hubiese salido perjudicado. Carla no quiso preguntar qué era entender ni qué diferencia había entre entender e imaginar, entre imaginar y poner la piel.

Michal apretó un segundo la mano de Carla. Luego dijo:

—Voy a encender la tele y la vemos un rato, ¿te parece? Para olvidarnos un poco de todo.

Cenaron con la televisión, distraídos. Carla mantuvo la decisión de ocultar la visita de Gustav. Contársela significaría también hablar de Patrik y no quería ser ella la portadora de malas noticias, notaba a Michal demasiado lejos. Luego, mientras pelaban una mandarina, Michal le tiró un gajo, y empezaron una pelea y entonces tuvo la sensación de que el hambre sexual con que la buscaba no era hambre de ella pero, dice, no le importó.

—Menos cinco —dice Carla—. ¿Cuándo me enseñarás algo?

—Solo cuando hayamos terminado.

—¿Son las reglas?

Asiento.

—Gracias por aplazar tu café por mí. ¿Mañana a la misma hora?

—Sí —digo, mientras se levanta y nos miramos; detecto en ella un poco de timidez, como si yo ya no fuera solo el escribiente sino también alguien que la ha visto vulnerable, engañada en el momento más inesperado. No rehúyo sus ojos, no tengo por qué, procuramos ocultar las debilidades cuando aún pueden convertirnos en víctimas, pero Carla ha quemado ya el amor propio, ha colocado esa historia y parece haberse lanzado a los caminos en compañía de cientos. Ella agradece, creo, que no me sienta incómodo. Sale, cierro la puerta y la oigo bajar por las escaleras.

Dispongo todavía de un rato hasta que llegue el próximo cliente. Sintiendo que contar puede mantenerme junto a Carla, enciendo el ordenador y me escribo. Yo también fui engañado, una vez que yo sepa. Los engaños sentimentales no son tan relevantes como hace un tiempo pues ahora todos tenemos varias vidas, o, diríase, aprendemos a existir en varios modos. Cyranos de nosotros mismos, nuestras cuentas, las fotos y las frases que enviamos nos preceden y, a menudo, incluso ante otro cuerpo, la mano todavía tantea el avatar, apetece la caricia no de la carne sola sino de la carne y sus palabras. Como la mayoría, he follado tecleando las frases más procaces y después, al hacerlas, he sentido la carne, por momentos, menos intensa que el diálogo en que mezclábamos recuerdo y deseo, y cada cuerpo, separado del otro por metros o kilómetros, se excitaba.

Así pues, había engañado a Yolanda con la escritura varias veces, sin consumarlo, quizá porque ya preveía el desencanto, más ajeno que mío, quizá por temor a traicionar, o bien porque no supe propiciar la ocasión. Y en esas andaba, dejándome ir entre palabras, cuando un día supe que Yolanda me engañaba con el cuerpo; nada, por otro lado, demasiado doloroso ni sorprendente, un compañero de trabajo de esos con quienes tenía que quedarse a veces hasta muy tarde para terminar inventarios y otras tareas del almacén donde trabajaba. Esa historia no fue la causa de nuestra separación. Remontamos su adulterio, no más que un escarceo en realidad, entre los dos, aunque ahora creo que lo hice peor que Carla: apenas dediqué tiempo a preguntarme qué pensaba de ellos y en cambio me limité a multiplicar mis otras vidas; estas cosas, me dije, pasan y aún lo creo: pasan pero supongo que Yolanda percibió en mí cierta actitud de acreedor a la espera, no lo sé, no estoy seguro. Martín, nuestro hijo mayor, tenía entonces seis años y Candela, la pequeña, tres recién cumplidos. Hubo momentos buenos, risas, helados en una terraza con mesas y sillas de plástico rojo sobre la acera y a nuestro lado coches y autobuses pasando sin cesar. ¿El engaño? En una relación sentimental quizá no sea más que un cambio de foco, te parece que estás igual pero en realidad dejaron de iluminarte y estás a oscuras. Al escondértelo, hacen que pienses que es cierta una legalidad y una presencia que han quedado en suspenso. En el caso de Yolanda y mío, e incluso en el de Carla y Michal, creo que no hubo voluntad de mentir sino un desajuste temporal, una espera. Ya no te enfocan; además están expectantes y tú no lo sabes. Duele esa especie de desamparo retroactivo, quiero decir que si al final se van del todo lo que duele no es el engaño sino que aquel o aquella se lleven piezas de tu vida futura aun sin querer. Unas pocas piezas, probablemente redundantes, prescindibles, qué sé yo.

Yolanda volvió, seguimos juntos. Mientras tanto, algo más dañino que el engaño nos destruía. Yolanda se daba cuenta, yo me daba cuenta, no era algo que sucediera de noche, cuando ella tecleaba en la pantalla de su teléfono y yo en la de mi ordenador, no sucedía en sueños ni a traición de madrugada, ni siquiera sucedía cuando en las noches de lluvia yo, sin hacer ruido, iba descalzo al salón, abría la ventana y respiraba allí otro mundo, otras noches, y me parecía oír llover en el mar. Sucedió a la vista de todos; nuestras dos vidas, como tantas y tantas otras, iban siendo desmenuzadas, que es como decir que nos iban haciendo polvo porque no llegábamos a fin de mes, porque éramos una unidad familiar aislada y cada decisión era una resta de lo que no teníamos, porque se nos tasaba en un precio menor al de la sombra de los perros comprados por quienes escribían nuestros destinos y, así, no significábamos.

QUINTA SESIÓN

Ya es viernes, ayer Eugenio habló mucho, como acostumbra. A veces, en su relato

usa términos morales y quiero decirle que no me interesa su moral, si sintió envidia, si no fue diligente, si devoró con gula o continencia los alimentos que otros le preparaban. No se lo digo; sin embargo, quizá lo haya notado pues las últimas veces ha sido más parco en las calificaciones y ha empezado a ceñirse a los hechos. Me pregunto qué diría Carla si leyera esto que escribo ahora: ¿pensaría que me falta compasión, lo que a veces es como decir que me falta fatalismo? Los materiales de que está hecho Eugenio, el hombre de setenta y ocho años que aún participa en los consejos de administración de varias empresas y ha debido de firmar sentencias de despido por centenares, quizá no sean distintos de los míos, hematíes, carbono, cobardía. Pero él está enfrente, no solo enfrente de mi mesa sino al otro lado de la línea, donde los enemigos. Él y los suyos son quienes aprietan y nosotros quienes no podemos respirar. Sé que él tampoco es libre, mi única venganza se dice de esta manera: somos el derecho y el envés, y uno no podría existir sin el otro. Si los explotados logran la victoria, dejan de ser explotados, y también pierden su identidad los explotadores; si el patriarcado deja de poder ser ejercido, los patriarcas desaparecen; si los habitantes de la ciudad invadida se van y quedan las casas solas y las cosechas ardiendo...

Mis hijos siguen con su madre. Dentro de dos sesiones, Carla se irá. Eso dijo: una semana aproximadamente. El margen puede favorecerme con un par de días de más, pero también puede pasar que se adelante, que mañana sea el último día y, hoy, el penúltimo. ¿Me atrevo a preguntarle sus planes? No lo hago, no molesto al universo.

Abro la puerta. Carla esta vez me permite coger su gabardina y colgarla del perchero. Hoy lleva un vestido de algodón del color de las lilas que aún no he podido comprar. No hace calor fuera, de manera que discretamente subo un poco la calefacción, me siento.

—Dale —digo, y sonrío.

Durmió mal, se levantó temprano para ir a nadar y aclarar ideas, aunque apenas consiguió un ligero bienestar físico. Después de vestirse fue al baño. Como siempre, había varias pintadas escritas en la puerta pero esa mañana una situada a su izquierda, en el tabique compartido con el váter siguiente, le llamó la atención por el trazo grueso con el que estaba escrita la palabra «daño». Se aproximó para ver el texto entero. Era la pintada de que les había hablado Uno: «Debes pasta y te amenazan, llama. Quieres hacer daño a alguien, llama», y a continuación un número de móvil. Copió el número en un papel por una mezcla de curiosidad y precaución, cualquier cosa podía llegar a ser útil en sus circunstancias. Se dio una ducha larga, luego salió del polideportivo.

Encontró calma, dice, en la rutina del trabajo. A las once llamó a Elenka, quería darle la enhorabuena por la fecha, pero sobre todo quería oír su voz. No respondió al teléfono. Media hora después le llegó un mensaje suyo: «No estoy disponible, tía

Carla. No me dejan estar disponible». Un emoticono sonriente colocado al final llenó a Carla de melancolía. Por la tarde, Jana se acercó a su mesa con un periódico. La noticia ya estaba en portada: «El gobierno considera la conveniencia de regular los dos sectores en la recolección sanguínea». Con los dos sectores se referían a la sangre donada y al plasma recogido mediante compensación económica. Qué rápido iba todo. Carla le dijo a Jana que saldría un poco antes. Se miraron, cada una metida en sus pensamientos.

Buscó una cabina de teléfono con la idea de llamar a Noa. En realidad quería llamar a Álex pero no sabía adónde, y tal vez Noa supiera cómo podía encontrarla. Empezó a marcar; la cabina no funcionaba. Estaba recuperando las monedas cuando una voz familiar habló detrás de ella.

—¿Ahora usa teléfonos públicos? Le queda mucho que aprender.

—¿Como a usted? —dijo sin darse la vuelta pues había reconocido la voz de Patrik.

—No. Yo era bueno, solo que no ejercí mucho tiempo.

—¿Qué quiere, Patrik?

—Un amigo la está esperando. Tiene que venir conmigo.

—¿Ahora?

—Sí, claro.

—Ahora no puedo. ¿Mañana?

Patrik rio. Pero al momento su expresión era dura y cansada. Algo en sus ademanes, un ligero temblor, le hacía parecer más mayor cuando gesticulaba que cuando estaba quieto, como si tratara de ajustar con las manos pequeñas piezas invisibles.

—Vamos.

Su brazo, un peso muerto, cayó sobre el hombro de Carla, y echaron a andar. Un coche esperaba aparcado en segunda fila. Carla trató de retener la matrícula. Patrik dijo:

—No me va a obligar a amenazarla, ¿verdad?

Mientras él ocupaba el asiento del conductor, Carla jugueteó con la *dashcam* rusa que, enfocada hacia el parabrisas, grababa el camino.

—¿Miedo a las multas?

—No. Me habitué a llevarla en Kiev, y ahora sigo con ella. Nunca se sabe cuándo puede ser útil.

—¿Por qué me ha obligado a venir? ¿Por qué apoya la venta de sangre?

—No he dicho que la apoye.

—Pero vigila a quienes la quieren impedir.

—Cállese —dijo Patrik.

Ya no volvió a hablar hasta que paró el coche en lo que parecía un callejón sin salida.

—Voy a ponerle una venda en los ojos.

—Me parece que exagera —dijo Carla para apagar su miedo.

Él ató luego sus manos, le quitó el móvil del bolsillo y lo dejó sin batería. Tumbó a Carla en el suelo bajo el asiento de atrás. Pasaron unos quince minutos. Cuando le quitó la venda estaban dentro de un garaje. Subieron a un cuarto piso, solo había una puerta por planta. Les abrió un hombre alto, de cara chupada, moreno.

Pasaron a una habitación prácticamente vacía, solo cuatro sillas. En el suelo, un *notebook* enchufado.

El hombre les invitó a sentarse.

—¿Y bien? —Esta vez sí la miró.

—Y bien ¿qué?

—¿Cuál es el plan de esos aficionados?

—No lo sé.

—No nos haga perder el tiempo. ¿Les ha hablado de Patrik?

—No —dijo Carla.

—Más le vale. Y ahora, dese prisa. Tenemos experiencia con la directora del Centro de Transfusión, pero del grupo de Álex no sabemos lo suficiente. ¿Hasta dónde están dispuestos a llegar?

—No lo sé, casi no les conozco. Álex y yo solo tenemos amigos comunes en España, ni siquiera sé nada de su vida.

—Yo sí sé de su vida —dijo el hombre mientras se agachaba para coger el *notebook* del suelo. Buscó algo y empezó a leer—: Treinta y siete años. Hematóloga. Nació en Castellón, padre obrero de la construcción, en paro los últimos doce años, algún trabajo temporal, varios en negro; madre administrativa, también en paro. Su único hermano le saca tres años y se arruinó con un negocio agrícola. Sus padres tuvieron que volver a hipotecar la casa que aún no habían pagado, para evitar la cárcel del hermano. Ahora él vive en Larache, Marruecos, lleva tiempo sin pedir dinero pero tampoco envía a la familia, que a duras penas puede pagar las dos hipotecas. Álex tuvo una hija con Héctor, periodista gráfico. Se separaron hace ocho años. Héctor sobrevive en Portugal con poco trabajo, sus ayudas económicas para la niña son esporádicas. Álex estudió con becas, y trabajó en un hospital público, pero luego no la contrataron. Pasó por varias clínicas privadas, cada vez en condiciones más precarias. Después del último despido regresó a casa de sus padres junto con su hija, Marina. Vivió allí varios meses, consiguió un trabajo mal pagado en uno de los hospitales públicos con gestión privada. Al año dejó la casa de sus padres y se marchó con otra amiga, comparten piso y el cuidado de la niña, no sabemos si comparten lecho también. Destina la mitad de su sueldo a ayudar a sus padres. Trabaja en el hospital de nueve a siete. Muchas mañanas corre a la orilla del Manzanares, vive cerca. Algunas noches sale a las nueve y regresa tarde. Cada vez va a una dirección distinta, una casa, un bar, una sala de teatro, pero pensamos que se reúne siempre con las mismas personas. ¿Puede contestar mejor ahora?

—No parecen un grupo de fanáticos, si es que me pregunta eso. ¿Qué sentido

tiene espiarles así? ¿No ha dicho que son aficionados?

El hombre levantó los ojos del *notebook* y suspiró.

—Espiar ahora es barato —dijo—. Para obtener la información que le he dado no he necesitado desplazar a nadie. No obstante, es mucho lo que no sabemos. Sus correos electrónicos son banales, no hay mensajes cifrados, tampoco usa el móvil para estos asuntos. Cubrir los huecos sí requeriría un agente en el terreno, pero no lo vamos a poner. Por eso espero su respuesta.

Primero Gustav, luego Patrik y ahora aquel hombre, todos preocupados por Álex. Con una mezcla de angustia e incredulidad, Carla se echó a reír.

—Son cuatro gatos, cuatro gatos que no saben dónde se han metido.

—Espiar es barato para nosotros, pero también para ellos. Son un grupo de gente con demasiadas ramificaciones. Tienen método, inteligencia, capacidad de previsión, y parece que afán de perfeccionismo. Son peligrosos^[14], sobre todo cuando se multiplican. Despreciarlos sería una estupidez.

—¿Y ustedes? —preguntó Carla—. ¿Para quién trabajan?

—Eso no le importa.

—No es para el Estado, ¿verdad?

Patrik se levantó.

—Se acabó, Carla, conteste. —De nuevo movía las manos como esforzándose para contener un temblor que no llegaba a producirse—. Tenemos prisa y está en nuestro poder. ¿Qué le han pedido?

—Nada, les dije que no iba a arriesgar la vida de Elenka, que no iba a participar.

El hombre de la cara chupada también se levantó. Iban a salir de la habitación, no parecían furiosos, solo eficientes. Cuando Carla se disponía a seguirles, el hombre la arrojó contra el suelo con brutalidad.

—Le daría una patada, pero es una chica. Quítese la chaqueta.

Recuerda bien la mirada de aquel hombre, dice Carla, demasiado atenta, como de estudiante dispuesto a responder a la única pregunta que no sabe.

Sonó un clic. Carla vio en su mano una navaja, brillaba. Cortó con ella la cinta adhesiva que ataba las manos de Carla.

—Quítese la chaqueta —repitió el hombre.

Carla obedeció.

—Lo mismo que te hacemos a ti —dijo Patrik y ese tuteo la estremeció— podemos hacérselo a esa joven amiga tuya que sigue en el hospital. También, ya te lo dije, podríamos defenderos si hiciese falta.

Vio la navaja pegada a su cara, luego descendió por el cuello. El hombre rio y empezó a remangarle la camisa blanca cuidadosamente. Con limpieza, clavó la navaja en su brazo. Carla gimió conteniéndose. La sangre brotaba despacio, un dolor suave que iba en aumento.

—¿Qué hacer con el dolor? ¿Habría sido capaz de soportar mucho más, la rabia

me habría ayudado a soportarlo?

Mientras lo dice, Carla abandona ese punto que está lejos, detrás de mi nariz, de la pared, y aterriza bruscamente en mis ojos, preguntándome. Yo escapo bajando la mirada al texto. La dejo ahí mientras murmuro:

—«Apenas un leve rasguño», dicen los novelistas. «Quisiera que ellos mismos lo experimentaran.»

—¡Fronteras sombrías!, he leído esa novela —dice Carla, contenta.

—No creí que lo supieras.

—Parece que hemos estado en los mismos libros. —Su expresión se ha relajado al decirlo.

Yo no me inmuto pero por dentro bailo. Carla me mira.

—Sí, ya sé, seguimos.

Carla se incorporó despacio y se sentó en la silla, sujetaba la herida para que dejara de sangrar.

La sorpresa, la conciencia de que ya no se trataba de un tira y afloja con su jefe y acaso los jefes de su jefe sino de algo más amplio, algo que ni remotamente controlaba y que implicaba un riesgo personal, iba invadiendo su cuerpo hasta no dejar una sola zona libre. Modificar un papel, dejar de ayudar a una causa por acción u omisión le parecían comportamientos casi abstractos, remotos en comparación con aquel único acto violento.

—¿Qué te han pedido? —preguntó Patrik.

No era solo el dolor; era notar, dice, y esta vez me appena coincidir, que las palabras perdían significado: valor o integridad se vaciaban, tal vez podría intentar definir las si sucedieran al margen de su vida, mientras que a Elenka no había que definirla, estaba. Su brazo le dolía, tenía miedo, les odiaba por lo que habían hecho, sin embargo, en cierto modo agradecía que la hubiesen obligado a establecer por fin un orden de prioridades.

—Una especie de diario —contestó—. Que anote todo lo que voy haciendo, lo que Gustav me encargue.

—¿Sin pruebas?

—Les dije que no me arriesgaría a eso y lo entendieron.

—No es suficiente —dijo Patrik—. Tienen que tener pruebas y queremos saber cuáles. Te doy cuarenta y ocho horas para averiguarlo. Y esta vez no rebases el plazo, te lo advierto.

—Es demasiado poco. No tengo forma de ponerme en contacto con ellos, son ellos quienes se ponen en contacto conmigo.

—Te diré cómo encontrarles —dijo Patrik.

—Y a usted ¿cómo le encuentro?

—Dentro de dos días, a las ocho de la tarde me esperarás en la misma cabina. Si te necesito antes, ya te buscaré.

—¿Cómo van a proteger a Elenka?

—Hace tiempo que vigilamos a tu jefe, conocemos a los médicos que ha comprado, podemos influir en ellos.

—Mi jefe sabe que hemos hablado.

—Fue intencionado, le mandamos un aviso por si quería unirse a nosotros. Pero no quiso. Sin embargo, él no sabe que has estado aquí ni se enterará cuando volvamos a vernos, ya te he dicho que le vigilamos.

Carla intentó levantarse y volvió a caer en la silla, mareada. A una señal de Patrik, el hombre de la cara chupada sacó de su bolsillo gasas, esparadrapo, yodo. Patrik desinfectó la herida y la vendó con profesionalidad. Luego la sujetaron entre los dos y la llevaron casi en volandas hasta la puerta.

Patrik repitió la operación: la venda en los ojos, tumbarla en el asiento de atrás, aunque no volvió a atarle las manos. Carla se adormiló. Cuando Patrik le quitó la venda, el otro hombre ya se había ido.

—Te dejaré aquí, estás a quince minutos de tu trabajo. Ahí hay un bar. Come algo para no estar débil. La herida no es grave, no vayas a un hospital porque te harán preguntas.

—No me has dicho cómo encontrar a Álex.

—En el hotel Zelený, es más un albergue o una pensión que un hotel. Si no estuviera, dejás una nota.

Patrik le dio el nombre de la calle y también el número de habitación.

—Gracias.

Carla obedeció a Patrik, comió algo no sin esfuerzo y volvió al trabajo. Había pensado ir al hotel de Álex, pero necesitaba recuperarse antes, darse una ducha, limpiarse de todo lo que había pasado.

Ya en casa, se quedó dormida en el sofá. Despertó con frío. Junto a una lámpara de luz graduable puesta al mínimo, Michal la miraba de una forma que le puso la carne de gallina. La miraba, dice, como despidiéndose. Tenía una manta en las manos, no esperaba que se despertara sino taparla y, quizá, dice Carla, dejarle una nota o pensar en la mejor manera de decírselo. Carla se incorporó, emitió un leve quejido de dolor al mover el brazo, aunque él no se dio cuenta. Seguía quieto, a unos dos metros del sofá, erguido, los rizos cubriéndole la frente. Dejó luego la manta sobre una silla, metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros negros y no se acercó.

—Me voy —dijo Michal.

A veces era así, dice Carla. Estabas escondida y sabías, dice, que te iban a descubrir, y aún tenías tiempo de salir corriendo para salvarte pero, por algún motivo, te quedabas ahí, inmóvil, y era un alivio que te descubrieran. Aquella noche, al principio aún dudaba de que Michal tuviera una historia, le parecía incoherente. Porque habían hablado de su relación varias veces y, a pesar de que ambos sabían que se estaba acabando, el apego era aún fuerte, ninguno había querido marcharse

todavía. Menos aún con las tensiones últimas. ¿Por qué Michal no había esperado a que todo pasara? ¿Por qué, al menos, no se había marchado primero y después había empezado su historia? Y no importaba, sabía que ya no importaba. Hacía más de tres meses que ni Michal ni ella estaban del todo. Ninguno, dice, estamos del todo; ella misma, supone, estaba con Michal un setenta por ciento. Mientras tanto, el otro treinta, lejos, en lo que pudo ser, en lo que aún esperaba ser, en la red, en personas como promesas, en la desesperación que amortiguaba para él, y en la euforia que a veces también amortiguaba para él. Y al mismo tiempo la navaja en su brazo era tan real. Era por momentos lo único cien por cien real y quería contárselo a Michal pero no así. Se aferró al orgullo, no se mostraría débil en ese momento, no le hablaría de su miedo como si fuera un chantaje para retenerle.

—¿Dónde vas a quedarte?

—Llevo el móvil, me encontrarás si me llamas.

—Seguiré viendo a Elenka. Mañana es el trasplante y voy a ir al hospital.

—Sí, claro, Carla, jamás se me ocurriría otra cosa.

Lo dijo a toda velocidad pero Carla asegura que en ese momento Michal se tambaleó. Y aunque siguió impertérrito, sin sacar las manos de los bolsillos, sin dar un paso, ella le vio aproximarse y podría jurar, dice, que Michal también se acercó, siquiera en su cabeza, en su deseo, en la inercia de todo el tiempo que se habían querido. Se puso de pie, mandó por dentro a la mierda su brazo sangrante, echó a andar hacia él y se quedó en la zona de sombra, apoyada, casi sentada, en una estantería baja.

—Dime qué ha pasado.

—No hay una razón, tú lo sabes, se van uniendo cosas.

—Lo sé, pero ¿justo ahora?

—Dijimos que uno de los dos se iría, me ha tocado a mí.

Contó hasta diez, contó hasta treinta pero no logró callarse:

—¿Quién es?

Michal lo admitía en silencio. Carla sopló en sus rizos, un gesto que solía hacer. Él no se apartó pero tampoco la miró a los ojos.

—No es por otra persona, aunque la haya. Puede que no aguante no haber sabido estar a la altura.

—¿Tú? Soy yo quien ha estado dudando todo el rato.

—Te he hecho cargar con todo.

—No es así, hay cosas que no te he contado.

Él la abrazó y presionó en la herida de Carla sin darse cuenta. Ella apartó el brazo de un modo brusco, involuntario. Michal se separó entonces.

—Llámame cuando quieras —dijo.

Luego se dio la vuelta y salió sin mirar atrás. Carla siguió apoyada en la estantería. Oyó la puerta del ascensor y también pasos en el techo. Estaba asustada. Miró la lámpara hasta que la luz se metió en sus ojos, y ahora la veía en cualquier

parte, una mancha brillante y blanca sobre la sombra oscura del sofá, en la puerta, en las palmas de sus manos. La mancha empezó a derretirse gota a gota, o eran sus lágrimas.

Había pasado la noche en vela, reconstruyendo los últimos días con Michal para intentar entender y, al mismo tiempo, atenta a los sonidos que pudieran anunciar la presencia de un intruso, apartando una y otra vez la imagen de la navaja en su brazo, las vendas, el coche a oscuras. Se dio una ducha larga, rebuscó en el armario la ropa más antigua, un pantalón y una camisa traídos de España que apenas se había puesto. Cambió el abrigo negro que le regaló Michal por una vieja chaqueta gris de su padre. Ella le había pedido esa chaqueta cuando se fue de Madrid, nunca se la ponía en Bratislava porque no protegía del frío lo suficiente y en primavera pesaba, pero ahora se convirtió en un velo protector. Vestida de otra Carla llegó al hospital.

Elenka estaba contenta aunque asustada, o a lo mejor era que al mirarla el susto de los demás se reflejaba en su cara. Michal, su padre y la madre de Elenka hablaban entre ellos, parecían querer calmarse unos a otros comentando detalles sin sentido. Carla aprovechó ese momento para sentarse junto a Elenka y darle la mano.

—Tienes que recuperarte muy pronto porque quiero contarte un secreto —le dijo.

—¿No puede ser ahora?

—Bueno, te diré una parte. Nos han asignado una misión.

—¿A quién? ¿A Michal y a ti?

—Mmm, no, de momento solo a ti y a mí.

—Dime más.

—Vamos a reunir una banda^[12].

—¡Genial!

Michal y su padre se acercaron. Carla le dijo a Elenka al oído:

—Nunca nos cogerán.

Luego se levantó y dejó que Tereza, Michal y su padre hablasen con ella. Pero aún pudo ver a Elenka mirarla cómplice y sonreír.

La operación duró cuatro horas durante las que apenas hablaron. Después de que el cirujano viniera a decirles que todo había ido bien. Faltaba, no obstante, la segunda parte, la espera de las próximas setenta y dos horas en las que aún podían surgir complicaciones. Michal quiso que salieran.

Estaban en la entrada, los coches paraban a su lado, había enfermos con muletas, el olor de hospital zigzagueaba a su alrededor.

—Aquí no —dijo Carla.

Michal no parecía ver las muletas ni el arbusto raquítico que no lograba crecer ni las caras vacías de quienes entraban o salían absortos en su pena.

—Carla..., ayer, yo no sabía cómo hacerlo.

—Yo tampoco habría sabido. Llevamos meses sin saber cómo, alguno tenía que dar el paso.

—Estás muy pálida.

—Tú tampoco tienes la mejor cara del mundo.

—No quiero dejarte sola con todo esto, pero al mismo tiempo creo que no te ayudo.

—Ya no estamos solos, están Álex y los demás.

—Dijiste que había cosas que no me habías contado.

—Ahora ya no importa, Michal. Has tomado una decisión, ya está, yo también quería irme. No nos mareemos más tiempo.

Michal se ruborizó, volvió a tierra e incluso se apartó, servicial, para dejar pasar a un anciano en pijama que había salido a despedir a quien parecía su nieto.

—Si te parece bien, esperamos a que Elenka esté recuperada antes de contárselo.

—Carla contuvo la quebradura de su voz.

—Sí, sí, desde luego. A mi padre y a Tereza tampoco se lo diremos hasta que pase todo, ¿quieres?

Michal le acarició la mejilla; ella se apartó.

—Sí, muy bien. Despideme de ellos. Y avísame, por favor, cuando pueda ver a Elenka.

Se marchó. Envuelta en la chaqueta grande de su padre se sentía invisible; anduvo mirando los cuerpos con que se cruzaba, alguno estaría también rompiéndose bajo el abrigo sin que ella se diera cuenta. Llegó al trabajo cuando los demás se iban, le esperaban unos concentrados de plaquetas que debía analizar. Se quedó hasta muy tarde, las máquinas trabajaban y ella registraba resultados automáticamente.

A las seis y media dejó el laboratorio. No tenía que llamar a Michal para decir que iba hacia casa, de pronto era un ente suelto y la casa que compartieron durante casi tres años, solo un lugar donde dormir. Podía estar en Bratislava como en China o en el Bierzo. Tomó un folleto tirado en el suelo, hizo un barco de los que le gustaban a Elenka y lo depositó sobre una papelera amarilla con vetas de óxido allí donde se había descascarillado la pintura. Quería a esa niña, trataría de mantenerse en contacto con ella pero había empezado a perderla. Se dijo que cumplir las órdenes de Stroller era su forma de cuidarla, aunque ella no llegase a saberlo. En vez de volver a casa fue al hotel donde, según Patrik, se alojaba Álex. Más que un hotel parecía una residencia de estudiantes. Pidió que llamaran a Álex a su habitación.

—Soy yo —dijo Carla.

—Les he llamado porque la bombilla de la lámpara se ha fundido y me hace falta ahora —dijo Álex en inglés.

—Voy a subir. Necesito ayuda.

—Sí, muy bien —volvió a decir Álex en inglés.

La habitación era luminosa; a modo de decoración, en la pared había pintados unos grandes juncos verdes y la silueta de una barquichuela. Pero reinaba un desorden de hojas impresas, carpetas y ordenadores, como si todo hubiera sido apagado y amontonado segundos antes.

Cuando Carla entró, Álex señaló al techo y al entorno.

—Gracias —dijo en eslovaco.

Luego abrió la puerta y salieron.

Álex llevó a Carla por las escaleras hasta el sótano. En la zona más oscura, escribió instrucciones en un papel y se las dio. Carla debía volver al hotel, aguardar diez minutos en algún pasillo, bajar luego por las escaleras, salir atravesando la cafetería y callejear rápido hasta la estación. Álex la esperaría en la vía 3.

Una vez allí, subieron al primer tren que llegó. Álex había comprado los billetes y la condujo hasta un vagón medio vacío. Carla asistía distante al operativo, suponía que Álex estaba procurando huir de la vigilancia de alguien como Stroller, sin saber que ella era, en ese momento, Stroller.

—Conoces Bratislava mejor que yo —dijo Carla.

—No, qué va. Solo esta estación, la he usado mucho. La operación ha ido bien, ¿verdad?

—Sí, parece que sí. Ahora hay que esperar a ver cómo reacciona.

—Me alegro un montón, Carla.

—¿Cuándo crees que dejará de estar amenazada?

—Pronto. Esperamos que todo termine esta semana. Cuando ocurra, Gustav quedará fuera de juego.

—¿Cómo vais a hacerlo?

—No puedo decírtelo. Es por tu seguridad.

—¿De verdad piensas que hay micrófonos en tu habitación? ¿Quién te vigila? ¿Mi jefe? ¿Tiene tantos medios?

En vez de contestar, fue Álex quien preguntó:

—Me dijiste que necesitabas ayuda, ¿por qué?

Carla imaginó que se lo contaba: Stroller, la violencia, el miedo. Pero qué podía hacer Álex salvo compartir ese miedo.

—Gustav, mi jefe, vino a casa, me amenazó. Todavía tienen a Elenka.

—Siempre van a tener a alguien.

—Solo que a mí «alguien» me da igual.

—No.

—Sí.

—Yo creo que no.

Carla se cambió al asiento de enfrente, sin fuerzas ni ganas de discutir, se recostó contra la ventanilla y cerró los ojos.

Los abrió cuando el tren se detuvo. Era una estación pequeña. Bajaron. En la cafetería pidió un whisky, sabía a colonia, dice, se lo bebió deprisa y agradeció su efecto.

—Hay dos trenes —dijo Álex—, uno sale dentro de cinco minutos, otro dentro de cuarenta.

—Prefiero el segundo.

—¿Quieres comer algo?

—No tengo hambre.

—¿Te encuentras bien?

—De maravilla.

—Voy a pedir algo de todas formas. Espero que entiendan mi inglés.

—Y otro whisky.

Álex trajo otro vaso de whisky, un café y dos sándwiches.

—Puedes confiar en nuestro grupo —dijo Álex—. Llevamos años trabajando con otras organizaciones.

—Organizaciones que han acumulado bajas incontables y a lo mejor solo han conseguido lo que se habría conseguido igualmente por la evolución de la ciencia y el conocimiento —dijo Carla sin poder quitarse de la cabeza la navaja en su brazo en aquella habitación casi vacía.

—No creo que pienses eso que has dicho. —Álex la miraba con un asombro leve, no se escandalizaba, parecía más bien como si la oyera balbucear en otro idioma—. La vida que nos toca es una vida de pelear, de correr contra los demás, separarnos y construir nuestra fortificación privada, más o menos endeble como la mayoría. Yo encontré un sitio donde me ofrecían otra clase de pelea, luchar contra lo que te hace daño en vez de pegarte para sobresalir. —Bajó la voz con timidez—. Añojo, necesito, más tiempo para estar con mi hija. Pero mi lucha es parte de lo que puedo darle.

—Tarde o temprano te descubrirán. No sois anónimos —dijo Carla—. Ahora no hay escondites.

—Peor es pensar que nadie te descubrirá nunca —dijo Álex, y se rio—. Con esta nariz las parejas se me resisten y no se me dan bien los versos. Fuera de bromas, yo también cuando leía sobre espías me lo preguntaba: ¿qué puede compensar la angustia de estar siempre a punto de ser descubierto? Lo nuestro no es igual, pero lo que ganamos es una intemperie propia, una rara sensación de libertad incluso o, precisamente, cuando tienes que estar controlando en cada momento lo que vas a decir y a quién.

—¿Y la vida diaria, Álex? Jugar con tu hija, pasear, sentarte con alguien a ver una película.

—La vida diaria es perfecta cuando la dejan. —Álex bebió su café—. Hasta entonces, guardo cada rato que robamos, tengo abrazos de Marina metidos en el cuerpo como si fueran glóbulos blancos que me defienden. Nos iremos relevando, compartiremos el cuidado. Si un día puedo, le contaré a Marina lo que hubo antes y estará bien.

—¿Y si sale mal?

—Esto no es la segunda guerra mundial, ni las dictaduras de Chile o Argentina. Aunque nos exponemos. Desde que empecé han caído dos personas a quienes conocía, y varias a las que nunca vi. Una perdió una pierna en un accidente provocado, otra está presa por tráfico de drogas sin poder demostrar que no lo hizo.

Nadie sabe la causa verdadera, y no pueden demostrar que es inocente. —Álex buscó su mano cuando dijo—: Tú conoces al que está en la cárcel.

El efecto del alcohol se borró de golpe, Carla llevaba semanas escribiendo mensajes a Rubén y llamándole sin respuesta. Miró a Álex con aprensión.

—¿Rubén?

—Rubén, sí. Está en una cárcel inglesa. Le acusan de haber intentado meter en la isla medio kilo de heroína.

—Rubén odia la heroína, su mejor amigo...

—Lo sé, sus padres también lo saben.

—¿Dónde está? ¿Puedo escribirle? ¿Ir a verle?

—Habla con sus padres o con su novia, di solo que no le encuentras y que estás preocupada. Carla, no necesitas que te lo pida, ¿verdad? Tienes que ser absolutamente discreta.

Carla temblaba por dentro: una cárcel inglesa... ¿Qué cárcel? ¿Estaría solo en una celda o con otras personas? ¿Qué coño hacían en la organización para acabar en una cárcel? ¿Cuánto tiempo tendría que estar? Volvió a verle con la gorra de plato que le venía grande el día que la llevó al aeropuerto. Rubén la conduciría ahora junto a Elenka, con la misma seguridad con que aquel día la acompañó. Saberlo le daba fuerzas, tanto como acentuaba su congoja, el dolor por estar lejos sin poder ayudarle.

—Si fuera mi vida, no sé, seguramente tampoco me atrevería a arriesgarla tanto, Álex. Pero es la vida de Elenka. No puedo con esto. Tengo que hacer las cosas a mi manera.

—¿Quién no? —preguntó Álex, pero más bien para sí misma, mitigando sombras.

Atardecía, hicieron el trayecto sin hablar, a veces se daban la mano, a veces Carla apoyaba la cabeza en el hombro de Álex, a veces era al revés.

Al llegar a la estación, acordaron que Álex saliera enseguida y Carla cuando ya no quedase nadie en el tren.

En la calle se deshizo de la batería del móvil. Decidió ir al hospital. Le inquietó que no hubiera nadie en la entrada. Al menos, al llegar a la unidad de cuidados intensivos le prohibieron el paso. Se quedó fuera un tiempo, velando en la distancia el sueño de Elenka. De madrugada, volvió a casa andando. Pensaba en Álex, en Rubén, Noa, aquel hombre que se hacía llamar Uno y cuántos otros, cuántas otras, emitiendo su luz y sus señales, puntos localizados en un mapa que solo ellos podían ver. Se preguntaba si habría una forma de mantener el vínculo sin comprometerles, sin verse obligada a dar información a Patrik, pero sin tampoco poner en peligro a nadie. No, se dijo, no había ninguna forma. Quitó la tarjeta del móvil y la tiró por las rejas de una alcantarilla. En algunos tramos apenas había iluminación, pero no tenía miedo. Una vez en casa, prefirió no pasar al dormitorio. Se tendió en el sofá. La noche cubría la habitación, el rojo de las sillas se había vuelto negro, una leve penumbra procedente de la luz de la calle le dejaba distinguir aún la forma de la mesa, reflejos grises en el lomo de los libros, luego ya todo fue oscuridad.

Carla mira a su alrededor. Cambia esa habitación a oscuras y un poco desolada por mi oficina pequeña aunque, eso espero, menos desolada. Hemos sobrepasado en diez minutos la hora del descanso.

—¿Café? —digo.

—Sí, por favor.

Mientras lo preparo, de espaldas a ella, oigo un ruido de cremalleras y bolsas de plástico. Cuando vuelvo hay sobre la mesa un paquete de galletas integrales. Leo la etiqueta, centeno y pomelo, y traigo un plato. Había olvidado sacar las mías de chocolate y no lo hago, me parecen infantiles al lado de las suyas. Pero ella las reclama. Vuelvo por ellas, animado.

—Son más vulgares —digo—. Supongo que tienen azúcar blanco y grasas malignas.

—Buenísimas.

Las de pomelo y centeno, he de admitir, me gustan.

—Ya solo quedan dos días —dice.

—¿Solo?

Aunque lo sé y llevo tiempo pensándolo, no he podido evitar que sonara como una exclamación. Ella sonríe. Intento recuperar un poco la dignidad y barajo una frase del tipo «No me parecía que el desenlace estuviera tan cerca». La descarto, es mejor haberme delatado sin más.

—¿Cuándo me vas a hablar de ti?

—¿Y tú?

—¿Yo? Es lo que estoy haciendo todo el tiempo.

—Pero solo de unos días. ¿Qué pasó antes? ¿Qué hacías a los diez años?, ¿dónde viviste?, ¿cómo era tu familia?

Permanece en silencio un momento y luego dice:

—Supongo que todo eso está en lo que te cuento, ha de estarlo, ¿no?

Es una buena respuesta; sin embargo, quiero ver a Carla con doce años corriendo por la plaza de un pueblo con otros niños o quizá solitaria, aprendiendo a reconocer la corteza de un árbol por el tacto, sin entender por qué le cuesta estar donde los que se hablan todo el tiempo. Quiero también salir con ella, sentarnos en una terraza que situaríamos mentalmente en el extranjero y allí decirnos quiénes somos. Pero no se lo puedo pedir, el final de la historia marca el final del contrato; cuando pasen las horas pactadas, ella se irá. Extiendo mis dedos apenas nada, un par de centímetros, como si fuera a mover el plato, en realidad los extiendo hacia Carla. Átomos somos que en un instante han coincidido. ¿No es eso mucho? La elevada concentración de anhelos y necesidades convierte unos pocos centímetros de avance innecesario de unos dedos en un hecho memorable. En cambio, quienes viven las vidas multiplicadas, quienes conquistan capital y están seguros de su inocencia, no perciben el poder de un gesto. Donde ellos ven una tentativa de ínfima relevancia, yo veo que una mano se cierra sobre una estrella. A algunos de ustedes también les

ha pasado y lo saben.

Es posible, admitamos, que con el párrafo anterior haya incurrido en delito de ilusión, o de espejismo, al querer transfigurar mediante las palabras el gesto, diríase banal, de acercar la mano con tanto nerviosismo y preocupación que los dedos ni se mueven. Lo reconozco, lo lamento, hoy no estoy de humor, ni siquiera para narrar un café con sabor a azúcar de caña, libre y casi fascinante. Mi anterior cliente, Eugenio, ha dicho la frase que más detesto, pero con él no hay excepciones, como con Carla, con él no puedo refutar, solo soy el escribiente. «La muerte —ha dicho— nos iguala a todos.» Entonces me he quedado quieto, sin escribir. Eugenio se ha dado cuenta y ha mirado mis manos, desdeñoso. Por fin, con un tuteo que no hemos pactado, ha querido saber:

—¿Te pasa algo?

—No —he dicho sin matices.

Luego, más calmado, he tomado de nuevo el bolígrafo. Él ha seguido hablando, yo anotaba frases mientras pensaba en las cargas de injusticia y dolor, esas que pesan más que un océano y los cuerpos mueren con ellas. Hombres y mujeres a quienes se les calcificaron las lágrimas. Algunos mueren jóvenes, otros vienen a mí, varios incluso sonríen al decirme que sus familiares no entienden su desmemoria parcial o esos ataques de ira repentinos, ataques que parecen venir de venganzas ancestrales y que, sin embargo, apuntan contra quienes están cerca, tal vez porque fueron testigos, o porque no recuerdan, o porque son los únicos rostros que les miran.

Eugenio tiene facciones marcadas. Un moreno delicado, apenas un barniz, las suaviza y pone clubes marítimos al fondo; aunque es cordial, puntual en el pago, aunque no suele pasarse de la hora, me irrita hasta el agotamiento. Es porque estoy irritado conmigo mismo, me avergüenza no haberme atrevido a preguntarle qué demonios hace en una oficina con un escribiente de cuarta categoría como yo cuando muy bien podría comprarse a un escritor semifamoso, a un periodista, o a uno de esos entrenadores personales multitarea.

Carla deja la taza sobre la mesa y sale de un silencio tan largo como el mío, ¿qué hondonadas, qué sorpresas, qué recinto amurallado?

—¿Unos minutos más?

—Sí.

Al rato, Carla se despertó. Eran poco más de las nueve de la noche. Con decisión, bajó a la calle y llamó al número que había anotado en el polideportivo.

—Hola —saludó la voz gangosa de Uno.

Forzó la suya para que él no la reconociera, pero no podía disimular su acento español.

—He visto su anuncio escrito en la puerta del baño.

—¿Debes dinero?

—No.

—¿Te deben?

—No.

—Entonces ¿quieres vengarte, o qué?

—Defenderme atacando, supongo. De momento necesito que encuentres a alguien y me cuentes lo que hace.

—¿Cuánto puedes pagarme?

—Depende.

—Eso quiere decir poco.

Carla temió que colgara y dijo:

—Mil euros.

—¿Al día?

—A la semana.

—Quinientos por adelantado.

—No, te daré quinientos cuando le hayas encontrado.

—Tienes que confiar en mí para encargarme este trabajo. Si no confías, ¿de qué te sirve hablar conmigo? Podría hacerte daño a ti.

Uno se echó a reír, ella quiso simular que mantenía el control y dijo:

—Cuatrocientos ahora y seiscientos al final.

—De acuerdo. ¿A qué hora quieres que nos veamos?

—Ahora, es urgente.

—Bien. En el río, bajo el puente viejo. En la orilla izquierda hay unos tejadillos de madera delante del pilar.

—Estaré ahí —dijo Carla.

—Una cosa más —dijo Uno—. No sé qué quieres, pero si estás en peligro, sal con tiempo y no vengas directamente. Ya sabes, un tranvía, te bajas de pronto, atravesas alguna plaza con gente, tiendas, luego un autobús, y siempre fijarte en quienes te rodean.

Carla cumplió las instrucciones pues, en efecto, no podía asegurar que Patrik no estuviera vigilándola. Llegó antes que él y esperó apoyada en la barandilla.

Si el agua turbia hubiera reflejado su imagen, habría mostrado una cara pensativa, una chaqueta enorme bajo la cual asomaban dos piernas flacas enfundadas en un pantalón de pana verde ajustado. Uno se acercó sin hacer ruido.

—Vaya pinta tétrica ahí asomada.

No se mostró sorprendido por que fuese Carla quien le había llamado. Sus ojos pequeños brillaban bajo la luz naranja de la farola.

—No estoy aquí por Álex ni por el grupo. Quiero contratarte yo, ¿puedo?

—Si pagas, sí.

—Pero es un negocio entre nosotros, privado, no se lo contarás a nadie.

—Negocios, dinero, eso sí que es personal, ¿verdad? ¿Qué necesitas?

—Quiero que encuentres a Patrik Stroller, aunque no estoy segura de que sea su verdadero nombre. Al parecer trabaja para TechBlut, pero puede que no esté en

nómina, o que sea mentira y no trabaje para ellos. Hay un coche, del que recuerdo la mayor parte de la matrícula. Tiene una cara amplia, cincuenta y tantos años, pelo negro, canas, llevaba gafas. Mueve las manos con una cautela rara, muy despacio, como sujetándolas o queriendo evitar un temblor.

—Pocos datos son esos.

—Si encuentras el coche, tiene una *dashcam*. Con su registro podrías ver los itinerarios.

—¿De hoy para mañana? No lo dirás en serio.

—Entonces ¿no aceptas el trabajo?

—¿Por qué quieres hacerlo sola?

—No es un capricho. Tiene que ser así.

—Si le encuentro, ¿me dirás lo que pasa?

Carla miró la gorra verde de visera de Uno, era fea y al mismo tiempo transmitía familiaridad.

—Sí —contestó—. Sé prudente, Stroller ha insinuado que trabaja o trabajó para algún servicio secreto.

—No me veré. ¿Cuánto tiempo tengo?

—Muy poco. Mañana volvería a verte aquí pero más temprano, lo antes que puedas. ¿A la una y media?

—Estás loca.

—No puede ser más. He de saberlo todo antes de las ocho.

—Veremos.

Carla le dio el dinero. Él lo metió en la bolsa de deportes blanca y negra, los billetes doblados, sin cartera, sin sobre.

—¿Qué hacías antes de... esto? —preguntó ella.

—Tenía un buen trabajo. Sueldo solo pasable, ¿y qué? Veía el sentido de lo que hacía, mi sector funcionaba. No era perfecto, no en todas las áreas, pero funcionaba; todavía no pueden negarlo. Luego quisieron que me convirtiera en depredador: lo hice, pero a mi manera.

—¿Qué sector?

—Ya no importa.

—¿Entraste tú al baño de mujeres para escribir tu anuncio?

—¿Te parece sórdido?

—No es eso. ¿Sabías que voy a esa piscina?

—Mucho preguntas tú.

—Lo escribiste en todos los baños... —dijo Carla.

Uno no contestó, había empezado a subir la cuesta hacia el extremo del puente. La miró un momento con ese gesto de indiferencia afectuosa que le caracterizaba. Carla echó a andar como siguiéndole pero a mucha distancia y al rato se desvió. Quiso llamar a Rubén y recordó que no podía. También estaba Jana, y algún amigo de Michal compartido. Pero no llamaría a nadie. Empezaba a sentirse libre para arriesgar

su vida sola, desligada.

—¿Desligada? —pregunto.

—Es lo que pensé entonces —contesta Carla, ausente, y yo no insisto.

Carla buscó un cibercafé, desde allí escribió a sus padres y a Elenka: iba a estar desconectada unos días, no debían preocuparse, si necesitaban algo urgente podían localizarla en el teléfono del trabajo o, mintió, a través de Michal. Siguió andando, miraba los letreros en busca de anuncios de hoteles baratos. Vio algo parecido a una pensión, entró. Cuando una mujer le pidió un documento de identificación, Carla le tendió un billete extra. La mujer lo tomó sin decir nada.

Durmió bien, custodiada por la aspereza de las sábanas. Se levantó muy temprano, anduvo hasta la parada del tranvía por una Bratislava semidesierta, limpia de ruido. En el trayecto a su casa se fundió con esos hombres y mujeres que viajaban callados, mirando al frente o hablando entre ellos sin elevar el tono de voz.

Se duchó, se cambió de ropa y buscó el dinero en metálico que había en casa. En vez de ir por su recorrido habitual, tomó un atajo entre árboles y caminos de tierra lindantes con el antiguo complejo industrial de Istrochem. Fábricas inmensas, cerradas, agonizaban entre los edificios nuevos. Había ventanas iluminadas de naves que habrían permanecido encendidas toda la noche. Los arbustos crecían junto a grandes verjas oxidadas; de tanto en tanto un hombre o una mujer sola llegaba andando, quizá desde la estación de tren. Atenta a la posible vigilancia de la gente de Patrik, no tenía en cambio miedo del ruido de pasos a su espalda ni desconfiaba del gesto de quien se cruzaba con ella. Los árboles, más altos que algunos edificios, le ofrecían su envergadura y su respiración. Llegó pronto al laboratorio.

A la media hora, Jana se le acercó por la espalda.

—¿Qué haces?

—Trabajar.

—Estabas silbando.

—¿Sí? Puede ser.

—Nunca te había oído silbar.

—Cuando no tienes dinero entonces tienes el blues^[13], y si tienes malos pensamientos estás pensando en el blues.

—¿Tienes problemas de dinero?

—Cuando no tienes a tu chico tienes el blues, cuando están a punto de echarte del trabajo tienes el blues, cuando te quitan a tus amigos tienes el blues.

—¿Qué ha pasado, Carla, estás hablando en serio?

—No me hagas caso. Es al revés, tengo una buena noticia: la operación de Elenka salió bien.

—¡Cómo me alegro! ¡Y ayer no me dijiste nada!

—Creí que no estabas aquí. De todas formas, ayer nos lo pusieron un poco crudo,

todo eso de: una operación de estas características es como un partido de fútbol, hemos ganado el primer tiempo pero queda el segundo, setenta y dos horas cruciales...

—Bueno, ya lleváis casi veinticuatro.

Suponía que sí, pero no estaba segura. Sonrió.

—Voy a ver si termino esto pronto para escaparme al hospital.

Cuando Jana se fue llamó a Michal.

—¿Hay noticias?

—Todo va bien, esperamos poder verla esta tarde. Quizá mañana tú...

—Te llamo a esta hora mañana y me dices. He perdido el móvil, si tienes que hablar antes conmigo búscame en el trabajo.

Colgó como quien toma aire tras haber estado mucho tiempo conteniendo la respiración. Podía hablar con Michal con normalidad, pero tal vez el límite fueran treinta palabras. Volvió a concentrarse en el trabajo; los glóbulos rojos, de un carmín más oscuro ahora por la tintura, aparecían alterados, el pH demasiado ácido los había llenado de aristas, también a ella. Por fin apareció Gustav. Llevaba la mochila de Carla en la mano.

—Me la han dado los de seguridad —dijo—. Hubo un problema con el detector, ¿no?

—Sí, se atascó y tenían que reiniciarlo para sacarla, gracias —dijo Carla.

Gustav empezó a hablarle y Carla se fingió ausente. Solo intervino cuando Gustav dijo algo sobre el plasma comprado para solucionar la situación.

—La situación que habéis creado —contestó ella.

—La situación a secas, Carla. Todas las situaciones se crean en cierta medida.

—Ya, ya.

—Sé que no estás convencida, pero el mercado ordena los flujos, a veces destruye algo para que otra cosa sobreviva. No deberías dramatizar.

—Dramatizo porque ahora estoy sola, Gustav. Michal y yo lo hemos dejado; supongo que es lo que llaman un daño colateral.

—Vaya, lo siento —dijo Gustav—. No me echas la culpa de eso. Además, nunca se sabe.

Carla bajó la vista y Gustav se fue. Carla esperaba, dice, haber representado a una mujer contrita, una supuesta mujer absorta en su dolor, y sin fuerzas para nada más. Porque si hasta hacía unos días cuando se encontraba con Gustav sentía una corriente alterna de perplejidad y resentimiento, ahora tenía algo más peligroso, la recámara. Gustav también tenía recámara, pero ya no era el único.

Dos horas después, Jana volvió a su mesa.

—¿Te has enterado?

—No, ¿de qué?

—Acusan a Laboratorios Pharmen de haber traficado con plasma sanguíneo en Afganistán. Dicen que los robos fueron autorrobos —dijo Jana.

—¿Quién acusa?

—Una asociación afgana. Por lo visto compraron la sangre creyendo que todo estaba en regla. Hubo un problema con una bolsa y empezaron a tirar del hilo.

—¿Han dado nombres? ¿A quién responsabilizan?

—No lo sabemos —dijo Jana—. Me lo ha dicho Miroslava, ahora ya está en la prensa de la red. Han empezado a llamar del Ministerio, y también de periódicos y televisiones. Gustav acaba de venir a decirnos que desviemos hacia él todas las preguntas. Mañana habrá una reunión con la dirección y nos explicarán qué está pasando.

—¿Crees que es cierto? —dijo Carla.

—No lo sé —dijo Jana—. Hace poco Gustav me dijo que Laboratorios Pharmen casi había duplicado su valor. Dan por hecho que se aprobará la plasmaféresis remunerada. Puede que esto sea una maniobra para desprestigiar.

—¿Una maniobra de quién?

—Hay una corriente fuerte que sigue oponiéndose al pago. Desde los centros públicos, y también con partidos y organizaciones. Son muchas personas y están empezando a movilizarse. Aunque no es fácil que logren impedirlo.

—¿Y recurrirían a una denuncia así?

—No lo creo, pero quién sabe.

—A lo mejor —dijo Carla— es el típico juego sucio entre empresas que compiten.

—Hmmm, pudiera ser, sí.

Se dispersaron, cada una en su mesa y en sus preocupaciones.

Carla salió antes que los demás, compró un bocadillo, que comió por el camino, ateniéndose de nuevo a las instrucciones de Uno para llegar al río sin ser seguida. Distinguió primero la bolsa de deportes negra y blanca y luego la gorra de lana con visera moviéndose delante de ella. Se acercó procurando que no la viese. Él iba tarareando la Quinta de Beethoven. De pronto se dio la vuelta, dijo en eslovaco «¡Pillada!», y se echó a reír.

—Te estuve observando desde arriba —dijo—. Has tenido cuidado, bien.

Poco antes de llegar al río se sentó en el suelo junto a una farola. Sacó del bolsillo un papel doblado en cuatro.

—Léelo y luego me pagas.

«Petr Zeman, aka Patrik Stroller, ha llegado a lo que parece ser su despacho a las 8.30; a las 10.30 ha salido, se ha tomado un café en un bar, ha entrado en una tienda y se ha comprado calcetines de rombos.» Uno, sentado a su lado en el suelo, la espalda apoyada en la farola, masticaba un palo de regaliz y miraba sus zapatos, moviéndolos de un lado a otro. Carla se arrepentía por momentos de haber acudido a él. Uno supo que le miraba y no se volvió. Solo dijo con desgana:

—Lee.

—«A las diez ha ido a la embajada de Bélgica. Compruebo que, no habiendo embajada de Afganistán en Eslovaquia, la de Bélgica tiene una delegación afgana y no es solo para ayudar a los viajeros. Ha estado allí cuarenta minutos.»

Carla se disculpó mentalmente ante Uno. Había sospechado que Patrik estaba tras las denuncias a Laboratorios Pharmen, y ahora aquel hombre de bigote poblado sin recortar, vestido con ropa de quinta mano, se lo confirmaba. Él seguía mirando hacia el suelo, parecía orgulloso de su trabajo. Carla volvió al informe:

—«A la salida ha andado deprisa, doblando rápido en las esquinas. No creo que sospeche que le sigo, creo que lo hace por si acaso. En un centro comercial se ha encontrado con un chico joven. Han intercambiado dos sobres. Después Patrik ha entrado en un garaje, ha salido conduciendo el mismo coche donde fuiste tú, he anotado su matrícula entera. No le he seguido, no tengo coche y seguirle con un taxi es una estupidez».

—Gracias... —titubeó Carla—. Pero... ¿cómo le has encontrado? Y ¿quién es, para quién trabaja?

—Contestaré a lo primero. Lo segundo solo cuando me digas por qué has contratado y pagado lo que yo habría hecho gratis para...

Carla le interrumpió con una vehemencia que a ella misma la sorprendió, como si no estuviera hablando con él sino consigo misma en el centro del insomnio.

—¿Para qué, para quiénes? ¡Ni siquiera sabes qué palabra usar! Un grupo de extremistas, un servicio secreto de aficionados, una sociedad clandestina. No sois nada, ni un partido, ni una plataforma, nada.

—Una herramienta, si no te gustan los demás nombres, usa este. Somos una herramienta no neutral de la lucha de clases. Somos su fantasma, lo que más temen que suceda, por lo que nos vigilan desde hace siglos —prosiguió con una entonación tomada del cine de terror, con la que se burlaba de sí mismo pero no de lo que decía—. Nuestra organización es solo una parte de ese espectro que recorre el mundo una y otra vez allí donde existe la opresión de unas personas sobre otras.

—Pero si ya no hay mundo —dijo Carla—. ¿No ves que todo se está viniendo abajo? ¿No te parece más importante que las personas tengan agua corriente y un poco de futuro aunque las opriman?

—No.

—Fácil decirlo con tu casa, tu comida, tu agua.

—¿Una casa? Viví tiempo en un *panelák*, supongo que los conoces: grandes bloques contruidos con paneles de hormigón prefabricados, altos, con espacio y jardines entre uno y otro. No eran perfectos pero no estaban mal. Ahora vivo en una habitación, tú la has visto. Bien, acepto tus términos, casa, comida y agua corriente. Y un mundo que se viene abajo, sí, pero ¿por qué? Yo no acepté este orden de prioridades.

—Tenemos límites, no podemos intervenir en todo. Ya hay bastante injusticia provocada por el azar, ¿no te basta con eso? Habrás sufrido enfermedades, muertes de

personas cercanas, accidentes.

—Sí. También he conocido a personas destinadas a no ser nadie, mujeres que habrían muerto lavando ropa, convertirse en neurocirujanas, disfrutando y aportando con lo que hacían. Lo lograron porque luchaban en común con millones. Y he visto lo que ocurrió con eso, nuestras sociedades desconcertadas, hostigadas, fabricando armas para la guerra solo porque en el otro bando necesitaban guerras para las armas.

—¿Y ahora?

—Ahora esta lucha nos afecta a todos, acabaremos con nuestra especie cualquier día si no empezamos a tomar las riendas. El medio no puede separarse del fin, pero tampoco el fin puede separarse del medio.

Carla guardó el informe en su mochila mientras decía despacio, no sin tristeza:

—Puede que no estemos a tiempo. Puede que ya esté todo dado, como en uno de esos problemas donde solo hay que aplicar la fórmula para obtener un único resultado válido. Tus células, las mías, las leyes de la física: ¿y si solo hay un resultado posible?

Uno se levantó, guardó su regaliz de palo en un bolsillo y tiró de la mano de Carla para que ella también se levantara. Echaron a andar entre matorrales dispersos y gravilla de alquitrán. Llegaron al extremo del puente abandonado, se quedaron uno al lado del otro.

—Así que todo jugado de antemano —dijo él—. ¿Incertidumbre? El nombre en que se mide nuestro desconocimiento. En ese caso, nos ha tocado rebelarnos, qué le vamos a hacer. Y ahora, dime: ¿por qué te apartas, por qué no quieres hacer este trabajo con nosotros?

—No me has contado cómo encontraste a Patrik.

—Es un mundo pequeño, Carla. Yo hacía análisis clínicos. Trabajé en dos hospitales. Con tu descripción y el dato de esa forma de mover las manos que no es casual sino fruto de un síndrome poco frecuente, ya estaba casi seguro de cuál era su nombre real. Hablé con viejos contactos que le habían conocido, uno me confirmó que Petr Zeman tenía tratos con TechBlut. A partir de ahí solo era cuestión de trabajar. ¿Te ha amenazado?

Carla vio pasar un barco pequeño. Dos niños miraban hacia arriba y les saludaron con la mano. Ella les devolvió el saludo.

—No puedo decírtelo.

—¿Por qué crees que dejándote acorralar por Patrik y los suyos estarás más segura? Dejarse acorralar nunca es seguro.

—Porque, desde el primer momento, la compraventa de sangre me ha importado menos que Elenka.

—Pero ella ya está a salvo.

—No lo sé, Uno. Con alguien como Patrik nadie está a salvo. Ahora que Michal y yo lo hemos dejado, siento que debo protegerla aún más. No voy a abandonarla porque unos tipos quieran comprar sangre.

—La compraventa es un símbolo, uno más que demuestra que avanzar es posible: avanzar además de resistir. Y no se trata solo de la compraventa: si lo hacemos bien podremos conseguir que nacionalicen Laboratorios Pharmen, y eso solo sería un paso más, seguiríamos...

—Aunque fuera la revolución mundial entera —interrumpió Carla—, a lo mejor también me importaba menos que esa niña —añadió bajando la voz, no quería discutir, solo quería separarse de la discusión como se estaba separando de Álex y los demás.

—¿No ves que nadie puede defenderse si está aislado?

Carla se quedó callada. Entendía a Uno, entendía el sentido de sus palabras pero ¿y si la organización se equivocaba? Tanto Gustav como Patrik parecían saber más de lo que ellos creían y, si se veían amenazados, no iban a renunciar al poder que les daba tener a una niña como rehén.

—Os vigilan —dijo—, saben quiénes sois, os siguen. Si les cuentas lo de Patrik y él se entera, dejará de confiar en mí. Perderemos nuestra ventaja.

—Eres obstinada —dijo Uno—, pero puede que tengas parte de razón.

—Te pido unas horas más. Vuelve a seguir a Patrik, dame un punto vulnerable, algo que me permita hacerle frente cuando quede con él. Y júrame que lo harás al margen de la organización. Es un encargo.

—¿Cuándo tienes que verle?

—A las ocho.

—He dejado a un amigo, que no es de la organización, vigilándole, pero en solo unas horas poco podemos hacer.

—Inténtalo. Si ha movido la denuncia del plasma encontrado en Afganistán, es que tiene prisa.

—Al menos debo decir al grupo que la denuncia del tráfico de sangre procede de TechBlut. Necesitan saberlo.

Carla miró a Uno con impotencia. No sabía qué hacer. Podía enfurecerse y decir que ella había comprado ese dato, pero se sentía incapaz de hacerlo. Le preocupaba que Álex y los demás se precipitaran y pusieran a Patrik contra las cuerdas, temía provocar una reacción desmedida sobre Elenka, sobre sí misma, sobre cualquiera, y se daba cuenta de que ese cualquiera podía ser también Uno. Con rapidez, sin dar demasiados detalles, le contó la escena de la navaja. El Danubio fluía sin ruido.

—Hasta las ocho —dijo Uno por fin—. Seguiré a Patrik solo, no debemos ponerle sobre aviso. Pero poco antes de que vuelvas a verle, tú o yo diremos a Álex lo que sepamos. Te esperaré aquí a las siete y cuarto, le diré a Álex que venga también.

Carla le explicó que había dado de baja su móvil y le dio su correo.

—Espera, no te he pagado —dijo.

—Hoy no te voy a cobrar.

No había dejado margen para que Carla insistiera. Le vio alejarse por aquel puente que ya solo admitía peatones o ciclistas debido a lo desgastado de sus

estructuras. En la estrecha pasarela, junto a las grandes vigas de acero, Uno parecía un ser frágil pero aéreo, difícil de apresar.

Carla se dirigió al hospital. Preguntó por la jefa de planta y ella le explicó que si bien aún podían surgir complicaciones, la mejoría de Elenka era notable. Carla le contó entonces que iba a marcharse mucho tiempo. No quería decírselo a la niña aún pero sí verla antes de irse. La jefa de planta, después de hacerle varias preguntas, le concedió tres minutos.

Entre vías y cables, bajo uno de esos camisones de hospital que aumentan la vulnerabilidad, el miedo, dormía la misma niña que la hizo mayor, un poco más delgada y pálida; sin embargo, era como si el mosquitero de telarañas se hubiera ido, la luz débil de la habitación ya no la aislaba del resto de las cosas, ni de Carla.

Se sentó a su lado y le dio la mano. Elenka, sin despertarse, movió la cabeza hacia ella. «Están mis padres, mi hermano, mis amigas, mis amigos, y luego estás tú —le había dicho Elenka el día que decidió que Carla sería el poblado—. Y cuando tengo que comunicar algo al poblado, te llamo a ti.» Carla pensaba que ahora ella se marchaba y era Elenka quien representaba la continuidad, danzas, señales, y el fuego en las cabañas cuando cae la noche. Llamando al poblado, llamando al poblado, pero el poblado dormía.

La mano delgada que Carla sostenía tenía pintado con bolígrafo en su dedo anular un anillo secreto. Como no le dejaban ponerse colgantes ni pendientes, ni tampoco anillos, Elenka dibujaba ese anillo cada día porque no quería dejarse aplastar por las cosas y llevaba siempre una señal, una prueba de que no era solo una niña sino también una arquera disfrazada de niña. Una arquera que pronto volvería en busca de caza y aventuras. Al cabo de una semana, según habían dicho, podría dejar el hospital. Y no pasaría mucho más tiempo antes de que la dejaran volver al colegio.

Minutos después, Elenka abrió los ojos.

—¡Carla! —dijo con suavidad, y le apretó la mano.

—¿Cómo estás?

—Bien... Súbeme la cama, por favor. Solo un poco.

Carla lo hizo, golpeada al ver cómo a la niña la incomodaba cada movimiento.

—No es hora de visita, ¿verdad? Y te han dejado entrar... ¿Pasa algo?

—Verás, es que tengo que irme de viaje un tiempo. Y el poblado no podía ponerse en marcha sin haberte visto.

—«Un tiempo», eso suena a bastante.

Carla asintió.

—Bueno —Elenka hizo un mohín de tristeza que rectificó enseguida—, ¡cuando vuelvas ya estaré en casa! Podremos irnos por ahí.

—Claro.

—Pero no te irás más de una semana, ¿no?

—Creo que no, aunque seguro, seguro, no puedo decírtelo. Estoy metida en un

buen lío.

—¿Es por la misión? —dijo Elenka. Su expresión se volvió grave y poderosa—. ¿Necesitas ayuda?

A pesar de la debilidad de Elenka, a pesar del olor a desinfectante y los vasos con pastillas y luz fría, fluorescente, la victoria, constató Carla, estaba de parte del azul eléctrico de la goma del pelo, del anillo pintado y, en la mesilla, el brillo de ese colgante con una piedra de cristal rodeada de alambre que era un amuleto mágico. La niña arquera le había ofrecido su ayuda. Con toda seriedad Carla contestó que, por el momento, esperaba no necesitarla.

—Supongo que ahora no puedes contarme lo que pasa. Es secreto, ¿verdad?

Cuando Carla iba a responder, vio que Elenka había cerrado otra vez los ojos.

Dormía. Carla acarició su mano. En voz muy baja, dijo:

—En efecto, gran guerrera. Pero te prometo que te lo contaré todo en cuanto me den permiso.

Estuvo viendo dormir a la niña hasta que una enfermera le hizo señas. Besó a Elenka en la frente y echó a andar con cuidado hacia atrás para seguir viéndola. Cuando ya estaba lejos, se dio la vuelta.

Al salir del hospital le llamó la atención la fila de personas que acababa en el Centro de Transfusión. No parecían estar esperando entrar, no miraban al centro sino afuera, a lo alto del complejo hospitalario. Miró ella también y vio que venían más personas, algunas de los otros hospitales del complejo, otras de lo alto de la colina, también de abajo, desde el centro de la ciudad iban llegando de una en una o en grupos. Carla se acercó a la fila y preguntó qué ocurría.

—Es por la sangre —le dijo un hombre mayor—. Quieren que la vendamos, y no lo haremos.

Carla siguió preguntando, como si estuviera en desacuerdo.

—Pero nadie obliga a venderla, la venderán quienes quieran.

—No, no es así. La venderán quienes necesiten venderla.

—¿Y por qué negarles el derecho a venderla si quieren?

Un chico y una mujer se habían unido a la conversación. El chico empezó a mover las manos mientras, tartamudeando levemente, decía:

—Lo que negamos es el derecho a comprarla.

—Pero ¿por qué?

—Porque cuando donamos sangre lo que hacemos es compartir nuestra salud.

Habría querido quedarse más tiempo, hablar con otras personas, pero debía irse.

En el trabajo, Jozef, un técnico joven, callado, del que apenas sabía que había sido reciente padre de gemelos, estaba esperándola junto a su mesa.

—Tienes que ir a ver a Álex.

—¿Tú conoces a Álex?

—Sí. Tienes que bajar ahora.

—Acabo de llegar, no quiero que Gustav vea que no estoy.

—Gustav no ha venido. Ya les he dado a los otros técnicos una excusa por si apareciera. Date prisa, por favor. Es urgente.

—¿Dónde está?

—Ven conmigo.

Anduvieron apenas diez minutos por la zona verde cercana al complejo de Istrochem, y se detuvieron junto a unos campos de tenis semiabandonados. Álex estaba al otro lado de los campos. Sobre una mesa hecha con troncos había un pequeño portátil. Cuando Carla se sentó, le mostró allí una grabación. Carla aparecía hablando con Gustav junto a la máquina de café.

—Hola.

—Hoy le daremos a Jana otras dos bolsas. Volverás a modificar los resultados en el ordenador, le dirás a Jana que las bolsas estaban en mal estado y le entregarás los datos nuevos.

—¿Qué hago con los técnicos?

—Yo les sacaré con algún pretexto.

—De acuerdo.

—Sin sorpresas, Carla. ¿Tus escrúpulos?

—Mis escrúpulos están en un hospital esperando un trasplante de hígado. ¿Los tuyos?

—¿Mis qué?

Antes de que Carla dijera nada, Álex le explicó:

—La persona de mantenimiento de que te hablé dejó puestos una cámara y un micro en el despacho de Gustav. Intentamos grabaros también en aquel club, pero el sonido era imposible. Si pudieras grabar tú aquí, ahora, unos minutos contando aquella conversación, sería perfecto.

—¿Vas a dejar que el nombre de Elenka aparezca en todas partes?

—Su nombre no tiene por qué aparecer.

—Algún periodista lo averiguará.

—Antes era la vida de Elenka, ahora es su tranquilidad. Entonces ¿nunca hacemos nada?

—Vengo del hospital, había más de doscientas personas protestando contra la compraventa de sangre. No necesitáis ningún vídeo. Trabajad con esas personas. Haced que sean más.

—Llevamos meses trabajando con ellas, Carla, lo sabes. En algunos casos, años.

Mientras hablaban, Jozef, de pie, vigilaba la posible llegada de alguien.

—Podéis usar esa grabación, supongo que además lo haríais de todos modos, pero yo ahora no voy a hablar; tengo un motivo, créeme.

—Me voy —dice Carla mirando la hora en el teléfono.

Son las seis en punto.

—Hasta las seis y media no viene otra persona. Podemos seguir un rato más si quieres.

—Gracias. Ahora estoy cansada para seguir, pero si me acoges diez minutos me quedo aquí, como en una cámara de descompresión.

—Claro —digo.

Yo, que también necesito un tiempo en tierra de nadie cuando paso de una historia a otra, no sé qué necesitaría si lo que dejase atrás fuese mi propia historia. Ella mira por la ventana y yo hago como que me concentro en mis papeles; pasan un par de minutos. Luego rompo el fuego:

—No me has dicho quién es el destinatario de esta historia.

—No me lo has preguntado.

—Los otros clientes suelen decírmelo sin que se lo pregunte. Más que decírmelo, lo nombran de tanto en tanto mientras cuentan. O los nombran. A veces hay varios, a veces se habla para distintas personas.

—En realidad, siempre —dice.

—No, siempre no. Ahora solo te hablo a ti.

—Pero te he pedido que incluyas esto dentro de la historia —dice Carla.

—Sí..., es verdad. Me refiero a que si tú y yo estuviéramos charlando sin historia de por medio, tomando cervezas en un bar, hablando de algo que nos pasó, en ese caso no habría un tercero, yo sería tu destinatario y viceversa.

Mientras se lo digo trato de imaginar cómo sería haber conocido a Carla en el trabajo, o en la fiesta de un amigo. Y estar hablando sin querer que las palabras den cuerpo a sus criaturas, geometría a sus sombras. Creo que tiene razón, incluso entonces habría un tercero. Pero temo decírselo pues, por momentos, parece que se acerca, que es simplemente alguien que está conmigo en mi misma habitación, y me gustaría dejar así las cosas, conservar esta ilusión de intimidad.

—¿Ese tercero...? —empiezo a preguntarle.

—... o tercera —me interrumpe a punto de sonreír.

—Sí, lo daba por hecho.

—Pero se imagina de otra forma.

Caigo en la cuenta de que cuando, por mi trabajo, he necesitado estudiar al narrador testigo o al omnisciente, siempre me he dejado llevar por el género al pensarles. Pero no quiero desviar la atención del asunto, de modo que me limito a conceder y digo:

—Ese tercero o tercera, ¿sería como el tercero excluido de la lógica formal?

—Creo que lo estudié en el instituto, pero no me acuerdo. ¿Cómo era?

—Di clases de refuerzo a alumnos de bachillerato durante seis años, qué le vamos a hacer. En la lógica formal o bien P es verdadera, o bien lo es su negación ($\neg P$): la tercera opción está excluida.

—El tercero al que yo me refiero está incluido —dice Carla mirándome.

—Existe —digo— un lugar más allá de la lógica formal; allí la afirmación de que algo debe ser una cosa o su contraria hace surgir ya la tercera cosa, esa que está en disposición de ser una de las dos, o bien de ver a las dos.

—Una presencia latente.

—Sí. Dicen que es como empiezan las luchas, la dialéctica, el insólito convencimiento de que conseguiremos escapar.

Carla se ha levantado. Su vestido de algodón se mueve como si entrara en la oficina una brisa que no hay. Hace frío, tengo las ventanas cerradas. Sé que el tercero a quien se refiere Carla y el tercero mío de las luchas, son las dos caras de una misma moneda que ella no quiere nombrar, y yo tampoco.

Me levanto a mi vez, inquieto. Finjo haber ido por un vaso de agua, y se lo ofrezco.

—¿Agua?

—No, gracias.

Bebo sin sed. Mientras tanto ella se sienta de nuevo.

—Puede que yo elija contarle mi historia a una sola persona. Pero incluso en ese caso, incluso aunque ni siquiera lleguen a saber que la historia existe, algunos y algunas estarán también ahí —dice.

—No estoy de acuerdo.

—Miras un paisaje que te gusta y...

—Lo sé, lo sé —la interrumpo yo ahora, necesito adelantarme—, no solo ves a las personas que hay en él, sino el hueco de quien esperarías encontrar y no está. Pero ¿qué quieres decir con eso, que todo está por todos lados?

—No —responde—. Digo que faltar es formar parte.

Carla cruza los brazos como si para evitar el frío quisiera envolverse a sí misma. Podría mostrarme servicial, decido hacerlo, traigo la manta beige de flecos que está doblada detrás de ella, sobre un taburete azul. Sé que va a irse. Y va a llevarse el mundo de aventuras de que me habla. Las llamo aventuras aunque para ella no lo sean, tampoco para una gacela debe de ser una aventura la flecha que pasa silbando; ella se ha visto involucrada, no quiero ni pensar qué me ocurriría si uno de mis dos hijos estuviera en la situación de Elenka. A pesar de todo, imagino esa ciudad entre las colinas y el río, y veo a Carla perseguir y ser perseguida, y pienso que allí pasa algo, que a ella le ha pasado algo: nieva en Bratislava, no siendo nevar en este caso un accidente del clima sino, para quien siempre vivió en Madrid, la llamada de lo distinto.

Carla me saca de mi ensoñación cuando pregunta:

—Mañana es sábado. ¿Trabajas los sábados?

A las once mi hijo juega al baloncesto y he prometido a la niña que la llevaría a ver el partido. He quedado con su madre en llevárselos de vuelta después de comer pero, calculo rápidamente, me daría tiempo a estar en la oficina antes de las cinco. Puedo proponerle un cambio de hora, sin embargo, todavía no me explico cómo he

podido olvidar que se acercaba el fin de semana, por qué no lo he anticipado y, mientras lo pienso, no respondo. Carla ya se ha puesto de pie. Me gustaría apoyar mi mano en su cuello, aunque aparentemente no es un gesto sensual, nos pondría piel con piel un momento.

—Sí —digo por fin—. Solo que algo más tarde. ¿Te parece bien de cinco a siete? Ella asiente mientras yo me quedo pensando en el domingo.

* * *

CARTA DE UNO

Para el sóviet no supremo, por si acaso.

La vecina de abajo siempre me pasa películas. Yo se lo agradezco, algunas noches se hacen largas y una película las abrevia. Hace poco me pasó una miniserie inglesa: *Black Mirror*. En uno de los capítulos una mujer se quedaba viuda y recurría a una empresa con un programa informático que revolvía todas las frases escritas por su marido en la red; con eso creaba una especie de robot con quien chatear, luego le ponían voz y luego cuerpo. Me llamó la atención porque yo llevo bastante tiempo hablando con Carlos Marighella, un comunista brasileño de los años sesenta. Como ese programa no se ha inventado todavía, me limito a leerle, también leo sobre su vida y me siento bastante acompañado. No tengo robots, pero sí una conexión wifi comunitaria y bibliotecas.

Las occidentales como esa chica, Carla, me hacen bastante gracia. ¿Dónde se creen que hemos estado todo este tiempo? En un paréntesis. Nos miran y eso es lo que parecen estar pensando. Que pasé más de la mitad de mi vida en un paréntesis, como si todo lo que entonces hicimos no existiera o solo fuese gris. ¿También las zanahorias? No, chica. Las zanahorias eran naranjas en el socialismo, y aunque no hubiese clips de mil colores, ni lavadoras azules con un cuadro de mandos amarillo, los columpios de los parques infantiles —había bastantes— no eran negros, ni grises, ni siquiera blancos. Si Carla vive una revolución, esa con la que sueña, si mañana logran instaurar algo que no sea el capitalismo, ¿qué cree que va a pasar con su vida hasta ese momento? Nada, no va a pasar nada, va a seguir ahí la mañana en que hizo llorar a su madre, si es que la hizo llorar. La manifestación a la que no acudió porque estaba griposa, solo un poco pero lo suficiente para preferir quedarse en casa. Todos los metros que nadó en la piscina seguirán, así hayan sido nadados en una piscina privada pagada quizá con dinero sucio, o entrenando en una piscina pública.

La vida es un continuo, en horizontal y en vertical. El socialismo no clausura nada. Y el capitalismo tampoco. La vida sigue siendo la misma aunque no lo sean las cosas que te pasan, no siempre. El estómago duele distinto si ir al hospital es algo que no está puesto en cuestión. Sin embargo, también duele distinto si llueve o hace buen

tiempo, si es de día, si alguien te da la mano o si estás solo en la cama de noche. Son muchas las cosas del capitalismo que no me gustan. Quiero otra organización de la vida. A mí seguramente no va a tocarme, he cumplido cincuenta y nueve años; a esta edad muchos caemos, un cáncer, un infarto, un fallo de programación. Sea como sea, mientras dure voy a hacer como si todo pudiera cambiar mañana. Siempre lo he hecho, en realidad. Porque el socialismo no es un lago.

A Carlos Marighella, guerrillero y político, creador, según sus enemigos, del comando de la subversión, lo mataron en una emboscada y le sepultaron como indigente, tenía dos años menos que yo. Hay fotografías tuyas con bigote y otras sin, en ambos casos me cae bien, es alguien de quien me fiaría. No solo por su aspecto: sé lo que hizo. A veces voy andando y me parece oírle decir su llamado al pueblo de Brasil para unirse a la lucha: «Desde algún lugar del Brasil me dirijo a la opinión pública del país y en especial...». Esa expresión, «algún lugar», me hace pensar que no se ha ido y que volverá habiendo reagrupado sus fuerzas. En 2011 el Estado de Brasil le pidió disculpas, cuarenta y dos años después de que la policía de la dictadura le hubiera matado. Bueno, a lo que íbamos, estoy aquí para contaros por qué he tomado una decisión.

1993. Cuando, disuelta la Unión Soviética, Eslovaquia se separa de la República Checa, parece claro que es una jugada de los grupos de poder checos para librarse de nosotros. El paro se multiplica, las industrias se desmantelan. Barato, el país se vende barato. Sin embargo, algunos creen que podremos controlar la situación. Yo lo dudo. En los años de socialismo que me tocaron predominaba un capitalismo de Estado deficiente, de acuerdo: no supimos organizar la rendición de cuentas, y olvidamos que no se gana, que se está siempre en el camino. Pero tenemos una historia. La educación, la sanidad, los derechos conseguidos sirvieron también para los de fuera. ¿Y ahora? Ahora suben los precios, ganamos poco, la vida no es fácil. La salud se deteriora, la educación se cobra, gran parte de la supuesta propiedad de todo el pueblo ha caído en manos de responsables corruptos de grandes empresas, oportunistas de dentro y aprovechados de fuera. Pero algunos recuerdan que durante un tiempo pusimos un límite, había cosas que el capitalismo no podría tocar. Ese límite sirvió en países como el de Carla. Sabían que si se pasaban la gente se acordaría de nosotros. Cae el muro, cae la URSS, cae el límite. ¿Alguien espera que el capitalismo a secas vaya a quedarse en el umbral ahora que le hemos abierto la puerta? No, yo sé que entrará en casa y husmeará en todas las habitaciones. Husmea. Irrumpen los negocios. En Bratislava, me refiero. En las ciudades pequeñas irrumpen directamente la rapacidad, y hay pueblos pequeños, pobres, que a nadie le interesan.

1998. Privatizan el hospital donde trabajo. Otros no los privatizan pero los dejan con la mitad de personal. Empieza a haber movimientos para recolocarse. No puedo con ello. En esta época descubro mi genio. Antes no solía enfadarme casi nunca, tampoco es que no enfadarme me pareciese una virtud pero así era. Ahora me dan ataques de genio interno. Implosiono, sin gritos, sin gestos, solo quienes mejor me

conocen pueden darse cuenta. En el socialismo hacía análisis clínicos. Tengo la carrera de medicina y años de experiencia. Lo sé, soy capital humano, y justo esa es la condición de la que deseo librarme. El capital que soy se formó para un fin. No para cualquier cosa. Quiero creer que no soy un billete que el primero que llegue puede cambiar. Así que decido no entregar mi capital. La única salida que veo es convertirme en otra persona, hola y adiós.

2000. En el socialismo había participado en competiciones de natación. Meto el título de médico en un armario e intento ganarme la vida dando clases en una piscina. Lo consigo durante unos años. Tengo esa suerte. Mi tercera novia, con la que pensaba pasar el resto de mi vida, no acepta mi decisión y se va. De acuerdo, con las parejas no discuto, el genio interno todavía no me ha llegado ahí. Además, no es solo ella. El capitalismo, lo voy viendo, es un monocultivo que inutiliza la tierra para cualquier otra finalidad. Quedar al margen es quedarte vacío. Intentaron frenarlo un poco, decían que no íbamos a entrar de rodillas en la Unión Europea. Pero estamos en plena fiesta neoliberal. Muchos amigos se adaptan al monocultivo, hacen cuentas, necesitan sobrevivir. Unos pocos, además, intentan trepar. No tengo hijos, al principio no pensaba en ello, luego con una novia no pudo ser, luego con otra dudamos. Tengo sobrinos, los quiero tanto como Carla quiere a la hermana pequeña de su ex. Pero el hecho es que no tengo hijos y eso me da alguna libertad. Mis amigos con hijos tienen miedo, ahora no hay becas, trabajo, no hay red. Con unos discuto, a otros no me queda más remedio que entenderles. Me voy convirtiendo en un tipo solitario, lo que me resulta raro, es algo nuevo en mí.

A menudo, todavía no sé bien por qué, me vienen a la cabeza frases de Marighella, la primera vez lo leí de joven, muchos lo leímos. «Para poder funcionar, el guerrillero urbano tiene que estar organizado en pequeños grupos, dirigidos y coordinados por una o dos personas, esto es lo que constituye un grupo de fuego.» No tengo grupo de fuego, ni organización. Tampoco tengo claro que la vía de Marighella tuviera algún sentido en este momento. Por ahora, ni se me ocurre pensar en vías colectivas, pienso en mi vida a secas y Marighella es un buen acompañante.

2007. Llevo demasiado tiempo estancado. No colaborar, me dicen, también puede ser un acto político. No aportas nada y ya está. ¿Y ya está? No juzgo a los que se han sumado al mundo ni nuevo ni libre en el que estamos. Tampoco presumo de tolerante; al contrario, la tolerancia me preocupa, es posible que tenga bastante de dejadez. Entretanto, un halo de moralidad impúdica se extiende por todas partes. Las personas buscan el sentido en ese halo, unas mediante la religión, otras con la delicadeza. En el fondo se trata de lo mismo: agradecer la vida sin hacer distinciones. Excluyen lo que nos dobla, simulan que no se ve, se fijan solo en la delicadeza de lo cotidiano. Buenos actos, modales y amistades. Las personas hablan de lo mucho que disfrutan de sus hijos, o con sus colegas, o en un espectáculo. Hablan de que han aprendido a tratarse bien unas a otras. Y triunfa el afán por presumir de la propia vida. Los escasos fallos que nombran son deficiencias personales que solucionarán, declaran, en cuanto les

sea posible. Aunque todo el mundo parece dispuesto a reconocer que la bestia existe, al parecer jamás entra en sus hogares. El sentido ahora procede de ser bueno por horas. La bestia merodea y muerde brazos, muslos, cuellos, pero siempre queda alguna hora suelta, o varias. Todos hablan de esas horas y solo de esas horas en las que han sido buenos, en las que han sentido o hecho algo delicado, genial. Una y otra vez, en las conversaciones, en los libros, en las redes, exhiben los retales de su vida que sí funcionan.

No es que no les crea, algunos serán siempre que puedan generosos. Pero ¿por qué no hablan de cuando no pueden? ¿Es que no les pasa? Toda la jodida energía del cerebro está rotando neuras, haciendo cálculos, procesando ínfimas maniobras de defensa y ataque para mantener la máquina en marcha. Puedo entender su silencio, esa voluntad de contar los malos ratos solo cuando la distancia los ha vuelto estéticos o irónicos. Nadie quiere detallar su frustración si esta no deja ver nada más, pero a veces ayudaría conocerla. Antes se sabía: si los efectos se ocultan, se ocultan las causas.

¿Y ahora? Ahora disimulan, fingen que hay compartimentos estancos, quieren creer que el tiempo y la calma que derrochan con sus seres queridos cuando pueden no han de robárselos a otros. También quieren creer que cuando no pueden, cuando la presión les convierte en tipos esquinados, nerviosos, en realidad no es la presión sino su yo libérrimo y peculiar. Un yo sobre el cual pronto recobrarán un dominio pleno. No les juzgo pero no voy a entrar en su competición. Soy brusco, metepatas, puedo ser cobarde y maleducado, puedo hacer daño, se me agotó la delicadeza. Digo que quien presume de ser delicado frente a unas fauces abiertas, violentas y afiladas está mintiendo. Cuando falta el aire, se manotea. Si hay un jarrón cerca, puede romperse. Si no es un jarrón sino personas, a veces también las personas caen. Es importante saberlo para preguntar qué pasa con la válvula de aire, por qué está cerrada. Ya no hablo mucho con ellos. A Carlos Marighella, le digo: «No tengo una gran causa ni salidas que proponer pero, aunque sea solo, voy a hacer algo. Tengo genio interno, otros lo llaman mal genio. Voy a usarlo el tiempo que pueda. Si destruyo cinco onzas de dolor, mejor que si son tres».

De ahí sale mi anuncio: «Debes pasta y te amenazan, llama. Quieres hacer daño a alguien, llama». Me han echado de la piscina por reducción de personal. Llevo un mes buscando trabajo, en colegios, en gimnasios, sin resultado. Sé que han abierto una nueva y voy allí para dejar una solicitud. En la puerta dice que buscan limpiadores. Tengo aspecto de ser fuerte y lo soy, bajo y musculoso. Se me dan bien los apaños, enchufes, puertas descolgadas; no hago ascos a un vestuario sucio ni a limpiar baños. Los limpiadores en esa piscina nueva, privada, no están bien pagados, pero yo tengo pocos gastos. Pequeños charcos en los bancos de madera, pelos aquí y allá, la zona sucia que se forma en el suelo mojado y pisado luego, los váteres, ese mundo. El miércoles es mi primer día. Empiezo a limpiar cuando aún están cambiándose los del último turno. Dos hombres hablan con cierta angustia en la voz,

les miro de reajo: de unos treinta años, pequeños, delgados, de piel apagada. El primero tiene deudas, el segundo le apremia a pagarlas. El primero dice que no tiene con qué. El segundo lo entiende, él no puede prestarle, también tiene deudas aunque no tantas. El primero le pide una idea. El segundo le dice que venda algo. El primero ríe con amargura, no tiene nada que vender. El segundo dice que tiene prisa y se marcha. Veo al otro hombre secarse los pies despacio, solo. Entonces escribo la pintada. No arañó la puerta con bolígrafo, uso rotulador verde en el azulejo blanco. Los móviles todavía son anónimos, así que pongo el número del mío. Dedico esa semana a hacerme con un par más de móviles de tarjeta. Y escribo otras pintadas.

El hombre me llama el sábado. Le cito, como a Carla, en el puente viejo. El hombre debe dinero a un prestamista polaco que le ha amenazado dos veces. Tomo los datos de su prestamista, le digo que me encargará. Le cobro lo mínimo. Es electricista. Le digo que si un día le necesito, le pediré algo. Después me pongo a trabajar. Me lo tomo igual que cualquier otro trabajo: tener unos datos, relacionarlos, combinarlos, hacer y atender a lo que se ha hecho. Vigilo al prestamista durante días y noches. No soy nadie y eso me da ventaja. Un domingo espero frente a su coche aparcado, el hombre llega a las dos de la mañana. Le abrumo con información sobre su vida y, al mismo tiempo, me muestro amable y frío. La deuda que está amargando a mi amigo para él no es mucho. Si le deja en paz, me voy. Si toma cualquier represalia, la mía se multiplicará por diez. Le doy miedo, desaparezco. «Otras cualidades importantes en el guerrillero urbano son las siguientes: que pueda caminar bastante, que sea resistente a la fatiga, hambre, lluvia, y calor, conocer cómo esconderse y vigilar, mantenerse calmado y tranquilo en las peores condiciones y circunstancias, nunca dejar huellas o trazos, no desalentarse.» Me entreno. Actúo sin grupo y sin fuego. Las armas que uso cuando me piden ayuda combinan presión y dureza, no hay disparo. Aunque por seguridad no deba prodigarme, empieza a ser adictivo. Y descorazonador. A veces, porque no puedo hacer nada. Otras, porque sé que la amenaza se repetirá. Y otras porque tengo que rechazar encargos asfixiantes, desahogos inútiles o, peor aún, venganzas del fuerte contra el débil. Después de tres años haciéndolo no puedo evitar haber visto algunas cosas. Y haberlas oído. Detrás de los portales, hay llantos que se relevan sin descanso en las calles que camino.

2013. No me gusta ser un solitario. Querría entablar relaciones de amistad con muchos de los desesperados que me llaman, pero no puedo permitírmelo. Mis compañeras de trabajo tienen ya sus vidas hechas; por amabilidad me invitan a un cumpleaños, a una comida, pero no hay espacio para más. A los amigos de antes los noto incómodos conmigo, como yo con ellos. Luego están las mujeres. No encuentro ninguna que quiera vivir con un personaje. Les gusta imaginarlo, lo aceptan en la cama, después se van como han venido, salvo una que intenta convertirme en un tipo normal. Inútil. Yo ya no volveré a ser un tipo normal. Esas cosas se saben; es como descolgarte, como pasar de nivel en un juego, pero pasar hacia abajo voluntariamente. Una vez bajado determinado escalón, no voy a subirlo de nuevo. Muchas personas

fantasean con apostar la vida entera sin demasiado temor a perderla. Algunas piensan que lo harán cuando los hijos sean mayores, cuando se jubilen, cuando les toque la lotería. Bien, yo lo he hecho. No tiene mérito. Me descolgué porque me descolgaron. Por ahí lo llaman un radical libre. No tan libre, aunque sea para comer y dormir bajo techo, el dinero te persigue todo el rato. Pero lo bastante libre para que mis pintadas funcionaran. Yo actuaba sin un motivo, ni siquiera el dinero era imprescindible; además tenía tiempo para planificar: así es fácil que no te cojan.

Una mañana me canso. No es que quiera regresar. Quiero la libertad que me habéis dado, la libertad que el solitario no tiene. Hace mucho recogí en la calle una tarjetita de publicidad. Como las de hamburgueserías o tiendas de ropa, era de un psicólogo. «Depresión: exceso de pasado. Ansiedad: exceso de futuro. Vivir en el presente es estar en paz.» Verás, amigo, vivir en el presente es ser un pez. Yo me levanto con mi exceso de pasado y mi exceso de futuro y, si no, me vuelvo a la cama. Mi cansancio, lo que me estaba minando, era un exceso de presente, de paseos por el río, de embutidos en los mostradores. En cambio, en Bratislava se mueven algunas cosas. Hay huelgas de maestros y de conductores de ambulancia. Hay protestas de ecologistas que terminan siendo protestas políticas. Incluso los médicos protestan. Yo vengo maleado. Nuestra sociedad, con sus defectos y virtudes, no iba a favor de la corriente dominante. Por eso el amor por la democracia de todas las multinacionales que han financiado asociaciones y sindicatos independientes en los países socialistas, no, no me lo creo. Ni me creo su amor ni me creo su democracia. El socialismo es un intento de algo distinto y mejor, eso no van a hacer que lo niegue. Ahora las cosas son distintas. Ya no vivimos a contramano. Decido merodear por las protestas. «El guerrillero urbano debe tener una gran capacidad para la observación, tiene que estar bien informado con respecto a todo, en particular de los movimientos de su enemigo, tiene que estar constantemente alerta, buscando, y tener gran conocimiento del área en que vive, opera, o a través del cual se desplaza.» Observo, indago. He visto, en países que no son el mío, calles tomadas por fuerzas reaccionarias. Tomar la calle ya no asegura nada, necesito saber quiénes la toman, cómo. Qué quieren. Estoy alerta y os termino encontrando. La organización, el comité de la noche, hoy os he llamado el sóviet no supremo.

2018. ¿Cómo puedo escribiros si estoy dentro, si soy parte vuestra? Movimientos de aproximación y separación, así se vive. Dormir, dicen, el sueño, es la muerte pequeña. No estoy de acuerdo. La muerte pequeña es cada vez que miras y te das cuenta de que estás mirando. Al escribiros salgo de vosotros, pero no porque me vaya. No es que esto sea una despedida, aunque me parece que hemos llegado a una zona inquietante. Son mejores, dicen, muchas acciones menores llevadas a cabo sin peligro que una sola, o pocas, llevadas a cabo con riesgo^[15] personal. Sin embargo, a veces lo mejor nos paraliza. Un pequeño salto evita dar un rodeo, y el tiempo cuenta. Sé que la discusión no está cerrada. De hecho, me estoy indisciplinando; por eso he empezado esta carta. Si un militante piensa que una acción de su partido contradice

los principios del partido o sus estatutos, tiene derecho a indisciplinarse. Probablemente, es su obligación. Pero no es el caso: no sois un partido, vuestra petición de espera no contradice los principios o unos estatutos que aún no tenemos. Sin embargo, considero que vuestra petición es una muestra exagerada de respeto hacia mi propia vida. La respetáis más que yo. Una vida sola, un exceso de presente, diez mil desayunos, vagabundeos por la red, tacto bueno, tacto malo, tos: a mi edad ya estoy saturado de todo eso, de pan y de atardeceres. Por supuesto que no quiero irme, si solo se trata de durar voy a arañar cada segundo, me gustan incluso en la saturación. Pero no se trata solo de durar. Esa chica, Carla, está en el centro de un torbellino, lo sé porque me he permitido investigar por mi cuenta. «El deber del guerrillero es actuar, dar con soluciones adecuadas para cada problema que se encuentra, y no retirarse. Es mejor cometer errores actuando que no hacer nada por miedo a cometer errores.» Ahora, ante este problema encontrado, creo que alguien tiene que bajar al fondo, remangarse y ponerse a trabajar para que ella pueda salir, y los demás con ella. Ja, ja, ja, cómo ha sonado esto. Cero sacrificios, camaradas. Cero sacrificios. Lo que me mueve es un particular sentido de la urgencia ligado al exceso de pasado y de futuro que somos, que soy. Creo que la urgencia, alguna que otra vez, da un salto, pasa por encima del muro. Sorteas la impotencia.

La discusión, lo sé, no está cerrada. El momento perfecto, cuando el apoyo incipiente de la población se canaliza a través de un movimiento en marcha, no depende solo de la voluntad de grupos aislados. Si se elige la urgencia, la historia puede echarse fuera del tren. En 1967 Carlos Marighella eligió la urgencia. La historia le echó del tren, pero la historia no existe sino que es la suma de cada uno de los actos, incluidos los de quienes le apartaron. Todo es un continuo, ningún acto flota como partícula de polvo al margen de los demás.

Os imagino ahora parecidos a un grupo de Panteras Negras que no contempla en su inicio la autodefensa armada. Imagino que habéis leído el pequeño manual del guerrillero urbano de Marighella y habéis descartado frases como: «La condición básica para la cual actúa y sobrevive el guerrillero urbano es el tiro». No queréis disparar y, por ahora, yo tampoco. Había resuelto aislarme, hasta que os conocí. Estáis haciendo las cosas bien. Con paciencia. Apostando por que el momento perfecto os encuentre trabajando. Respetáis las organizaciones populares que actúan, cada una en su campo. Hacéis un uso inteligente de lo que debe y no debe ser desvelado. Os coordináis con grupos de otros países. Yo os he enseñado ya todo lo que sabía. Me doy cuenta de que mi sentido de la urgencia es lo que os puedo aportar, no como algo abstracto sino corpóreo y único, el sentido concreto de quien hizo lo que hizo y ahora no quiere esperar, pero tampoco quiere forzar decisiones que pongan toda la estructura en peligro. Este acto de indisciplinación no os cuestiona, no se dirige al sóviet sino a mí mismo. Son células más de urgencia que he resuelto usar.

Carla me pidió que encontrase a un hombre. He averiguado quién es, no está solo y no es inofensivo. «Llevar a cabo cualquier acción, sin importar lo bien planeada

que esté, es imposible si el guerrillero urbano resulta ser indeciso, incierto, o irresoluto.» Puede que no pase nada. Que este texto nunca os llegue pero, como suele decirse, si estáis leyéndolo... *Quem samba fica, quem não samba vai embora*. Quien samba se queda y quien no samba se va. Si estáis leyéndolo, espero que bailéis. Porque yo me quedo, pase lo que pase.

* * *

SEXTA SESIÓN

He llegado, como preveía, quince minutos antes. He aprovechado para ventilar la oficina y ordenarla un poco, luego me he sentado junto a la ventana esperando ver aparecer a Carla, pero ha sonado el teléfono fijo que conservo en la oficina pues no quiero dar mi móvil a los clientes. Pensando que era ella he cometido el error de descolgar. Eugenio, encantado de encontrarme; en su tono cordial un ligero matiz de inquietud y ese fondo inalterable de ordeno y mando con que formula cualquier oración, incluso cuando parece preguntar. Quiere saber si podemos tener una sesión. Me niego por un instinto defensivo desarrollado desde la niñez, y también porque fantaseo con que, siendo sábado, tal vez Carla quiera salir de nuevo, incluso podríamos ir a tomar el café fuera de aquí. Eugenio convierte su exigencia en fingida generosidad: hoy no, por supuesto, dice, no quiere molestarme y menos avisándome con tan poca antelación, añade como si debiera yo estarle agradecido. Pero quizá, continúa, mañana domingo, por la mañana, una sesión corta, no más de cuarenta y cinco minutos. «Te pagaré bien —dice—, sé que es festivo pero un editor amigo me ha invitado a su casa en Ginebra la semana que viene y me gustaría comentar antes contigo algunas ideas sobre lo que estoy contándote.»

Podría limitarme a decir que no trabajo los fines de semana, pero no es cierto puesto que espero a Carla; decido que ya es tiempo, sí, ya es tiempo de hacer yo las preguntas: «¿Cómo llegaste a mí, Eugenio?», digo. Noto en su silencio que mi tuteo le ha molestado. Su tono de voz cuando responde es sibilino por un exceso de amabilidad. «Te recomendaron —dice—. La madre de una de esas amigas, en fin, me ahorro el adjetivo, de mi hija. Pensé que si la madre podía pagárselo, es que eras barato, y acerté. Entonces ¿mañana, a las doce?» «Mañana no trabajo», digo. «No has oído mi oferta.» Es cierto, lo que oigo es el ascensor, seguro que es Carla. «No quiero oírla», digo. Y aún oigo contestar a Eugenio: «Tú te lo pierdes». Detrás de la puerta, veo a Carla por la mirilla, el pelo suelto, vaqueros, unos zapatos de goma que no hacen ruido al andar.

Cuando llama al timbre dejo pasar unos segundos y abro despacio. No me he retirado como suelo hacer para dejarle paso. La situación parece pedir un beso en la mejilla, creo que ella también lo piensa, titubea, avanza hacia mí, pero no quiero imponerle el beso y me desplazo a la izquierda, ella hace lo mismo, el paso queda

bloqueado de nuevo, sonreímos. Luego, sin que sepa como lo ha hecho, está ya al otro lado y se acerca a la ventana. Sé lo que ve: como es sábado, apenas hay tiendas abiertas, por la calle bastante vacía tal vez pase una pareja acompañando a un niño que monta en triciclo, apenas hay tráfico y, a lo mejor por eso, la luz parece menos gastada.

Hoy Carla esconde sus manos bajo la mesa mientras comienza a hablar.

Volvió al trabajo sintiéndose mal por haber reaccionado así a la petición de Álex, aunque con la certeza de que no podía hacer otra cosa mientras Patrik estuviese acechando. Se concentró en redactar dos informes que tenía pendientes, no habló con nadie. Sin embargo, en torno a las once, no pudo seguir y se acercó a Jana.

—He visto filas de gente en el hospital. ¿Qué dice Gustav? ¿Cree que pueden tener alguna consecuencia?

—Ha llamado para avisar de que estará fuera hasta tarde —dijo Jana.

Carla siguió trabajando, comió un sándwich y una bebida de la máquina, pues tenía tareas atrasadas. A las cinco vio que le llegaba un correo y que el asunto era «Herramienta» escrito en grandes letras mayúsculas. Sintió una punzada de inquietud por ese grito, Uno era un tipo discreto, las mayúsculas solo podían delatar urgencia. Lo abrió, no había saludo, solo el texto del informe. ¿Por qué se lo enviaba al mail de la empresa?

Carla me entrega un folio.

—He completado todas las abreviaturas y lo he traducido para ti. Debes copiarlo tal cual.

Copio:

14.10. Puerta del domicilio de Patrik. Se dirige andando a la oficina. Le sigo. Por el camino, a las 14.23, recibe una llamada. Mediante amplificador de sonido capto lo siguiente:

—¿Estás seguro?

—...

—No, aquí no. En Viena.

—...

—Cada uno por su cuenta. Yo iré en coche. Necesito pasar primero por la oficina. Nos vemos a las cuatro.

Anoto el nombre del bar del hotel donde van a verse y salgo disparado a la estación de tren. Si no consigo tomar el de las tres les perderé. Llego a tiempo. En el tren empiezo a escribir y también busco la dirección del hotel, está a unos veinte minutos andando desde la estación. Tomaré un taxi pero no sé cómo es el tráfico allí a esa hora. Puede que mi viaje no sirva para nada. En el baño del tren saco ropa de mi bolsa, necesito tener una apariencia más decente y no llamar la atención cuando me sienta cerca de ellos en el bar. También cambio mi gorra verde por una gris, de tela.

Si es que es allí donde finalmente hablan y si es que llego a tiempo.

Mierda, Carla, el móvil no graba, no sé qué ha pasado. Copiaré lo que pueda, lo siento.

Estoy en el bar, Gustav se ha sentado al fondo del todo, lo que me dificulta pasar inadvertido. Escribo mientras siento su mirada puesta en mí. Solo hay tres mesas ocupadas: en una, dos mujeres con aspecto de ejecutivas, cada una tecleando en su teléfono; a tres mesas de distancia en vertical, yo que estoy solo y tecleo en el mío, y a dos mesas en vertical y una en horizontal, detrás de mí, Gustav. Entra Petr Zeman, despacio, mira a las dos mujeres, luego me mira un instante y pasa de largo.

Petr:

—Sabías que iba a pasar, ¿por qué has esperado tanto?

—Aposté, Petr. Tenía mis valedores. Pero han caído.

—Y vienes aquí antes de que te arrastren.

—No. Vengo aquí para venderte algo y así evitar que me arrastren.

—Ya te han arrastrado, Gustav. Toda esa mierda de la ultracongelación fallida, y tus chantajes con niñas, acabará saliendo a la luz, sin contar Afganistán.

—Afganistán podemos sortearlo, lo demás todavía no ha salido.

—Saldrá.

—A ti no te interesa que salga.

—¿Por qué?

—Esa es la información que vendo.

Ruido de papeles. Les fotografío sin mirar.

—TechBlut me contrata durante cinco años con una indemnización que fijo yo.

—No tendría autorización para firmar esto, Gustav. Además, ¿esperas trabajar desde la cárcel?

—Espero contar con vuestra asesoría jurídica para evitarla. Si no lo firmas, es posible que TechBlut no pueda comprar Laboratorios Pharmen.

Petr ríe.

—¿No lo dirás por el precio? Baja por minutos, como sabes.

—No lo digo por el precio. Mira, Petr, si la información que tengo no fuera útil, ¿crees que te pediría un contrato de cinco años? ¿Me arriesgaría a tu represalia?

—¿Cómo has obtenido esa información?

—Yo siempre juego con un comodín, Petr. Cuando empezaste a ver a Carla, me encargué de que metieran un micrófono en su mochila. No se oye perfecto pero sé algo del plan de esos aficionados que deberíais saber.

—Te refieres, supongo, a los que van a difundir tu maniobra del plasma.

—Creo que te interesará evitar que la difundan.

Ruidos, calculo que Petr debe de estar leyendo el contrato. ¿Cuándo metió ese micrófono? ¿Puede saber que yo he venido?

—Voy a firmar por orden. Si fallas, no me será difícil anular esta gestión.

—En TechBlut habéis sido tolerantes con los amigos de Carla, pensabais que el

desprestigio de Pharmen os convenía. Pero parece que ellos miran más lejos. Su objetivo no somos solo nosotros. Saben que existís. Saben que estáis detrás de la compra. Van a reclamar que sea el Estado quien se quede con Laboratorios Pharmen. Están mucho mejor organizados de lo que puedas imaginar.

—¿Te has traído a tu puto comodín? ¿Te has atrevido a jugar conmigo?

Me ha descubierto. Envío.

Tal vez, dice Carla, una de esas mujeres con aspecto de ejecutivas estaba vigilando a Uno, tal vez al haber cambiado su andrajosa gorra de lana con visera por una de tela no escondió bien el amplificador de sonido y Patrik, es decir, Petr, lo vio. Quizá el camarero consiguió leer lo que Uno estaba tecleando y avisó a Petr. O tal vez fue una jugada desesperada de Gustav, quien, sabiendo que no podría eludir la cárcel, quiso arrastrar también a Petr pero estaba nervioso y Petr le sorprendió mirando a Uno más de una vez.

En el trabajo, Carla se restregó los ojos húmedos furiosa con ella misma por llorar, no podía permitir que nadie notase su inquietud.

Me mira y ahora sí que está completamente ausente. Juraría que en esa pasarela por donde Uno se alejó la primera vez.

Carla intentó creer que Uno había logrado escapar y que se pondría en contacto con ella en algún momento. Pensó que quizá le habían quitado el móvil, que le estarían interrogando. No se atrevía a imprimir el informe con la fotografía, la impresora era común, alguien podía verlo. Lo copió en un pendrive y lo eliminó de su cuenta. Salió del despacho despacio, sin abrigo ni la mochila del micrófono, como si solo fuera a tomar el aire. Luego buscó a Jozef.

—Tengo que ver a Álex otra vez, es muy urgente.

—Iban a reunirse en el Centro de Transfusión.

—Diles que no se muevan, tardaré unos quince minutos. Diles que cuelguen ya todo el material que tengan; van a por ellos, tienen que darse prisa.

El Centro de Transfusión seguía rodeado de personas. Carla recuerda la impresión que le causaron esas personas tan distintas entre sí, de pie, poniendo su cuerpo como argumento, su sangre que circulaba mientras ellos estaban quietos mirando sus móviles o las montañas o el brillo de una ausencia. Miroslava la esperaba en la entrada. Fueron a un pequeño despacho. Álex y otras dos personas escribían algo juntos frente a una pantalla de ordenador. Sin siquiera saludar, Carla conectó su pendrive y les pidió que leyeran rápido el informe de Uno.

Cuando terminaron, Álex dijo:

—¿Quién te ha dado esto?

—Uno. Le descubrieron, Álex, no sé si habrá conseguido escapar.

—Pero ¿iba solo? ¿Por qué no nos avisó?

—Patrik, quiero decir Petr Zeman, estaba amenazándome; os vigilan, Álex, saben

quiénes sois. Uno y yo queríamos tener alguna prueba antes de contároslo, temíamos ponerles sobre aviso y que hicieran daño a alguien.

Carla calló; de qué serviría explicarle también la culpa y el arrepentimiento.

—Sabíamos que TechBlut nos vigilaba, pero no tan de cerca. ¿Uno te llamará?

—No tengo teléfono ahora. Dejad que entre un momento en mi correo; si está bien me habrá mandado un mensaje ahí.

Pero no había ningún mensaje.

—Si le han cogido, le habrán quitado el móvil y, si no le dio tiempo a borrar el envío, sabrán que yo tengo el informe. Tenéis que colgarlo ya o todo lo que habéis hecho solo servirá para beneficiarles.

—Gracias, Carla. Empezamos en cuanto Jozef nos dio tu mensaje. La información que teníamos ya está circulando. Este informe es crucial para anular las pretensiones de TechBlut. Lo difundiremos desde varios sitios. Miroslava se va ahora a una entrevista en la radio y también hablará de él. Además nuestra gente llevará copias a los hospitales y a los grupos organizados. —Álex se levantó y, mirándola, dijo—: También tenemos que protegerte.

—¿A mí? No, yo estoy bien. Pero ¿Elenka? ¿Y Uno? ¿Y tú?

—La médica de Elenka se ha marchado, conocemos a otros médicos allí, la niña está segura. De todas formas, hemos enviado a dos personas para que estén pendientes en el hospital. Cuando difundamos el informe llamaremos a la policía para que investiguen qué pasó en Viena. En mi caso muy pocos saben quién soy, pero tu imagen está por todas partes. Quédate aquí hoy, trabajando con nosotros.

Aquel, dice Carla, fue uno de esos días que perforan el tiempo y dejan a la vista para siempre un lugar donde estar y adonde ir. Había dos despachos pequeños convertidos en cuarteles generales. La gente entraba y salía contando lo que había hecho, llevándose tareas nuevas, sugiriendo, informando. Se proponían, dijo Álex, desbordar el río, que las seiscientas personas movilizadas se multiplicaran por diez y luego otra vez por diez y que se quedaran allí. Como agua que no cabe en los cauces, dice Carla. Tenían dos reclamaciones nítidas, dos exigencias para los gobernantes y una tercera siempre renovada. El objetivo inmediato era recuperar Laboratorios Pharmen, de titularidad suiza ahora pero de origen eslovaco, para la sanidad pública nacional; el segundo, reforzar el sistema de donación de sangre vigente. El objetivo general y continuado, aquel por el que la mayoría había llegado a la organización, era que la lucha por el derecho a unas vidas que no fuesen compradas ni vendidas fuese, a su vez, construyendo lugares libres.

A mediodía, después de las palabras de Miroslava en la radio, se supo que no solo estaban rodeando los hospitales sino también las sedes de las dos empresas extranjeras: Laboratorios Pharmen y TechBlut. El cerco a las empresas generó una tensión nueva por ambos bandos. Como el número de personas concentradas en torno a la sede de TechBlut no dejaba de crecer, los directivos llamaron a la policía. Acudieron tres furgonetas; por el momento se limitaban a vigilar pues no tenían

pretexto para dispersar a tantas personas, estaban diseminadas por las calles y las aceras, sin cortar el tráfico. Vigilantes privados de TechBlut salieron en dirección a los furgones de la policía. En el camino reaccionaron con violencia ante el comentario de un manifestante. Cuando otras personas acudieron en su ayuda, golpearon a su alrededor sin control. La imagen de la cara ensangrentada y las gafas rotas de un hombre muy delgado con el pelo blanco corrió por las redes unida al brazo que golpeaba con el anagrama de TechBlut cosido en la manga, a los informes de Uno y los textos que los explicaban. Si habían pretendido atemorizar y disuadir, lograron lo contrario. Por la tarde eran miles rodeando las dos empresas, y no se movían. Las distintas organizaciones implicadas habían formado servicios de seguridad móviles que se reagrupaban ante cualquier intento de provocación.

Ya empezaba a anochecer cuando se lanzó una nueva convocatoria rumbo al Ministerio de Sanidad; desde el Centro de Transfusión, un grupo de donantes encabezaría la marcha. Varias personas de la organización estarían con ellos aunque ninguna iba, desde luego, a tomar la palabra, se mantendrían en la oscuridad. Carla decidió sumarse a pesar de la reticencia de Álex. Entre la multitud, alegó Carla, estaría más segura que aguardándoles en cualquier sitio. Al final resolvieron montar una escolta invisible a su alrededor. Cuando llegaron al Ministerio había varios miles de personas en la calle. Fue Miroslava quien empezó a subir la rampa que conducía a la entrada, enseguida una columna cubrió las escaleras y ocupó todo el porche. La puerta estaba cerrada pero en algunas ventanas había luz. Carla oyó a Álex decir «Adelante» por un teléfono: de pronto, una gran extensión se iluminó. Eran las luces largas de decenas de automóviles; habían empezado a llegar sin luces y las encendieron a la vez. Alguien contó que varios autobuses habían sido tomados y se dirigían también al Ministerio. Coches, motos y bicicletas iban cubriendo la colina con sus faros. Avanzaban en un silencio en el que muchos grupos se habían entrenado, roto solo de tanto en tanto para decir: «No estamos en venta, no chuparéis nuestra sangre». Al cabo de una media hora llegaron los autobuses llenos de gente y se quedaron a ambos lados de la calle, encendidos por dentro, con las ventanillas abiertas. Acudió una televisión pero era imposible abrirse camino entre las personas; filmaban desde abajo, sin poder llegar al porche del Ministerio. El tiempo pasaba y nadie se movía. Algunas personas hablaban en voz baja. Como un toque de campanas, cada quince minutos un clamor creciente resonaba en varias calles a la vez: «No estamos en venta». Entonces, a las once y media de la noche, una de las ventanas del Ministerio se abrió. Algunas personas con linternas enfocaron hacia allí. Se esperaba cualquier cosa, amenazas, una manguera de espuma, gases lacrimógenos. Lo que vieron fue a una mujer menuda, no se distinguía bien su rostro pero muchos reconocieron a la ministra de Sanidad. Tomó un megáfono y dijo:

—El gobierno ha examinado los expedientes de las empresas Laboratorios Pharmen y TechBlut. Además de las reclamaciones y sanciones administrativas, se va a iniciar un proceso de expropiación de las instalaciones de Laboratorios Pharmen en

suelo nacional. Anunciamos también la retirada de la propuesta de autorizar que los centros paguen por parte de la sangre.

No hubo aplausos, el silencio sellaba lo ocurrido, pero no como algo que ha de ser celebrado, una actuación, un gesto insólito que se ofrece y que se acepta. Al contrario, bajo la apariencia de lo excepcional esas personas, cada una con sus calcetines, cada una tecleando sueños, haciéndose visible junto con sus extensiones de abuelas y niños dejados a cuidar, fiebre compartida, horas extras no cobradas, paro, todas ellas sintiendo pensamientos eran la vida corriente. Por eso no había final sino, dice Carla, una coordenada donde prometimos no ceder a la impotencia, y sonreír. Las palabras de aquella ministra no eran la conclusión sino que enlazaban con el día que Estado ya no se escribiese con mayúsculas, ya no se distinguiera de lo común.

Carla buscó a Álex, estaba unos metros más allá, hablando con un grupo de gente, desde lejos se les veía reír. Otras personas miraban a su alrededor, tal vez guardando en su memoria la imagen de aquella parte de la ciudad tomada en silencio, miles de caras y zonas de luz como galaxias agrupadas. Entre todas esas caras, a unos pocos metros, estaba Michal, y Carla se volvió hacia él, que se aproximaba indeciso.

—¿Me perdonarás? —decía.

Sin apenas pensarlo, Carla se acogió al cuerpo que a veces había querido partir a puñetazos. No volverían a estar juntos, los dos lo sabían desde tiempo atrás, pero necesitaba aquel abrazo. Apoyó la cabeza en el torso de Michal con el gesto de querer oírlo latir. Sin cerrar los ojos, mirando aún a la gente, Carla supo una vez más que el mundo era habitable. Imaginó a Elenka viendo las noticias en la televisión; la luz de la gran batería de faros encendidos llegaría a su ventana. La nostalgia, el vértigo del cambio se habrían diluido de no ser por la ausencia de Uno y el temor a lo que le podía haber pasado. Recordó el texto del informe: en el tren, antes de llegar a Viena, Uno se había dirigido a ella y era como si oyera su voz gangosa decir: «Mierda, Carla, el móvil no graba, no sé qué ha pasado. Copiaré lo que pueda, lo siento». Durante un segundo estuvo segura de que le vería salir detrás de alguien, divertido al sorprenderla. Miró buscándole, pero él no estaba allí; una ráfaga de frío la estremeció a pesar de la multitud y del cuerpo de Michal. Despacio, atentos como quien deposita un vaso a punto de desbordarse sobre la mesa y sorbe la primera capa, se separaron. Mientras el atrio del Ministerio recobraba su solidez, Carla dijo:

—Cuídate, Michal, me voy. Tengo que ver a Álex.

Avanzó entre la multitud. Antes de que ella pudiera hablar, Álex dijo:

—Cada vez tenemos más datos sobre Petr Zeman, o Patrik. Sabrá que tú conseguiste el informe, debes tener cuidado.

—Han perdido, yo ya no les importo. Pero tiene a Uno, eso sí me preocupa.

—¿Estás segura de que le tiene? Quizá pudo huir.

—Ojalá.

—Sea como sea tú también debes estar atenta. Dicen que Petr es vengativo.

—¿Qué pueden conseguir? Esto ha terminado.

—Para nosotros no ha terminado, y para ellos tampoco. Se ocuparon de tener casi todo a su favor, ejércitos, financiación, tribunales, ¿por qué iban a rendirse?

—¿Crees que no les condenarán?

—A Gustav, sí, aunque tarde o temprano se buscará un subterfugio que le permita salir. A Petr puede que le procesen, pero poco más. Empezamos a luchar contra la injusticia, y acabamos sabiendo que el problema es la justicia, lo que se llama justicia.

—Entonces ¿esto no ha servido para nada, volveremos atrás?

—No, Carla, claro que ha servido. Digo que es solo un paso, grande, desde luego. Y digo que debemos mantenernos alerta. Vendrás a mi hotel, no puedes estar sola estos días.

—De acuerdo. De todas formas, mi idea es volver a Madrid cuanto antes.

Carla se ha levantado. Toma de la estantería una edición de Yeats; el libro, verde con letras blancas en el lomo, destaca entre tantos otros blancos con letras negras. Lo abre con indolencia, lee apenas tres versos:

—«Un mayor esplendor en el sol, un escalofrío en el aire de la tarde, invitan a la imaginación a preguntarse...».

Deja de leer y me mira.

—Pronto terminaré mi historia.

—¿Café?

—No, gracias, queda poco tiempo.

—Pero yo puedo venir también mañana y terminamos con calma.

—¿Sí?

—Café y seguimos mañana —digo sin dudar.

Mientras coloco las tazas en la bandeja, pregunta:

—¿Qué es sobrevivir a la grandeza? Dijiste que ibas a contármelo.

—Es verdad —digo, aunque en realidad no quiero hablarle de eso. Prefiero escuchar, seguir trabajando—. No sé si sabré —digo—. Los que cuentan son otros.

—Necesito tu historia. Por favor.

Llevo todo, tazas, galletas. Sirvo el agua caliente para el café. Carla insiste.

—Un resumen. Tres minutos.

Asiento con un poco de miedo.

—No tengo nada que ocultar, eso suelo decirme. Me he entrenado en dejar atrás, olvido bien, confundo bien las caras y los nombres. Recordar ¿qué? ¿El olor crudo de las salchichas que hacía el carnicero del puesto del mercado donde comprábamos? No, Carla, los olores no se recuerdan, solo los puedes reconocer. Una niñez sin atributos, diría ahora que he leído. Tenía once años cuando mi padre cayó con las reconversiones del final de los setenta. Era mecánico de una empresa de ascensores y había que hacerla más rentable. Después alcohol, insolencia,

mudanzas. —Parpadeo varias veces como quien se abanica, y sigo—: A mí me gustaba estudiar. Pero hacer el bachillerato no entraba en los cálculos, aunque fuese capaz de memorizar páginas enteras de algunos libros porque en ellos había una verdad mejor, eso pensaba. Mi padre no levantó cabeza, literalmente: un día se cayó cruzando la autopista, imprudencia o suicidio. Más mudanzas. Mi madre decía que sí, que claro que yo iba a estudiar.

La mirada de Carla ha pasado del punto que está detrás de mi nariz a mis pupilas.

—Aquí viene la grandeza —digo—, la de los que no tienen batallón porque no lo encontraron, y aguantaron sin nadie. A los diecinueve años me convertí en un sobreviviente de la grandeza de mi madre, que siguió siendo alegre y se reía, que trabajó de cualquier cosa sin elegirlo, horarios feos, trabajos feos, una vida vivida por otros en otra parte. Los otros la vivían, mi madre, como millones, alimentaba la caldera. Me quedé con una gratitud sin destinatario porque un día ella murió de repente, antes de tiempo, un derrame fulminante motivado por eso que algunos se atreven a llamar azar.

—¿Por qué supones que Álex o yo no conocemos vidas como la de tu madre?

—Solo dije que no sabía si las conocíais. Pero cuando digo conocer, Carla, no me refiero a haber oído hablar de esas personas, o a haber tratado un rato con ellas. Es la suma de los días, el fardo, esa expresión que indica un peso transportable, la habrás leído, como yo. Y ves que tu madre cuando se levanta ya lo lleva a cuestas, cuando desayuna, cuando baja las escaleras del metro. No puedes quitárselo. A veces (esto, Carla, es el abismo que nos cerca) ni siquiera lo intentas.

—¿Qué abismo? No te entiendo —dice.

—El abismo no lo verbalizo, pero en el fondo sí lo hago, me digo: Le ha tocado a ella, yo me escabulliré; además, llego a pensar, es mujer, se han acostumbrado a llevar dentro criaturas que a veces mueren siendo niñas y a veces siendo jóvenes. Ese fardo, Carla, el sufrimiento y la injusticia alojados en un cuerpo, esa grandeza. La he visto de cerca y he vivido evitándola. Álex, tú, ese tal Uno, vuestro comité: vosotros habéis elegido, pero cuando la heroicidad te la imponen es una mierda.

—Elegir —dice—, solo si todas las cartas estuvieran a la vista podrías elegir, y ni siquiera entonces, porque ya están repartidas.

Carla hace ademán de ir a añadir algo y luego calla.

—Sí, dime —la animo.

—Pensaba que siempre tomamos café. A lo mejor hoy podíamos beber otra cosa. Si quieres bajo a comprar.

—Me regalaron una botella de whisky —digo—, y hay hielo.

—Perfecto.

Sonrío sin querer, supongo que este cambio se debe a que estamos llegando al final y reincido en imaginar que cambia también la relación, ya no hay contrato sino dos que van juntos a algún bar con pista de baile y barra de madera barnizada.

Pongo la bandeja de hielo bajo un chorro de agua tibia, sirvo los vasos, vuelvo.

—El enemigo nos quiere muy borrachos, eso dicen, ¿no? —Hablo como si yo supiera quién es el enemigo. Y me lanzo—: Aunque tal vez el enemigo menosprecia el valor que nos da cada incursión fugaz en lo posible. Un par de tragos y ya nos parece que existir podría ser fácil.

—La realidad —dice— es también las posibilidades que alberga.

Carla sube las manos al cuello para echar el pelo hacia atrás, luego se apoya en la mesa y asiente con un movimiento mínimo, pero a mí me parece que por fin estoy poniendo mi pasado fuera, que ya no va a ser como la cartera y el móvil y las llaves de casa, siempre con ellos, siempre auestas, sino que saldré habiéndolo dejado en un sitio quieto y en calma, sin abandono.

—No hay mucho más que contar —digo—. Beber fue mi manera de ingresar en la lectura, o leer fue mi rebajado don de la ebriedad. Entré a trabajar en una panadería. El olor bueno del pan me daba risa y luego rabia hasta que dejé de notarlo y el olor se convirtió en rencor y las dos palabras rimaban con horror, eso era lógico. Al menos en la panadería aprendí que mi caso era común; había muchas personas como yo. Siguieron varios empleos con su correspondiente dosis de miseria asumible y la lectura. Leía para armarme; cuando llegó la red multipliqué las fuentes. En las conversaciones me enardecía: la vida nos esperaba fuera de la reserva, debíamos salir. ¿La salida de todos, Carla? Había ebulliciones pero los límites de la reserva permanecían fijos. No encontré la salida común, solo la propia, y gasté mis mejores años en acercarme a ella como a un pájaro al que no debía espantar. Porque si se marchaba, me harían cargar el fardo que he aprendido a temer. Capturé el pájaro, fue mío, creí que ya nunca lo perdería.

—El pájaro... ¿te refieres a tu vida, tu familia, el trabajo? —dice.

—Sí.

—Estás bien aquí —dice.

Carla se levanta, está buscando un libro. Parece que lo ha encontrado, no distingo cuál es.

—¿Y al mecanógrafo? —pregunta—. ¿No le temes?

Sin darme tiempo a contestar lee fragmentos del poema de Dalton que conozco bien.

No te importa
bajas cerca de la oficina
y compras un periódico como todos los días:
han invadido —al fin— a Cuba
desde la altura el fuego mató niños en las playas ciudades y más niños
pasas luego a los cómicos la solución —tarareas—
del crucigrama el horóscopo Géminis y tu buena estrella
—ella ha nacido en Tauro con sus ojos azules—

el partido del domingo ha sido suspendido
por el estado de emergencia nacional —una lástima—
nuevos presos políticos la policía balaceó a un obrero
gran campaña anticomunista se persigue
con gran ardor patriótico a las organizaciones clandestinas.

Me revuelvo, me levanto.

—No —digo—. No temo al mecanógrafo.

Recito el final para que comprenda que sé de lo que habla y no me importa.

te sientas frente a la máquina
rutilante como un ópalo en la barriga de un gran pez
—beatífica la sonrisa satisfecha la piel
desnuda entre la ropa y los zapatos—
alargas tus dedos blancos de pianista
(...)
tus diez dedos pulcrísimos y tac
tac tac tacatac no te importa
nada tacatac
eternamente tac
tacatac
hondo es el pozo tac
tacatac tac
tacatac.

Le hablo ahora del buen humor, de las continuaciones. La vida se compone de segundos y hay que habitarlos cuidadosamente, esa y no otra es mi tarea.

—Sobrevivir —dice casi con dulzura, pero yo no puedo evitar enrojecer.

—Quizá debamos seguir —digo—. Recuerda que tenías prisa.

—¿Prisa? No creo haber dicho prisa. —La veo insegura ahora, como pillada en falta.

—Tienes razón, quizá solo dijiste que no tenías mucho tiempo.

—Ah, vale, no es exactamente lo mismo.

—Venga, sigue. El whisky te ayudará a terminar.

—Te dejaré a ti la última palabra —dice.

—No...

Carla pidió a Álex que la acompañase al puente viejo. Si Uno había escapado, la esperaría allí.

—Es peligroso con Stroller buscándote.

—No, no es seguro que me busque, y desde luego no se le ocurrirá ir ahí.

—¿Nadie sabe que os encontrabais en el puente?

—Nadie, Álex.

—¿Gustav no pudo oírlo en lo que grabó?

—No. Nunca dijimos dónde estábamos.

Se despidió de Michal con la mano. Al pie de las escaleras estaba la directora del Centro de Transfusión hablando ante dos micrófonos; cuando pasaron a su lado llevó su mano derecha al lado izquierdo del pecho en un gesto de agradecimiento y complicidad que solo ellas entendieron. Abajo del todo, donde ya apenas quedaba gente, vieron a Jana con Jozef y otras personas del laboratorio.

—Ha sido increíble —dijo Jana.

—Aún queda mucho por hacer pero... no ha estado mal.

Siguieron andando hasta llegar a una parada del autobús nocturno. Carla y Álex no podían evitar mirar en todas direcciones, vigilando. En el autobús decidieron quedarse de pie junto a la puerta. Algunas personas comentaban lo que había ocurrido esa noche; ellas atendían disfrutando al oír en otras voces lo que habían vivido.

Al llegar, Carla buscó entre las piedras y tras la valla de troncos un mensaje, un papel doblado, una pintada de tiza. Luego se sentaron a esperar.

Hablaron un rato de lo que pasaría ahora, leyes, negociaciones, presentar pruebas, mantener las organizaciones atentas por si había que volver a la calle. Acordaron que Carla volase a Madrid al día siguiente, por seguridad.

—¿Y Elenka? —dijo Álex—. Te va a echar de menos; por lo que me han contado, esa niña te adora.

Con determinación, Carla respondió imitando a otra Carla tranquila, confiada:

—La invitaré a casa, nos iremos de viaje juntas, vendré a verla.

También hablaron de Rubén. Iban a juzgarle pronto. Podían caerle entre seis meses y cuatro años.

—¿Puedo escribirle?

—Sí, por carta, no tiene internet. Con prudencia. Las cartas seguramente las lee alguien en la prisión. Está aguantando.

La farola más próxima estaba fundida, sus rostros se desdibujaban en la oscuridad.

—¿Y si nos hemos equivocado? —dijo Álex con un deje de angustia—. Rubén puede perder cuatro años de su vida por algo demasiado incierto.

—Los que se equivocan son quienes le obligan a perderlos —dijo Carla, aunque echaba terriblemente de menos a Rubén—. Él quiso hacerlo, Álex.

—Quiso actuar, pero no todo lo que le ha pasado. Si hubiéramos cedido, si no hubiéramos intentado nada.

Carla pensaba en su propia equivocación, haber obligado a Uno a aislarse.

—Pero yo cedí al miedo —dijo—, y Uno...

Relevándose una vez más, era Álex quien ahora asumía los pasos dados.

—Incluso si nos lo hubiera dicho, Uno habría querido ir solo. Recuerda que nos

vigilaban; no nos habría dejado cubrirle porque podrían haberse dado cuenta y toda la operación se habría venido abajo.

—Pero a Uno, como a Rubén, el tiempo perdido no se lo devuelve nadie.

—Fui a ver a Rubén a la cárcel, hace más de dos meses. Le dije algo parecido a lo que acabas de decir. «¿Qué tiempo perdido?», me preguntó. «Entonces ¿lo que estoy haciendo ahora no existe?»

—¿Tú piensas igual?

—No del todo, aunque le entiendo. A los existencialistas les angustia morir. Esa prisa por vivir es diferente del carácter de Rubén. Él disfruta con la vida, celebra lo que toca, lo que ve, pero sin renunciar al «no», como si dijera: No creeré en esto, pase lo que pase, no aceptaré que nadie pueda vivir para ser mezquino o para que le obliguen a serlo.

—Una fe al revés —dijo Carla.

Reconocía en la descripción de Álex el carácter de su amigo, y sentía que aún seguían cargándose el uno al otro la batería, tal vez de un modo distinto ahora, tal vez a través de un dispositivo más amplio y común.

—¿Por qué fe? Siempre nos echan la palabra en cara, como si creyéramos lo que no puede ser.

—Reparar^[17] tristezas, matar vampiros... —Carla sonreía.

—No, no —insistió Álex—. Caes en un sitio, en un momento, ves lo que podría funcionar mejor y tal vez está unos metros más allá, y pese a todo lo eliges, porque lo necesitas. Sin embargo, elegir lo que está cerca también es una especie de fe; dar crédito a este horror, a lo que daña, afirmarlo de algún modo.

—Gente extraña —dijo Carla, pero ya no era una réplica.

Estuvieron bajo el puente casi dos horas. Después subieron rodeando el pilar hasta el lugar donde empezaba. Dos bolas redondas de luz, atornilladas a las vigas de acero, iluminaban el primer tramo de la pasarela. Esperaron un rato, nadie vino.

—Me marcho —dice Carla—. ¿Mañana como hoy?

—¿Podrías a las cuatro?

—Sí —dice.

Carla calla, creo que va a irse. Entonces me mira; no sin un poco de sorna, dice:

—Describir es prescribir.

Y sé que no está provocándome, está conmigo.

Sale sin una palabra más, mañana es el último día pero parece tener prisa. Espero unos minutos por discreción y salgo también. Decido volver a casa andando, unos amigos han quedado para charlar en un bar que frecuentamos, aún podría apuntarme pero me está sobreviniendo un ánimo de despedida. Mañana no habrá prórroga con Carla por mi causa. Después de nuestra cita, he de recoger a Martín y a Candela en casa de su madre pues se celebra en mi casa el cumpleaños de Martín. Me gustaría invitar a Carla, pero ya me ha dicho que se va.

Cuando bajo por Princesa hacia plaza de España veo pasar un furgón de la Guardia Civil. Está cerrado, una ranura horizontal mínima en la parte de atrás acaso deje pasar algo de luz, pero no ahora que anochece. Tiene aspecto de ser un furgón de los que llevan detenidos, puede que haya algunos dentro; sin transición me imagino que soy uno de ellos, que las palabras que escribo no son solo palabras. Candela y Martín me esperan pero no llego; hará frío en la celda y no habrá tiempo para el arte de la retórica con cuyas fosforescencias otros querrían persuadir a las fuerzas del orden. Hacer avanzar la historia no es un juego, no lo es vengar la pena de quien te dio la vida y las ofensas de aquellos y aquellas a quienes no conoces.

La furgoneta se aleja, me sobreviene un cansancio repentino y al llegar a la plaza tomo el metro. Ya en el vagón, me siento al lado de una mujer muy gruesa, quiero apartar el drama de mis días, unir mi brazo al suyo, ser un hombre mullido pero, a veces, el drama llueve y no hay alero. Ahí enfrente, un chico se agarra como puede a la barra del centro, es un moribundo, todos los pasajeros lo sabemos por el hilo de voz con que saluda, los huesos asomando bajo la piel, el andar inestable, la palidez y las heridas. El chico extiende la mano en ademán de pedir limosna; sin embargo, antes de que pronuncie la palabra, desde el otro extremo del vagón una chica de su edad, o quizá tres o cuatro años mayor, echa a andar hacia él, le saluda y, milagro, le toca. Abraza al chico como si no estuviera enfermo ni tuviese ya un pie en el país de las sombras; no oigo de qué hablan pero ella cada poco tiempo renueva el contacto, ahora le ha pasado la mano por el hombro, con la otra le sostiene del brazo, juntos avanzan hacia dos asientos vacíos.

Hemos llegado a mi parada, elijo la puerta que está junto a ellos, querría abrazar a mi vez a esa chica y a quien puede que sea su amigo o puede que no. Ya en el andén aún veo sus cabezas juntas. Tengo que preguntar a Carla qué pasa con estas hazañas, las que liman las puntas de la vida.

SÉPTIMA SESIÓN

He comprado las lilas y la oficina huele a agua de lluvia entre los árboles, que es a lo que siempre huelen las lilas. Reviso mis notas, encuentro ciertas cosas dichas por Carla comprensibles y exasperantes. Por ejemplo, cuando se imaginó que no siempre existir sería ser alguien solo, que no siempre levantarse consistiría en seguir asistiendo al cuerpo que se mueve por dentro y por fuera. Alguna vez, decía, levantarte y sentir que otros te levantan o, a alguna vez, levantarte y saber que levantas a otros con tu impulso. Juro que lo entiendo pero tengo dos hijos: ¿cómo voy a dejarles solos? ¿Cómo permitir que sea su madre quien lleve toda la carga? ¿Y si un día a ella le ocurriera algo?

Lllaman al telefonillo sin que haya visto llegar a Carla desde la ventana. Abro el portal, espero con la puerta abierta y en cuanto la veo extendiendo los brazos pidiendo su gabardina. Ella hace un amago de reverencia, parece contenta, lleva vaqueros

negros y camiseta blanca.

—¿Listo? —dice ya sentada, mirando al punto que esta vez ha situado detrás de los bosques de lilas.

Aquella noche durmieron en la habitación de Álex aunque, en realidad, apenas durmieron. Se desearon como en las despedidas. Follaron en la cama y junto a la ventana y cuando parecía que iban a dormirse Álex volvía a chuparla y, de gemido en gemido, dice, la tristeza última se disipaba. Encontró con Álex la exposición extrema de dos que se hostigan, acorralan el orgasmo y, después de correrse, se miran como sabiendo que ahora son un poco más fuertes y vuelven y cada vez es distinto mientras los ojos enrojecen, dice, de no dormir.

Yo escribo sin mirar, presupongo que también he enrojecido, pero después levanto la cabeza: ella sigue allí, detrás de las lilas, y todo está bien.

Llegó luego el cansancio, ya solo las yemas de los dedos recorrían despacio la piel ajena mientras Carla pensaba en la sangre que esta vez las unía a través del placer. Recordó a Michal sin inquietud. No solo por seguridad, como insistía Álex, también por convencimiento, al día siguiente buscaría un billete para volver a Madrid.

Cuando sonó el despertador a las ocho, se levantó; Álex seguía durmiendo. Buscó noticias en periódicos austriacos. Con su escaso alemán y el traductor online logró encontrar la versión que varios medios repetían sin relacionarla aún con lo sucedido en Bratislava: un hombre sucio aunque educado había entrado en el bar de un hotel en Viena y al parecer había amenazado a uno de los clientes con un arma.

El cliente había intentado quitársela, en el forcejeo la pistola se había disparado y el hombre había resultado herido, estaba en coma en el hospital. No llevaba documentación ni tampoco un teléfono u otra referencia que pudiera identificarle. Por la procedencia de su ropa se pensaba que podía ser uno de los mendigos eslovacos que iban a Viena durante el día y regresaban a dormir a Eslovaquia, aunque desconocían su nacionalidad. Se insinuaba que podía padecer desórdenes mentales. Nadie le había reclamado.

Le temblaban las manos. Entró en el baño a lavarse las lágrimas, luego abrió la ventana sin hacer ruido, quería que le diera el aire. Álex se acercó despacio, ya no había erotismo ni deseo sino dos brazos que se traban y hacen frente al vendaval. Carla le contó lo que había leído. Dijo que tenía que ir a Viena a verle.

—Hablaré con la organización, nos ocuparemos. Pero tú debes volver a Madrid.

—¿Qué ganan con seguir atacándonos? El informe de Uno, la respuesta de la ministra: TechBlut ya no podrá comprar Laboratorios Pharmen.

—Ganan el escarmiento, el miedo.

—Y sin embargo, el escarmiento nos alienta a seguir en el mismo camino —dijo Carla.

No puedo evitarlo y me levanto. Estoy inquieto.

—¿Qué te pasa? —dice.

—Que vas a irte y prefiero que te quedes.

—Aceptaste mi encargo.

—Me arrepiento.

—Dijiste que no entendías la palabra arrepentirse, que solo se vive hacia delante.

—¿Y cómo va a ser hacia delante ahora? Álex se equivocaba y tú tenías razón. ¿Por qué dejaste que te involucrara? —casi grito.

—No competíamos —dice—. No era una pelea a ver quién convencía a quién. La razón sola a veces te ciega. La razón es como los cuerpos, crece en relación con otros cuerpos, en el tiempo; si no, no sirve.

Me siento. Nos miramos.

—Venga, sigue —digo—. Vamos a terminar.

Álex dijo que debían ir a la policía eslovaca. Carla se quedaría en comisaría y desde allí buscaría un billete de avión.

—¿La organización no puede protegernos?

—Estoy yo aquí, ¿no?

—Ah, lo de esta noche era por eso...

Rieron, se besaron, pero debían darse prisa.

—¿Tienes algo para defenderte?

—Una navaja automática.

—Mejor esto.

Álex le dio un spray de pimienta, le enseñó a usarlo con agilidad. Bajaron juntas en el ascensor.

—¿Has dado al garaje? —preguntó Álex.

La puerta se abrió y fue en ese momento cuando dispararon. No oyeron las balas; si no las oyes, dice, es que van a darte. Las acribillaron, los dos cuerpos cayeron. Murieron a la vez.

Miro a Carla. Ella extiende los brazos, parece que alcanza mi cara pero las manos retroceden al instante.

—Entonces es verdad que estás muerta —digo casi sin respirar, inmóvil. Va a responder y no quiero; sigo hablando—. No puedo, Carla.

—¿No puedes qué?

—Lo que dijiste, traer a los que faltan.

—He venido —contesta mientras guarda sus cosas en la mochila.

—Pero vas a irte. Y escribir no repara los daños, no enmienda las ofensas.

—¿Te importo?

Aprecio una ternura rara en su voz, que no me calma, que duele.

—¡Claro que me importas! Lo sabes.

—Debes terminar mi encargo.

Vuelve la imagen de Álex y Carla caídas, acribilladas; preferiría no seguir. Sin embargo, pregunto:

—¿Y después?

—Después no se recuerda nada más —dice con expresión asombrada.

—¿No sabes qué pasó?

—Nuestros cuerpos aparecieron en el río una semana más tarde, cerca de la zona de carga y descarga de contenedores. No lo sé por estar muerta sino por lo que de mí no ha muerto. Se barajaron distintas hipótesis; la organización, a través de dos abogados, se puso en contacto con nuestras familias. Los juicios aún no han terminado.

No me mira cuando le pregunto qué es la muerte.

—Nada —dice al cabo de unos segundos—. No es nada.

Intento retenerla con palabras. Si se levanta, se marchará.

—La nada, cuando la nombras, está existiendo. No hay nada que sea nada si lo nombras.

—Como los fantasmas.

Dejo que su respuesta pase de largo, no la intercepto, no la recojo.

—¿Sabes qué pasó con Uno? ¿Se recuperó? ¿Vale la pena? ¿Sabes si hay otro camino?

—Uno tal vez se recupere. A veces creo verle. Se asoma y se marcha otra vez.

—¿Cómo está Elenka?

Carla ríe con el cuerpo al contestar.

—Elenka crece, se despliega, es un árbol joven que anda, que baila, un destino que se cumple.

—No como tú.

—Yo ya había vivido.

—¡Con treinta y dos años!

—Treinta y tres —me corrige y cambia de tema—. Prometimos que podríamos sacarnos de contexto.

—Empieza tú.

—Hice trampa, un día. Te imaginé sin avisarte. Creo que te diste cuenta.

—¿Con Kavafis?

Ríe.

—Los subrayados, ay. ¿Cuál estuviste leyendo?

—Uno que siempre subrayábamos, «Recuerda, cuerpo...».

Hace años que no leo ese libro, creo que sé a qué poema se refiere pero busco el ejemplar para confirmarlo; mientras lo abro, Carla ya dice:

—«... no solamente en qué lechos estuviste, sino también aquellos deseos de ti que en los ojos brillaron».

Sigo el texto mientras ella recita, ocultando tras el libro el rubor que llega hasta las orejas. Carla se ha callado pero yo aún leo, en voz baja, y encuentro en el último verso un subrayado debajo de tres palabras: «... aquellos deseos —cómo ardían... cómo temblaron por ti, en las voces, recuerda, cuerpo». Es «en las voces» lo que el lápiz marca y enseguida reproduzco algún momento —aunque no han sido tantos, han sido— en que el deseo se recostó en el pliegue de un sonido algo más ronco o inestable. Pienso también en los deseos que no supe, y debió de haberlos pues sí recuerdo cuerpos con los que estuve y que jamás pudieron remotamente presentir que los soñaba. Me reconvengo entonces, Carla va a irse y qué hago yo pensando en aquellos deseos. Pero sé por qué pienso en ellos, sé lo que me gustaría preguntar a Carla: Háblame del poder de lo incompleto, dime si cabe, si tiene espacio en esta vida, dime si sirve aunque sea porque le hacemos un sitio ahora y aquí.

Carla ha esperado paciente a que vuelva a mirarla; cuando lo hago, dice:

—Te imaginé con diecisiete años. De noche, volviendo a casa. Recitabas el poema por dentro. En mi imaginación parecías bastante feliz.

—No me has contestado, Carla. ¿Valió la pena?

—Claro, ¿no ves que he venido?

—Es mi turno —digo.

—No puedes.

Ríe.

Tiene razón. Demasiado tarde.

—¿Y Elenka? —digo—. Le prometiste que nunca os cogerían.

—Y no nos cogieron. Ganamos.

—Pero...

—No prometí a Elenka que no darían conmigo, lo dije en plural.

Ya ha cerrado la mochila. Todo va demasiado rápido. Se levanta, descuelga la gabardina del perchero. Sé que la tradición pediría ahora que me dejara una flor azul, o una piedra de río, algo que me permita probar que estuvo aquí. Pero Carla no parece dispuesta a cumplir con la tradición. A la desesperada tomo unas lilas del ramo y se las doy. Por suerte la he pillado desprevenida, ahora las lilas están en su mano, y nos rozan la cara mientras me besa para despedirse. Ya se ha ido pero aún me quedo trabajando un rato. De vez en cuando levanto la cabeza, miro el ramo demediado y sé, sí, que faltar es formar parte.

Carla se fue, por la tarde hemos celebrado la fiesta de cumpleaños de Martín, ahora mis hijos duermen. Abandono la cursiva con la que he separado los actos, los hechos que ocurrieron, de mi escribir a solas o con Carla. Estoy en ese límite donde termina el cuadro y quiero saber si puede empezar el marco, si puede brotar algo que no sea el final, la mera ausencia. Por ir a buscarla me gustarían los viajes. Por ir a buscarla refutaría a toda esa gente que dice que viajar no sirve porque uno solo cambia de cielo pero no de corazón. No es verdad: bajo otros cielos, en otros puentes, algunos

pesos se aligeran. Es como si remontaran un poco, y los hombros descansan. Pero el peso de las lágrimas de los padres de Carla, de los de Álex, de las niñas Marina y Elenka, ¿adónde irá?

Me he levantado, he estado vagando por la casa, he abierto la puerta del cuarto donde duermen Candela y Martín para mirarlos. Después he vuelto y he terminado de recoger los restos del cumpleaños. Lo hemos pasado bien. Han venido cinco amigos de Martín, dos amigas de Candela, el padrino de Martín y un padre y dos madres de sus amigos. Su padrino es de Sevilla, toca la guitarra y canta. Hemos estado improvisando sevillanas que no sabemos bailar y luego bailando otras canciones que sí sabemos. Nunca hablé con Carla de bailar, hubiera sido un punto de intersección entre ella, Elenka y yo mismo. Bailar es disolver lo sólido no para que se desvanezca sino para que fluya, entregar el cuerpo al agua. Bailando solo ahora invoco a Carla y represento la delicada tragicomedia de nuestra caducidad.

Pero no acepto que la muerte nos iguale, por eso escribo.

Vuelvo a la mesa, imagino una vida salvaje y sensual que dure siempre. No dura. La muerte traza un límite. Pregunto de nuevo si de ese límite, de la muerte, puede brotar un marco, una columna, un ir y venir de personas y personajes cuando nos hayamos ido. Tú que estás ahí, al otro lado de la página, y yo somos el límite de Carla, y el de quienes, como ella, no cayeron por eso que llaman ley de vida sino por la injusta ley que nos impide curar y nos ofende. Podemos pensar que se equivocaban, que, en el fondo, quienes se rebelaron, quienes cayeron, quienes volvieron a empezar en otros cuerpos y otras vidas, fueron locos y locas de la tierra, podemos asentir cuando nos dicen que tendrían sus oscuras razones y cuando nos piden olvido. Sin embargo, no podemos dejar de saber que si no hubieran luchado esto no sería un mundo sino un agujero. Qué circunstancia esta en que los avances cuestan su peso en lágrimas.

Pero las lágrimas serán contadas.

No llaman a la puerta, no es nadie; aunque, Uno y su gorra de visera verde ocupan ahora el sofá. Cruza los brazos, estira las piernas, dibuja círculos con ambos pies y los mira, lleva bigote y barba de un rubio entrecano y mal recortados.

—¿Por qué crees que... —empiezo.

—... se jugó la vida?

—Sí, ¿por qué se entrometió, sin tener un motivo, sin que se lo pidieran?

—¿Crees que no tenía un motivo?

—No..., no estoy seguro.

—Además, muchas personas se lo pidieron.

—Sí, pero... Si hubiera dejado las cosas como estaban, seguiría aquí.

—No puedes saberlo —dice, y mordisquea su regaliz de palo—. A lo mejor le habría sobrevenido una muerte absurda, cualquier día.

Ante esa respuesta, me exalto: no quiero, digo, falacias; la probabilidad tiene sus leyes y lo más probable es que ella estuviera viva. Le cuento que entre mis variados

trabajos hice libros de divulgación, uno trataba de yoga, de los rishis. A esos sabios santos de la antigüedad les importaba muy poco cómo era el mundo: les interesaba vivir en este mundo lo mejor posible.

—No era indiferencia por el mundo —le digo—, era respeto. Lo respetaban como es. Pero vuestra organización no lo hace. Se inmiscuye, hambrienta de heroísmo, corre el peligro de equivocarse.

—El problema no es si existe o no un heroísmo suficiente —dice Uno—, el problema es en qué consiste vivir.

Uno se ha ido. Un viento leve agita el visillo que fue blanco, debo ya lavarlo sin falta. El viento insiste pero yo no quiero oírlo. Dicen que cuando la autoridad^[16] estatal ataca una manifestación masiva no permitida queda garantizado que el acontecimiento simbólico se convierta en histórico: un acontecimiento para guardar en la memoria y del que aprender una lección; un acontecimiento que ha de ser vengado. Es, dicen, una verdad táctica y también histórica. Carla y Álex no recibieron el ataque de una autoridad del Estado, sino el de una autoridad más amplia, la autoridad del capital. Tampoco sucumbieron a la vista de todos sino en silencio, y de sus muertes quedó un cruce de acusaciones e investigaciones abiertas. Sin embargo, sabemos cómo sucedió. Evitemos que sea una verdad de futuro. ¿Y después? ¿Y si en el camino se pierde algo?

Después Carla me envuelve, que es como decir que me involucra. Siempre he vivido con demasiada adrenalina en la sangre. Miedo a llegar tarde, a la presión, a perder, a no salir adelante, a no llegar, siempre pensando que lo encubierto era malo, mezquino, nunca admirable, y que en nuestra pequeña oscuridad solo nos había sido deparado llorar por lo que no tuvimos, morir por nada. ¿Vivir sin miedo? Quizá no nos haya correspondido ese destino. Hacer significa poner en peligro. Sin embargo no hacer, hoy, omitir, significa abandonar las cosas y las personas a un peligro provocado y evitable en el que ya están inmersas. Pero si nos ocurre algo, ¿cómo cuidaremos sin estar? Cuidaremos. Cuando seamos solo centauros partidos, avatares sin un cuerpo que en vuestro ahora pueda sostenerse, otros cuidarán. Miro hacia la ventana, a ambos lados del patio se alzan fachadas con algunas otras ventanas encendidas. Pienso en quienes velan ahora conmigo como si la piel levantara los diques, delicuescentes al fin a puro olor y roce y tacto. Imagino lo que sucederá si encuentro una de esas organizaciones, o me encuentra. Si mañana, cuando Eugenio llegue a mi oficina, no le recibe su escribiente, su mecanógrafo, sino uno de sus adversarios. Si la tarea deja de ser siempre alcanzar lo propio, conservar, alcanzar de nuevo. Y también sé que aquel no estar dotado para las cuestiones morales con que quise escurrirme entre las manos de Carla no me sirve. No es la moral, ni el heroísmo, esas categorías suceden solo dentro de nuestro envoltorio, en una isla imaginaria. Fuera de la isla hay continuidad, vidas que se extienden en otras vidas sin aplastarlas, euforia.

Las siluetas de la tarde regresan una a una. El padrino de Martín toca de nuevo

una extraña canción de cumpleaños. Trata de un niño que va a cumplir un año, pero luego ya es un joven, luego cumple cincuenta y luego es el abuelo que apenas comprende mientras el nieto le prepara las velas. Puede que esta canción hable de lo rápido que pasa la vida. Aunque, preguntas, qué vida. Vuelves a la melena del padrino y a su voz inadaptada como las nuestras, vuelves al zapateado de la chavalería, el bizcocho a medias, gotas de cera en las velas, reír, vuelves a pensar en Carla y los demás, las manos dan palmas a contratiempo, ta ca ta, ta ca ta, con un mismo fonema apagan el ruido del mecanógrafo y oyes, te atreves a oír, lo que podemos ser: la marcha de quienes no se apartan al ver llegar las hordas, de la mayoría no sabemos sus nombres pero su paso suena como la lluvia y seguirá sonando cuando nos hayamos ido.

Las observaciones, las ideas y la cooperación de Mati Ruiz Tovar, Jan Skoda, Eva Palkovicova, Erich Hackl, Constantino Bértolo, César de Vicente, Manuel Monreal, Julia Gutiérrez, Jorge Manzanilla y Cruz Gutiérrez forman parte de este libro.

Notas

[1] Arthur Schopenhauer, *Parerga und Paralipomena* (trad. de Eduardo González Blanco), Losada, p. 38. <<

[2] Francisco Solano, *El sonido despoblado*, *Cuadernos de cántiga*, 19, Madrid, 1994, p. 48. <<

[3] Olga Novo, *Los líquidos íntimos*, Cálamo, Palencia, 2013, pp. 20, 37. <<

[4] Roberto Bolaño, *Amuleto*, Anagrama, Barcelona, 2009, p. 153. <<

[5] Código Fuente Audiovisual de Guillermo Zapata <http://bambuser.com/v/2554908>.

<<

[6] John le Carré, *La Casa Rusia* (trad. de Adolfo Martín), Plaza y Janés, Barcelona, 1990, p. 339. <<

[7] *Juan Blanco, el último filósofo griego* (Sixto Rodríguez Leal, compilador), A parte Rei, p. 252. <<

[8] Carlos Senin y Omar Neri, *Lavallol*, Lamás Médula, Buenos Aires, 2014, p. 239.

<<

[9] Otl Aicher, *Analógico y digital* (trad. de Yves Zimmermann), Gustavo Gili, Barcelona, 1989, p. 226. <<

[10] Juan Gil Albert, *Fuentes de la constancia. La Primavera*, Cátedra, Madrid, p. 191. <<

[11] Bertolt Brecht, *Sobre horacios y curiacios* (trad. De Miguel Sáez), Alianza, Madrid, 2007, p. 22. <<

[12] *Blog Throw 'Em to the lions!*
http://throwemtothelions.blogspot.com.es/2012/12/theywill-never-get-caught-guade_17.html (Nunca nos cogerán). <<

[13] Howlin' Wolf explains what is the Blues (Full Version)
<https://www.youtube.com/watch?v=OQ654Lg6m8k> (Blues). <<

[14] *Riesgo personal.* <<

[15] Juan José Millás, *El jardín vacío*, Lega, S. A., Madrid, 1981, p. 172. <<

[16] John Berger, «La apariencia de las cosas» (trad. de Pilar Vázquez), en *La naturaleza de las manifestacions masivas*, Gustavo Gili, Barcelona, 2013 (edición original de 1972), p. 235. <<

[17] Nacho Vegas, «Matar vampiros» <<